

1917

V. I. Lenin



DOCUMENTOS

1917

Discursos, cartas y artículos

La presente edición se ha realizado sobre la base de las *Obras completas* y *Obras escogidas* de V. I. Lenin publicadas por Editorial Progreso, Moscú.
Traducción al español: Editorial Progreso

© 1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2017.

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2017.
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.04.44
www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
Depósito legal N° DC2017002444
ISBN 978-980-01-2072-9

V. I. Lenin

1917

Discursos, cartas y artículos

Compilación, introducción,
glosario de nombres y cronología

Manuel Azuaje Reverón



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

Introducción

LA REVOLUCIÓN ES UNA GUERRA CIVIL PROLONGADA

El centenario de la Revolución Rusa llega cuando las banderas del socialismo vuelven a levantarse alrededor del mundo. Sin embargo, las visiones ideológicas sobre la URSS que se impusieron hacia el final del siglo XX siguen dominando incluso en la izquierda, la cual toma distancia frente a las experiencias socialistas de décadas anteriores y declara una ruptura respecto a las teorías «clásicas». En los últimos veinte años no pocos autores han disparado desde la izquierda a la experiencia soviética y lo planteado por Lenin, calificando su teoría de la revolución, cuando menos como «vieja». A pesar de eso, fuera de las discusiones académicas, Lenin sigue siendo un revolucionario cuya práctica y pensamiento moviliza a miles de jóvenes en todo el mundo.

Esta obra es la radiografía de una época desde la mirada de uno de sus principales protagonistas; es también una biografía intelectual anclada en la militancia y no en la producción teórica abstracta.

Los artículos, discursos y documentos recogidos en este libro representan una oportunidad para poner en manos de la militancia revolucionaria la obra que Lenin elaboró al calor de la construcción hegemónica que condujo a la insurrección de octubre. El líder bolchevique pone en juego las principales categorías del pensamiento marxista para producir una idea de revolución que no está determinada y anclada a la teoría, sino que se fundamenta en el análisis concreto de la situación concreta, donde el pensamiento es contrastado con la realidad.

Esa idea de revolución está relacionada directamente con la premisa que Lenin plasmó a finales de marzo de 1917 y cuyo

desarrollo seguiremos en esta introducción. Afirma el dirigente bolchevique que

En tiempos revolucionarios, la situación objetiva cambia con la misma rapidez y brusquedad que el curso de la vida en general. Y nosotros debemos saber adaptar nuestra táctica y nuestras tareas inmediatas a las características específicas de cada situación dada.

I

En enero de 1917 Lenin se encuentra en Zúrich, donde participa activamente en las discusiones de la izquierda. Como en años anteriores, no todo es agitación política; a la par del activismo y el seguimiento de los asuntos que se desarrollan en Rusia, estudia tanto los clásicos como los libros más actuales de la época. Los dos textos que abren esta antología son producto de esa conjunción entre militancia y reflexión teórica. A la vez, muestran su claridad en relación con los acontecimientos internacionales y la reciente historia rusa. Ambas cosas le permitirán comprender claramente la Revolución de Febrero a pesar de encontrarse fuera, comprensión que dejará documentada en el último texto que escribe durante ese exilio, sus «Cartas desde lejos».

El primero de los trabajos es «Pacifismo burgués y pacifismo socialista». En él, Lenin desarrolla críticamente las distintas posiciones de la izquierda europea en torno al conflicto bélico y hace uso de las categorías elaboradas algunos meses antes en «El Imperialismo, fase superior del capitalismo». Desde esa perspectiva aborda los distintos errores de las posiciones que apelan a la conclusión de la guerra por la vía de una «paz imperialista». Este pacifismo abstracto es desnudado recurriendo a la exposición de los objetivos principales de la guerra y cómo siguen estos vigentes cuando las naciones imperialistas empiezan a hablar de paz. Los intelectuales de izquierda de cada país arremeten contra los intereses de las naciones enemigas, pero ocultan los del imperio propio con un discurso que es caracterizado como «socialchovinista». Con estos mismos argumentos denunciará luego cada una de las posiciones de los mencheviques y los socialdemócratas rusos.

Frente al pacifismo abstracto es necesario afirmar que la única paz real consiste en que el proletariado tome las armas que le han sido entregadas para matarse entre sí y las use contra sus propios gobiernos. La guerra debe transformarse, bajo las banderas antiimperialistas, en una lucha armada contra la burguesía de cada país. Esta determinación en el giro de clase que debe dar la guerra, guiará los debates que se llevaron a cabo en el seno del Comité Central del partido bolchevique. En esas discusiones algunos miembros del partido objetarán el llamado a continuar el combate, ahora dirigido contra las burguesías, argumentando que la mayoría del pueblo ruso está cansada de la guerra y no asumirá como suya esa idea. A pesar de esa objeción, aceptada por el líder del partido, su claridad en relación con las condiciones de la guerra imperialista será determinante a la hora de enfrentar las posiciones del Gobierno provisional.

Unos años antes se dieron cita los más importantes líderes de la izquierda europea en la Conferencia de Zimmerwald. En aquel momento Lenin planteó las posiciones que luego recogerá en este artículo. Estas discusiones continuaron a lo largo de 1916, quedando plasmado el carácter del pensamiento de Lenin, especialmente en relación con las luchas por la independencia nacional. En esos espacios combatió las posiciones economicistas que no comprendían el papel de la lucha de clases en los procesos de liberación nacional. Desde su liderazgo abrió dos frentes que mantendrá posteriormente, enfrentando por igual las posiciones mecanicistas y las ideas revisionistas.

Hoy, la izquierda no cuenta con un espacio como el de Zimmerwald, pero eso no impide que la discusión se lleve a cabo con el mismo nivel de intensidad que en 1915. Desde la negación, la crítica y las acusaciones mutuas, la izquierda mundial actual divide sus posiciones respecto al imperialismo y las guerras que se desarrollan en los países árabes. Ese conflicto ha expresado las contradicciones, diferencias y antagonismos entre la militancia crítica del sistema, frente a lo cual el análisis de Lenin demuestra su actualidad, tanto por sus conclusiones como por su método.

Varios días después de escribir ese artículo, Lenin dicta una conferencia en Zúrich, en la que hace gala de su gran capacidad de análisis sobre los acontecimientos históricos recientes, digna del ejemplo de Karl Marx en «El 18 Brumario de Luis Bonaparte». Teniendo en mente la conexión de aquellos sucesos con la lucha actual del proletariado, critica la ingenuidad del movimiento obrero ruso de 1905, que no entendió los intereses de clase representados por el zar. Allí expone las condiciones en las que surge la fuerza revolucionaria, con especial atención al papel de los campesinos en ella. En esa conferencia evidencia el error de los reformistas, que nunca ven la revolución venir, sosteniendo continuamente que las condiciones no están dadas. Esta observación es complementada con la diferenciación entre los mecanismos de lucha que dan contenido a la revolución, pero que pueden terminar poniéndola al servicio de los fines democrático-burgueses. Las herramientas de lucha no solo deben tener una condición de clase en su forma, sino también en los fines que se persiguen con ellas.

Ese análisis histórico le permite a Lenin encontrar fuentes de inspiración para la lucha, pero no por eso la teoría es la que determina la formación revolucionaria; al contrario, sostiene que «la verdadera educación de las masas no puede ir nunca separada de la lucha política independiente y sobre todo, de la lucha revolucionaria de las propias masas». Por eso la mejor escuela para la clase trabajadora es la revolución. El análisis de la práctica revolucionaria pasada permite comprender las condiciones de los triunfos y las características de las derrotas. Tanto en la Revolución de 1905 como en la Comuna de París, la derrota se produce por no haber llevado la guerra hasta el final, preparando un ejército revolucionario capaz de enfrentar de manera definitiva al ejército que sostenía el régimen. En el caso ruso faltó confianza, determinación y capacidad para tomar la conducción definitiva de la revolución para llevarla al poder. Estas ideas serán muy útiles meses más tarde, cuando haga falta preparar la insurrección contra el gobierno y luego formar el Ejército Rojo para defender la revolución.

En esta conferencia Lenin retoma la idea de Karl Kautsky, según la cual la revolución será más parecida a una guerra civil

prolongada que a una insurrección por sorpresa. Hoy en día muchos quieren ver en estos acontecimientos, hechos aislados del contexto histórico, rupturas absolutas respecto al pasado y saltos al vacío frente al futuro. Frente a ellos, esta concepción de la revolución como una guerra a largo plazo es una importante reivindicación histórica que nutre la reflexión actual. Más allá de lo teórico, la experiencia histórica de 1917 es un ejemplo concreto. La revolución se va desarrollando mucho antes de octubre, y continuará luego convertida en un conflicto con distintos niveles de intensidad. La revolución irá sucediendo antes, durante y después de los sucesos definitivos. Algunos podrían afirmar que es una concesión al reformismo, pero por el contrario, se trata de comprender que la revolución no es una predicción teórica sino una práctica continua que apunta a la transformación del capitalismo, aplicando las herramientas necesarias desde la lucha de clases, y que no termina con la toma del poder. Solo el análisis detallado, diario y minucioso de la realidad concreta puede guiar la acción revolucionaria.

Ese es el análisis que lleva a cabo Lenin y que le permite, a partir de una comprensión detallada del momento geopolítico y la conciencia histórica del pasado reciente ruso, determinar las situaciones que condujeron a la Revolución de Febrero. Si bien en la conferencia sobre la Revolución de 1905 había visualizado la posibilidad de un levantamiento, la atención a los procesos sociales no convierte al revolucionario en vidente. En el exilio, mientras prepara su viaje de regreso, escribe cuatro cartas en las que demuestra lo que ya hemos mencionado, su manejo del contexto histórico y de la realidad rusa. Desde el comienzo se refiere a lo sucedido como una primera revolución, seguro de que le seguirán otras y de que es función de los partidos proletarios de Europa trabajar para ello. Con la certeza de que esta revolución debe conducir a otras en Rusia y Europa, Lenin expone cómo la guerra imperialista ha determinado el interés de la burguesía y los terratenientes por tomar el poder para desplazar a un gobernante que no conduce el conflicto por el camino necesario.

En los escritos posteriores recogidos en este libro, Lenin afirma que el análisis de la situación debe iniciarse por la caracterización de las fuerzas en pugna. Ya en marzo realiza ese ejercicio, exponiendo los sectores de clase que se disputan el poder: los representantes feudales, que giran alrededor del zar; la burguesía y los terratenientes, organizados en torno a los octubristas y los kadetes; los grupos pequeñoburgueses representados por Kerenski; y por último el Soviet de Diputados Obreros, que aglutina a los sectores explotados y las masas pobres del país. Detrás de los primeros se encuentran los intereses imperialistas que atizaron las contradicciones y aceleraron la crisis, con apoyo de algunos líderes socialistas que se unieron a la burguesía al asumir posiciones chauvinistas. Rusia es un laboratorio para la paz imperialista y, a la vez, una síntesis de las viejas contradicciones surgidas en 1905, por eso es tan significativo que Lenin se haya dedicado a ambos temas antes del derrocamiento del zar.

Las fuerzas descritas se movilizan en los tiempos revolucionarios, llegando a formar alianzas circunstanciales. Frente a eso, Lenin descarga su crítica al etapismo, con la que derriba las opiniones de quienes consideran imprescindible una revolución burguesa. Mientras Lenin se mantiene lejos de Rusia, las posiciones conciliadoras de algunos bolcheviques se expresan en la búsqueda de un acercamiento con el Gobierno provisional, a lo que le sale al paso rápidamente, desenmascarando los intereses del gobierno y llamando a apoyar el fortalecimiento de los Soviets. El Gobierno provisional, por su propia composición de clase, es incapaz de responder a las demandas de los campesinos, obreros y soldados. Solo el socialismo puede dar respuesta a las exigencias de paz, pan y libertad, conclusión derivada de la comprensión de los distintos sectores en disputa por el poder. Ya en marzo se ve la pugna que se desarrollará en los meses siguientes, frente a la cual el partido debe prepararse para asumir su papel histórico.

En la tercera carta Lenin plantea que la táctica solo puede definirse partiendo de la observación de los acontecimientos en desarrollo, por medio del cual se comprenden las características de la transición. Ese método permite establecer los elementos básicos

del momento, para concluir que en esa etapa el gobierno no puede ser derribado de un solo golpe y que tampoco hay condiciones para mantener el poder. Lo que corresponde de momento es trabajar en la organización del proletariado, no como un fin en sí mismo sino en función de la toma del poder, a lo cual debe adecuarse el trabajo de construcción hegemónica.

En esa misma carta hay un tema que es fuente para nuevos debates sobre la revolución hoy. Lenin presenta los objetivos a seguir para la conformación de un Estado radicalmente distinto al existente. La conquista del Estado se logra con la movilización de todo el pueblo en armas, que debe tomar todos los organismos existentes y establecer aquellos nuevos que expresen su naturaleza de clase. La supresión de la policía zarista, que sostiene al Estado, debe venir acompañada con la creación de una milicia popular compuesta por hombres y mujeres. Esta milicia tendrá un papel democratizador y a la vez será un muro de contención frente a la contrarrevolución. Con esta propuesta pretende superar las debilidades señaladas en las experiencias anteriores. Quienes subestiman el papel de los ejércitos populares y descartan las insurrecciones a comienzos del siglo XXI, deberían atender esta reflexión.

II

Lenin llega a la ciudad de Petrogrado el tres de abril y al día siguiente presenta sus famosas Tesis. En ellas condensa el análisis realizado en sus cartas y construye una agenda programática para los bolcheviques. Este hecho deja constancia del papel fundamental que tiene la construcción de un plan para la organización y la lucha. Entre las ideas que plasma en su presentación se encuentran el fortalecimiento de los Soviets, el rechazo a la conciliación con el Gobierno provisional, el paso de la revolución burguesa a una revolución proletaria, la toma del poder, la nacionalización de los bancos, la entrega de la tierra a los campesinos y la construcción del socialismo. En sus reflexiones reconoce la minoría circunstancial de los Soviets y la necesidad de fortalecer ese espacio, llamando a conformar un Estado-Comuna. Las líneas de trabajo presentadas permitirán el acercamiento con los distintos sectores de la sociedad

rusa. Un mes después, en el «Mandato a los Diputados» ratificará las líneas y definirá un conjunto de criterios en relación con la posición que deberán tener los bolcheviques respecto a la guerra. En ese momento ya han sucedido las discusiones internas a las que hicimos referencia antes, Lenin modera su llamado a transformar la guerra en un conflicto de clases contra la burguesía y se referirá a la autodeterminación de las naciones, apostando a la liberación de las nacionalidades oprimidas.

Durante todo ese año la estrategia es la toma del poder. Pero la táctica irá cambiando según cada situación específica. Desde abril hasta junio se apuesta por una revolución pacífica, basada en la construcción hegemónica por parte de los bolcheviques, a través de la presentación de su programa en cada sector social y el fortalecimiento de los Soviets. La eficiencia de esas acciones tácticas depende de la caracterización del poder existente que es llevada a cabo en varios artículos. Por eso la atención prestada a la dualidad de poderes entre el Gobierno provisional y los Soviets. Ese conflicto debe resolverse apostando al crecimiento de la organización obrera. La participación bolchevique debe crecer dentro de esa instancia, cambiando la correlación de fuerzas internas y desplazando a los mencheviques. En la medida en que el Gobierno no puede responder a las exigencias del pueblo ruso y los intereses de clase chocan entre sí, la contradicción entre ambos espacios se agudiza. A comienzos de mayo está claro que debe resolverse a favor de los Soviets, pero hacia el final de mes es señalada críticamente la burocratización de ese poder gracias a una dirección débil, aliada de los poderes constituidos.

Si el problema fundamental de la revolución es la toma del poder, quienes consideran que el apoyo a la burguesía es necesario en una etapa prerrevolucionaria deben entender que la democratización solo es posible si todo el poder es entregado de manera pacífica a las mayorías obreras y campesinas. Todo el que desee democracia tiene que apoyar ese traspaso. Lenin afirma que las demandas de los bolcheviques en esa etapa, vistas de manera aislada, no corresponden a una revolución socialista, son demandas que podrían ser consideradas propias de la revolución burguesa.

La revolución socialista supone la implementación de todas las medidas una vez tomado el poder; ese es el único etapismo posible, avanzar hacia la superación del capitalismo.

El liderazgo de Lenin permite consolidar la posición bolchevique en los primeros meses de la revolución burguesa, incorporando miles de trabajadores a sus filas, creciendo entre el sector campesino y poniendo de su parte a los soldados. En mayo el partido tiene 80.000 militantes, el doble que un par de meses antes. En ese momento, el dirigente bolchevique vuelve sobre el tema militar. Los soldados juegan un papel determinante a lo largo de todo el año, por eso exige una y otra vez la conformación de las milicias. Esta medida es un paso necesario para la democratización del ejército. La idea del pueblo en armas es una respuesta al ejército profesionalizado que sostiene un Estado al servicio de los intereses terratenientes y burgueses. La conformación de la milicia popular es una preocupación manifiesta en «Un triste apartamiento de la democracia» y otros documentos, en los que Lenin advierte las acciones que sucederán unos meses más tarde y destaca la importancia de armar a la clase trabajadora. Hoy es tarea pendiente la reflexión sobre el papel del ejército y el pueblo en armas en la revolución que, de ser una guerra civil prolongada, necesitará siempre de la organización para la defensa y el combate. Los textos presentes en este libro permiten abordar esa tarea.

La importancia del ejército para los bolcheviques queda clara en la conferencia «La guerra y la revolución», donde Lenin expone el carácter de clase de la guerra no ya en la soledad de un escritorio, sino frente a cientos de soldados a los que explica que si la guerra es la continuación de la política, los intereses políticos de las clases se juegan en el conflicto bélico. Ese 14 de mayo prevé la guerra civil que vendrá, cuando afirma que el derrocamiento de una clase gobernante por una revolución producirá una respuesta violenta externa e interna. Esta advertencia no es producto de la clarividencia, sino del análisis objetivo de la situación concreta, pasada y presente. Igual que en la reflexión sobre el pacifismo, presenta detalladamente la relación entre el capitalismo, el imperialismo y la guerra. Hacia el final aclara que la toma del poder

solo es revolucionaria si antes se ha construido una mayoría, a la que deben sumarse los soldados.

Cuatro meses después del derrocamiento del zar, el desarrollo de los acontecimientos ayuda a caracterizar el desplazamiento de clases que ha sucedido dentro de Rusia. La tarea de acompañar y colaborar en el esclarecimiento de la conciencia en las masas pasa por analizar dicho desplazamiento. La monarquía ha sido desalojada por una burguesía terrateniente incapaz de dar respuesta a las demandas del pueblo, por eso pasan los meses sin paz, ni pan, ni libertad. Al mismo tiempo, el reformismo se hace cargo de la dirección del movimiento obrero, retrasando cualquier revolución, mientras la guerra agudiza las contradicciones.

En ese contexto, junio es un mes definitivo en la crisis que se prolonga desde abril. El gobierno ha cerrado 331 fábricas, dejando en la calle a 85.000 trabajadores, muchos de los cuales se suman a la línea bolchevique, única que exige el cumplimiento de sus demandas. El capital extranjero interviene en Rusia a través de un préstamo de 325 millones de dólares, que no serán dirigidos a satisfacer las necesidades del pueblo sino a la compra de armas y pertrechos militares. La consecuencia de los despidos es el fortalecimiento de los sindicatos, controlados en su mayoría por los bolcheviques. La conferencia de los sindicatos de toda Rusia recibe la participación de 211 delegados, que representan casi a millón y medio de trabajadores. Estas medidas producen multitudinarias movilizaciones, en las que participan miles de obreros, que se articulan con los campesinos y soldados gracias a la activa organización de los bolcheviques. La manifestación del 18 de junio viene a ser expresión del esfuerzo revolucionario del partido bolchevique, que con una táctica pacífica ha venido agrupando a más sectores de la sociedad. La claridad programática de sus frutos y las consignas bolcheviques tienen la hegemonía en las movilizaciones.

A lo largo de los cuatro meses de la revolución burguesa, Lenin plantea una táctica pacífica de crecimiento y concentración de las fuerzas, apostando a la toma progresiva del control en los Soviets para desplazar a los reformistas. Esta práctica ha sido

exitosa gracias a la observación atenta de la realidad cambiante y al análisis del poder manifestado por las fuerzas en pugna. Los sucesos posteriores al 18 de junio serán un punto de quiebre en el desarrollo de la revolución, conduciendo al cambio de la táctica empleada.

III

Entre el 18 de junio y el 6 de julio, Rusia se ve convulsionada por manifestaciones violentas que conducen a un intento para tomar el poder en Petrogrado. Lenin analiza las dos crisis, la del 18 de junio y la del 3 y 4 de julio; ambas guardan una estrecha relación con la crisis de abril. En esos días, lo que inicia con una movilización de 400.000 personas se convierte en un alzamiento popular protagonizado por el Regimiento de Ametralladoras de la capital. En medio de los acontecimientos el partido bolchevique debate sobre la toma del poder, y a pesar de considerar que no es el momento adecuado para llevarla a cabo, decide asumir la dirección de la insurrección, entendiendo que no se debe dejar a la deriva.

Lenin, que ha seguido el desarrollo de las acciones, considera que no hay condiciones objetivas para tomar el poder y se lo advierte a quienes convocan las manifestaciones. Sin embargo, la forma como suceden las cosas empuja al partido bolchevique a asumir su papel histórico en la conducción de todo el proceso, aunque no lo ha iniciado y no ha participado en las movilizaciones del 3 de julio. Ese mismo día, si bien los bolcheviques expresan su intención de abstenerse y no salir a las calles, cerca de las once de la noche llaman a que todo el poder sea transferido de manera pacífica a los Soviets. De acuerdo con las declaraciones del partido y su principal dirigente, la intención es transformar lo que es una acción violenta en una organización pacífica para la transferencia del poder a los obreros, soldados y campesinos. Este cambio de posiciones demuestra cómo el análisis objetivo de la situación concreta permite tomar decisiones rápidas, acordes al desarrollo de los acontecimientos y el sentido del momento histórico.

Aun previendo lo que iba a suceder, los bolcheviques no pueden hacerse a un lado y asumen las consecuencias de las acciones. La crisis que culmina el 6 de julio es aprovechada por los sectores más reaccionarios, que llevando a cabo una contrarrevolución disuelven el poder de los Soviets y conducen al Gobierno provisional a una dictadura militar. Este balance es presentado por Lenin en «La situación política», donde afirma que la consigna «Todo el poder a los Soviets» ya no tiene sentido, una vez que los mencheviques y eseristas han entregado la dirección de la organización a la contrarrevolución. Ahí, por primera vez asoma la insurrección armada como única solución posible a la crisis. Esa conclusión no representa un llamado aventurista a la acción inmediata sino a la preparación de toda la población, que inicia con la toma de conciencia respecto a la ausencia de salidas constitucionales o republicanas. Hay que crear las condiciones para la insurrección.

Los acontecimientos de 1917 expresaron una disputa por el poder que Lenin fue sintetizando ante cada suceso, no solo a través de categorías teóricas sino a partir del análisis de las circunstancias concretas. Luego del punto de inflexión de julio, sentencia el fin de la etapa pacífica en el paso del poder a los Soviets, que ya no tiene un sentido real si la dualidad de poderes ha terminado y el poder absoluto recae sobre los militares administradores de los intereses de la clase burguesa. La revolución requiere un análisis continuo de las relaciones de poder para descifrar en quiénes recae el poder del Estado y cuáles intereses de clase representa. Si el Estado está constituido principalmente por el ejército y otros apéndices armados, así como demás mecanismos de control social directo e indirecto, luego del punto de inflexión ese pilar del Estado se fortaleció, tomando todo en sus manos con el apoyo de la burguesía y el silencio cómplice de los partidos pequeñoburgueses.

En su artículo «Tres crisis» Lenin reflexiona sobre el carácter de la revolución a la luz de los distintos sucesos, que se expresa no en un golpe definitivo, sino en distintas manifestaciones que suben o bajan los niveles del conflicto entre los sectores más radicales, dejando fuera del juego a los elementos más moderados. La lucha

de clases se agudiza en tiempos revolucionarios, expresándose como «un estallido simultáneo de revolución y contrarrevolución». Estas son «Las enseñanzas de la revolución», que vista como un proceso complejo irá arrojando distintos elementos para comprender la dinámica histórica, quedando en evidencia las relaciones de clase, los pactos y el conflicto imperialista, llevando a la conclusión de que no hay salida a través de alianzas con la burguesía.

Después de que el partido bolchevique fuera proscrito y sus dirigentes perseguidos, Lenin pasa a la clandestinidad y finalmente al exilio en Finlandia. El seguimiento detallado de la situación hace que muchas veces escriba documentos en los que reflexiona sobre sucesos que cuando son publicados ya han cambiado. A finales de julio Kerenski entrega el gobierno a los militares conservadores, nombrando al general Lavr Kornílov comandante en jefe de las Fuerzas Armadas Rusas, quien de inmediato presenta una serie de reformas, suponiendo un giro radical hacia la derecha. Los conflictos internos desembocan en la destitución del general el 26 de agosto, pero el rechazo a su destitución conduce a un alzamiento militar que termina con el arresto de Kornílov el primero de septiembre.

La participación de los bolcheviques es determinante para derrotar el golpe de Estado. El Gobierno provisional se ve obligado a entregar las armas a los obreros, quienes en ese momento siguen en su mayoría las directrices bolcheviques. Durante esos meses el partido bolchevique pasa de 80.000 a 240.000 miembros y la orientación fundamental es enfrentar a Kornílov, rechazando por igual una alianza con Kerenski. Es una circunstancia especialmente útil para dejar en evidencia las debilidades del gobierno y exigir la toma de decisiones revolucionarias. Lenin sigue atento el desarrollo de las acciones durante esos días turbulentos, definiendo, revisando y replanteando la táctica cada vez que resulta necesario.

En «Acerca de los compromisos» reflexiona sobre la coyuntura y la posibilidad de establecer acuerdos con los eseristas y mencheviques para la constitución de un gobierno de los Soviets en todo el territorio. Esas negociaciones se deben hacer siempre y cuando se mantengan fielmente los principios «en la medida en que sea inevitable». En el contexto general de la estrategia, inicialmente

la táctica pacífica dio paso al llamado insurreccional, que tiene un paréntesis luego de la derrota de Kornílov. La dinámica se desarrolló tan rápido que cuando el texto fue publicado, la posibilidad pacífica de tomar el poder se había esfumado. Sin embargo, queda expuesta una vez más la capacidad de análisis de Lenin. El líder soviético está dispuesto a modificar radicalmente la táctica, de acuerdo con el desarrollo de los hechos.

A mediados de septiembre son ratificadas las ideas presentadas en las «Cartas desde lejos», dando fe de la coherencia discursiva de sus principios para la acción revolucionaria. El problema fundamental de la revolución continúa siendo la toma del poder estatal, respecto a lo cual no debe haber vacilaciones. La concepción del poder y su administración se dirige hacia la toma total de los aparatos del Estado por parte de los Soviets, a quienes debe pasar su administración directa. La estrategia central de la revolución se ha mantenido en el tiempo, la táctica ha ido cambiando de acuerdo con el desarrollo de la situación concreta. Esto, que ya lo tenía claro Lenin antes de 1917, ha sido comprobado prácticamente en los seis meses de revolución burguesa. Luego, también en septiembre, elaborará un trabajo programático fundamental para aclarar la situación en los meses previos a la toma del poder. Las principales medidas revolucionarias, necesarias para enfrentar «La catástrofe», son presentadas extensamente en un texto que reitera la capacidad analítica de su autor.

Septiembre no solo es un mes de reflexiones, el proceso social continúa modificando las circunstancias. El Gobierno provisional declara la República, desesperado por calmar el conflicto y parar el crecimiento de los bolcheviques, que han logrado conquistar la mayoría en el Soviet. En ese contexto, Lenin escribe a sus compañeros para ratificar la estrategia: hay que prepararse para la toma del poder, así lo evidencia la conquista de la mayoría, no solo en los Soviets sino en la Duma, en cuyas elecciones los bolcheviques pasan del once al cincuenta por ciento de los votos. El partido bolchevique aumenta sus filas a 400.000 miembros y las organizaciones obreras agrupan a dos millones de trabajadores, seiscientos mil de los cuales están en Petrogrado.

En el seno del Comité Central del partido se desarrolla una álgida discusión, que mueve a Lenin a la ciudad de Razliv, mucho más cerca de la capital rusa. Algunos miembros de la dirección del partido apuestan a la participación en el Anteparlamento y apoyan el proceso constituyente convocado por el gobierno. Una serie de cartas escritas por Lenin a sus compañeros recoge sus posiciones en aquel debate y muestra la forma como lleva la discusión con los camaradas, especialmente con Lev Kámenev y Grigori Zínoviev. La hegemonía lograda y expresada en la obtención de las mayorías ha sido el resultado del trabajo táctico del partido dirigido a la toma del poder, que solo es posible por medio de una insurrección armada, no porque sea un capricho sino porque así lo demuestran las circunstancias. La construcción colectiva de una política revolucionaria, a través de la definición de una estrategia y las tácticas acordes para lograrla, produce distintas posiciones en el seno de la militancia, que deben resolverse apelando a un debate con argumentos basados en el análisis de las condiciones históricas del momento, no a través de maniqueísmos teóricos.

IV

El liderazgo de Lenin, producto tanto de su práctica como de su pensamiento, triunfa en el seno del partido y la organización obrera. En los primeros días del mes de octubre se prepara la insurrección armada y el 24 de octubre el partido bolchevique moviliza una fuerza de casi 200.000 soldados. Alexandr Kerenski escapa a mediados de ese mismo día y en la madrugada del 25, las fuerzas revolucionarias toman el Palacio de Invierno. El triunfo de la revolución es posible gracias a la organización de los obreros, campesinos y soldados, a partir de la consolidación de una estrategia llevada a cabo por medio de las tácticas que se desarrollaron al calor de la situación concreta entre febrero y octubre de 1917.

Pocas horas después de la toma del gobierno se instaló el II Congreso de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados de toda Rusia. Los primeros días de la revolución transcurrieron al calor de un intenso debate que condujo a la toma de importantes decisiones en correspondencia con el programa y las demandas del

pueblo ruso. Los sujetos protagónicos del proceso que inicia ese día son identificados desde el comienzo, a través de un llamado a los obreros, campesinos y soldados. Lo primero que se decreta es la paz, por medio de un llamado a los países beligerantes a negociar, sin conversaciones secretas. La revolución debe ser transparente. El segundo decreto corresponde a la tierra, que ha de pasar inmediatamente a manos de los campesinos, poniéndose fin a la propiedad terrateniente. El trabajo es el sustento de la vida y no la propiedad. Unos días después será publicado el decreto sobre el control obrero, tema que junto a la paz y la tierra, demuestra el cumplimiento sin demoras de los compromisos adquiridos.

La alianza obrero-campesina es prioritaria para consolidar el poder, a ella Lenin le dedica varios discursos y trabajo político. Los dos últimos meses del año 1917 son muy agitados, falta consolidar el triunfo en todo el territorio y se enfrenta la arremetida de la contrarrevolución. Sin embargo, el gobierno revolucionario no deja de atender distintos temas, entre ellos el de la libertad de prensa, respecto a la cual es redactado un decreto atendiendo a la propiedad privada de los medios y los intereses de clase que expresan. El gobierno discute sobre la nacionalización de la banca y presenta un primer borrador, lo mismo sucede con el problema de la vivienda. Es muy significativo que el último documento que recoge este libro corresponde al decreto por el que se llama a la conformación de los Comités locales de abastecimiento. Son tiempos convulsos, de acción, organización y resoluciones inmediatas.

Durante los once meses desde el derrocamiento del zar, se va desarrollando el conflicto en distintos niveles, que serán identificados por Lenin, casi día a día. En ocho meses el Partido bolchevique consolida su posición dentro de la sociedad rusa, logra la mayoría y conforma una hegemonía total. La agudización de las contradicciones se produce a la par que los intereses de clase chocan irremediabilmente. La táctica revolucionaria que se establece en ese tiempo responde al análisis situacional a través del cual Lenin pudo identificar los distintos poderes en pugna y la dinámica de cada fuerza. Esa táctica se caracterizó en una primera etapa por la toma pacífica del poder, mientras la dualidad podía resolverse a favor de

los Soviets, luego de que la posición bolchevique se consolidara en ellos. Después de la crisis de julio la táctica pasa a ser la insurrección armada, que no es automática sino que deben ser creadas las condiciones para ella. Ese viraje no evitó que en determinados momentos se dieran las condiciones para el paso pacífico del poder a los Soviets, aunque duraran muy poco. La toma del poder era una estrategia que pasaba por la construcción de una mayoría y para eso fue clave la claridad programática de los bolcheviques, producto del análisis en buena medida realizado por Lenin. Claro que son las circunstancias las que terminan conduciendo la revolución, pero el liderazgo del partido va definiendo la táctica que responde a dichas circunstancias. Todo este proceso demostró la certeza tras la intuición que Lenin rescata de Kautsky. La revolución será más parecida a una guerra civil prolongada que a un asalto por sorpresa. La revolución no inicia ni culmina con la toma del poder y la experiencia rusa es testimonio de ello. En 1918 inicia una larga guerra civil, que puso en práctica la visión de Lenin respecto al ejército popular y otros temas anunciados antes de tomar el gobierno.

Frente a las afirmaciones de la academia, pero también de muchos intelectuales de izquierda, la Revolución Bolchevique tiene muchas lecciones que darnos y el pensamiento de Vladimir Ilich Uliánov tiene mucho que decir en nuestro tiempo. Lenin es un interlocutor vigente para las nuevas generaciones, quien supo hacer del marxismo un horizonte de sentido que cobra actualidad a partir del análisis concreto de la situación concreta. Esta antología de textos es una invitación a la reflexión y la acción, en tiempos en los que el viejo topo sigue avanzando.

MANUEL AZUAJE REVERÓN

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

Los textos que recoge la presente antología han sido seleccionados para conmemorar el Centenario de la Revolución Bolchevique, esperando sea la pluma de Lenin la que nos ayude a comprender un proceso histórico que se desarrolló a lo largo de 1917.

Para su realización hemos utilizado las ediciones de Editorial Progreso, coordinadas por el Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al Comité Central del Partido Comunista Ruso de la Unión Soviética. La mayoría de los textos proceden de las ediciones digitalizadas de dicha editorial, particularmente de los tomos VI y VII de las *Obras completas* y el tomo II de las *Obras escogidas* de V.I. Lenin. En todos los casos comparadas con la edición en físico de las *Obras completas*. Cuando un artículo no corresponda a las dos fuentes mencionadas, se señalará su procedencia al inicio del mismo.

Hemos decidido no incorporar *El Estado y la Revolución* y la edición completa de las *Tesis de Abril*, en ambos casos debido a su extensión y al hecho de que constituyen libros que se publican de manera independiente, siendo estudiados como tal.

Para esta edición hemos unificado todos los nombres personales y mantenido las cursivas, en correspondencia con el estilo del autor. A su vez, hemos reproducido aquellas notas de Editorial Progreso que consideramos complementan el contexto histórico, y redactado las necesarias para ese mismo fin, así como un glosario de nombres y una cronología para esta edición.

Primera parte

Reflexiones desde el exilio

Enero - Marzo

PACIFISMO BURGUÉS Y PACIFISMO SOCIALISTA¹

ARTÍCULO (O CAPÍTULO) I UN VIRAJE EN LA POLÍTICA MUNDIAL

Hay síntomas de que tal viraje se produjo o está a punto de producirse. Se trata, concretamente, del viraje de la guerra imperialista a la paz imperialista.

He aquí los síntomas principales: ambas coaliciones imperialistas están, sin duda, muy extenuadas; se ha hecho difícil continuar la guerra; es difícil para los capitalistas, en general, y para el capital financiero, en particular, desplumar a los pueblos más sustancialmente de lo que ya lo hicieron en forma de escandalosas ganancias «de guerra»; el capital financiero de los países neutrales, Estados Unidos, Holanda, Suiza, etc., que obtuvo enormes ganancias de la guerra y al que no es fácil continuar este «ventajoso» negocio por escasez de materias primas y de víveres, está saciado; Alemania empeña tenaces esfuerzos por inducir a uno u otro aliado de Inglaterra, su principal rival imperialista, a que la abandone; el gobierno alemán ha hecho declaraciones pacifistas, a las que han seguido declaraciones similares de varios gobiernos de países neutrales.

¿Existen probabilidades de una pronta terminación de la guerra?

Es muy difícil dar una respuesta positiva a esta pregunta. A nuestro parecer, se perfilan dos posibilidades bastante claras:

¹ El artículo se preparó para ser publicado en el periódico *El Nuevo Mundo* (*Novi Mir*), que editaban los socialistas rusos radicados en Nueva York. Pero finalmente no salió publicado, sin embargo en el número 58 de *Sotsial-Demokrat*, del 21 de enero de 1917, se publicaron sus dos primeros capítulos bajo el título «Un viraje en la política mundial» [N. del E.].

Primera, la conclusión de una paz por separado entre Alemania y Rusia, aunque quizá no en la forma corriente de un tratado formal por escrito. Segunda, esa paz no se concluye; Inglaterra y sus aliados todavía están en condiciones de aguantar uno o dos años más, etc. En el primer *caso* la guerra terminaría con seguridad, si no inmediatamente, en un futuro muy próximo, y no se pueden esperar cambios importantes en su curso. En el segundo caso la guerra podría continuar indefinidamente.

Examinemos el primer caso.

Es indudable que se estuvo negociando recientemente una paz por separado entre Alemania y Rusia; que el propio Nicolás II o la influyente camarilla palaciega son partidarios de una paz semejante; que en la política mundial se perfila un viraje de la alianza imperialista entre Rusia e Inglaterra contra Alemania, hacia una alianza, no menos imperialista, entre Rusia y Alemania contra Inglaterra.

La sustitución de Shtiórmer por Trépov, la declaración pública del zarismo de que el «derecho» de Rusia sobre Constantinopla ha sido reconocido por todos los aliados y la creación por Alemania de un Estado polaco separado parecen indicios de que las negociaciones sobre una paz por separado terminaron en un fracaso. ¿Quizás el zarismo sostuvo estas negociaciones *solo* para extorsionar a Inglaterra, para lograr de ella un reconocimiento formal e inequívoco del «derecho» de Nicolás el Sanguinario sobre Constantinopla y ciertas garantías «de peso» de ese derecho?

Esta suposición no tiene nada de improbable, dado que el propósito principal, fundamental, de la actual guerra imperialista, es el reparto del botín entre los tres principales rivales imperialistas, entre los tres bandoleros: Rusia, Alemania e Inglaterra.

Por otra parte, mientras más claro es para el zarismo que no existe posibilidad práctica militar de recuperar Polonia, conquistar Constantinopla, romper el férreo frente de Alemania, que esta endereza, reduce y refuerza magníficamente con sus recientes victorias en Rumania, más *se ve obligado* el zarismo a concluir una paz por separado con Alemania, *esto es*, a trocar su alianza imperialista con Inglaterra contra Alemania por una alianza imperialista con Alemania contra Inglaterra. ¿Por qué no? ¿No estuvo acaso Rusia al

borde de una guerra con Inglaterra debido a la rivalidad imperialista de ambas potencias por reparto del botín en Asia Central? ¿Y no estuvieron, acaso, Inglaterra y Alemania negociando una alianza contra Rusia, en 1898? ¿Acordaron entonces, secretamente, repartirse las colonias portuguesas en la «eventualidad» de que Portugal no cumpliera sus obligaciones financieras!

La tendencia creciente entre los círculos imperialistas dirigentes de Alemania hacia una alianza con Rusia contra Inglaterra estaba ya claramente definida varios meses atrás. La base de esta alianza, evidentemente, ha de ser el reparto de Galitzia (es muy importante para el zarismo estrangular el centro de la agitación ucraniana y de la libertad ucraniana), de Armenia y *¡quizá de Rumania!* En efecto, ¡en un diario alemán se deslizó la «insinuación» de que Rumania podría ser repartida entre Austria, Bulgaria y Rusia! Alemania podría acordar algunas «concesiones menores» al zarismo, a cambio de una alianza con Rusia y quizá también con Japón, contra Inglaterra.

Una paz por separado entre Nicolás II y Guillermo II pudo haber sido concluida en secreto. Ha habido casos, en la historia de la diplomacia, de tratados que nadie conocía, ni siquiera los ministros, a excepción de dos o tres personas. En la historia de la diplomacia ha habido casos de «grandes potencias» que se reunían en congresos «europeos», después que los principales rivales habían decidido, entre ellos, secretamente, las cuestiones fundamentales (por ejemplo, el acuerdo secreto entre Rusia e Inglaterra para saquear Turquía antes del Congreso de Berlín de 1878). ¡No tendría nada de sorprendente que el zarismo rechazara una paz formal por separado entre los gobiernos, considerando, entre otras cosas, que dada la situación actual en Rusia, Miliukov y Guchkov o Miliukov y Kerenski podrían apoderarse del gobierno, y que, al mismo tiempo, concluyera un tratado secreto, informal, pero no menos «sólido» con Alemania, estipulando que las dos «altas partes contratantes» seguirían juntas una *determinada* política en el futuro congreso de paz!

Es imposible decir si esta suposición es o no cierta. De todos modos está mil veces más cerca de la *verdad*, es una descripción mucho mejor del *real estado de cosas* que las continuas frases melifluas sobre la paz que intercambian los gobiernos actuales o cualquier

gobierno burgués, basadas en el rechazo de las anexiones, etc. Esas frases son, o bien ingenuos deseos, o bien hipocresía y mentiras destinadas a ocultar la verdad. Y la verdad del momento actual, de la guerra actual, de las actuales tentativas de concluir la paz, consiste *en el reparto del botín imperialista*. Ese es el *quid*, y comprender esta verdad, manifestarla, «mostrar el real estado de cosas» es la tarea fundamental de la política socialista, a diferencia de la política burguesa, cuyo objetivo principal es ocultar, disimular esta verdad.

Ambas coaliciones imperialistas se apoderaron de una determinada cantidad de botín, y los dos principales y más fuertes bandoleros, Alemania e Inglaterra, fueron los que más arrebataron. Inglaterra no perdió un palmo de su territorio ni de sus colonias; «adquirió» las colonias alemanas y parte de Turquía (Mesopotamia). Alemania perdió casi todas sus colonias, pero adquirió territorios incommensurablemente más valiosos en Europa, al apoderarse de Bélgica, Serbia, Rumania, parte de Francia, parte de Rusia, etc. Ahora se lucha por el reparto de ese botín, y el «cabecilla» de cada banda de ladrones, es decir, Inglaterra y Alemania, en cierto grado debe recompensar a sus aliados, los cuales, a excepción de Bulgaria y en menor medida Italia, sufrieron pérdidas muy grandes. Los aliados más débiles fueron los que más perdieron: en la coalición inglesa: Bélgica, Serbia, Montenegro, Rumania fueron aplastados; en la coalición alemana, Turquía perdió Armenia y parte de la Mesopotamia.

Hasta ahora el botín de Alemania es, indudablemente, mucho mayor que el de Inglaterra. Hasta ahora ha vencido Alemania, demostró ser mucho más fuerte de lo que se previera antes de la guerra. Por lo tanto, como es natural, a Alemania le convendría *concluir la paz* cuanto antes, pues su rival aún podría, de ofrecérsele la oportunidad más ventajosa concebible (aunque poco probable), movilizar una más numerosa reserva de reclutas, etc.

Tal es la situación *objetiva*. Tal es la situación actual en la lucha por el reparto del botín imperialista. Es muy natural que *esta* situación dé lugar a tendencias, declaraciones y manifestaciones pacifistas, primero entre la burguesía y los gobiernos de la coalición alemana y, luego, de los países neutrales. Es igualmente natural que la burguesía y sus gobiernos se vean obligados a hacer todos los

esfuerzos imaginables para engañar a los pueblos, para encubrir la horrible desnudez de una paz imperialista —el reparto del botín— mediante frases enteramente falsas sobre una paz democrática, la libertad de las naciones pequeñas, la reducción de los armamentos, etcétera.

Pero si es natural que la burguesía trate de engañar a los pueblos, ¿de qué manera cumplen su deber los socialistas? De esto nos ocuparemos en el próximo artículo (o capítulo).

ARTÍCULO (O CAPÍTULO) II EL PACIFISMO DE KAUTSKY Y DE TURATI

Kautsky es el teórico de mayor autoridad de la II Internacional, el más destacado dirigente del llamado «centro marxista» en Alemania, el representante de la oposición que organizó en el Reichstag un grupo aparte: el Grupo Socialdemócrata del Trabajo (Haase, Ledebour y otros). En varios periódicos socialdemócratas de Alemania se publican ahora artículos de Kautsky sobre las condiciones de paz, parafraseando la declaración oficial del Grupo Socialdemócrata del Trabajo sobre la conocida nota del gobierno alemán que proponía negociar la paz. La declaración que exhorta al gobierno a proponer determinadas condiciones de paz contiene la siguiente frase característica:

... Para que dicha nota (del gobierno alemán) conduzca a la paz, todos los países deben renunciar inequívocamente a toda idea de anexarse territorios ajenos, de someter política, económica o militarmente a cualquier pueblo de otro Estado...

Kautsky parafrasea y concreta este aserto y «demuestra» circunstanciadamente en sus artículos que Constantinopla no debe pasar a poder de Rusia y que Turquía no debe convertirse en Estado vasallo de nadie.

Examinemos más atentamente esas consignas y esos argumentos políticos de Kautsky y de sus correligionarios.

Cuando se trata de Rusia, es decir, el rival imperialista de Alemania, Kautsky no plantea exigencias abstractas o «generales»,

sino una exigencia muy concreta, precisa y determinada: Constantinopla no debe pasar a poder de Rusia. Con ello *desenmascara* las *verdaderas* intenciones imperialistas... de Rusia. Sin embargo, cuando se trata de Alemania, es decir, del país en el cual la mayoría del partido que no deja de considerar a Kautsky un afiliado suyo (y que lo nombró director de su principal órgano teórico, *Die Neue Zeit*²), ayuda a la burguesía y al gobierno a hacer una guerra imperialista, Kautsky *no* desenmascara las intenciones imperialistas *concretas* de su *propio* gobierno, sino que se limita a un deseo o una proposición «general»: ¡Turquía no debe convertirse en Estado vasallo de nadie!

¿En qué se distingue, en esencia, la política de Kautsky de la de los, por así decirlo, socialchovinistas belicosos (es decir, socialistas de palabra, pero chovinistas en los hechos) de Francia e Inglaterra? Desenmascaran francamente los actos imperialistas concretos de Alemania y al mismo tiempo no van más allá de los deseos o proposiciones «generales» cuando se trata de países y de pueblos conquistados por Inglaterra y Rusia. Gritan a propósito de la ocupación de Bélgica y Serbia, pero no dicen nada sobre la incautación de Galitzia, de Armenia y de las colonias africanas.

En realidad, tanto la política de Kautsky como la de Sembat y Henderson ayudan a *sus respectivos* gobiernos imperialistas, centrando la atención en la perversidad de su rival y enemigo y arrojando un velo de frases vagas, generales y de deseos bondadosos en torno de la conducta *igualmente* imperialista de «*su propia*» burguesía. Dejaríamos de ser marxistas, dejaríamos de ser socialistas en general, si nos limitáramos a una contemplación cristiana, por así decirlo, de la benvolencia de las bondadosas frases generales y nos abstuviéramos de desenmascarar su significado político *real*. ¿Acaso no vemos continuamente a la diplomacia de todas las potencias imperialistas hacer alarde de magnánimas frases «generales» y de declaraciones «democráticas», a fin de *encubrir* el saqueo, la violación y el estrangulamiento de las naciones pequeñas?

² *El Nuevo Tiempo*: fue el periódico teórico del Partido Socialdemócrata de Alemania, se publicó entre 1883 y 1923. Karl Kautsky asumió la edición en 1917 [N. del E.].

«Turquía no debe convertirse en Estado vasallo de nadie...». Si no digo más que eso, parece que soy partidario de la total libertad de Turquía. Pero en realidad no hago más que repetir una frase que pronuncian habitualmente los diplomáticos alemanes que mienten y recurren a la hipocresía *deliberadamente*, y que utilizan esa frase para encubrir *el hecho* de que Alemania *ya* ha convertido a Turquía en su vasallo financiero y militar! Y si yo soy un socialista alemán, mis frases «generales» solo podrán *beneficiar* a la diplomacia alemana, porque su significado real es que *embellecen* al imperialismo alemán. «... Todos los países deben renunciar a la idea de las anexiones (...), del sometimiento económico de cualquier pueblo...».

¡Cuánta generosidad! Miles de veces los imperialistas «han renunciado a la idea» de las anexiones y al estrangulamiento financiero de las naciones débiles, pero ¿no convendría comparar esas renunciaciones con *los hechos* que demuestran que cualquier gran banco de Alemania, Inglaterra, Francia o Estados Unidos tiene «*sometidas*» a naciones pequeñas? ¿Puede, acaso, un gobierno burgués actual de un país rico renunciar *realmente* a las anexiones y al sometimiento económico de pueblos extranjeros, cuando se han invertido miles y miles de millones en los ferrocarriles y otras empresas de las naciones débiles?

¿Quiénes luchan realmente contra las anexiones, etc.? ¿Aquellos que lanzan hipócritamente frases generosas que, objetivamente, significan lo mismo que el agua bendita cristiana con que se rocía a los ladrones coronados y capitalistas? ¿O aquellos que explican a los obreros que, sin derrocar a la burguesía imperialista y a sus gobiernos, es imposible poner fin a las anexiones y al estrangulamiento financiero?

He aquí un ejemplo italiano del tipo de pacifismo que predica Kautsky.

En el órgano central del Partido Socialista Italiano, *Avanti!*³, del 25 de diciembre de 1916, el conocido reformista Felipe Turati publicó un artículo titulado «Abracadabra». El 22 de noviembre de 1916 —dice— el grupo socialista presentó, en el Parlamento ita-

³ *¡Adelante!*, histórico periódico del Partido Socialista Italiano fundado en el año 1896 [N. del E.].

liano, una moción sobre la paz. Declaró «su conformidad con los principios proclamados por los representantes de Inglaterra y Alemania, principios que deberían constituir la base de una posible paz, e invitó al gobierno a iniciar negociaciones de paz con la mediación de Estados Unidos y otros países neutrales». Esta es la versión de Turati de la proposición socialista.

El 6 de diciembre de 1916 la Cámara «entierra» la resolución socialista, «postergando» el debate en torno a ella. El 12 de diciembre el canciller alemán propone en el Reichstag la mismísima cosa que habían propuesto los socialistas italianos. El 22 de diciembre Wilson publica su nota, que, según F. Turati, «parafrasea y repite las ideas y los argumentos de la proposición socialista». El 23 de diciembre otros Estados neutrales salen a la palestra y parafrasean la nota de Wilson.

Nos acusan de habernos vendido a Alemania, exclama Turati. ¿Se han vendido también a Alemania Wilson y los países neutrales?

El 17 de diciembre Turati pronunció un discurso en el Parlamento, uno de cuyos pasajes provocó una desacostumbrada y merecida sensación. He aquí ese pasaje, según la información de *Avanti!*:

«... Supongamos que en una discusión parecida a la que propone Alemania sea posible resolver, en lo fundamental, cuestiones tales como la evacuación de Bélgica y Francia, la restauración de Rumania, Serbia y, si se quiere, de Montenegro; yo agregaría la rectificación de las fronteras italianas en lo que se refiere a lo indiscutiblemente italiano y que corresponde a garantías de carácter estratégico...». En este punto, la Cámara burguesa y chovinista interrumpió a Turati, y de todas partes se oyen exclamaciones: «¡Magnífico! ¡De modo que también usted quiere todo eso! ¡Viva Turati! ¡Viva Turati!...».

Por lo visto, Turati comprendió que algo no estaba bien en ese entusiasmo burgués y trató de «corregirse» o «explicarse»:

«... Señores —dijo—, no es momento para bromas inoportunas. Una cosa es admitir la conveniencia y el derecho de la unidad na-

cional, que siempre hemos reconocido; pero es algo muy diferente provocar o justificar la guerra por ese motivo».

Pero ni la «explicación» de Turati, ni los artículos de *Avanti!* defendiéndolo, ni la carta de Turati del 21 de diciembre, ni el artículo de un tal «bb» aparecido en el *Volksrecht*⁴ de Zúrich pueden «enmendar» o suprimir el hecho de que ¡*Turati enseñó la oreja!*... O, más correctamente, no solo Turati, enseñó la oreja todo el pacifismo socialista, representado también por Kautsky y, como veremos más adelante, por los «kautskianos» franceses. La prensa burguesa de Italia tuvo razón cuando recogió ese pasaje del discurso de Turati regocijándose al respecto.

El mencionado «bb» intentó defender a Turati arguyendo que éste solo aludía al «derecho de autodeterminación de las naciones».

¡Pobre defensa! ¿Qué tiene que ver esto con el «derecho de autodeterminación de las naciones», que, como todos saben, se refiere en el programa de los marxistas —y siempre se ha referido en el programa de la democracia internacional— a la defensa de los pueblos *oprimidos*? ¿Qué tiene que ver con el «derecho de autodeterminación de las naciones» la guerra imperialista, es decir, una guerra por el reparto de colonias, una guerra por *la opresión* de otros países, una guerra *entre* potencias rapaces y opresoras, para decidir *cuál* de ellas oprimirá *más* naciones extranjeras?

¿En qué se diferencia este argumento de la autodeterminación de las naciones usado para justificar una guerra imperialista, y no una guerra nacional, de los discursos de Aléxinski, Hervé, Hyndman? Ellos oponen *la república* en Francia a la monarquía en Alemania, aunque todos saben que esta guerra no se debe al conflicto entre los principios republicanos y monárquicos, sino que es una guerra entre dos coaliciones imperialistas por el reparto de las colonias, etc.

Turati explicó y alegó que él *de ninguna manera* «justifica» la guerra.

Admitamos las explicaciones del reformista y kautskiano Turati, de que no fue su *intención* justificar la guerra, ¿pero quién ignora

⁴ *Los Derechos del Pueblo*, periódico socialdemócrata sindical fundado en el año 1898 en Zurich; circuló hasta el año 1997 [N. de E.].

que en política no son las intenciones lo que cuenta, sino los actos, no las buenas intenciones, sino los hechos, no lo imaginario, sino lo real?

Admitamos que Turati no haya querido justificar la guerra, que Kautsky no haya querido justificar que Alemania hiciera de Turquía un país vasallo del imperialismo alemán. Pero *el hecho* sigue siendo que estos dos bondadosos pacifistas *¡justificaron la guerra!* Este es el fondo del asunto. Si Kautsky hubiera declarado que «Constantinopla no debe pasar a poder de Rusia, Turquía no debe ser un Estado vasallo de nadie», no en una revista, tan aburrida que nadie la lee, sino en el Parlamento, ante un público burgués vivaz, impresionable, de temperamento meridional, no habría sido sorprendente que los ingeniosos burgueses exclamaran: «¡Magnífico! ¡Bien dicho! ¡Viva Kautsky!».

Lo quisiera o no, deliberadamente o no, lo cierto es que expuso el punto de vista de un comisionista burgués al proponer un arreglo amistoso entre los piratas imperialistas. La «liberación» de las regiones italianas pertenecientes a Austria sería, *en la práctica*, una recompensa disimulada a la burguesía italiana por su participación en la guerra imperialista de una gigantesca coalición imperialista. Sería una migaja que se sumaría al reparto de colonias en África, y zonas de influencia en Dalmacia y Albania. Es natural, quizá, que el reformista Turati adopte un punto de vista burgués, pero Kautsky en realidad no se diferencia absolutamente en nada de Turati.

Para no embellecer la guerra imperialista y no ayudar a la burguesía a hacerla pasar falsamente por una guerra nacional, por una guerra de liberación de los pueblos, para no deslizarse a la posición del reformismo burgués, hay que hablar, no con el lenguaje de Kautsky y Turati, sino con el lenguaje de Karl Liebknecht: decir a la *propia* burguesía que es hipócrita cuando habla de liberación nacional, que esta guerra no puede terminar en una paz democrática, a no ser que el proletariado «vuelva sus armas» contra *sus propios* gobiernos.

Esta es la única posición posible de un verdadero marxista, de un verdadero socialista y no de un reformista burgués. No trabajan realmente en beneficio de una paz democrática aquellos que repitan los bondadosos y generales deseos del pacifismo, que nada dicen y a nada obligan. Solo trabaja para esa paz quien desenmascara el carácter imperialista de la guerra actual y de la paz imperialista que se

está preparando y llama a los pueblos a una revolución contra los gobiernos criminales.

Algunos tratan a veces de defender a Kautsky y a Turati diciendo que, legalmente, no podían más que «insinuar» su oposición al gobierno; y, por cierto, los pacifistas de esa clase hacen tales «insinuaciones». A esto hay que contestar, primero, que la imposibilidad de decir legalmente la verdad no es un argumento a favor del ocultamiento de la verdad, sino a favor de la necesidad de crear una organización y una prensa ilegales, libres de la vigilancia policial y de la censura; segundo, que existen momentos históricos en que al socialista se le *exige* que rompa con toda legalidad; tercero, que aun en la época de la servidumbre en Rusia, Dobroliúbov y Chernyshevski se ingeniaban para decir la verdad ora con su silencio, como a propósito del Manifiesto del 19 de febrero de 1861⁵, ora ridiculizando y fustigando a los liberales de entonces que pronunciaban discursos idénticos a los de Turati y Kautsky.

En el próximo artículo nos ocuparemos del pacifismo francés, que halló expresión en las resoluciones aprobadas por los dos congresos de organizaciones obreras y socialistas de Francia, recientemente celebrados.

ARTÍCULO (O CAPÍTULO) III EL PACIFISMO DE LOS SOCIALISTAS Y SINDICALISTAS FRANCESES

Acaban de celebrarse los congresos de la C.G.T. francesa (Confédération Générale du Travail⁶) y del Partido Socialista Francés⁷. En

⁵ Reforma campesina realizada por el Zar, finalmente terminó beneficiando a los latifundistas [N. del E.].

⁶ Unión de los sindicatos de toda Francia constituida en 1895. En el período de la Primera Guerra Mundial el núcleo directivo de la Confederación General del Trabajo se colocó al lado de los imperialistas e hizo la propaganda en favor de la colaboración de clases y de la «defensa de la patria» (Nota de la edición rusa).

⁷ El Partido Socialista Francés se formó en 1902. En 1905, por iniciativa del Partido Socialista Francés y del Partido Socialista de Francia, fue formado un partido socialista único, del que formaban parte los miembros de todos

estos congresos se puso de manifiesto con toda precisión el verdadero significado y el verdadero papel del pacifismo socialista en el momento actual.

He aquí la resolución aprobada *por unanimidad* en el congreso sindical. La mayoría de los chovinistas empedernidos, encabezados por el tristemente conocido Jouhaux, el anarquista Broutchoux y... el «zimmerwaldiano»⁸ Merrheim, todos votaron por la resolución:

La conferencia de federaciones gremiales nacionales, sindicatos y bolsas de trabajo, tomando en cuenta la Nota del presidente de Estados Unidos que «invita a todas las naciones que están ahora en guerra a exponer públicamente sus opiniones sobre las condiciones en las que se podría poner fin a la contienda; solicita del gobierno francés que preste su conformidad a dicha propuesta»; invita al gobierno a tomar la iniciativa de realizar una proposición similar a sus aliados para apresurar la hora de la paz;

los partidos y agrupaciones socialistas (guesdistas, blanquistas, jauresistas y otros). La dirección del Partido Socialista Francés pasó a los socialreformistas (encabezados por Jaurés), que constituía su mayoría. Durante la Primera Guerra Mundial el partido adoptó la posición socialchovinista, su fracción parlamentaria votó los créditos de guerra, y sus representantes formaron parte del gobierno burgués. En el Congreso de Tours (25-30 de diciembre de 1920) el Partido Socialista Francés se dividió: la mayoría formó el Partido Comunista de Francia, la minoría derechista-oportunista, encabezada por León Blum, abandonó el congreso y creó un partido independiente, adoptando el antiguo nombre de Partido Socialista Francés (Nota de la edición rusa).

⁸ La Conferencia de Zimmerwald fue un encuentro de la izquierda europea que se oponía a la Primera Guerra Mundial. Se llevó a cabo entre el 5 y el 8 de septiembre de 1915 en Suiza. Entre los asistentes se encontraron León Trotski, Pavel Axelrod, V.I. Lenin, Grigori Zinóviev, Hermann Gorter y Christian Rakovsky. Un sector minoritario, representado por Lenin, abogó por el fin de la Internacional y la construcción de una nueva organización conformada exclusivamente por socialistas opuestos a la guerra, a la vez llamó a que la guerra se convirtiera en una revolución contra la burguesía de cada uno de los países en conflicto. Por otro lado, el sector mayoritario apoyaba la refundación de la Segunda Internacional con el objetivo de ayudar a la paz y se oponía a continuar la guerra desde una perspectiva de clases [N. del E.].

declara que la federación de naciones, que es una de las garantías de una paz definitiva, puede ser factible solo a condición de que se respeten la independencia, la inviolabilidad territorial y la libertad política y económica de todas las naciones, grandes y pequeñas.

Las organizaciones representadas en esta conferencia se comprometen a apoyar y difundir esta idea entre las masas de obreros para poner fin a la presente situación indefinida y ambigua que solo puede beneficiar a la diplomacia secreta contra la cual siempre se rebeló la clase obrera.

Este es un ejemplo de pacifismo «puro», enteramente en el estilo de Kautsky, un pacifismo aprobado por una organización obrera oficial que nada tiene de común con el marxismo y compuesta en su mayoría por chovinistas. Tenemos ante nosotros un documento relevante —merecedor de la más seria atención— de la *unidad política* de los chovinistas y de los «kautskianos», basada en vacías frases pacifistas. En el artículo anterior hemos tratado de explicar la base *teórica* de la unidad de ideas de los chovinistas y los pacifistas, de los burgueses y los reformistas socialistas. Vemos ahora esa unidad realizada *en la práctica* en otro país imperialista.

En la Conferencia de Zimmerwald, 5-8 de septiembre de 1915, Merrheim declaró: «El partido, los Jouhaux, el gobierno, no son sino tres cabezas bajo un mismo bonete», es decir, son una misma cosa. En la Conferencia de la C.G.T. del 26 de diciembre de 1916 Merrheim votó, *junto con Jouhaux*, a favor de una resolución pacifista. El 23 de diciembre de 1916 uno de los órganos periodísticos más francos y extremistas de los socialimperialistas alemanes, el *Volksstimme*⁹ de Chemnitz, publicó un editorial titulado: «La descomposición de los partidos burgueses y el restablecimiento de la unidad socialdemócrata». Como es de imaginar, en él se elogia el pacifismo de Südekum, Legien, Scheidemann y compañía, de toda la mayoría del Partido Socialdemócrata Alemán, y también del gobierno alemán. Proclama que: «el primer congreso del partido que ha de convocarse después de la guerra debe restablecer la unidad

⁹ *La Voz del Pueblo*: órgano del Partido Socialdemócrata Alemán. Se publicó en Chemnitz de 1891 a 1933 [N. del E.].

del partido, excepción hecha de los pocos fanáticos que se niegan a pagar las cuotas del partido» [es decir, ¡de los partidarios de Karl Liebknecht!] «...unidad del partido basada en la política de la dirección del partido, del grupo socialdemócrata del Reichstag y de los sindicatos».

Aquí, con claridad meridiana se expresa la idea y se proclama la política de «unidad» de los socialchovinistas alemanes declarados con Kautsky y compañía, con el Grupo Socialdemócrata del Trabajo, unidad basada en frases pacifistas, ¡«unidad» como la lograda en Francia el 26 de diciembre de 1916 entre Jouhaux y Merrheim!

El órgano central del Partido Socialista Italiano, *Avanti!*, dice en un editorial del 28 de diciembre de 1916:

Si bien Bissolati y Südekum, Bonomi y Scheidemann, Sembat y David, Jouhaux y Legien se han pasado al campo del nacionalismo burgués y han traicionado (*hanno tradito*) la unidad ideológica internacionalista, que prometieron servir leal y fielmente, nosotros nos quedaremos junto a nuestros camaradas alemanes como Liebknecht, Ledebour, Hoffmann, Meyer, y a nuestros camaradas franceses como Merrheim, Blanc, Brizon, Raffin-Dugens, quienes no han cambiado ni vacilado.

Obsérvese el embrollo de esta declaración:

Bissolati y Bonomi *fueron expulsados* antes de la guerra del Partido Socialista Italiano por ser reformistas y chovinistas. *Avanti!* los coloca en el mismo nivel que a Südekum y Legien, y con toda razón por cierto; pero Südekum, David y Legien están a la cabeza del pretendido Partido Socialdemócrata Alemán, que en realidad es un partido socialchovinista, y este mismo *Avanti!* se opone a su expulsión, se opone a una ruptura con ellos, y se opone a la formación de una III Internacional. *Avanti!* califica con justa razón a Legien y Jouhaux de desertores que se han pasado al campo del nacionalismo burgués, y contrapone su conducta a la de Liebknecht, Ledebour, Merrheim y Brizon. Pero hemos visto que Merrheim *vota junto con Jouhaux* y que Legien manifiesta, en el *Volksstimme* de Chemnitz, su confianza en el restablecimiento de la unidad del partido, con la única excepción de los partidarios de Liebknecht, es decir, ¡«unidad»

con el Grupo Socialdemócrata del Trabajo (incluyendo a Kautsky), al cual pertenece Ledebour!

Ese embrollo surge del hecho de que *Avanti!* confunde el pacifismo burgués con el internacionalismo socialdemócrata revolucionario, mientras que los politiqueros experimentados como Legien y Jouhaux comprenden perfectamente que el pacifismo socialista y el pacifismo burgués son *idénticos*.

¿Cómo no iban a regocijarse el señor Jouhaux y su periódico, el chovinista *La Bataille*¹⁰, con la «unanimidad» de Jouhaux y de Merrheim, cuando, en realidad, la resolución adoptada por unanimidad, que hemos reproducido íntegramente más arriba, no contiene nada salvo frases pacifistas burguesas, *ni asomo* de conciencia revolucionaria, *ni una sola* idea socialista!

¿No es ridículo hablar de «libertad económica de todas las naciones, grandes y pequeñas», y no decir una sola palabra sobre el hecho de que mientras no sean derrocados los gobiernos burgueses y no se expropié a la burguesía, esos discursos sobre «libertad económica» *engañan* al pueblo, del mismo modo que los discursos sobre la «libertad económica» de los ciudadanos *en general*, de los campesinos pequeños y ricos, de los obreros y los capitalistas, en la sociedad moderna?

La resolución que votaron por unanimidad Jouhaux y Merrheim está totalmente saturada con las ideas del «nacionalismo burgués» que *Avanti!* señala muy acertadamente en Jouhaux, mientras que, cosa bastante extraña, no alcanza ver en Merrheim.

Los nacionalistas burgueses han hecho alarde, siempre y en todas partes, de frases «generales» sobre una «federación de naciones» *en general*, y sobre la «libertad económica de todas las naciones grandes y pequeñas». Pero los socialistas, a diferencia de los nacionalistas burgueses, siempre han dicho y dicen ahora: la retórica acerca de la «libertad económica de las naciones grandes y pequeñas» es una hipocresía repugnante, en tanto ciertas naciones (por ejemplo Inglaterra y Francia) hagan inversiones en el extranjero, es decir, concedan

¹⁰ *La Batalla*: Órgano de los anarcosindicalistas franceses; empezó a publicarse en París en noviembre de 1915; en la Primera Guerra Mundial asumió una posición socialchovinista (Nota en la edición rusa).

préstamos de *decenas y decenas de miles de millones de francos* con intereses usurarios a las naciones pequeñas y atrasadas, y en tanto las naciones pequeñas y débiles se encuentren sometidas a ellas.

Los socialistas no podrían haber dejado pasar sin una protesta decidida *una sola frase* de la resolución que votaron por unanimidad Jouhaux y Merrheim. Los socialistas habrían declarado, en contraposición abierta a dicha resolución, que la declaración de Wilson es pura mentira e hipocresía, porque Wilson representa a la burguesía que ha ganado miles de millones con la guerra, porque es el jefe de un gobierno que armó frenéticamente a Estados Unidos con el evidente propósito de desencadenar una *segunda* gran guerra imperialista. Los socialistas habrían declarado que el gobierno burgués francés está atado de pies y manos por el capital financiero, del cual es esclavo, y por los tratados secretos imperialistas, enteramente rapaces y reaccionarios, con Inglaterra, Rusia, etc., y por ello no está en condiciones de decir ni de hacer nada que no sea proferir las mismas mentiras sobre una paz democrática y «justa». Los socialistas habrían declarado que la lucha por una paz semejante no se libra repitiendo frases pacifistas generales, afables, melifluas, vacías, que no hacen nada y a nada obligan, y que solo sirven para embellecer la ruindad del imperialismo. Esa lucha se puede librar solamente diciéndole a los pueblos la verdad, diciéndoles que para obtener una paz justa y democrática es preciso derrocar a los gobiernos burgueses de todos los países beligerantes y aprovechar para ello el hecho de que millones de obreros están armados, y que el alto costo de vidas y los horrores de la guerra imperialista han provocado la cólera de las masas.

Eso es lo que deberían haber dicho los socialistas en lugar de lo que se dice en la resolución de Jouhaux y Merrheim.

El Congreso del Partido Socialista Francés, que se realizó en París simultáneamente con el de la C.G.T., no solo se abstuvo de decir eso, sino que adoptó una resolución *aún peor* que la mencionada más arriba. Fue aprobada por 2838 votos contra 119 y 20 abstenciones, es decir, ¡¡por el bloque de los socialchovinistas (Renaudel y compañía, los llamados «mayoritarios») y de *los longuetistas* (partidarios de Longuet, kautskianos franceses)!! ¡¡Además votaron por esa resolución el zimmerwaldiano Bourderon y el kienthaliano Raffin-Dugens!!

No vamos a reproducir la resolución, pues es desmedidamente larga y carece en absoluto de interés: contiene frases afables y melifluas sobre la paz *seguidas inmediatamente* de declaraciones afirmando estar dispuestos a seguir apoyando la llamada «defensa nacional» de Francia, es decir, la guerra imperialista que libra Francia en alianza con bandoleros más grandes y más fuertes, tales como Inglaterra y Rusia.

Por consiguiente, en Francia, la unidad de los socialchovinistas con los pacifistas (o kautskianos) y un sector de los zimmerwaldianos se ha convertido en un hecho, no solo en la C.G.T., sino también en el Partido Socialista.

ARTÍCULO (O CAPÍTULO) IV ZIMMERWALD EN LA ENCRUCIJADA

El 28 de diciembre llegaron a Berna los periódicos franceses con la información sobre el Congreso de la C.G.T., y el 30 de diciembre, los periódicos socialistas de Berna y de Zúrich publicaron otro manifiesto de la I.S.K. de Berna (Internationale Sozialistische Kommission), la Comisión Socialista Internacional, el organismo ejecutivo del grupo de Zimmerwald. En ese manifiesto, fechado a fines de diciembre de 1916, se habla de las propuestas de paz sugeridas por Alemania, Wilson y otros neutrales; y todos esos pasos gubernamentales son llamados, y con justa razón, por cierto, una «farsa de paz», «un juego para engañar a sus propios pueblos», «gesticulaciones diplomáticas pacifistas e hipócritas».

En oposición a este sainete y esta falsedad, el manifiesto declara que la «única fuerza» capaz de lograr la paz, etc., es la «firme voluntad» del proletariado internacional de «volver las armas, no contra sus hermanos, sino contra el enemigo dentro de su propio país».

Los pasajes citados revelan claramente dos líneas políticas fundamentales diferentes que, por así decirlo, convivieron hasta ahora en el grupo zimmerwaldiano, pero que ahora se han separado definitivamente.

Por una parte, Turati declara, muy definida y correctamente, que la propuesta de Alemania, Wilson, etc., es solo una «paráfrasis»

del pacifismo «socialista» italiano; la declaración de los socialchovinistas alemanes y la votación de los franceses han demostrado que tanto unos como otros aprecian en su justo valor la utilidad del encubrimiento pacifista de *su* política.

Por otra, el Manifiesto de la Comisión Socialista Internacional califica de sainete e hipocresía el pacifismo de todos los gobiernos beligerantes y neutrales.

Asimismo, Jouhaux se une a Merrheim; Bourderon, Longuet y Raffin-Dugens se unen a Renaudel, Sembat y Thomas, mientras que los socialchovinistas alemanes Südekum, David y Scheidemann anuncian el próximo «restablecimiento de la unidad socialdemócrata» con Kautsky y con el Grupo Socialdemócrata del Trabajo.

Por otra parte, la Comisión Socialista Internacional llama a las «minorías socialistas» a luchar enérgicamente contra «sus propios gobiernos» y contra «sus mercenarios socialpatriotas» (*Söldlinge*).

Una de dos:

¿Desenmascarar la futilidad, la estupidez y la hipocresía del pacifismo burgués, o «parafrasearlo» transformándolo en pacifismo «socialista»? ¿Luchar contra los Jouhaux, los Renaudel, los Legien y los David por ser «mercenarios» de los gobiernos, o unirse a ellos en vacías declamaciones pacifistas según modelo francés o alemán?

Esta es ahora la línea divisoria entre la derecha de Zimmerwald, que siempre se opuso enérgicamente a una ruptura con los socialchovinistas, y la izquierda, que en la Conferencia de Zimmerwald tuvo la previsión de separarse públicamente de la derecha y de presentar, en la conferencia, y más tarde, en la prensa, su propia plataforma. No es casual, sino inevitable, que la proximidad de la paz, o al menos la intensa discusión del problema de la paz por algunos elementos burgueses, llevara a una divergencia manifiesta entre ambas líneas políticas. Para los pacifistas burgueses y sus imitadores o remedadores «socialistas», la paz siempre ha sido y es un concepto fundamentalmente distinto, pues ni los unos ni los otros nunca comprendieron que «la guerra es la continuación de la política de paz, y la paz, la continuación de la política de guerra». Ni los burgueses, ni los socialchovinistas quieren ver que la guerra imperialista de 1914-

1917 es la continuación de la política imperialista de 1898-1914, si no de un período todavía anterior. Ni los pacifistas burgueses, ni los socialistas pacifistas comprenden que sin el derrocamiento revolucionario de los gobiernos burgueses, la paz solo puede ser *ahora* una paz imperialista, una continuación de la guerra imperialista.

Al valorar la guerra actual, ellos emplean frases adocenadas, vulgares y sin sentido sobre la agresión o la defensa en general, y emplean los mismos lugares comunes filisteos al valorar la paz, olvidando la situación histórica concreta, la realidad concreta de la lucha entre las potencias imperialistas. Y es completamente natural que los socialchovinistas, esos agentes de los gobiernos y de la burguesía dentro de los partidos obreros, aprovechen la proximidad de la paz en particular, o inclusive las meras conversaciones de paz, para *disfrazar* la profundidad de su reformismo y su oportunismo desenmascarado por la guerra, y restablecer así su quebrantada influencia sobre las masas. De ahí que los socialchovinistas de Alemania y de Francia, como hemos visto, empuen esfuerzos denodados por «unirse» con el sector pacifista, vacilante y sin principios de la «oposición».

También en el grupo zimmerwaldiano se harán, con toda seguridad, tentativas de velar la diferencia entre las dos líneas políticas irreconciliables. Se puede prever que las tentativas de este género seguirán dos direcciones. Una conciliación «utilitaria», combinando mecánicamente sonoras frases revolucionarias (tales como las del Manifiesto de la Comisión Socialista Internacional) con una práctica pacifista y oportunista. Así sucedió en la II Internacional. Las frases ultrarrevolucionarias de los manifiestos de Huysmans y Vandervelde y de algunas resoluciones de los congresos solo sirvieron de pantalla para ocultar la práctica archioportunista de la mayoría de los partidos europeos, pero no modificaron, ni desbarataron, ni combatieron esa práctica. Es dudoso que esa táctica pueda prosperar de nuevo en el grupo zimmerwaldiano.

Los «conciliadores de principios» intentarán falsificar el marxismo diciendo, por ejemplo, que las reformas no excluyen la revolución; que una paz imperialista, con determinadas «mejoras» en las fronteras nacionales, en el derecho internacional, o en los gastos

en armamentos, etc., es posible, a la par del movimiento revolucionario, como «uno de los aspectos del desarrollo» de ese movimiento; y así sucesivamente.

Eso sería una falsificación del marxismo. Las reformas, por supuesto, no excluyen la revolución. Pero no se trata de esto ahora, sino de que los revolucionarios no deben excluirse *ellos mismos* ante los reformistas, es decir, que los socialistas no deben reemplazar su labor revolucionaria por una labor reformista. Europa atraviesa una situación revolucionaria. La guerra y la carestía agravan la situación. La transición de la guerra a la paz no suprimirá necesariamente la situación revolucionaria porque no hay ninguna base para creer que los millones de obreros, que tienen ahora en sus manos armas excelentes, permitirán sin falta ser «pacíficamente desarmados» por la burguesía en lugar de seguir el consejo de Liebknecht, o sea, volver las armas contra *su propia* burguesía.

El problema no es como lo plantean los pacifistas, los kautskianos: o bien una campaña política reformista o el rechazo de reformas. Ese es un planteamiento burgués del problema. El problema es: o bien lucha revolucionaria, cuya consecuencia, en caso de no alcanzar un éxito total, son las reformas (esto ha sido demostrado por la historia de las revoluciones en todo el mundo), o nada más que discursos sobre reformas y promesas de reformas.

El reformismo de Kautsky, Turati y Bourderon, que se presenta ahora en forma de pacifismo, no solo deja de lado el problema de la revolución (lo que es *de por sí* una traición al socialismo), no solo renuncia en la práctica a toda labor revolucionaria sistemática y persistente, sino que llega a declarar incluso que las manifestaciones en las calles son acciones aventureras (Kautsky en *Die Neue Zeit*, 26 de noviembre de 1915). Llega hasta el punto de defender y realizar la unidad con los adversarios francos y decididos de la lucha revolucionaria, los Südekum, los Legien, los Renaudel, los Thomas, etc.

Ese reformismo es absolutamente incompatible con el marxismo revolucionario, cuya obligación es aprovechar, lo más posible, la presente situación revolucionaria en Europa para preconizar abiertamente la revolución, el derrocamiento de los gobiernos burgueses, la conquista del poder por el proletariado armado, sin renunciar ni

negarse, en absoluto, a utilizar las reformas para desarrollar la lucha por la revolución y en el curso de ella.

El futuro inmediato nos indicará cuál será el curso de los acontecimientos en Europa, en particular la lucha entre el pacifismo reformista y el marxismo revolucionario, incluyendo la lucha entre los dos sectores zimmerwaldianos.

Zúrich, 1 de enero de 1917

INFORME SOBRE LA REVOLUCIÓN DE 1905¹

Jóvenes amigos y camaradas:

Hoy se cumple el duodécimo aniversario del «Domingo Sangriento», considerado con plena razón como el comienzo de la revolución rusa.

Millares de obreros —gentes no socialdemócratas, sino creyentes, súbditos leales— dirigidos por un sacerdote llamado Gapón, concurren de todas las partes de la ciudad al centro de la capital, a la plaza del Palacio de Invierno, para entregar una petición al zar. Los obreros llevan íconos; su jefe de entonces, Gapón, se había dirigido al zar por escrito, garantizándole la seguridad personal y rogándole que se presentara ante el pueblo.

Se llama a las tropas. Ulanos y cosacos se lanzan sobre la multitud con el sable desenvainado, ametrallan a los inermes obreros, que puestos de rodillas suplicaban a los cosacos que se les permitiera ver al zar. Según los partes policíacos, hubo más de mil muertos y dos mil heridos. La indignación de los obreros era indescriptible.

Tal es, en sus rasgos más generales, el cuadro del 22 de enero de 1905, del «Domingo Sangriento».

Para que comprendan mejor la significación histórica de este acontecimiento, voy a leer algunos pasajes de la petición que formulaban los obreros. La petición comienza con estas palabras:

¹ Conferencia pronunciada en alemán el 9 (22) de enero de 1917, en la Casa del Pueblo de Zúrich, ante una asamblea de jóvenes obreros suizos. Publicada por primera vez el 22 de enero de 1925 en el periódico *Pravda*.

Nosotros, obreros, vecinos de Petrogrado², acudimos a Ti. Somos unos esclavos desgraciados y escarnecidos; el despotismo y la arbitrariedad nos abruman. Cuando se agotó nuestra paciencia, dejamos el trabajo y solicitamos de nuestros amos que nos diesen lo mínimo que la vida exige para no ser un martirio. Mas todo ha sido rechazado, tildado de ilegal por los fabricantes. Los miles y miles aquí reunidos, igual que todo el pueblo ruso, carecemos en absoluto de derechos humanos. Por culpa de Tus funcionarios estamos reducidos a la condición de esclavos.

La petición exponía las siguientes reivindicaciones: amnistía, libertades públicas, salario normal, entrega gradual de la tierra al pueblo, convocatoria de una Asamblea Constituyente elegida por sufragio universal, y terminaba con estas palabras:

¡Majestad! ¡No niegues la ayuda a Tu pueblo! ¡Derriba el muro que se alza entre Ti y Tu pueblo! Dispón y júranoslo, que nuestros ruegos sean cumplidos, y harás la felicidad de Rusia; si no lo haces, estamos dispuestos a morir aquí mismo. Solo tenemos dos caminos: La libertad y la felicidad, o la tumba.

Cuando leemos *ahora* esta petición de obreros sin instrucción, analfabetos, dirigidos por un sacerdote patriarcal, experimentamos un sentimiento extraño. Se impone el paralelo entre esa ingenua petición y las actuales resoluciones de paz de los socialpacificistas, es decir, de gentes que quieren ser socialistas, pero que en realidad no son sino simples charlatanes burgueses. Los obreros no conscientes de la Rusia prerrevolucionaria no sabían que el zar es el jefe de la *clase dominante*, de la clase de los grandes terratenientes, ligados ya por miles de vínculos a la gran burguesía y dispuestos

² La ciudad fue fundada por el zar Pedro I en 1703. Desde ese momento y hasta 1918 fue la capital del Imperio ruso. Se llamó San Petersburgo (ciudad de San Pedro) desde su fundación hasta 1914, cuando en medio de la Primera Guerra Mundial se consideró que su nombre era demasiado alemán y pasó a llamarse Petrogrado, hasta que en 1924, tras la muerte de Lenin, fue renombrada como Leningrado. El 6 de septiembre de 1991 volvió a llamarse San Petersburgo [N. del E.].

a defender por toda clase de medios violentos su monopolio, sus privilegios y granjerías. Los socialpacifistas de hoy día, que —¡dicho sea sin chanzas!— quieren parecer personas «muy cultas», no saben que esperar una paz «democrática» de los gobiernos burgueses, que sostienen una guerra imperialista rapaz, es tan estúpido como la idea de que el sanguinario zar puede ser inclinado a las reformas democráticas mediante peticiones pacíficas.

A pesar de todo, la gran diferencia que media entre ellos estriba en que los socialpacifistas de hoy día son en gran medida hipócritas que, mediante tímidas insinuaciones, tratan de apartar al pueblo de la lucha revolucionaria, mientras que los incultos obreros rusos de la Rusia prerrevolucionaria demostraron con hechos que eran hombres sinceros en los que por vez primera despertaba la conciencia política.

Y precisamente en ese despertar de la conciencia política en inmensas masas populares, que se lanzan a la lucha revolucionaria, estriba la significación histórica del 22 de enero de 1905.

Dos días antes del «Domingo Sangriento», el Sr. Piotr Struve, entonces jefe de los liberales rusos, director de un órgano ilegal libre editado en el extranjero, escribía: «En Rusia no hay todavía un pueblo revolucionario». ¡Tan absurda le parecía a este «cultísimo», presuntuoso y archinecio jefe de los reformistas burgueses la idea de que un país campesino analfabeto pueda engendrar un pueblo revolucionario! ¡Tan profundamente convencidos estaban los reformistas de entonces —como lo están los de ahora— de que una verdadera revolución era imposible!

Hasta el 22 de enero (el 9 según el viejo calendario) de 1905, el partido revolucionario de Rusia lo formaba un pequeño grupo de personas. Los reformistas de entonces (exactamente como los de ahora) se burlaban de nosotros tildándonos de «secta». Varios centenares de organizadores revolucionarios, unos cuantos miles de afiliados a las organizaciones locales, media docena de hojas revolucionarias, que no salían más de una vez al mes, se editaban sobre todo en el extranjero y llegaban a Rusia de contrabando, después de vencer increíbles dificultades y a costa de muchos sacrificios. Estos eran en Rusia, antes del 22 de enero de 1905, los partidos

revolucionarios y, en primer término, la socialdemocracia revolucionaria. Esta circunstancia autorizaba formalmente a los obtusos y altivos reformistas a afirmar que en Rusia no había aún un pueblo revolucionario.

No obstante, el panorama cambió por completo en el curso de unos meses. Los centenares de socialdemócratas revolucionarios se convirtieron «de pronto» en millares, los millares se convirtieron en jefes de dos o tres millones de proletarios. La lucha proletaria suscitó una gran efervescencia, que en parte fue movimiento revolucionario, en el seno de una masa campesina de cincuenta a cien millones de personas; el movimiento campesino repercutió en el ejército y provocó insurrecciones de soldados, choques armados de una parte del ejército con otra. Así pues, un país enorme, de 130 millones de habitantes, se lanzó a la revolución; así pues, la Rusia aletargada se convirtió en la Rusia del proletariado revolucionario y del pueblo revolucionario.

Es necesario estudiar esta transición, comprender cómo se hizo posible, cuáles fueron, por así decirlo, sus métodos y caminos.

El medio principal de esta transición fue la *huelga de masas*. La peculiaridad de la revolución rusa estriba precisamente en que, por su contenido social, fue una revolución *democrática burguesa*, mientras que, por sus medios de lucha, fue una revolución proletaria. Fue democrática burguesa, puesto que el objetivo inmediato que se proponía, y que podía alcanzar directamente con sus propias fuerzas, era la república democrática, la jornada de ocho horas y la confiscación de los inmensos latifundios de la nobleza: medidas todas ellas que la revolución burguesa de Francia llevó casi plenamente a cabo en 1792 y 1793.

La revolución rusa fue a la vez revolución proletaria, no solo por ser el proletariado su fuerza dirigente, la vanguardia del movimiento, sino también porque el medio específicamente proletario de lucha, la huelga, fue el medio principal para poner en movimiento a las masas y el fenómeno más característico del desarrollo, en oleadas sucesivas, de los acontecimientos decisivos.

La revolución rusa es la *primera* gran revolución de la historia mundial —y, sin duda, no será la última— en que la huelga

política de masas desempeña un papel extraordinario. Se puede incluso afirmar que es imposible comprender los acontecimientos de la revolución rusa y la sucesión de sus formas políticas si no se estudia el *fondo* de esos acontecimientos y de esa sucesión de formas a través de la *estadística de las huelgas*.

Sé muy bien que los áridos datos estadísticos están muy fuera de lugar en un informe oral y que son capaces de asustar a los oyentes. Sin embargo, no puedo dejar de citar algunas cifras redondas, para que ustedes puedan apreciar la base objetiva real de todo el movimiento. Durante los diez años que precedieron a la revolución, el promedio anual de huelguistas en Rusia ascendió a 43.000. Por consiguiente, el número total de huelguistas durante el decenio anterior a la revolución fue de 430.000. En enero de 1905, en el primer mes de la revolución, el número de huelguistas llegó a 440.000. O sea que *¡en un solo mes hubo más huelguistas que en todo el decenio precedente!*

En ningún país capitalista del mundo, ni siquiera en los países más avanzados, como Inglaterra, Estados Unidos y Alemania, se ha visto un movimiento huelguístico tan grandioso como el de 1905 en Rusia. El número total de huelguistas ascendió a 2.800.000, es decir, al doble del total de obreros fabriles. Ello, naturalmente, no quiere decir que los obreros fabriles urbanos de Rusia fueran más cultos, o más fuertes, o estuvieran más adaptados a la lucha que sus hermanos de Europa Occidental. Lo cierto es lo contrario.

Pero eso demuestra lo grande que puede ser la energía latente del proletariado. E indica que en los períodos revolucionarios —lo digo sin ninguna exageración, fundándome en los datos más exactos de la historia rusa—, el proletariado *puede* desarrollar una energía combativa *cient veces* mayor que en épocas corrientes de tranquilidad. Eso muestra que la humanidad no conoció hasta 1905 lo inmensa, lo grandiosa que puede ser y será la tensión de fuerzas del proletariado cuando se trata de luchar por objetivos verdaderamente grandes, de luchar de un modo verdaderamente revolucionario.

La historia de la revolución rusa nos muestra que quien luchó con la mayor tenacidad y la mayor abnegación fue la vanguardia, fueron los elementos selectos de los obreros asalariados.

Cuanto más grandes eran las fábricas, más porfiadas eran las huelgas, mayor era la frecuencia con que se repetían en un mismo año. Cuanto más grande era la ciudad, más importante era el papel del proletariado en la lucha. Las tres grandes ciudades donde reside la población obrera más numerosa y más consciente —Petrogrado, Riga y Varsovia—, dan, con relación al número total de obreros, un porcentaje de huelguistas incomparablemente mayor que el de todas las demás ciudades, sin hablar ya del campo³.

Los metalúrgicos son en Rusia —probablemente lo mismo que en otros países capitalistas— el destacamento de vanguardia del proletariado. Y a este respecto observamos el siguiente hecho instructivo: por cada 100 obreros fabriles hubo en 1905 en Rusia 160 huelguistas; mientras que por cada 100 *metalúrgicos* correspondían ese mismo año ¡320 huelguistas! Se ha calculado que cada obrero fabril ruso perdió en 1905, a consecuencia de las huelgas, un promedio de 10 rublos —unos 26 francos según la cotización de antes de la guerra—, dinero que, por así decirlo, entregó para la lucha. Pero si tomamos solo a los metalúrgicos, obtendremos una cantidad ¡tres veces mayor! Delante iban los mejores elementos de la clase obrera, arrastrando tras de sí a los vacilantes, despertando a los dormidos y animando a los débiles.

Extraordinario por su peculiaridad fue el entrelazamiento de las huelgas económicas y políticas en el período de la revolución. Está fuera de toda duda que solo la ligazón más estrecha entre estas dos formas de huelga fue lo que aseguró la gran fuerza del movimiento. Si las amplias masas de los explotados no hubieran visto ante sí ejemplos diarios de cómo los obreros asalariados de las diferentes ramas de la industria obligaban a los capitalistas a mejorar de un modo directo e inmediato su situación, no habría sido posible en modo alguno atraerlas al movimiento revolucionario. Gracias a esta lucha, un nuevo espíritu agitó al pueblo ruso en su conjunto. Y solo entonces fue cuando la Rusia feudal, sumida en un sueño letárgico, la Rusia patriarcal, piadosa y sumisa, se despidió del viejo Adán bíblico; solo entonces tuvo el pueblo ruso una educación verdaderamente democrática, verdaderamente revolucionaria.

³ Este párrafo fue tachado en el manuscrito (Nota de la edición rusa).

Cuando los señores burgueses y los socialistas reformistas, que les hacen coro sin sentido crítico, hablan con tanta petulancia de la «educación» de las masas, de ordinario entienden por educación algo escolar y formalista, algo que desmoraliza a las masas y les inculca los prejuicios burgueses.

La verdadera educación de las masas no puede ir nunca separada de la lucha política independiente, y sobre todo, de la lucha revolucionaria de las propias masas. Solo la lucha educa a la clase explotada, solo la lucha le descubre la magnitud de su fuerza, amplía sus horizontes, eleva su capacidad, aclara su inteligencia y forja su voluntad. Por eso, incluso los reaccionarios han tenido que reconocer que el año 1905, año de lucha, «año de locura», enterró para siempre la Rusia patriarcal.

Examinemos más de cerca la proporción de obreros metalúrgicos y textiles durante las luchas huelguísticas de 1905 en Rusia. Los metalúrgicos son los proletarios mejor retribuidos, los más conscientes y más cultos. Los obreros textiles, cuyo número, en la Rusia de 1905, sobrepasaba en más de 150% el de los metalúrgicos, representan a las masas más atrasadas y peor retribuidas, a unas masas que con frecuencia no han roto aún definitivamente sus vínculos familiares con el campo. Y a este respecto nos encontramos con esta importantísima circunstancia.

Las huelgas sostenidas por los metalúrgicos durante todo el año 1905 nos dan un mayor número de acciones políticas que económicas, aunque ese predominio dista mucho de ser tan grande a principios como a finales de año. Al contrario, entre los obreros textiles observamos a comienzos de 1905 un formidable predominio de las huelgas económicas, que tan solo a fines de año pasa a ser predominio de las huelgas políticas. De ahí se deduce con toda claridad que solo la lucha económica, que solo la lucha por un mejoramiento directo e inmediato de su situación es capaz de poner en movimiento a las capas más atrasadas de las masas explotadas, de educarlas verdaderamente y de convertirlas —en una época de revolución—, en el curso de pocos meses, en un ejército de luchadores políticos.

Cierto, para eso era necesario que el destacamento de vanguardia de los obreros no entendiera por lucha de clases emprendida

por los intereses de una pequeña capa superior, como con harta frecuencia han tratado de hacer creer a los obreros los reformistas, sino que los proletarios actuaran realmente como vanguardia de la mayoría de los explotados, incorporaran esa mayoría a la lucha, como ocurrió en Rusia en 1905 y como deberá suceder y sucederá sin duda alguna en la futura revolución proletaria en Europa»⁴.

El comienzo de 1905 trajo la primera gran ola del movimiento huelguístico, extendido por todo el país. En la primavera de ese mismo año observamos ya el despertar del primer gran *movimiento campesino*, no solo económico, sino también político, habido en Rusia. Para comprender la importancia de ese hecho, que representa un viraje en la historia, hay que recordar que los campesinos no se emanciparon en Rusia de la más penosa dependencia feudal hasta 1861, que son en su mayoría analfabetos y que viven en una miseria indescriptible, abrumados por los terratenientes, embrutecidos por los curas y aislados unos de otros por enormes distancias y por la falta casi absoluta de caminos.

Rusia vio por primera vez un movimiento revolucionario contra el zarismo en 1825, pero ese movimiento fue casi exclusivamente cosa de la nobleza. Desde entonces y hasta 1881, año en que Alejandro II es muerto por los terroristas, se encontraron al frente del movimiento intelectuales salidos de las capas medias, quienes dieron pruebas del más grande espíritu de sacrificio, suscitando con su heroico método terrorista de lucha el asombro del mundo entero. Es indudable que estas víctimas no cayeron en vano, que contribuyeron —directa o indirectamente— a la educación revolucionaria del pueblo ruso en años posteriores. Sin embargo, no alcanzaron ni podían alcanzar su objetivo inmediato: despertar la revolución popular.

Esto solo lo consiguió la lucha revolucionaria del proletariado. Solo la oleada de huelgas de masas, extendida por todo el país a consecuencia de las duras lecciones de la guerra imperialista ruso-japonesa, despertó a las amplias masas campesinas de su sueño letárgico. La palabra «huelguista» adquirió para los campesinos un sentido completamente nuevo, viniendo a ser algo así como rebelde

⁴ En el manuscrito están tachados los cuatro párrafos anteriores (Nota de la edición rusa).

o revolucionario, conceptos que antes se expresaban con la palabra «estudiante». Pero como el «estudiante» pertenecía a las capas medias, a la «gente de letras», a los «señores», era extraño al pueblo. El «huelguista», al contrario, había salido del pueblo, él mismo figuraba entre los explotados. Cuando lo desterraban de Petrogrado, muy a menudo retornaba al campo y hablaba a sus compañeros de la aldea del incendio que envolvía a las ciudades y que debía eliminar a los capitalistas y a los nobles. En la aldea rusa apareció un tipo nuevo: el joven campesino consciente. Este mantenía relaciones con los «huelguistas», leía periódicos, refería a los campesinos los acontecimientos que se producían en las ciudades, explicaba a sus compañeros del lugar la significación de las reivindicaciones políticas y los llamaba a la lucha contra los grandes terratenientes nobles, contra los curas y los funcionarios.

Los campesinos se reunían en grupos, hablaban de su situación y poco a poco se iban incorporando a la lucha: se lanzaban en masa contra los grandes terratenientes, prendían fuego a sus palacios y fincas o se incautaban de sus reservas, se apropiaban del trigo y de otros víveres, mataban a los policías y exigían que se entregara al pueblo la tierra de las inmensas posesiones de la nobleza.

En la primavera de 1905 el movimiento campesino estaba aún en germen y abarcaba solo una pequeña parte de los distritos, la séptima parte aproximadamente.

Pero la unión de la huelga proletaria de masas en las ciudades con el movimiento campesino en las aldeas fue suficiente para hacer vacilar el último y más «firme» sostén del zarismo. Me refiero al Ejército.

Comienza un período de *insurrecciones militares* en la Marina y en el Ejército. Cada ascenso en la oleada del movimiento huelguístico y campesino durante la revolución va acompañado de insurrecciones de soldados en toda Rusia. La más conocida de ellas es la insurrección del acorazado *Príncipe Potemkin*, de la Flota del Mar Negro. Este buque, que cayó en manos de los sublevados, tomó parte en la revolución en Odesa, y después de la derrota de la revolución y tras algunas tentativas infructuosas de apoderarse de otros puertos (por ejemplo, de Feodosia, en Crimea), se entregó a las autoridades rumanas en Constanza.

A fin de proporcionarles un cuadro concreto de los acontecimientos en su punto culminante, me permitirán que les lea un pequeño episodio de esta insurrección de la Flota del Mar Negro:

Se celebraban reuniones de obreros y marinos revolucionarios, que eran cada vez más frecuentes. Como a los militares les estaba prohibido asistir a los mítines obreros, masas de obreros comenzaron a frecuentar los mítines militares. Se reunían miles de personas. La idea de actuar conjuntamente tuvo un vivo eco. En las compañías más conscientes se eligieron delegados.

El mando militar decidió entonces tomar medidas. Los intentos de algunos oficiales de pronunciar en los mítines discursos ‘patrióticos’ daban los resultados más deplorables: los marinos, acostumbrados a la controversia, ponían en vergonzosa fuga a sus jefes. En vista de tales fracasos, se decidió prohibir toda clase de mítines. El 24 de noviembre de 1905, por la mañana, junto a las puertas de los cuarteles de la Marina montó guardia una compañía de línea con armamento y dotación de campaña. El contralmirante Pisarevski ordenó en voz alta: ‘¡Que nadie salga de los cuarteles! En caso de desobediencia, abrid fuego’. De la compañía que acababa de recibir esta orden se destacó el marinero Petrov, cargó su fusil a los ojos de todos y mató de un disparo al teniente primero Stein, del regimiento de Bielostok, hiriendo del segundo disparo al contralmirante Pisarevski. Se oyó la voz de mando de un oficial: ‘¡Arréstelo!’ Nadie se movió del sitio. Petrov arrojó su fusil al suelo. ‘¿Qué hacen ahí? ¡Deténganme!’ Fue arrestado. Los marineros, que afluían de todas partes, exigieron en forma ruidosa que fuera puesto en libertad, manifestando que respondían por él. La efervescencia llegó a su apogeo.

—Petrov, ¿no es cierto que el disparo se ha producido casualmente? -preguntó un oficial, buscando salida a la situación-.

—¿Por qué casualmente? He salido de filas, he cargado el fusil y he apuntado, ¿qué tiene eso de casual?

—Los marineros exigen tu libertad...

Y Petrov fue puesto en libertad. Pero los marineros no se detuvieron ahí: arrestaron a todos los oficiales de guardia, los desarmaron y los condujeron a las oficinas... Los delegados de los marineros —unos cuarenta— deliberaron durante toda la noche, decidiendo

poner en libertad a los oficiales, prohibiéndoles en adelante la entrada en los cuarteles...

Esta pequeña escena muestra muy a lo vivo cómo transcurrieron en su mayoría las insurrecciones militares. La efervescencia revolucionaria reinante en el pueblo no podía dejar de extenderse al ejército. Es característico que los jefes del movimiento surgieran de *aquellos elementos* de la Marina de Guerra y del Ejército que antes habían sido principalmente obreros industriales y de las unidades para las cuales se exigía una mayor preparación técnica, como son los zapadores. Pero las amplias masas eran todavía demasiado ingenuas, tenían un espíritu demasiado pacífico, demasiado benévolo, demasiado cristiano. Se inflamaban con bastante facilidad; cualquier injusticia, el trato demasiado grosero de los oficiales, la mala comida y otras cosas por el estilo podían provocar su indignación. Pero faltaba firmeza, faltaba una conciencia clara de su misión: no alcanzaban a comprender suficientemente que la única garantía del triunfo de la revolución solo es la más enérgica continuación de la lucha armada, la victoria sobre todas las autoridades militares y civiles, el derrocamiento del gobierno y la conquista del poder en todo el país.

Las amplias masas de marinos y soldados se rebelaban con facilidad. Pero con esa misma facilidad incurrían en la ingenua estupidez de poner en libertad a los oficiales presos, se dejaban apaciguar por las promesas y exhortaciones de sus mandos; esto daba a los mandos un tiempo precioso, les permitía recibir refuerzos y derrotar a los insurrectos, entregándose después a la más cruel represión y ejecutando a los jefes.

Ofrece particular interés comparar las insurrecciones militares de 1905 en Rusia con la insurrección militar de los decembristas en 1825⁵, cuando la dirección del movimiento político se encontraba casi exclusivamente en manos de oficiales, de oficiales

⁵ Se conoce como la Revuelta Decembrista a la sublevación armada contra el zar Alejandro I, fue llevada a cabo por un grupo de oficiales rusos quienes dirigieron a 3000 soldados y tomaron la Plaza del Senado en Petrogrado el 26 de diciembre de 1825 [N. del E.].

nobles, que se habían contaminado de las ideas democráticas de Europa al rozarse con ellas durante las guerras napoleónicas. La tropa, formada entonces aún por campesinos siervos, permanecía pasiva.

La historia de 1905 nos ofrece un cuadro diametralmente opuesto. Los oficiales, salvo raras excepciones, estaban influenciados por un espíritu liberal burgués, reformista, o eran abiertamente contrarrevolucionarios. Los obreros y campesinos vestidos de uniforme fueron el alma de las insurrecciones; el movimiento se hizo popular. Por primera vez en la historia de Rusia, abarcó a la mayoría de los explotados. Lo que a este movimiento le faltó fue, de una parte, firmeza y resolución en las masas, que adolecían de un exceso de confianza; de otra parte, faltó la organización de los obreros revolucionarios socialdemócratas que se hallaban bajo las armas: no supieron tomar la dirección en sus manos, ponerse a la cabeza del ejército revolucionario y pasar a la ofensiva contra el poder gubernamental.

Señalaremos de pasada que esos dos defectos serán eliminados —indefectiblemente, aunque tal vez más despacio de lo que nosotros deseáramos—, no solo por el desarrollo general del capitalismo, sino también por la guerra actual⁶...

En todo caso, la historia de la revolución rusa, lo mismo que la historia de la Comuna de París de 1871, nos ofrece la enseñanza irrefutable de que el militarismo jamás ni en caso alguno puede ser derrotado y eliminado por otro método que no sea la lucha victoriosa de una parte del ejército nacional contra la otra parte. No basta con fulminar, maldecir y «negar» el militarismo, criticarlo y demostrar su nocividad; es estúpido negarse pacíficamente a prestar el servicio militar. La tarea consiste en mantener en tensión la conciencia revolucionaria del proletariado, no solo en general, sino preparar concretamente a sus mejores elementos para que, llegado un momento de profundísima efervescencia del pueblo, se pongan al frente del ejército revolucionario.

Así nos lo enseña también la experiencia diaria de cualquier Estado capitalista. Cada una de sus «pequeñas» crisis nos muestra en miniatura elementos y gérmenes de los combates que habrán

⁶ Los tres párrafos anteriores están tachados en el manuscrito (Nota de la edición rusa).

de repetirse ineluctablemente en gran escala en un período de gran crisis. ¿Y qué es, por ejemplo, cualquier huelga, sino una pequeña crisis de la sociedad capitalista? ¿No tenía acaso razón el ministro prusiano del Interior, señor von Puttkamer, al pronunciar aquella conocida sentencia de que «en cada huelga se oculta la hidra de la revolución»? ¿Es que la utilización de los soldados durante las huelgas, incluso en los países capitalistas más pacíficos, más «democráticos» —con perdón sea dicho—, no nos indica *cómo* van a ser las cosas cuando se produzcan crisis verdaderamente *grandes*?

Pero volvamos a la historia de la revolución rusa.

He tratado de mostrarles cómo las huelgas obreras sacudieron el país entero y a las capas explotadas más amplias y más atrasadas, cómo se inició el movimiento campesino y cómo fue acompañado de insurrecciones militares.

El movimiento alcanzó su apogeo en el otoño de 1905. El 6 (19) de agosto apareció el manifiesto del zar instituyendo una asamblea representativa. ¡La llamada Duma de Bulyguin debía ser fruto de una ley que concedía derecho electoral a un número irrisorio de personas y no reservaba a este original «parlamento» atribución legislativa alguna, reconociéndole únicamente funciones *consultivas*!

La burguesía, los liberales, los oportunistas estaban dispuestos a aferrarse con ambas manos a esta «dádiva» del asustado zar. Nuestros reformistas de 1905 eran incapaces de comprender —al igual que todos los reformistas— que hay situaciones históricas en las cuales las reformas, y en particular las promesas de reformas, persiguen *exclusivamente* un fin: contener la efervescencia del pueblo, obligar a la clase revolucionaria a terminar o por lo menos a debilitar la lucha.

La socialdemocracia revolucionaria de Rusia comprendió muy bien el verdadero carácter de esta concesión, de esta dádiva de una Constitución fantasma hecha en agosto de 1905. Por eso, sin perder un instante, lanzó las consignas de ¡Abajo la Duma consultiva! ¡Boicot a la Duma! ¡Abajo el gobierno zarista! ¡Continuación de la lucha revolucionaria para derrocar al gobierno! ¡No es el zar, sino un gobierno provisional revolucionario quien debe convocar la primera institución representativa auténticamente popular de Rusia!

La historia demostró la razón que asistía a los socialdemócratas revolucionarios, pues la Duma de Bulyguin nunca llegó a reunirse. Fue barrida por el vendaval revolucionario antes de reunirse. Ese vendaval obligó al zar a decretar una nueva ley electoral, que ampliaba considerablemente el censo, y a reconocer el carácter legislativo de la Duma⁷.

Octubre y diciembre de 1905 son los meses que marcan el punto culminante en el ascenso de la revolución rusa. Todos los manantiales de la energía revolucionaria del pueblo se abrieron mucho más ampliamente que antes. El número de huelguistas, que como ya he dicho había alcanzado en enero de 1905 la cifra de 440.000, en octubre de 1905 pasó del medio millón (¡fíjense, solo en un mes!). Pero a ese número, que comprende *únicamente* a los obreros fabriles, hay que agregar aún varios cientos de miles de obreros ferroviarios, empleados de correos y telégrafos, etc.

La huelga general de ferroviarios interrumpió en toda Rusia el tráfico y paralizó del modo más rotundo las fuerzas del gobierno. Se abrieron las puertas de las universidades, y las aulas —destinadas exclusivamente en tiempos pacíficos a embrutecer a los jóvenes cerebros con la sabiduría académica de doctos catedráticos y a convertirlos en mansos criados de la burguesía y del zarismo— se transformaron en lugar de reunión de millares y millares de obreros, artesanos y empleados, que discutían abierta y libremente los problemas políticos.

Se conquistó la libertad de prensa. La censura fue simplemente eliminada. Ningún editor se atrevía a presentar a las autoridades el ejemplar obligatorio, ni las autoridades se atrevían a adoptar medida alguna contra ello. Por primera vez en la historia de Rusia aparecieron libremente en Petrogrado y en otras ciudades, periódicos revolucionarios. Solo en Petrogrado se publicaban tres diarios socialdemócratas con una tirada de 50.000 a 100.000 ejemplares.

El proletariado marchaba a la cabeza del movimiento. Su objetivo era conquistar la jornada de ocho horas por vía revolucionaria. La consigna de lucha del proletariado de Petrogrado era: «¡Jornada

⁷ Los cuatro párrafos anteriores están tachados en el manuscrito (Nota de la edición rusa).

de ocho horas y armas!» Para una masa cada vez mayor de obreros se hizo evidente que la suerte de la revolución solo podía decidirse, y que en efecto se decidiría, por la lucha armada.

En el fragor de la lucha se formó una organización de masas original: los célebres Soviets de Diputados Obreros, asambleas de delegados de todas las fábricas. Estos Soviets de Diputados Obreros comenzaron a desempeñar, cada vez más, en algunas ciudades de Rusia, el papel de gobierno provisional revolucionario, el papel de órganos y de dirigentes de las insurrecciones. Se hicieron tentativas de organizar Soviets de Diputados Soldados y Marineros y de unificados con los Soviets de Diputados Obreros.

Ciertas ciudades de Rusia vivieron en aquellos días un período de pequeñas «repúblicas» locales, donde las autoridades habían sido destituidas y el Soviet de Diputados Obreros desempeñó realmente la función de nuevo poder público. Esos períodos fueron, por desgracia, demasiado breves, las «victorias» fueron demasiado débiles, demasiado aisladas.

El movimiento campesino alcanzó en otoño de 1905 proporciones aún mayores. Los llamados «desórdenes campesinos» y verdaderas insurrecciones campesinas afectaron entonces a *más de un tercio* de todos los distritos del país. Los campesinos prendieron fuego a unas 2.000 fincas de terratenientes y se repartieron los medios de subsistencia robados al pueblo por los rapaces nobles.

Por desgracia, ¡esta labor no se hizo a fondo! Lamentablemente, los campesinos solo destruyeron entonces la quinzava parte del número total de fincas de los nobles en el campo, solo la quinzava parte de lo que hubieran *debido* destruir para barrer del suelo ruso, de una vez para siempre, esa vergüenza del latifundio feudal. Por desgracia, los campesinos actuaron demasiado dispersos, demasiado desorganizadamente y con insuficiente brío en la ofensiva, siendo esta una de las causas fundamentales de la derrota de la revolución.

Entre los pueblos oprimidos de Rusia estalló un movimiento de liberación nacional. *Más de la mitad, casi las tres quintas partes (exactamente 57%)* de la población de Rusia sufre opresión nacional. Las minorías nacionales no gozan siquiera de libertad para

expresarse en su lengua materna y son rusificadas a la fuerza. Los musulmanes, por ejemplo, que en Rusia son decenas de millones, organizaron entonces, con una rapidez asombrosa —se vivía en general una época de crecimiento gigantesco de las diferentes organizaciones—, una liga musulmana.

Para dar a los aquí reunidos, y en particular a los jóvenes, una muestra de la manera cómo, bajo la influencia del movimiento obrero, crecía el movimiento de liberación nacional en la Rusia de aquel entonces, citaré un pequeño ejemplo.

En diciembre de 1905 los muchachos polacos quemaron en centenares de escuelas todos los libros y cuadros rusos y los retratos del zar, apalearon y expulsaron de las escuelas a los maestros y a sus condiscípulos rusos al grito de «¡Fuera de aquí, a Rusia!». Los alumnos de los centros de segunda enseñanza presentaron, entre otras, las siguientes reivindicaciones:

- 1) Todas las escuelas de enseñanza secundaria deben pasar a depender del Soviet de Diputados Obreros; 2) celebración de reuniones conjuntas de estudiantes y obreros en los edificios escolares; 3) autorización para llevar en los liceos blusas rojas en señal de adhesión a la futura república proletaria, etc.

Cuanto más ascendía la oleada del movimiento, tanto mayor era la energía y el ánimo con que se armaban las fuerzas reaccionarias para luchar contra la revolución. La revolución rusa de 1905 justificó las palabras escritas por Kautsky en 1902 (cuando, por cierto, todavía era marxista revolucionario, y no como ahora, defensor de los socialpatriotas y oportunistas) en su libro *La revolución social*. He aquí lo que decía Kautsky:

... La futura revolución ... se parecerá menos a una insurrección por sorpresa contra el gobierno que a una guerra civil prolongada.

¡Así sucedió! ¡Indudablemente, así sucederá también en la futura revolución europea!

El zarismo descargó su odio sobre todo contra los hebreos. De una parte, éstos aportaban un porcentaje especialmente ele-

vado de dirigentes del movimiento revolucionario (considerando el total de la población hebrea). Hoy, por cierto, los hebreos tienen también el mérito de aportar un porcentaje relativamente elevado, en comparación con otros pueblos, de componentes de la corriente internacionalista. De otro lado, el zarismo supo aprovechar muy bien los abominables prejuicios de las capas más ignorantes de la población contra los hebreos. Así se produjeron los pogromos, apoyados en la mayoría de los casos por la policía, cuando no dirigidos por ella de manera inmediata, esos apaleamientos de hebreos pacíficos, de sus esposas y sus hijos —en cien ciudades se registraron durante ese período más de 4.000 muertos y más de 10.000 mutilados—, que han provocado la repulsa de todo el mundo civilizado. Me refiero, naturalmente, a la repulsa de los verdaderos elementos democráticos del mundo civilizado, que son *exclusivamente* los obreros socialistas, los proletarios.

La burguesía, incluso la burguesía de los países más libres, incluso de las repúblicas de Europa Occidental, sabe combinar magníficamente sus frases hipócritas acerca de las «ferocidades rusas» con los negocios más desvergonzados, especialmente con el apoyo financiero al zarismo y con la explotación imperialista de Rusia mediante la exportación de capitales, etc.

La revolución de 1905 alcanzó su punto culminante con la insurrección de diciembre en Moscú. Un pequeño número de insurrectos, obreros organizados y armados —no serían más de *ocho mil*—, ofrecieron resistencia durante nueve días al gobierno zarista, que no solo llegó a perder la confianza en la guarnición de Moscú, sino que se vio obligado a mantenerla rigurosamente acuartelada; únicamente la llegada del regimiento de Semiónovski de Petersburgo permitió al gobierno aplastar la insurrección.

La burguesía es aficionada a escarnecer y motejar de artificiosa a la insurrección de Moscú. Por ejemplo, el señor profesor Max Weber, en una sedicente publicación «científica» alemana como es su voluminosa obra sobre el desarrollo político de Rusia, la tildó de *putsch*. «El grupo leninista —escribe este «archierudito» señor profesor— y una parte de los socialistas-revolucionarios hacía ya tiempo que venían preparando esta *descabellada* insurrección».

Para apreciar lo que vale esta sabiduría académica de la cobarde burguesía, basta con refrescar en la memoria las concisas cifras de la estadística de huelgas. Las huelgas puramente políticas de enero de 1905 en Rusia abarcaron solo a 123.000 hombres; en octubre fueron 330.000; el número de participantes en huelgas puramente políticas *llegó al máximo en diciembre*, alcanzando la cifra de 370.000 ¡en el curso de un solo mes! Recordemos el incremento de la revolución, las insurrecciones de campesinos y soldados, y al instante nos convenceremos de que el juicio de la «ciencia» burguesa sobre la insurrección de diciembre, además de ser un absurdo, constituye un subterfugio verbalista de los representantes de la cobarde burguesía, que ve en el proletariado a su más peligroso enemigo de clase.

En realidad, todo el desarrollo de la revolución rusa impulsaba de modo inevitable la lucha armada, el combate decisivo entre el gobierno zarista y la vanguardia del proletariado con conciencia de clase.

En las consideraciones antes expuestas, he indicado ya en qué consistió la debilidad de la revolución rusa, debilidad que condujo a su derrota temporal.

Al ser aplastada la insurrección de diciembre se inicia la línea descendente de la revolución. En este período hay también aspectos extraordinariamente interesantes; basta recordar el doble intento de los elementos más combativos de la clase obrera para poner fin al repliegue de la revolución y preparar una nueva ofensiva.

Pero he agotado casi el tiempo de que dispongo, y no quiero abusar de la paciencia de mis oyentes. Creo haber esbozado ya, en la medida en que es posible hacerlo tratándose de un breve informe de un tema tan amplio, lo más importante para comprender la revolución rusa: su carácter de clase, sus fuerzas motrices y sus medios de lucha⁸.

Me limitaré a unas breves observaciones más en cuanto a la significación mundial de la revolución rusa.

⁸ En el manuscrito está tachado desde las palabras «Creo haber...» hasta el final del párrafo (Nota de la edición rusa).

Desde el punto de vista geográfico, económico e histórico, Rusia no pertenece solo a Europa, sino también a Asia. Por eso vemos que la revolución rusa no se ha limitado a despertar definitivamente de su sueño al país más grande y más atrasado de Europa y a forjar un pueblo revolucionario dirigido por un proletariado revolucionario.

Ha conseguido más. La revolución rusa ha puesto en movimiento a toda Asia. Las revoluciones de Turquía, Persia y China demuestran que la potente insurrección de 1905 ha dejado huellas profundas y que su influencia, puesta de manifiesto en el movimiento progresivo de *cientos y cientos* de millones de personas, es inextirpable.

La revolución rusa ha ejercido también una influencia indirecta en los países de Occidente. No debemos olvidar que la noticia del manifiesto constitucional del zar, llegada a Viena el 30 octubre de 1905, contribuyó decisivamente nada más saberse, a la victoria definitiva del sufragio universal en Austria.

Durante una de las sesiones del Congreso de la socialdemocracia austríaca, cuando el camarada Ellenbogen —que entonces no era todavía socialpatriota, era un camarada— hacía su informe sobre la huelga política, fue colocado en su mesa ese telegrama. Los debates se suspendieron inmediatamente. ¡Nuestro puesto está en la calle!, fue el grito que resonó en toda la sala en que se hallaban reunidos los delegados de la socialdemocracia austríaca. En los días inmediatos se vieron enormes manifestaciones en las calles de Viena y barricadas en las de Praga. El triunfo del sufragio universal en Austria estaba asegurado.

Muy a menudo se encuentran europeos occidentales que hablan de la revolución rusa como si los acontecimientos, relaciones y medios de lucha en este país atrasado tuvieran muy poco en común con las relaciones de sus propios países, por lo que difícilmente pueden tener la menor importancia práctica.

Nada más erróneo que semejante opinión.

Es indudable que las formas y los motivos de los futuros combates de la futura revolución europea se distinguirán en muchos aspectos de las formas de la revolución rusa.

Mas, a pesar de ello, la revolución rusa, gracias precisamente a su carácter proletario, en la acepción especial de esta palabra a que ya me he referido, sigue siendo el *prólogo* de la futura revolución europea. Es indudable que esta solo puede ser una revolución proletaria, y en un sentido todavía más profundo de la palabra: proletaria y socialista también por su contenido. Esa revolución futura mostrará en mayor medida aún, por una parte, que solo los más duros combates, las guerras civiles, pueden emancipar al género humano del yugo del capital; y por otra, que solo los proletarios con conciencia de clase pueden actuar y actuarán como jefes de la inmensa mayoría de los explotados.

No nos debe engañar el silencio sepulcral que ahora reina en Europa. Europa lleva en sus entrañas la revolución. Las monstruosidades de la guerra imperialista y los tormentos de la carestía hacen germinar en todas partes el espíritu revolucionario; y las clases dominantes, la burguesía, y sus mandatarios, los gobiernos, se adentran en un callejón sin salida del cual no podrán escapar en modo alguno sino a costa de las más grandes conmociones.

Lo mismo que en la Rusia de 1905 comenzó, bajo la dirección del proletariado, la insurrección popular contra el gobierno zarista y por la conquista de la república democrática, así los años próximos traerán en Europa, precisamente como consecuencia de esta guerra de pillaje, insurrecciones populares dirigidas por el proletariado contra el poder del capital financiero, contra los grandes bancos, contra los capitalistas. Y esas conmociones no podrán terminar más que con la expropiación de la burguesía, con el triunfo del socialismo.

Nosotros, los viejos, quizá no lleguemos a ver las batallas decisivas de esa revolución futura. No obstante, yo creo que puedo expresar con seguridad plena la esperanza de que los jóvenes, que tan magníficamente actúan en el movimiento socialista de Suiza y de todo el mundo, no solo tendrán la dicha de luchar, sino también la de triunfar en la futura revolución proletaria.

CARTAS DESDE LEJOS¹

PRIMERA CARTA²

LA PRIMERA ETAPA DE LA PRIMERA REVOLUCIÓN

La primera revolución, engendrada por la guerra imperialista mundial, ha estallado. La primera revolución pero no la última, por cierto.

A juzgar por la escasa información de que se dispone en Suiza, la primera etapa de esta primera revolución, es decir, de la Revolución Rusa del 1° de marzo de 1917, ha terminado. La primera etapa de nuestra revolución no será, por cierto, la última.

¿Cómo pudo ocurrir el «milagro» de que solo en ocho días — período señalado por el señor Miliukov en su presuntuoso telegrama a todos los representantes de Rusia en el extranjero — se desmoronara una monarquía que se había mantenido durante siglos y que, a pesar de todo, consiguió mantenerse durante los tres años de las tremendas batallas de clases de 1905 a 1907, que abarcaron todo el país?

Los milagros no existen ni en la naturaleza ni en historia, pero todo viraje brusco de la historia, y esto se aplica a toda revolución, ofrece un contenido tan rico, descubre combinaciones tan inesperadas y peculiares de formas de lucha y de alineación de las fuerzas en pugna, que para la mente legía muchas cosas pueden parecer milagrosas. Para que la monarquía zarista pudiera desmoronarse en pocos días, fue necesaria la combinación de varios factores de importancia histórica mundial. Mencionaremos los principales.

¹ Lenin se entera de la Revolución de Febrero durante su exilio en Suiza. Desde ahí escribe esta serie de artículos bajo el título de *Cartas desde lejos* [N. del E.].

² Escrita el 7 (20) de marzo de 1917.

Sin los tres años de tremendas batallas de clases, sin la energía revolucionaria desplegada por el proletariado ruso de 1905 a 1907, la segunda revolución no habría podido producirse tan rápidamente; en el sentido de que su *etapa inicial* culminó en pocos días. La primera revolución (1905) removió profundamente el terreno, desarraigó prejuicios seculares, despertó a la vida y a la lucha política a millones de obreros y a decenas de millones de campesinos, reveló a unos y otros, y al mundo entero, el verdadero carácter de *todas* las clases (y de los principales partidos) de la sociedad rusa, la verdadera alineación de sus intereses, de sus fuerzas, de sus métodos de acción, de sus objetivos inmediatos y finales. La primera revolución y el subsiguiente período de contrarrevolución (1907-1914) pusieron al descubierto la verdadera naturaleza de la monarquía zarista, la llevaron a su «último extremo», descubrieron toda su putrefacción e ignominia, el cinismo y la corrupción de la banda zarista dominada por ese monstruo de Rasputín. Desenmascararon toda la ferocidad de la familia de los Románov, esos pogromistas³ que anegaron a Rusia en sangre de judíos, de obreros, de revolucionarios, esos *terratenientes*, «los primeros entre sus pares», *poseedores de millones* de desiatinas⁴ de tierra, dispuestos a recurrir a cualquier atrocidad, a cualquier crimen, a arruinar y estrangular a cualquier cantidad de ciudadanos para resguardar el «sagrado derecho de propiedad» para ellos y *para su clase*.

Sin la revolución de 1905-1907, y la contrarrevolución de 1907-1914, no habría sido posible una «autodefinición» tan clara de todas las clases del pueblo ruso y de todos los pueblos que habitan en Rusia, esa definición de la relación de esas clases, entre sí y con la monarquía zarista, que se puso de manifiesto durante los

³ *Pogrom* es una palabra rusa que se refiere a disturbios violentos y linchamientos realizados por razones étnicas sobre un grupo. Históricamente se ha empleado el término para referirse a acciones violentas contra los judíos. En el Imperio Ruso, especialmente en el siglo XIX, sucedieron varios pogromos contra comunidades judías; todavía a comienzos del siglo XX se realizaron varios y en el contexto de la Revolución Rusa las agresiones a los judíos fueron un hecho cotidiano [N. del E.].

⁴ Unidad de medida de superficie utilizada en Rusia [N. del E.].

ocho días de la revolución de febrero-marzo de 1917. Esta revolución de ocho días fue, si puede permitirse una metáfora, «representada» después de una docena de ensayos parciales y generales; los «actores» se conocían, sabían sus papeles, conocían sus puestos y el decorado en todos sus detalles, a fondo, hasta los matices más o menos importantes de las tendencias políticas y de las formas de acción.

Pues la primera gran revolución de 1905, denunciada como «una gran rebelión» por los Guchkov, Miliukov y sus acólitos, condujo doce años después a la «brillante» y «gloriosa» revolución de 1917, que los Guchkov y los Miliukov calificaron de «gloriosa» porque los colocó (*por el momento*) en el poder. Pero esto necesitó un gran director de escena, vigoroso, omnipotente, capaz, por una parte, de acelerar extraordinariamente la marcha de la historia universal y, por otra, de engendrar una crisis mundial económica, política, nacional e internacional de una intensidad sin paralelo. Aparte de una aceleración extraordinaria de la historia universal, se necesitaba también que la historia hiciera virajes particularmente bruscos, para que la enlodada y sangrienta carreta de la monarquía de los Romanov pudiera ser volcada *de un golpe*.

Este director de escena omnipotente, este acelerador vigoroso fue la guerra mundial imperialista.

Hoy ya no cabe duda de que la guerra es mundial, pues Estados Unidos y China están ya semicomprometidos hoy en ella, y mañana lo estarán totalmente.

Tampoco cabe duda de que la guerra es imperialista por *ambas* partes. Solo los capitalistas y sus acólitos, los socialpatriotas y los socialchovinistas o, si en lugar de definiciones críticas generales, empleamos nombres de políticos bien conocidos en Rusia, solo los Guchkov y los Lvov, los Miliukov y los Shingariov, por una parte, y los Gvózdiev, los Potréssov, los Chjenkeli, los Kerenski y los Chjeídze, por la otra, pueden negar o callar este hecho. *Tanto* la burguesía alemana *como* la anglo-francesa hacen la guerra para saquear a otros países y estrangular a naciones pequeñas, para lograr supremacía financiera mundial y proceder al reparto y redistribución de las colonias, y para salvar al agonizante régimen capitalista engañando y dividiendo a los obreros de los distintos países.

La guerra imperialista tenía que —era objetivamente inevitable— acelerar extraordinariamente y recrudecer en grado nunca visto la lucha de clases del proletariado contra la burguesía; tenía que transformarse en una guerra civil entre las clases enemigas.

Esta transformación comenzó con la revolución de febrero-marzo de 1917, cuya primera etapa fue señalada, en primer lugar, por el golpe conjunto infligido al zarismo por dos fuerzas: toda la Rusia burguesa y terrateniente con todos sus acólitos inconscientes y con todos sus dirigentes conscientes, los embajadores y capitalistas franceses e ingleses, por una parte, y por otra, el Soviet de Diputados Obreros, que ha empezado a ganarse a los diputados soldados y campesinos.

Estos tres campos políticos, estas tres fuerzas políticas fundamentales son: 1) la monarquía zarista, cabeza de los terratenientes feudales, de la vieja burocracia y de la casta militar; 2) la Rusia burguesa y terrateniente de los octubristas⁵ y los kadetes⁶, detrás de la cual se arrastra la pequeña burguesía (cuyos principales representantes son Kerenski y Chjeídze); 3) el Soviet de Diputados Obreros, que trata de que todo el proletariado y toda la masa de los sectores más pobres de la población se conviertan en aliados suyos. Estas tres fuerzas políticas *fundamentales* se manifestaron plenamente y con toda claridad, inclusive en los ocho días de la «primera etapa», e inclusive para un observador tan alejado de la escena de los acontecimientos como está quien escribe estas líneas, que se ve obligado a contentarse con los escuetos telegramas de los periódicos extranjeros.

⁵ «Octubristas» (o «Unión del 17 de Octubre»): partido contrarrevolucionario surgido en Rusia después de publicarse el Manifiesto del 17 de octubre de 1905, en el que el zar, asustado por la revolución, prometía al pueblo «las bases inmutables de las libertades cívicas». Este partido representaba y defendía los intereses de los grandes industriales y de los terratenientes que cultivaban sus fincas con métodos capitalistas; la encabezaban el conocido industrial y casero de Moscú, A. Guchkov y el gran latifundista M. Rodzianko. Los octubristas apoyaban íntegramente la política interior y exterior del gobierno zarista (Nota de la edición rusa).

⁶ Se denominaban *kadetes* a los miembros del Partido Democrático Constitucional, cuyas abreviaturas en ruso eran KD. El partido era de tendencia liberal manteniendo una posición ambigua en relación a la monarquía.

Pero antes de tratar esto con mayores detalles, debo volver a la parte de mi carta dedicada a un factor de primordial importancia: la guerra imperialista mundial.

La guerra ha eslabonado entre sí, *con cadenas de hierro*, a las potencias beligerantes, a los grupos capitalistas beligerantes, a los «amos» del sistema capitalista, a los propietarios de esclavos de la servidumbre capitalista. Un *amasijo sanguinolento*; tal es la vida social y política del momento histórico actual.

Los socialistas que desertaron a las filas de la burguesía cuando comenzó la guerra, todos esos David y Scheidemann en Alemania, y los Plejánov-Potréssov-Gvózdiev y compañía. En Rusia, vociferaron durante mucho tiempo contra las «ilusiones» de los revolucionarios, contra las «ilusiones» del Manifiesto de Basilea, contra la «quimera» de transformar la guerra imperialista en guerra civil. Cantaron loas en todos los tonos a la fuerza, a la tenacidad y a la capacidad de adaptación supuestamente revelada por el capitalismo; ¡ellos, que ayudaron a los capitalistas a «adaptar», domesticar, engañar y dividir a la clase obrera de los distintos países!

Pero «quien ríe último ríe mejor». La burguesía no consiguió aplazar por largo tiempo la crisis revolucionaria engendrada por la guerra. Esta crisis se agrava con una fuerza irresistible en todos los países, empezando por Alemania, la cual, según un observador que visitó ese país recientemente, sufre de un «hambre genialmente organizada», y terminando con Inglaterra y Francia, donde *el hambre también* asoma, pero donde la organización es mucho menos «genial».

Era natural que la crisis revolucionaria estallara *en primer lugar* en la Rusia zarista, donde la desorganización era en extremo aterradora y el proletariado en extremo revolucionario (no en virtud de las cualidades especiales, sino debido a las tradiciones, aún vivas, de 1905). Esta crisis se precipitó por la serie de durísimas derrotas sufridas por Rusia y sus aliados. Las derrotas sacudieron todo el viejo mecanismo gubernamental y todo el viejo orden de cosas, y despertaron la cólera de *todas* las clases de la población contra ellos; exasperaron al ejército, liquidaron una gran parte del antiguo comando, compuesto por aristócratas reaccionarios y por burócratas extraordinariamente corrompidos y fueron remplazados

por un elenco joven, fresco, principalmente burgué, plebeyo y pequeño burgué. Aquellos que se rebajaban ante la burguesía o simplemente no tenían agallas, y que clamaban y vociferaban sobre el «derrotismo», hoy se enfrentan con el hecho de la vinculación histórica entre la derrota de la más atrasada y bárbara monarquía zarista y el *comienzo* del incendio revolucionario.

Pero mientras las derrotas al principio de la guerra fueron un factor negativo que precipitó la explosión, *los vínculos* entre el capital financiero anglo-francés, el imperialismo anglo-francés y el capital octubrista y kadete de Rusia fue un factor que aceleró esta crisis, mediante la *organización* directa de un *complot* contra Nicolás Románov.

Por razones obvias, la prensa anglo-francesa silencia este aspecto, extraordinariamente importante, de la cuestión, mientras que la prensa alemana lo subraya con malicia. Nosotros, los marxistas, debemos enfrentar la verdad serenamente, sin dejarnos confundir ya sea con las mentiras, las melosas mentiras oficiales diplomáticas y ministeriales, del primer grupo de beligerantes imperialistas, o por las sonrisas disimuladas de sus rivales financieros y militares del otro grupo beligerante. Todo el curso de los sucesos en la revolución de febrero-marzo muestra claramente que las embajadas inglesa y francesa, con sus agentes y sus «vinculaciones», que desde tiempo atrás estaban haciendo los más desesperados esfuerzos por impedir acuerdos «separados» y una paz por separado entre Nicolás II (y el último, esperamos, y haremos lo necesario para que así sea), y Guillermo II, organizaron directamente un complot en conjunto con los octubristas y los kadetes, con parte de los generales y del ejército y con los oficiales de la guarnición de Petersburgo, con el claro propósito de *deponer* a Nicolás Románov.

No acariciemos ninguna ilusión. No incurramos en el error de quienes —como algunos de los partidarios del C.O.⁷ o menche-

⁷ Se trata del Comité de Organización del POSDR, centro dirigente de los mencheviques, formado en 1912 en la Conferencia de Agosto de los liquidadores mencheviques y de los demás grupos y corrientes contrarios al Partido; actuó hasta las elecciones del CC del partido menchevique en el Congreso

viques⁸, que vacilan entre la política de los Gvózdiev-Potrésov y el internacionalismo, y que con demasiada frecuencia se deslizan al pacifismo pequeño burgués— están dispuestos ahora a exaltar el «acuerdo» entre el partido obrero y los kadetes, el «apoyo» del primero a los segundos, etc. Conforme a la vieja doctrina (que nada tiene de marxista) que han aprendido de memoria, tratan de encubrir el complot tramado por los imperialistas anglo-franceses con los Guchkov y los Miliukov dirigido a desplazar al «principal guerrero», Nicolás Románov, y remplazarlo por guerreros más enérgicos, frescos y más capaces.

de «Unificación» del POSDR (menchevique), celebrado del 19 al 26 de agosto (1 al 8 de septiembre) de 1917 (Nota de la edición rusa).

- ⁸ Partidarios de la corriente oportunista pequeñoburguesa en la socialdemocracia rusa, vehículos de la influencia burguesa sobre la clase obrera. Los mencheviques recibieron esta denominación a partir del II Congreso del POSDR, celebrado en agosto de 1903, cuando al final del mismo, al ser elegidos los órganos centrales del Partido, quedaron en minoría (*menchinstvó* en ruso), en tanto que los socialdemócratas revolucionarios, encabezados por Lenin, lograron la mayoría (*bolchinstvó*). Ese es el origen de las denominaciones «bolcheviques» (mayoritarios) y «mencheviques» (minoritarios). Durante la revolución de 1905-1907, los mencheviques se pronunciaron contra la hegemonía del proletariado en la revolución, contra la alianza de la clase obrera y de los campesinos, por el acuerdo con la burguesía liberal y por la hegemonía de esta en la revolución. En los años de reacción (1907-1910) que siguieron a la derrota de la revolución, los mencheviques propugnaron el liquidacionismo, intentando liquidar el partido revolucionario clandestino del proletariado.

Después de la Revolución Democrático-burguesa de febrero de 1917, que inició en Rusia el período de la dualidad de poderes —entrelazamiento de dos dictaduras: la dictadura de la burguesía, personificada por el Gobierno provisional burgués, y la dictadura del proletariado y del campesinado, personificada por los *Soviets*—, los mencheviques y los socialistas revolucionarios (s. r., eseristas) pasaron a formar parte del Gobierno provisional, apoyaron su política imperialista y lucharon contra la creciente revolución proletaria. Los mencheviques siguieron en los Soviets esa misma política de apoyo al Gobierno provisional y de apartamiento de las masas del movimiento revolucionario.

Después de la Revolución de Octubre, los mencheviques se convirtieron en un partido abiertamente contrarrevolucionario, que organizó y participó en complots y levantamientos que tenían como fin derrocar el poder soviético (Nota de la edición rusa).

Si la revolución triunfó tan rápida y radicalmente —en apariencia —, solo se debe al hecho de que, como resultado de una situación histórica en extremo original, se unieron, en forma asombrosamente «armónica», *corrientes absolutamente diferentes*, intereses de clase *absolutamente heterogéneos*, aspiraciones políticas y sociales *absolutamente opuestas*. Es decir, la conspiración de los imperialistas anglo-franceses, que empujaron a Miliukov, Guchkov y compañía a hacerse del poder *para continuar la guerra imperialista*, con el objeto de conducirla aún con mayor encarnizamiento y tenacidad, con el fin de *asesinar a nuevos millones* de obreros y campesinos rusos, para que los Guchkov puedan adueñarse de Constantinopla, los capitalistas franceses de Siria, los capitalistas ingleses de Mesopotamia, etc. Esto por una parte. Y por la otra, había un profundo movimiento popular proletario y de masas de carácter revolucionario (un movimiento de todos los sectores más pobres de la población de la ciudad y del campo), por el pan, *la paz y la verdadera libertad*.

Sería simplemente tonto hablar de que el proletariado revolucionario de Rusia «apoyara» al imperialismo kadete-octubrista, «remendado» con el dinero inglés, y tan abominable como el imperialismo zarista. Los obreros revolucionarios han estado destruyendo, han destruido ya en gran parte y destruirán la infame *monarquía* zarista hasta acabar con ella; no se entusiasman ni se desaniman por el hecho de que en determinadas coyunturas históricas, breves y excepcionales, los *ayudó* la lucha de los Buchanan, los Guchkov, los Miliukov y compañía, ¡a *reemplazar* un monarca *por otro* monarca, preferiblemente también un Románov!

Así y solo así, se desarrolló la situación. Así y solo así es la manera como puede considerar las cosas un político que no teme la verdad, que analiza con sensatez el equilibrio de las fuerzas sociales en la revolución, que aprecia cada «momento actual», no solo desde el punto de vista de todas sus peculiaridades presentes o del momento actual, sino también desde el punto de vista de las motivaciones fundamentales, de la más profunda relación de intereses del proletariado y de la burguesía, tanto en Rusia como en todo el mundo.

Los obreros de Petrogrado, al igual que los de toda Rusia, combatieron abnegadamente la monarquía zarista, lucharon por

la libertad, por la tierra para los campesinos, por la paz, contra la matanza imperialista. El capital imperialista anglo-francés, para continuar e intensificar esa matanza, urdió intrigas palaciegas, conspiró con los oficiales de la guardia, instigó y alentó a los Guchkov y a los Miliukov, y organizó *un nuevo gobierno completo* que en la práctica *tomó el poder*, no bien la lucha del proletariado asestó los primeros golpes al zarismo.

Este nuevo gobierno, en el que Lvov y Guchkov, de los octubristas y del partido de la «Renovación pacífica», cómplices ayer de Stolypin el Verdugo, controlan cargos realmente importantes, cargos decisivos, el ejército y la burocracia; este gobierno, en el que Miliukov y el resto de los kadetes son más que nada figuras decorativas, rótulos cuya función es pronunciar sentimentales discursos académicos, y en el que el trudovique⁹ Kerenski es una balalaika¹⁰ con el sonido de cuyas cuerdas procuran engañar a los obreros y a los campesinos; ese gobierno no es una asociación accidental de personas.

Representan a la nueva clase que se ha encaramado al poder político de Rusia, la clase de los terratenientes capitalistas y de la burguesía que desde hace largo tiempo dirige económicamente nuestro país, y que durante la revolución de 1905-1907, durante la contrarrevolución de 1907-1914, y, finalmente, y con particular rapidez, durante la guerra de 1914 a 1917, se organizó políticamente con extraordinaria rapidez y pasó a controlar los gobiernos locales, la instrucción pública, congresos de todos género, la Duma, los comités de la industria de guerra, etc. Esta nueva clase estaba ya «casi completamente» en el poder para 1917, y por eso los primeros golpes fueron suficientes para que el zarismo se desmoronase y quedara libre el camino para la burguesía. La guerra imperialista, que exigió una increíble tensión de fuerzas, aceleró a tal extremo el proceso de desarrollo de la Rusia atrasada, que «de un solo golpe» (aparentemente de un solo golpe) hemos alcanzado a Italia, a Inglaterra y casi a Francia. Hemos obtenido un gobierno «parlamentario»,

⁹ Representantes de los campesinos en las cuatro dumas, compuestos entre liberales y socialdemócratas en su mayoría [N. del E.].

¹⁰ Instrumento musical ruso [N. del E.].

de «coalición», «nacional» (es decir, apto para continuar la matanza imperialista y para engañar al pueblo).

Junto a este gobierno —que en lo que respecta a la guerra *actual* no es más que el agente de la «firma» multimillonaria «Inglaterra y Francia»—, ha surgido el esencial, no oficial, aún no desarrollado y relativamente débil *gobierno obrero*, que expresa los intereses del proletariado y de todo el sector pobre de la población urbana y rural. Este gobierno es el Soviet de obreros de Petrogrado, que procura establecer vínculos con los soldados y los campesinos, así como con los obreros agrícolas; más con estos últimos, por supuesto, que con los campesinos.

Tal es la *verdadera* situación política que nosotros debemos, ante todo, esforzarnos por definir con la máxima precisión y objetividad posibles, a fin de asentar la táctica marxista sobre la única base sólida posible, la base de *los hechos*.

La monarquía zarista ha sido abatida, pero no definitivamente destruida.

El gobierno burgués, octubrista-kadete, que quiere llevar la guerra imperialista «hasta el fin», y que es en realidad el agente de la firma financiera «Inglaterra y Francia», *se ve obligado a prometer* al pueblo el máximo de libertades y concesiones compatibles con el mantenimiento de su poder *sobre el pueblo* y con la posibilidad de continuar la matanza imperialista.

El Soviet de Diputados Obreros es una organización de los obreros, es el embrión de un gobierno obrero, el representante de los intereses de toda la masa del sector pobre de la población, es decir, de las nueve décimas partes de la población, que anhela *la paz, el pan y la libertad*.

El conflicto de estas tres fuerzas determina la situación que ha surgido ahora, una situación de transición entre la primera etapa de la revolución y la segunda.

El antagonismo entre la primera fuerza y la segunda *no es* profundo, es momentáneo, fruto *solamente* de la coyuntura actual del brusco viraje de los acontecimientos en la guerra imperialista. Todo el nuevo gobierno es monárquico, pues el republicanismo *verbal* de Kerenski simplemente no se puede tomar en serio, no es digno de un

estadista, y *objetivamente* es una tramoya política. El nuevo gobierno que aún no ha asestado el golpe de gracia a la monarquía zarista, ya ha *empezado a pactar* con la dinastía terrateniente de los Románov. La burguesía de tipo octubrista-kadete necesita una monarquía para que sirva como cabeza de la burocracia y del ejército, para salvaguardar los privilegios del capital contra los trabajadores.

Quien diga que los obreros deben *apoyar* al nuevo gobierno en interés de la lucha contra la reacción zarista (y aparentemente esto han dicho los Potréssov, los Gvózdiev, Chjenkeli y también Chjeídze, pese a su *ambigüedad*), traiciona a los obreros, traiciona la causa del proletariado, la causa de la paz y de la libertad. Porque, en realidad, *precisamente* este nuevo gobierno ya está atado de pies y manos al capital imperialista, a la política imperialista de *guerra* y de rapiña; *ya* ha comenzado a pactar (¡sin consultar al pueblo!) con la dinastía; se encuentra *ya empeñado en la restauración de la monarquía zarista*; ya auspicia la candidatura de Mijáil Románov como nuevo reyezuelo; está ya tomando medidas para apuntalar el trono, para reemplazar la monarquía legítima (legal, basada en las viejas leyes) por una monarquía bonapartista, plebiscitaria (basada en un plebiscito fraudulento).

¡No, si se ha de luchar realmente contra la monarquía zarista, se ha de garantizar la libertad en los hechos, y no solo de palabra, no solo con las promesas versátiles de Miliukov y Kerenski; no *son* los obreros quienes deben apoyar al nuevo gobierno, sino es el gobierno quien debe «apoyar» a los obreros! Porque la única *garantía* de libertad y de destrucción completa del zarismo reside en *armar al proletariado*, en consolidar, extender, desarrollar el papel, la importancia y la fuerza del Soviet de Diputados Obreros.

Todo lo demás es pura fraseología y mentiras, vanas ilusiones por parte de los politiqueros del campo liberal y radical, maquinaciones fraudulentas.

Ayuden a armarse a los obreros, o al menos no estorben esta tarea, y la libertad será invencible en Rusia, la monarquía no podrá ser restaurada y la República se verá asegurada.

De lo contrario, los Guchkov y los Miliukov restaurarán la monarquía y no otorgarán *ninguna*, absolutamente *ninguna* de las

«libertades» por ellos prometidas. Todos los políticos burgueses en todas las revoluciones burguesas han «alimentado» a los pueblos y engañado a los obreros con promesas.

La nuestra es una revolución burguesa, *por consiguiente* los obreros deben apoyar a la burguesía, dicen los Potréssov, los Gvózdiev y los Chjeídze, como ya lo dijera Plejánov.

La nuestra es una revolución burguesa, decimos nosotros, los marxistas, por consiguiente los obreros deben abrir los ojos al pueblo para que vea el engaño de los politicastros burgueses, enseñarle a no creer en las palabras, a confiar únicamente en *sus propias* fuerzas, en *su propia* organización, en *su propia* unión, en *sus propias* armas.

El gobierno de los octubristas y kadetes, de los Guchkov y los Miliukov *no puede* —aunque lo quisiese sinceramente (solo los niños pueden creer que los Guchkov y Lvov son sinceros)— dar al pueblo *ni paz, ni pan, ni libertad*.

No puede dar la paz, porque es un gobierno belicista, un gobierno para la continuación de la matanza imperialista, un gobierno de *rapiña*, empeñado en saquear Armenia, Galitzia y Turquía, en anexarse Constantinopla, reconquistar Polonia, Curlandia, Lituania, etc. Es un gobierno que está atado de pies y manos al capital imperialista anglo-francés. El capital ruso no es más que una rama de la «firma» internacional que maneja *centenares de miles de millones* de rublos y que se llama «Inglaterra y Francia».

No puede dar pan, porque es un gobierno burgués. En el *mejor* de los casos puede dar al pueblo, como lo ha hecho Alemania, «un hambre genialmente organizada». Pero el pueblo no aceptará el hambre. Se enterará, y probablemente muy pronto, de que hay pan y de que es posible obtenerlo, pero únicamente con métodos que *no respetan la santidad del capital y de la propiedad terrateniente*.

No puede dar libertad, porque es un gobierno terrateniente y capitalista, que *teme* al pueblo y que ya ha comenzado a pactar con la dinastía de los Románov.

En otro artículo nos ocuparemos de los problemas tácticos de nuestra actitud inmediata hacia este gobierno. Explicaremos en él la originalidad de la situación actual, que es de transición de la primera etapa de la revolución a la segunda, y por qué la consigna,

«la tarea del día», en este momento debe ser: *¡Obreros! Ustedes han hecho prodigios de heroísmo proletario, el heroísmo del pueblo, en la guerra civil contra el zarismo. Ustedes deben hacer prodigios de organización del proletariado y de todo el pueblo para preparar el camino de la victoria en la segunda etapa de la revolución.*

Limitándonos por el momento a analizar la lucha de clases y la alineación de las fuerzas de clase en esta etapa de la revolución, debemos plantear aún el problema: ¿Quiénes son los *aliados* del proletariado en *esta* revolución?

Tiene *dos* aliados: primero, la amplia masa de los semiproletarios y, en parte, también la masa de los pequeños campesinos que suman decenas de millones y constituyen la inmensa mayoría de la población de Rusia. Para esta masa son *esenciales* la paz, el pan, la libertad y la tierra. Es inevitable que, en cierta medida, esta masa sufra la influencia de la burguesía y, sobre todo de la pequeña burguesía, con la que tiene mayor afinidad por sus condiciones de vida, y que vacila entre la burguesía y el proletariado. Las duras lecciones de la guerra, que serán tanto más duras *cuanto más* enérgicamente continúen la guerra Guchkov, Lvov, Miliukov y compañía, empujarán *inevitablemente* a esta masa hacia el proletariado, la obligarán a seguirlo. Ahora debemos aprovechar la libertad relativa del nuevo régimen y los Soviets de Diputados Obreros para *esclarecer* y *organizar*, sobre todo y por encima de todo a esta masa. Los Soviets de Diputados Campesinos y los Soviets de Obreros Agrícolas, esa es una de nuestras tareas más urgentes. A este respecto, nos esforzaremos no solo porque los obreros agrícolas constituyan sus propios soviets, sino también porque los campesinos sin tierra y más pobres se organicen por *separado*, aparte de los campesinos acomodados. En la próxima carta nos ocuparemos de las tareas especiales y de las formas especiales de organización, que hoy son urgentemente necesarias.

Segundo, el aliado del proletariado ruso es el proletariado de todos los países beligerantes y de todos los países en general. Hoy este aliado se encuentra en gran medida reprimido por la guerra y con demasiada frecuencia los socialchovinistas europeos hablan en su nombre, hombres que, como Plejánov, Gvózdiev y Potréssov en Rusia, han desertado a las filas de la burguesía. Pero cada mes

de guerra imperialista ha ido liberando de su influencia al proletariado, y la revolución rusa acelerará *inevitablemente* este proceso en enormes proporciones.

Con estos dos aliados, el proletariado, *aprovechando las peculiaridades* del actual momento de transición, puede y debe proceder, primero, a la conquista de una república democrática y de la victoria completa de los campesinos sobre los terratenientes, en lugar de la semimonarquía de Guchkov-Miliukov; y después, a la conquista del *socialismo*, lo único que puede dar a los pueblos, extenuados por la guerra, *paz, pan y libertad*.

N. LENIN

SEGUNDA CARTA¹¹ EL NUEVO GOBIERNO Y EL PROLETARIADO

El principal documento de que dispongo hoy (8 [21] de marzo) es un número del 16/3 del periódico inglés más conservador y burgués, el *Times*, con una tanda de noticias sobre la revolución en Rusia. Está claro que sería difícil encontrar una fuente mejor dispuesta —para decirlo con suavidad— hacia el gobierno de Guchkov y Miliukov.

El corresponsal de este diario informa desde San Petrogrado el miércoles 1 (14) de marzo, cuando aún existía el primer Gobierno Provisional, es decir, el Comité Ejecutivo de la Duma, compuesto por trece miembros, encabezado por Rodzianko y que incluye a dos «socialistas», como dice el periódico, Kerenski y Chjeídze:

Un grupo de 22 miembros electos de la Cámara Alta [Consejo de Estado] —incluyendo a Guchkov, Stájovich, el Príncipe Trubetskói, el profesor Vasiliev, Grimm y Vernadski— envió ayer un telegrama al zar, rogándole que, para salvar la «dinastía», etc., etc., convocase la Duma y designase un jefe de gobierno que gozara de la «confianza

¹¹ Fue publicada por primera vez en 1924, en la revista *Bolshevik*.

de la nación». «En el momento de despachar este telegrama, aún no se sabe —dice el corresponsal— qué resolverá el emperador cuando llegue hoy; pero una cosa es indudable. Si su majestad no accede inmediatamente a los deseos de los elementos más moderados entre sus fieles súbditos, la influencia que hoy ejerce el Comité Provisional de la Duma Imperial pasará íntegramente a manos de los socialistas, que quieren establecer una república, pero que son incapaces de instituir ningún tipo de gobierno de orden y que precipitarían inevitablemente el país en la anarquía en el interior y el desastre en el exterior...».

¡Qué sagacidad política, y qué claridad revela esto! ¡Qué bien comprende este inglés que piensa como los Guchkov y los Miliukov (si es que no los dirige) la alineación de fuerzas e intereses de clase! «Los elementos más moderados entre sus fieles súbditos», es decir, los terratenientes y capitalistas monárquicos, desean asir el poder, pues comprenden perfectamente que, de no ocurrir así, la «influencia» pasará a manos de los «socialistas». ¿Por qué los «socialistas» y no otro cualquiera? Porque el guchkovista inglés comprende perfectamente que en la arena política *no hay ni puede haber* otra fuerza social. La revolución fue obra del proletariado. Este dio muestras de heroísmo; derramó su sangre: arrastró tras de sí a las más amplias masas de trabajadores y de pobres; exige pan, paz y libertad; exige una república y simpatiza con el socialismo. Pero un puñado de terratenientes y capitalistas, encabezados por los Guchkov y los Miliukov, quieren burlar la voluntad, o los anhelos, de la inmensa mayoría de la población, y *pactar con la monarquía tambaleante*, apuntalarla, salvarla: designe a Lvov y Guchkov su majestad y nosotros estaremos con la monarquía, contra el pueblo. ¡Este es el sentido íntegro, la esencia de la política del nuevo gobierno!

Pero, ¿cómo justificar el fraude, el engaño al pueblo, la burla de la voluntad de la inmensa mayoría de la población?

Calumniando al pueblo, el viejo y eternamente nuevo método de la burguesía. Y el guchkovista inglés calumnia, increpa, escupe y masculla: «anarquía en el interior, desastre en el exterior», ningún «gobierno de orden»!

¡Esto es mentira, honorable guchkovista!

Los obreros quieren una república, y una república es un gobierno más «de orden» que la monarquía. ¿Qué garantía tiene el pueblo de que el segundo Románov no se procurará un segundo Rasputín?

El desastre lo provocará precisamente la continuación de la guerra, es decir, el nuevo gobierno precisamente. Solo una república proletaria, respaldada por los obreros agrícolas y el sector más pobre de los campesinos y de los habitantes de la ciudad, puede asegurar la paz, brindar pan, orden y libertad.

Todos los gritos sobre la anarquía no son más que una pantalla para ocultar los mezquinos intereses de los capitalistas, que desean beneficiarse con la guerra, con los empréstitos de guerra, que desean restaurar la monarquía *contra* el pueblo.

... Ayer —continúa el corresponsal— el Partido Socialdemócrata lanzó una proclama de un carácter en extremo sedicioso, que se difundió por toda la ciudad. Ellos (es decir el Partido Socialdemócrata) son simples doctrinarios, pero en los tiempos que corren pueden causar un daño inmenso. Los señores Kerenski y Chjeídze, quienes comprenden que no pueden esperar evitar la anarquía sin el apoyo de los oficiales y los elementos más moderados del pueblo, deben tener en cuenta a sus socios menos prudentes, e insensiblemente son llevados a asumir una actitud que complica la tarea del Comité provisional...

¡Oh, gran diplomático inglés guchkovista! ¡Cuán «imprudentemente» ha dejado escapar usted la verdad!

«El Partido Socialdemócrata» y sus «socios menos prudentes», a quienes Kerenski y Chjeídze «deben tener en cuenta» son, evidentemente, el Comité Central, o el Comité de Petrogrado de nuestro partido, que fue renovado en la Conferencia de enero de 1912, esos mismos «bolcheviques» a quienes la burguesía lanza siempre el término injurioso de «doctrinarios», debido a su fidelidad a la «doctrina», es decir, a los fundamentos, los principios, las enseñanzas, los objetivos del *socialismo*. Está claro que el guchkovista inglés aplica

los términos injuriosos de sedicioso y doctrinario al llamamiento¹² y al proceder de nuestro partido, que insta a luchar por una república, por la paz, por la total destrucción de la monarquía zarista, por el pan para el pueblo.

El pan para el pueblo y la paz: eso es sedición, pero carteras ministeriales para Guchkov y Miliukov, eso es «orden». ¡Viejos y conocidos discursos!

¿Cuál es, entonces, la táctica de Kerenski y de Chjeídze, según el guchkovista inglés?

La vacilación: por una parte, el guchkovista los elogia: «comprenden» (¡excelentes muchachos! ¡inteligentes!) que sin el «apoyo» de los oficiales del ejército y de los elementos más moderados no se puede evitar la anarquía (en cambio nosotros siempre hemos pensado, de acuerdo con nuestra doctrina, con las enseñanzas del socialismo, que son precisamente los capitalistas quienes introducen la anarquía y la guerra en la sociedad humana, ¡que solo el paso de *todo* el poder político al proletariado y a los sectores más pobres del pueblo puede librarnos de la guerra, de la anarquía y del hambre!). Por otra parte Kerenski y Chjeídze «deben tener en cuenta a sus socios menos prudentes», es decir, a los bolcheviques, al Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, renovado y unido por el Comité Central.

¿Cuál es la fuerza que obliga a Kerenski y Chjeídze a «tener en cuenta» al partido bolchevique, al que *jamás* pertenecieron, al que ellos mismos o sus representantes literatos (socialistas revolucionarios, socialistas populares, los mencheviques del CO, etc.) siempre han injuriado, condenado, denunciado como un círculo clandestino insignificante, como una secta de doctrinarios, etc.? ¿Dónde y cuándo ha ocurrido que en tiempos de revolución, en tiempos en que la acción de *masas* es lo predominante, políticos cuerdos deban tener en cuenta a «doctrinarios»?

Nuestro pobre guchkovista inglés se ha hecho un lío, no ha podido dar un argumento lógico, no ha sabido decir ni una mentira completa ni la verdad completa: simplemente ha mostrado la oreja.

¹² Lenin denomina «llamamiento» al Manifiesto del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia a todos los ciudadanos de Rusia, del CC del POSDR, publicado el 28 de febrero (13 de marzo) de 1917 (Nota de la edición rusa).

Kerenski y Chjeídze se han visto obligados a tener en cuenta al Partido Socialdemócrata del Comité Central debido a la influencia que éste ejerce sobre el proletariado, sobre las masas. Nuestro partido estuvo siempre ligado a las masas, al proletariado revolucionario, *a pesar* del arresto y la deportación de nuestros diputados a Siberia ya en 1914, a pesar de las terribles persecuciones y detenciones de que fue objeto nuestro Comité de Petrogrado por su actividad clandestina durante la guerra, contra la guerra y contra el zarismo.

«Los hechos son obstinados», reza un dicho inglés. ¡Permítame que se lo recuerde, mi muy estimado guchkovista inglés! Que nuestro partido dirigió a los obreros de Petrogrado, o por lo menos les prestó una ayuda abnegada en los grandes días de la revolución, es un hecho que se *ha visto obligado* a reconocer el «propio» guchkovista inglés. E igualmente se ha visto obligado a reconocer el hecho de que Kerenski y Chjeídze vacilan *entre* la burguesía y el proletariado. Los partidarios de Gvózdiev, los «defensistas», esto es, los socialchovinistas, es decir, los defensores de la guerra imperialista, de rapiña, hoy siguen completamente a la burguesía; Kerenski, al entrar en el gabinete, es decir, en el segundo Gobierno provisional, también se ha pasado totalmente a la burguesía; Chjeídze no; Chjeídze continúa *vacilando* entre el Gobierno provisional de la burguesía, los Guchkov y los Miliukov, y el «gobierno provisional» del proletariado y de las capas más pobres del pueblo, el Soviet de Diputados Obreros y el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia unido por el Comité Central.

La revolución ha confirmado, por consiguiente, lo que nosotros afirmábamos con particular insistencia cuando instábamos a los obreros a establecer con claridad la diferencia de clase entre los principales partidos y las principales tendencias dentro del movimiento obrero y en la pequeña burguesía; ha confirmado lo que dijimos nosotros, por ejemplo, en el número 47 del *Sotsial-Demokrat*¹³ de Ginebra hace casi año y medio, el 13 de octubre de 1915:

¹³ El primer número del periódico *Sotsial-Demokrat* apareció en 1864 bajo la edición de Johann Baptiste von Schweitzer quien sucedió a Lasalle en la Asociación General de Trabajadores Alemanes. Karl Marx y Federico Engels formaron parte de la lista de colaboradores [N. del E.].

Seguimos creyendo que los socialdemócratas pueden aceptar participar en un Gobierno provisional revolucionario, junto con la pequeña burguesía democrática, pero no con los revolucionarios chovinistas. Consideramos revolucionarios chovinistas a los que quieren vencer al zarismo para vencer a Alemania, para expoliar a otros países, para afianzar la dominación de los gran rusos sobre los otros pueblos de Rusia, etc. La base del chovinismo revolucionario es la situación de clase de la pequeña burguesía. Esta vacila siempre entre la burguesía y el proletariado. Ahora vacila entre el chovinismo (que le impide ser consecuentemente revolucionaria, aun en el sentido de la revolución democrática) y el internacionalismo proletario. Los portavoces políticos de esta pequeña burguesía en Rusia son actualmente los trudoviques, los socialistas revolucionarios, *Nasha Zariá* (ahora *Dielo*), el grupo de Chjeídze, el CO, el señor Plejánov y otros por el estilo. Si los revolucionarios chovinistas triunfaran en Rusia, estaríamos contra la defensa de su «patria» en la guerra actual. Nuestra consigna es: contra los chovinistas, aunque sean revolucionarios y republicanos; *contra* ellos y *por* la alianza del proletariado internacional con vistas a la revolución socialista.

Pero, volvamos al guchkovista inglés.

Comprendiendo el peligro que amenaza —continúa el guchkovista—, el Comité provisional de la Duma Imperial se ha abstenido intencionadamente de llevar a cabo su plan original de detener a los ministros, aunque podría haberlo hecho ayer con muy poca dificultad. Por lo tanto, la puerta ha quedado abierta para negociaciones, gracias a lo cual nosotros («nosotros» = capital financiero e imperialismo ingleses) podremos obtener todos los beneficios del nuevo régimen sin pasar por la terrible prueba Comuna y la anarquía de una guerra civil...

Los partidarios de Guchkov estaban de acuerdo *con* una guerra civil con la cual *ellos* pudieran beneficiarse, pero están *contra* la guerra civil con la cual el pueblo, es decir, la real mayoría de los trabajadores, puede beneficiarse.

... Las relaciones entre el Comité provisional de la Duma, que representa a toda la nación» ¡decir esto del Comité de la IV Duma terrateniente y capitalista! «y el Consejo de diputados obreros, que representa exclusivamente intereses de clase» este es el lenguaje de un diplomático que ha escuchado palabras sabias con un oído y desea ocultar el hecho de que el Soviet de Diputados Obreros representa al proletariado y a los pobres, es decir los 9/10 de la población, «pero que en una crisis como la actual adquiere enorme poder, han suscitado no pocos recelos entre hombres razonables respecto de la posibilidad de un conflicto entre unos y otros, cuyos resultados podrían ser demasiado terribles.

Felizmente, este peligro ha sido conjurado, al menos por el momento» (¡obsérvese este «al menos»!), «gracias a la influencia del señor Krenski, joven abogado con grandes dotes oratorias que comprende claramente» (¿a diferencia de Chjeídze, que también «comprendió», aunque, por lo visto, con menos claridad, según nuestro guchkovista?) «la necesidad de colaborar con el Comité en interés de sus electores obreros» (es decir, para asegurarse los votos de los obreros, para coquetear con ellos). «Hoy (miércoles 1º de marzo) se ha concluido un acuerdo satisfactorio, por el cual se evitará toda fricción innecesaria».

Qué acuerdo fue ese, si fue realizado con *todo* el Soviet de Diputados Obreros y en qué términos, eso no lo sabemos. Esta vez el guchkovista inglés nada dice sobre este punto *fundamental*. ¡Es lógico! ¡A la burguesía no le conviene que esos términos sean claros y precisos, que los conozca todo el mundo, pues entonces le sería más difícil violarlos!

Ya había escrito las líneas anteriores, cuando leí dos noticias muy importantes. En primer lugar, el texto del manifiesto del Soviet de Diputados Obreros llamando a «apoyar» al nuevo gobierno, publicado el 20/3 en *Le Temps*¹⁴, el periódico parisiense más conservador y burgués, y, en segundo lugar, un extracto del discurso pronunciado el 1 (14) de marzo por Skóbeliev en la Duma del Estado, reproducido en un periódico de Zúrich (el *Neue Zürcher Zeitung*¹⁵, 1 Mit.-bl., 21/3) que lo tomó de un periódico berlinés (el *National-Zeitung*¹⁶).

¹⁶ *Gaceta Nacional*: se publicó en Berlín desde 1848 hasta 1938 [N. del E.].

¹⁴ *El Tiempo*: se publicó en París entre 1861 y 1941. Fue el órgano oficial del Ministerio de Relaciones Exteriores del gobierno francés [N. del E.].

¹⁵ *Nueva Gaceta Comercial de Zúrich y Suiza*: se publica en Zúrich desde 1780 [N. del E.].

El Manifiesto del Soviet de Diputados Obreros, si el texto no ha sido falseado por los imperialistas franceses, es un documento notable. Muestra que el proletariado de Petrogrado se hallaba, por lo menos cuando fue lanzado el Manifiesto, bajo la influencia predominante de los políticos pequeño burgueses. Recuérdese que incluyo en esta categoría de políticos, como lo he señalado anteriormente, a gente del tipo de Kerenski y de Chjeídze.

En el Manifiesto vemos dos ideas políticas y dos consignas que corresponden a ellas.

Primero, El Manifiesto dice que el gobierno (el nuevo gobierno) está compuesto por «elementos moderados». Extraña definición y de ninguna manera completa, de carácter puramente liberal, no marxista. También yo estoy dispuesto a admitir que en cierto sentido —en mi próxima carta especificaré en qué sentido precisamente—, ahora, una vez completada la primera etapa de la revolución, todo gobierno debe ser «moderado». Pero es absolutamente inadmisibile ocultar a uno mismo y al pueblo que este gobierno quiere continuar la guerra imperialista; que es un agente del capital inglés; que quiere restaurar la monarquía y fortalecer la dominación de los terratenientes y capitalistas.

El Manifiesto declara que todos los demócratas deben «apoyar» al nuevo gobierno y que el Soviet de Diputados Obreros suplica a Kerenski que participe en el Gobierno provisional y lo autoriza a ello. Las condiciones: llevar a la práctica las reformas prometidas ya durante la guerra, garantías para el «libre desarrollo cultural» (¿solo?) de las nacionalidades (programa puramente kadete, miserablemente liberal), y la creación de un comité especial compuesto por miembros del Soviet de Diputados Obreros y por «militares»,¹⁷ encargado de supervisar las actividades del Gobierno provisional.

¹⁷ Basándose en las informaciones de la prensa extranjera sobre la institución por el Soviet de Petrogrado de un órgano especial para controlar al Gobierno provisional, Lenin al principio vio con buenos ojos este hecho, señalando al propio tiempo que solo la experiencia mostraría si tal órgano se justificaba. La «Comisión de Enlace», designada el 8 (21) de marzo por el Comité Ejecutivo conciliador del Soviet para «influir» y «controlar» la actividad del Gobierno provisional, en realidad ayudó al gobierno a utilizar la autoridad del Soviet para encubrir su política contrarrevolucionaria. Valiéndose de

De este Comité supervisor, que entra dentro de la segunda categoría de ideas y consignas, hablaremos especialmente más adelante.

La designación de un Louis Blanc ruso, Kerenski, y el llamado a apoyar al nuevo gobierno son, se puede decir, un ejemplo clásico de traición a la causa de la revolución y a la causa del proletariado, traición que condenó a muerte a muchas revoluciones del siglo XIX, independientemente de los sinceros y leales al socialismo que hayan sido los dirigentes y los partidarios de tal política.

El proletariado no puede y no debe apoyar a un gobierno de guerra, a un gobierno de restauración. Para combatir la reacción, para rechazar todas las posibles y probables tentativas de los Románov y de sus amigos de restaurar la monarquía y organizar un ejército contrarrevolucionario, es necesario, no apoyar a Guchkov y compañía, sino organizar, engrandecer y fortalecer una milicia proletaria, armar al pueblo bajo la dirección de los obreros. Sin esta medida principal, básica, radical, no se puede ni hablar de ofrecer una resistencia seria a la restauración de la monarquía y a los intentos de anular o cercenar las libertades prometidas, o de marchar firmemente por el camino que dará al pueblo pan, paz y libertad.

Si es cierto que Chjeídze, que con Kerenski era miembro del primer Gobierno provisional (Comité de la Duma de los trece), se abstuvo de participar en el segundo Gobierno provisional por consideraciones de principio como las mencionadas más arriba o de un carácter similar, eso le hace honor. Hay que decirlo francamente. Por desgracia, tal interpretación está en contradicción con los hechos, sobre todo con el discurso de Skóbeliev, que siempre ha estado de acuerdo con Chjeídze.

Skóbeliev dijo, si se puede confiar en la fuente antes mencionada, que «el grupo social (evidentemente el socialdemócrata) y los obreros tienen un leve contacto (tienen poca afinidad) con los objetivos del Gobierno provisional»; que los obreros reclaman

la «Comisión de Enlace» se trataba de impedir que las masas se lanzasen a una lucha revolucionaria activa por el paso de todo el poder a los soviets. La «Comisión de Enlace» fue disuelta a mediados de abril de 1917 y sus funciones se transfirieron al Buró del Comité Ejecutivo (Nota de la edición rusa).

la paz y que, si la guerra continúa, de todos modos se producirá el desastre en la primavera; que «los obreros han concertado con la sociedad (la sociedad liberal) un acuerdo temporal (*eine vorläufige Waffenfreundschaft*), aunque sus objetivos políticos están tan distantes de los objetivos de la sociedad como la tierra del cielo»; que «los liberales deben renunciar a los insensatos (*unssinnige*) objetivos de la guerra», etc.

Este discurso es un ejemplo de lo que más arriba llamamos, en el extracto del *Sotsial-Demokrat*, «oscilar» entre la burguesía y el proletariado. Los liberales, mientras sean liberales, *no pueden* «renunciar» a los «insensatos» objetivos de la guerra, que, entre paréntesis, no los determinan ellos solos, sino el capital financiero anglo-francés, una potencia mundial cuya fuerza se mide en centenares de miles de millones. La tarea no consiste en «persuadir» a los liberales, sino *explicar* a los obreros por qué los liberales se encuentran en un callejón sin salida, por qué se ven *ellos* atados de pies y manos, por qué *ocultan* tanto los tratados concertados por el zarismo con Inglaterra, y otros países, como los pactos secretos entre el capital ruso y el anglo-francés, etc.

Si Skóbeliev dice que los obreros han concertado un acuerdo con la sociedad liberal, no importa de qué tipo, y puesto que no protesta contra él, no explica desde la tribuna de la Duma cuán perjudicial es para los obreros, quiere decir, entonces, que él *aprueba* ese acuerdo. Y eso es exactamente lo que no debió hacer.

La aprobación directa o indirecta de Skóbeliev, claramente expresada o tácita, del acuerdo del Soviet de Diputados Obreros con el Gobierno provisional, señala la oscilación de Skóbeliev hacia la burguesía. La afirmación de Skóbeliev de que los obreros reclaman la paz, de que sus objetivos están tan distantes de los objetivos de los liberales como la tierra del cielo, señala la oscilación de Skóbeliev hacia el proletariado.

Puramente proletaria, auténticamente revolucionaria y profundamente acertada por su concepción es la segunda idea política que contiene el Manifiesto del Soviet de Diputados Obreros que estamos estudiando, es decir, la idea de constituir un «Comité supervisor» (no sé si es precisamente así como se llama en ruso, yo

traduzco libremente del francés) de supervisión del gobierno provisional por obreros y soldados.

¡Eso sí que está bien! ¡Eso sí que es digno de los obreros, que han derramado su sangre por la libertad, la paz y pan para el pueblo! ¡Es un *paso real* hacia *garantías reales* contra el zarismo, contra la monarquía y contra los monárquicos Guchkov, Lvov y Compañía! ¡Es indicio de que el proletariado ruso, a pesar de todo, ha ido más allá que el proletariado francés en 1848, cuando «dio plenos poderes» a Louis Blanc! Es prueba de que el instinto y la razón de las masas proletarias no se dan por satisfechos con declamaciones, exclamaciones, promesas de reformas y de libertades, con el título de «ministro facultado por los obreros» y oropeles similares, sino que buscan un apoyo *solo* allí donde deben hallarlo, en las masas populares *armadas*, organizadas y dirigidas por el proletariado, los obreros con conciencia de clase.

Este es un paso por el buen camino, pero *solo* el primer paso.

Si este «Comité supervisor» se limita a ser una institución parlamentaria de tipo puramente político, un comité que «formulará preguntas» al Gobierno provisional y recibirá respuestas de él, entonces no será más que un juguete, no será nada.

Por el contrario, si se orienta inmediatamente y a pesar de todos los obstáculos, a organizar una *milicia obrera* o una guardia obrera interna, en la que participe efectivamente todo el pueblo, todos los hombres y las mujeres, que no solo remplace la policía exterminada y dispersada, que no solo haga *imposible* el restablecimiento de esta por *ningún* gobierno, monárquico constitucional o republicano democrático, *tanto* en Petrogrado *como* en cualquier otro lugar de Rusia, entonces los obreros avanzados de Rusia habrán emprendido realmente el camino hacia nuevas y grandes victorias, el camino hacia la victoria sobre la guerra, hacia la realización de la consigna que, como informan los periódicos, engalanaba las banderas de las tropas de caballería que desfilaron en Petrogrado, en la plaza frente a la Duma del Estado:

«¡Vivan las repúblicas socialistas de todos los países!».

En la carta próxima expondré mis ideas sobre esta milicia obrera.

Trataré de demostrar en ella, por una parte, que la creación de una milicia que abarque a todo el pueblo, y dirigida por los obreros, es la justa consigna del momento, la que responde a las tareas tácticas del original período de transición que atraviesa la revolución rusa (y la revolución mundial), y por otra parte, que, para que sea fructífera, esta milicia obrera debe, en primer lugar, abarcar a todo el pueblo, debe ser una organización de masas *hasta llegar a ser universal*, debe abarcar realmente a toda la población físicamente apta de ambos sexos; y, en segundo lugar, debe combinar no solo funciones puramente policiales, sino todas las de interés para el Estado con las funciones militares y con el control de la producción social y la distribución.

N. LENIN

Zúrich, 9 (22) de marzo de 1917.

P. S. - Me olvidé de fechar mi carta precedente, del 7 (20) de marzo.

TERCERA CARTA¹⁸

A PROPÓSITO DE UNA MILICIA PROLETARIA

La conclusión a que llegué ayer sobre la táctica vacilante de Chjeídze ha sido plenamente confirmada hoy, 10 (23) de marzo, por dos documentos. Primero, un telegrama de Estocolmo en la *Frankfurter Zeitung*¹⁹ con extractos del manifiesto del Comité Central de nuestro Partido, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, de Petrogrado. En este documento no se dice ni palabra sobre si apoyar o derrocar al gobierno Guchkov; en él se llama a los obreros y a los soldados a organizarse en torno del Soviet de Diputados Obreros, a enviar a él a sus representantes para luchar contra el zarismo y por una república, por la jornada de ocho horas, por la

¹⁸ Fue publicada por primera vez en 1924, en la revista *Internacional Comunista* [N. del E.].

¹⁹ *La Gaceta de Fráncfort* fue un diario de los grandes inversores alemanes de la bolsa. Se publicó entre 1856 y 1943 [N. del E.].

confiscación de las tierras de los terratenientes y de las existencias de cereales y, sobre todo, por el fin de la guerra de rapiña. Al respecto, es particularmente importante y particularmente apremiante la opinión absolutamente correcta de nuestro Comité Central, de que para obtener la paz es preciso establecer relaciones con los *proletarios de todos los países beligerantes*.

Esperar la paz de negociaciones y de relaciones entre los gobiernos burgueses sería un autoengaño y un engaño al pueblo.

El segundo documento es otra noticia de Estocolmo, también comunicada por telégrafo, a otro periódico alemán (*La Gaceta de Voss*²⁰), sobre una conferencia entre el grupo de Chjeídze en la Duma, el Grupo del Trabajo (*¿Arbeiterfraction?*) y los representantes de 15 sindicatos obreros el 2 (15) de marzo y sobre un manifiesto publicado al día siguiente. De los once puntos de este manifiesto, el telegrama transcribe solo tres: el primero, la exigencia de una república; el séptimo, la exigencia de paz e inmediatas negociaciones de paz; y el tercero, la exigencia de «una adecuada participación en el gobierno de representantes de la clase obrera rusa».

Si este punto está transcrito correctamente, comprendo por qué la burguesía elogia a Cheídze. Comprendo por qué al elogio, más arriba citado, de los guchkovistas ingleses en el *Times* se ha sumado el elogio de los guchkovistas franceses en *Le Temps*. Este periódico de los millonarios e imperialistas franceses decía el 22 de marzo: «Los dirigentes de los partidos obreros, y sobre todo el señor Chjeídze, ejercen toda su influencia para moderar los deseos de las clases trabajadoras.»

En efecto, reclamar la «participación» de los obreros en el gobierno Guchkov-Miliukov es un absurdo teórico y político: participar como minoría, equivaldría a ser un simple peón; participar en «pie de igualdad», es imposible porque no se puede conciliar la exigencia de continuar la guerra con la exigencia de concertar un armisticio e iniciar negociaciones de paz; para «participar» como mayoría sería necesario contar con fuerza suficiente para *derrocar* al gobierno Guchkov-Miliukov. En la práctica, exigir la «participación» es caer en la peor especie de blanquismo, es decir, olvidar la

²⁰ Publicación editada en Berlín por los liberales moderados alemanes [N. del E.].

lucha de clases y las condiciones reales en que se libra, entusiasmarse con frases enteramente vacías, sembrar ilusiones entre los obreros, perder un tiempo precioso en negociaciones con Miliukov o con Kerenski, que debería emplearse para crear una fuerza verdaderamente de clase y revolucionaria, una milicia proletaria, capaz de *inspirar confianza a todas* las capas pobres de la población —que constituyen la inmensa mayoría—, que las ayude a organizarse y a luchar por el pan, la paz y la libertad.

Este error del manifiesto de Chjeídze y de su grupo (no hablo del *partido* del Comité de Organización, pues en las fuentes de que dispongo no se dice ni palabra del CO), este error es tanto más extraño por cuanto Skóbelev, el colaborador más cercano de Chjeídze, en la conferencia del 2 (15) de marzo dijo, según los periódicos: «Rusia se halla en vísperas de una segunda, de una verdadera (*wirklich*) revolución».

Esta es una verdad de la cual Skóbelev y Chjeídze han olvidado sacar conclusiones prácticas. No puedo juzgar desde aquí, desde mi maldita lejanía, hasta qué punto es inminente esta segunda revolución. Por estar en el lugar de los hechos, Skóbelev puede apreciar mejor las cosas. Por consiguiente, no me planteo problemas para cuya solución no dispongo ni puedo disponer de los datos concretos necesarios. Me limito a subrayar la confirmación de Skóbelev, un «testigo imparcial», es decir, que no pertenece a nuestro partido, de la conclusión *real*, a que llegué en mi primera carta, es decir: que la revolución de febrero-marzo no ha sido más que la *primera etapa* de la revolución. Rusia atraviesa un momento histórico muy peculiar de *transición* a la próxima etapa de la revolución o, para emplear las palabras de Skóbelev, a la «segunda revolución».

Si queremos ser marxistas y sacar enseñanzas de la experiencia de las revoluciones del mundo entero, debemos esforzarnos por comprender en qué consiste precisamente la *peculiaridad* de este momento de *transición* y qué táctica se desprende de sus características específicas objetivas.

La peculiaridad de la situación consiste en que el gobierno Guchkov-Miliukov obtuvo la primera victoria con extraordinaria facilidad, gracias a las siguientes tres circunstancias principales:

1. La ayuda del capital financiero anglo-francés y de sus agentes.
2. La ayuda de parte de los altos mandos del ejército.
3. La organización ya existente de toda la burguesía rusa en los *zemstvos*²¹, en los municipios, en la Duma del Estado, en los comités de la industria de guerra, etc.

El gobierno Guchkov está apresado en un cepo: atado por los intereses del capital, se ve obligado a esforzarse por continuar la guerra de rapiña y de saqueo, a proteger los escandalosos beneficios del capital y de los terratenientes, a restaurar la monarquía. Atado por su origen revolucionario y por la necesidad de un brusco cambio del zarismo a la democracia, presionado por las masas que tienen hambre de pan y hambre de paz, el gobierno se ve obligado a mentir, a maniobrar, a ganar tiempo, a «proclamar» y prometer lo más posible (las promesas son lo único barato, incluso en un período de ascenso desenfrenado de los precios) y a hacer lo menos posible, a hacer concesiones con una mano y a birlarlas con la otra.

En determinadas condiciones, el nuevo gobierno puede, como mucho, aplazar un poco su derrumbe, apoyándose en toda la capacidad de organización de la burguesía rusa y de la intelectualidad burguesa. Pero aun así es *incapaz* de evitar el derrumbe, porque es *imposible* escapar a las garras del monstruo espantoso alimentado por el capitalismo mundial —la guerra imperialista y el hambre— sin renunciar a las relaciones burguesas, sin tomar medidas revolucionarias, sin apelar al supremo heroísmo histórico del proletariado ruso e internacional.

De ahí la conclusión: no podemos derribar al nuevo gobierno de un solo golpe, y si pudiésemos (en épocas revolucionarias los límites de lo posible se amplían mil veces), no estaríamos en condiciones de conservar el poder a menos que *opusiéramos* a la magnífica organización de toda la burguesía rusa y de toda la intelectualidad burguesa una no menos magnífica *organización del proletariado*, que

²¹ Sediciente administración autónoma local encabezada por la nobleza en las provincias centrales de la Rusia zarista. Fue instituida en 1864. Sus atribuciones estaban limitadas a los asuntos económicos puramente locales (construcción de hospitales y caminos, estadísticas, seguros, etc.). Controlaban su actividad los gobernadores y el ministro del Interior que podían suspender las disposiciones inconvenientes para el gobierno (Nota de la edición rusa).

deberá dirigir a toda la inmensa masa de pobres de la ciudad y del campo, el semiproletariado y los pequeños propietarios.

Ya sea que la «segunda revolución» haya estallado ya en Petrogrado (he dicho que sería totalmente absurdo pensar que es posible desde el extranjero, determinar el ritmo real con que madura), que haya sido aplazada por un tiempo o haya comenzado ya en algunas regiones aisladas (de lo cual hay signos evidentes), de *cualquier* modo, la consigna del momento, en vísperas de la nueva revolución, durante ella o inmediatamente después de ella, debe ser *organización proletaria*.

¡Camaradas obreros! Han realizado ustedes prodigios de heroísmo proletario ayer, al derrocar a la monarquía zarista. En un futuro más o menos cercano (quizás incluso ahora, mientras escribo estas líneas), tendrán que realizar otra vez idénticos prodigios de heroísmo para derribar el dominio de los terratenientes y los capitalistas, que hacen la guerra imperialista. ¡No podrán *lograr* ustedes *una victoria* duradera en esta próxima y «verdadera» revolución, si no se realizan *prodigios de organización proletaria*!

Organización, es la consigna del momento. Pero limitarse a esto equivaldría a no decir nada, porque por una parte, la organización es *siempre* necesaria; por tanto, referirse solamente a la necesidad de «organizar a las masas» no explica absolutamente nada; por otra parte, quien solo se limita a ello, se convierte en cómplice de los *liberales*, porque lo que los liberales desean *precisamente*, para consolidar su dominación, es que los obreros *no traspasen los límites* de sus organizaciones corrientes, «legales» (desde el punto de vista de la sociedad burguesa «normal»), es decir, que los obreros se incorporen *solamente* a su partido, a su sindicato, a su cooperativa, etc.

Guiados por su instinto de clase, los obreros han comprendido que en un período revolucionario necesitan organizaciones no solo corrientes, sino completamente diferentes, y han emprendido con acierto el camino señalado por la experiencia de nuestra revolución de 1905 y de la Comuna de París de 1871; han creado un Soviet de Diputados Obreros, han comenzado a desarrollarlo, ampliarlo y fortalecerlo, atrayendo a él a diputados de los *soldados* y, sin duda alguna, a diputados de los *asalariados* rurales y, además (en una u otra forma) de todos los campesinos pobres.

La principal tarea, la más importante, y que no puede ser postergada, es crear organizaciones de ese tipo en todos los lugares de Rusia para todos los gremios y todas las capas de la población proletaria y semiproletaria, sin excepción, es decir, para todos los trabajadores y todos los explotados, para emplear un término menos exacto desde el punto de vista de la economía, pero más popular. Señalaré, anticipándome, que nuestro partido (espero poder ocuparme en una de mis próximas cartas de su papel *especial* en el nuevo tipo de organizaciones proletarias) debe recomendar *especialmente* a toda la masa campesina que organice soviets de trabajadores asalariados y soviets de pequeños agricultores que *no venden* su cereal, independientemente de los campesinos ricos. Sin esta condición será en general²² imposible, tanto aplicar una auténtica política proletaria, como abordar con acierto la cuestión práctica en extremo importante, que es cuestión de vida o muerte para millones de hombres: la justa distribución de los *cereales*, el aumento de su producción, etc.

Surge la pregunta: ¿Cuál debe ser la función de los Soviets de Diputados Obreros? «Deben ser considerados como los órganos de la insurrección, como los órganos del poder revolucionario», decíamos en el número 47 del *Sotsial-Demokrat* de Ginebra, el 13 de octubre de 1915.

Esta proposición teórica, deducida de la experiencia de la Comuna de París de 1871 y de la revolución rusa de 1905, debe ser explicada y desarrollada concretamente basándose en la experiencia práctica, precisamente de la etapa actual, de la actual revolución en Rusia.

Necesitamos un *gobierno* revolucionario, necesitamos (durante un cierto período de transición) un *Estado*. Esto es lo que nos distingue de los anarquistas. La diferencia entre los marxistas revolu-

²² En el campo se desarrollará ahora la lucha por los pequeños campesinos y, en parte, por los campesinos medios. Los terratenientes, apoyándose en los campesinos ricos, tratarán de subordinar a aquéllos a la burguesía. Nosotros debemos llevarlos, apoyándonos en los obreros asalariados rurales y en los campesinos pobres, a la más estrecha unión con el proletariado urbano (Nota del autor).

cionarios y los anarquistas, no solo consiste en que los primeros son partidarios de la gran producción comunista centralizada, mientras que los segundos son partidarios de la pequeña producción dispersa. No, la diferencia entre nosotros, precisamente en la cuestión del gobierno, del Estado, consiste en que nosotros estamos por la utilización revolucionaria de formas revolucionarias de Estado en la lucha por el socialismo y los anarquistas están *en contra*.

Necesitamos un Estado. Pero no la *clase* de Estado que ha creado la burguesía en todas partes, desde las monarquías constitucionales hasta las repúblicas más democráticas. Y en ello nos distinguimos de los oportunistas y de los kautskistas de los viejos y decadentes partidos socialistas, que han deformado u olvidado las enseñanzas de la Comuna de París y el análisis que de estas enseñanzas hicieron Marx y Engels²³.

Necesitamos un Estado, pero *no* del tipo que necesita la burguesía, con organismos de gobierno —en forma de policía, ejército y burocracia (funcionarios públicos)— separados del pueblo y en contra de él. Todas las revoluciones burguesas se han limitado a perfeccionar esa *maquinaria* del Estado, a transferirla simplemente de manos de un partido a las de otro.

Por otra parte, si el proletariado quiere defender las conquistas de la presente revolución y seguir adelante, si quiere conquistar la paz, el pan y la libertad, debe, empleando la expresión de Marx, «*destruir*» esa maquinaria del Estado «prefabricada» y remplazarla por otra nueva, *fusionando* la policía, el ejército y la burocracia con *todo el pueblo armado*. Siguiendo el camino indicado por la experiencia de la Comuna de París de 1871 y de la revolución rusa de 1905, el proletariado debe organizar y armar a *todos* los sectores pobres y explotados de la población, a fin de que ellos *mismos* puedan

²³ En una de las cartas siguientes o en un artículo especial me detendré con detalle en este análisis hecho, en particular, en *La guerra civil en Francia* de Marx, en el prefacio de Engels a la tercera edición de esta obra y en las cartas de Marx del 12 de abril de 1871 y de Engels del 18 —28 de marzo de 1875—, así como en la forma en que Kautsky tergiversó por completo el marxismo en la polémica que sostuvo en 1912 contra Pannekoek sobre el problema de la «destrucción del Estado» (Nota del autor).

tomar directamente en sus propias manos los organismos del poder del Estado y puedan *ellos* mismos *establecer* esos organismos del poder del Estado.

Los obreros de Rusia *emprendieron* ya ese camino en la primera etapa de la primera revolución, en febrero-marzo de 1917. Ahora todo estriba en comprender claramente cuál es este nuevo camino, en seguir adelante por él, con firmeza y perseverancia.

Los capitalistas anglo-franceses y rusos «solo» querían alejar a Nicolás II, o solo «asustarlo», y dejar intacta la vieja maquinaria del Estado, la policía, el ejército y la burocracia.

Los obreros fueron más lejos y la destruyeron. Y ahora no solo los capitalistas anglo-franceses, sino también los alemanes, *braman* con furia y espanto al ver, por ejemplo, que los soldados rusos fusilan a sus oficiales, como en el caso del almirante Nepenin, ese partidario de Guchkov y de Miliukov.

He dicho que los obreros han destruido la vieja maquinaria del Estado. Más correcto sería decir: han *comenzado* a destruirla.

Tomemos un ejemplo concreto.

En Petrogrado y en muchos otros lugares la policía en parte ha sido liquidada y en parte dispersada. El gobierno Guchkov-Miliukov *no puede* restaurar la monarquía ni, en general, conservar el poder *sin restablecer* antes la fuerza policial como una organización especial de hombres armados a las órdenes de la burguesía, separada del pueblo y en contra de él. Esto es claro como el día.

Por otra parte, el nuevo gobierno se ve obligado a tener en cuenta al pueblo revolucionario, a alimentarlo con concesiones a medias y con promesas, a ganar tiempo. Por ello recurre a medidas a medias: organiza una «milicia popular» con oficiales designados por elección (¡esto suena terriblemente respetable, terriblemente democrático, revolucionario y hermoso!), *pero... pero* en primer lugar, pone esta milicia bajo el control de los *zemstvos*²⁴ y las municipalidades, es decir, ¡a las órdenes de los terratenientes y de los

²⁴ Fue una forma de gobierno local creada por el zar Alejandro II en el año 1864. El poder recaía en manos de los nobles, quienes conformaban la mayoría de sus miembros [N. del E.].

capitalistas elegidos según las leyes promulgadas por Nicolás II el Sanguinario y por Stolypin el Verdugo! En segundo lugar, a pesar de que la llama «milicia popular», para echar tierra a los ojos del «pueblo», no llama a *todo* el pueblo a incorporarse a esta milicia y no obliga a los patronos y capitalistas *a pagar* a los obreros y empleados el salario corriente *por las horas y los días* que consagran al *servicio público*, es decir, a la milicia.

Esta es la trampa. Así es como el gobierno terrateniente y capitalista de los Guchkov y los Miliukov consigue tener una «milicia popular» en el papel, mientras que en realidad restablece poco a poco, bajo cuerda, la milicia burguesa, antipopular. Al principio consistirá en «8.000 estudiantes y profesores» (como describen los periódicos extranjeros a la actual milicia de Petrogrado) —¡evidentemente una niñería!— y después, poco a poco, será organizada con las antiguas y las nuevas fuerzas de seguridad.

¡Impedir el restablecimiento de las fuerzas de seguridad! ¡No dejar escapar de las manos los gobiernos locales! ¡Organizar una milicia que abarque al pueblo entero, auténticamente universal, dirigida por el proletariado! Esta es la tarea del día, esta es la consigna del momento, que responde por igual a los intereses bien comprendidos de la ulterior lucha de clase, del ulterior movimiento revolucionario y al instinto democrático de cada obrero, de cada campesino, de cada trabajador explotado, que no puede dejar de odiar a la policía, a las patrullas de la gendarmería, a los esbirros de la aldea, el imperio de los terratenientes y capitalistas sobre hombres armados con poder sobre el pueblo.

¿Qué clase de fuerzas de seguridad necesitan *ellos*, los Guchkov y los Miliukov, los terratenientes y los capitalistas? Del mismo tipo que las existentes bajo la monarquía zarista. *Todas* las repúblicas burguesas y democrático-burguesas del mundo crearon o restablecieron, después de los más breves períodos revolucionarios, *precisamente esas fuerzas de seguridad*, una organización especial de hombres armados subordinados, de una u otra forma, a la burguesía, separados del pueblo y en contra de él.

¿Qué clase de milicia necesitamos nosotros, el proletariado, todo el pueblo trabajador? Una auténtica milicia *popular*, es decir,

una milicia que en primer lugar, esté formada por la población *entera*, por todos los ciudadanos adultos de *ambos* sexos y que, en segundo lugar, combine las funciones de un ejército popular con funciones de policía, con las funciones de órgano principal y fundamental del orden público y de la administración pública.

Para hacer más comprensibles estas ideas tomaré un ejemplo puramente esquemático. No es necesario decir que sería absurdo querer trazar cualquier tipo de «plan» para una milicia proletaria: cuando los obreros y el pueblo entero la lleven a la práctica, verdaderamente en forma masiva, la constituirán y organizarán cien veces mejor que cualquier teórico. Yo no propongo un «plan», solo quiero ilustrar mi idea.

Petrogrado tiene una población de alrededor de dos millones de habitantes; de éstos, más de la mitad oscilan entre los 15 y los 65 años. Tomemos la mitad, un millón. Restémosle incluso toda una cuarta parte: los físicamente incapacitados, etc., que no participan hoy en el servicio público por causas justificadas. Quedan 750.000 personas que, sirviendo en la milicia, digamos, un día de cada quince (y percibiendo el salario de estos días de su patrono), formarían un ejército de 50.000 hombres.

¡*Este es el tipo* de «Estado» que necesitamos!

Este es el tipo de milicia que sería una «milicia popular», en los hechos y no solo de palabra.

Así es como debemos proceder para *evitar* el restablecimiento de una fuerza de seguridad especial o de un ejército especial, separado del pueblo.

Esa milicia compuesta en un 95% por obreros y campesinos, expresaría el pensamiento, la voluntad *verdadera*, la fuerza y el poder de la inmensa mayoría del pueblo. Esa milicia armaría de verdad a todo el pueblo y le daría instrucción militar, sería una garantía —*no* al estilo de Guchkov o Miliukov— contra todas las tentativas de restablecer la reacción, contra todos los designios de los agentes zaristas. Esa milicia sería el organismo ejecutivo de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados, gozaría del respeto y la confianza *ilimitados* del pueblo, pues ella misma sería una organización del pueblo entero. Esta milicia transformaría la democracia,

de hermoso rótulo que encubre la esclavización y tormento del pueblo por los capitalistas, en un medio de verdadera *educación de las masas* para que participen *en todos* los asuntos del Estado. Esta milicia incorporaría a los jóvenes a la vida política, y los educaría no solo con palabras, sino mediante la acción, mediante el *trabajo*. Esta milicia desplegaría las funciones que, hablando en lenguaje científico, entran dentro de la esfera de la «policía del bienestar público», la inspección sanitaria, etc., e incorporarían a esta labor a todas las mujeres adultas. Si no se incorpora a las mujeres a las funciones públicas, a la milicia y a la vida política, si no se arranca a las mujeres del ambiente embrutecedor del hogar y la cocina, será *imposible* asegurar la verdadera libertad, será *imposible* incluso construir la democracia, sin hablar ya del socialismo.

Esta sería una milicia proletaria, porque los obreros industriales y urbanos ejercerían una influencia dirigente sobre la masa de los pobres de manera tan natural e inevitable como desempeñaron el papel dirigente en la lucha revolucionaria del pueblo, tanto en 1905-1907 como en 1917.

Esta milicia aseguraría el orden absoluto y observaría con total abnegación una disciplina basada en la camaradería. Al mismo tiempo, en la grave crisis que sufren todos los países en guerra, permitiría combatir dicha crisis por medios verdaderamente democráticos, procediendo a hacer un reparto justo y rápido de los cereales y de otros víveres, introduciendo el «servicio de trabajo obligatorio», al que los franceses llaman hoy «movilización civil» y los alemanes «servicio civil», y sin el cual *es imposible —se ha probado que es imposible—* restañar las heridas que ha infligido y continúa infligiendo la terrible guerra de rapiña.

¿Acaso el proletariado de Rusia derramó su sangre solo para recibir hermosas promesas de reformas democráticas de carácter político y nada más? ¿Será posible que no exija y garantice que *todo* trabajador vea y perciba *inmediatamente* alguna mejora en sus condiciones de vida? ¿Que cada familia tenga pan? ¿Que cada niño tenga una botella de buena leche y que ni un solo adulto de familia rica se atreva a consumir más de su ración de leche mientras no la tengan los niños? ¿Que los palacios y los ricos apartamentos abandonados por

el zar y la aristocracia no queden desocupados y den refugio a los que no tienen hogar y a los indigentes? ¿Quién puede aplicar estas medidas excepto la milicia popular, en la que las mujeres deben participar al igual que los hombres?

Esas medidas *aún no constituyen* el socialismo. Atañen a la regulación del consumo, y no a la reorganización de la producción. No significarían aún la «dictadura del proletariado», sino solamente la «dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado pobre». No se trata de hacer una clasificación teórica. Cometeríamos un grave error si quisiéramos meter por la fuerza los objetivos de la revolución, complejos, apremiantes y en rápido desarrollo, en el lecho de Procusto de una «teoría» estrechamente concebida, en lugar de considerar la teoría ante todo y sobre todo como una *guía para la acción*.

¿Posee la masa de los obreros rusos suficiente conciencia de clase, firmeza y heroísmo para realizar «prodigios de organización proletaria» después de haber realizado, en la lucha revolucionaria directa, prodigios de audacia, de iniciativa y de espíritu de sacrificio? Esto no lo sabemos, y sería ocioso entregarse a conjeturas, pues *solo* la práctica puede dar respuesta a semejantes cuestiones.

Lo que sí sabemos con certeza, y lo que nosotros, como partido, debemos explicar a las masas es, por una parte, que la enorme potencia de la locomotora de la historia está engendrando una crisis sin precedentes, el hambre y calamidades incalculables. Esa locomotora es la guerra, hecha por los capitalistas de *ambas* coaliciones beligerantes con fines de rapiña. Esa «locomotora» ha conducido al borde de la ruina a muchas naciones de las más ricas, más libres y más cultas. Obliga a los pueblos a poner en tensión, hasta el límite, todas sus energías, colocándolos en una situación insoportable, poniendo a la orden del día, no la aplicación de ciertas «teorías» (una ilusión contra la cual Marx previno siempre a los socialistas), sino la aplicación de las medidas prácticas más extremas, porque sin medidas extremas, a millones de seres les espera la muerte, la muerte inmediata y cierta por hambre.

No es necesario demostrar que el entusiasmo revolucionario de la clase avanzada puede *mucho* cuando la situación objetiva exige

de todo el pueblo la adopción de medidas extremas. Este aspecto lo ve y lo *siente* claramente todo el mundo en Rusia.

Es importante comprender que en tiempos revolucionarios la situación objetiva cambia con la misma rapidez y brusquedad que el curso de la vida en general. Y nosotros debemos *saber adaptar* nuestra táctica y nuestras tareas inmediatas a las *características* específicas de cada situación dada. Hasta febrero de 1917 la tarea inmediata era realizar una audaz propaganda revolucionaria internacionalista, llamar a las masas a luchar, despertarlas. Las jornadas de febrero-marzo exigieron el heroísmo de una lucha abnegada para aplastar al enemigo inmediato, el zarismo. Ahora nos encontramos en un período de *transición* de esta primera etapa de la revolución a la segunda, de «pelear» con el zarismo a «pelear» con el imperialismo terrateniente y capitalista de Guchkov-Miliukov. La tarea inmediata es la *organización*, no solo en el sentido de entregarse a constituir organizaciones estereotipadas, sino en el sentido de incorporar, en proporciones nunca vistas, a amplias masas de las clases oprimidas a una organización que se haría cargo de las funciones militares, políticas y económicas del Estado.

El proletariado ha abordado y abordará de diversas maneras esta tarea original. En algunos lugares de Rusia la revolución de febrero-marzo ha puesto casi la totalidad del poder en sus manos; en otros, el proletariado quizá comience a organizar y desarrollar en forma «subrepticia» la milicia proletaria; y en otros probablemente luchará por elecciones inmediatas, sobre la base del sufragio universal, etc., a los municipios y a los *zemstvos*, para convertirlos en centros revolucionarios, etc., hasta que el crecimiento de la organización proletaria, la unión de los soldados con los obreros, el movimiento entre el campesinado y la desilusión que muchos experimentarán respecto del gobierno guerrillista imperialista de Guchkov y Miliukov, acerquen la hora de remplazar ese gobierno por el «gobierno» del Soviet de Diputados Obreros.

Tampoco debemos olvidar que muy cerca de Petrogrado se encuentra uno de los países más avanzados, realmente republicano, o sea Finlandia, que desde 1905 a 1917, escudado por las batallas revolucionarias de Rusia, ha desarrollado, en forma relativamente

pacífica, la democracia y ha conquistado para el socialismo a la *mayoría* de su población. El proletariado de Rusia garantizará a la república finlandesa una libertad completa, incluida la libertad de separación (ahora que el kadete Ródichev regatea tan indignamente en Helsingfors migajas de privilegios para los gran rusos), es difícil que un solo socialdemócrata abrigue dudas al respecto, y precisamente de esa manera se ganará la confianza completa y la ayuda fraterna de los obreros finlandeses a la causa del proletariado de toda Rusia. Los errores son inevitables en toda empresa difícil y grande; tampoco los evitaremos nosotros. Los obreros finlandeses son mejores organizadores, nos ayudarán en este aspecto, impulsarán, *a su manera*, la instauración de la república socialista.

Las victorias revolucionarias en la propia Rusia —los éxitos de la organización pacífica en Finlandia, escudada por esas victorias—, el paso de los obreros rusos a las tareas revolucionarias de organización en una nueva escala —la toma del poder por el proletariado y las capas más pobres de la población—, el estímulo y el desarrollo de la revolución socialista en Occidente: tal es el camino que nos conducirá a la *paz* y el *socialismo*.

N. LENIN

Zúrich, 11 (24) de marzo de 1917

CUARTA CARTA²⁵ CÓMO LOGRAR LA PAZ

Acabo de leer hoy (12 [25] de marzo) en el *Neue Zürcher Zeitung*²⁶ (núm. 517, del 24 de marzo) el siguiente despacho telegráfico de Berlín:

Comunican desde Suecia que Máximo Gorki ha enviado al gobierno y al Comité Ejecutivo un saludo entusiasta. Gorki saluda

²⁵ Fue publicada por primera vez en 1924, en la revista *Internacional Comunista*.

²⁶ *Nuevo Periódico de Zúrich*: Es un periódico suizo escrito en alemán y publicado en Zúrich, apareció por primera vez en 1780 y se mantiene hasta la actualidad [N. del E.].

la victoria del pueblo sobre los señores de la reacción y llama a todos los hijos de Rusia a ayudar a erigir el edificio del nuevo Estado ruso. Al mismo tiempo, insta al gobierno a coronar la causa de la emancipación concluyendo la paz. No debe ser, dice, una paz a cualquier precio; Rusia tiene ahora menos motivos que nunca para aspirar a una paz a cualquier precio. Debe ser una paz que permita a Rusia llevar una existencia digna entre las demás naciones del mundo. La humanidad ha derramado mucha sangre; el nuevo gobierno prestaría el mayor de los servicios, no solo a Rusia, sino a toda la humanidad si consiguiera concertar rápidamente la paz.

En estos términos ha sido transmitida la carta de Gorki.

Con profunda amargura leemos esta carta, impregnada desde el principio hasta el fin de un cúmulo de prejuicios filisteos. El autor de estas líneas ha tenido muchas oportunidades en sus entrevistas con Gorki en la isla de Capri, de ponerlo en guardia contra sus errores políticos y de reprochárselos. Gorki rechazaba estos reproches con su inimitable sonrisa encantadora y con la ingenua observación: «Yo sé que soy un mal marxista. Además, nosotros los artistas somos todos un poco irresponsables». No es fácil discutir esos argumentos.

Gorki es, no cabe duda, un artista de talento prodigioso, que ha prestado ya y prestará grandes servicios al movimiento proletario internacional.

¿Pero, qué necesidad tiene Gorki de meterse en política?

La carta de Gorki expresa, a mi parecer, prejuicios extraordinariamente difundidos, no solo entre la pequeña burguesía, sino también entre un sector de obreros sometidos a su influencia. Todas las energías de nuestro partido, todos los esfuerzos de los obreros con conciencia de clase deben concentrarse en una lucha tenaz, consecuente y completa contra estos prejuicios.

El gobierno zarista empezó e hizo la guerra actual como una guerra *imperialista*, de rapiña, para saquear y estrangular a las naciones débiles. El gobierno de los Guchkov y los Miliukov, que es un gobierno terrateniente y capitalista, se ve obligado a continuar y quiere continuar *precisamente esta misma guerra*. Pedirle a este gobierno que concluya una paz democrática es lo mismo que predicar la virtud a guardianes de prostíbulos.

Expliquemos nuestro pensamiento.

¿Qué es el imperialismo?

En mi folleto *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, cuyo manuscrito fue enviado a la Editorial Parus antes de la revolución, fue aceptado por dicha editorial y anunciado en la revista *Létopis*, contesto a dicha pregunta del siguiente modo:

El imperialismo es el capitalismo en aquella etapa de desarrollo en que se establece la dominación de los monopolios y del capital financiero; en que ha adquirido señalada importancia la exportación de capitales; en que empieza el reparto del mundo entre los *trusts* internacionales; en que ha culminado el reparto de todos los territorios del planeta entre las más grandes potencias imperialistas ²⁷.

Todo depende de que el capital ha alcanzado proporciones formidables. Asociaciones constituidas por un reducido número de los más grandes capitalistas (cárteles, consorcios, *trusts*) manejan *miles de millones* y se reparten entre ellos el mundo entero. El reparto del mundo se ha *completado*. El origen de la guerra fue el choque de los dos más poderosos grupos de multimillonarios, el anglo-francés y el alemán, por la *redistribución* del mundo.

El grupo anglo-francés de capitalistas quiere en primer término despojar a Alemania, quitarle sus colonias (ya se ha apoderado de casi todas) y después despojar a Turquía.

El grupo alemán de capitalistas quiere *apoderarse* de Turquía y resarcirse de la pérdida de sus colonias apoderándose de pequeños Estados vecinos (Bélgica, Serbia, Rumania).

Esta es la auténtica verdad; se la oculta con toda suerte de mentiras burguesas sobre una guerra «de liberación», «nacional», una «guerra por el derecho y la justicia» y demás sonsonetes con que los capitalistas engañan siempre a la gente sencilla.

Rusia está haciendo esta guerra con dinero ajeno. El capital ruso es *socio* del capital anglo-francés. Rusia hace la guerra para saquear a Armenia, a Turquía y a Galitzia.

²⁷ Cap. VII del folleto citado, anunciado en *Létopis*, cuando había aún censura, bajo el título V. Ilích, *El capitalismo actual* (Nota de Lenin en el texto).

No es por casualidad que Guchkov, Lvov, Miliukov, nuestros actuales ministros, ocupan esos cargos. Son representantes y dirigentes de toda la clase de los terratenientes y de los capitalistas. Están *atados* por los intereses del capital. Los capitalistas no pueden renunciar a sus intereses, del mismo modo que un hombre no puede levantarse en vilo tirándose del pelo.

En segundo lugar, Guchkov-Miliukov y Compañía, están *atados* por el capital anglo-francés. Han hecho y hacen la guerra con dinero ajeno. Han recibido en préstamo miles de millones, prometiendo pagar un interés *anual* de centenares de millones y estrujar a los obreros y a los campesinos rusos para arrancarles ese *tributo*.

En tercer lugar, Guchkov-Miliukov y Compañía, *están atados* a Inglaterra, Francia, Italia, Japón y otros grupos de bandidos capitalistas por *tratados* directos, relativos a los fines de rapiña de esta guerra. Esos tratados fueron concluidos por el zar *Nicolás II*. Guchkov-Miliukov y Compañía. se aprovecharon de la lucha de los obreros contra la monarquía zarista para adueñarse del poder, y *ratificaron* los tratados concertados por el zar.

Esto lo ha hecho el gobierno de Guchkov-Miliukov en pleno en un manifiesto que la Agencia Telegráfica de Petrogrado difundió el 7 (20) de marzo. «El gobierno (de Guchkov-Miliukov) cumplirá fielmente con todos los tratados que nos comprometen con otras potencias», reza el manifiesto. Miliukov, el nuevo ministro de Relaciones Exteriores, dijo *lo mismo* en su telegrama del 5 (18) de marzo de 1917, dirigido a todos los representantes de Rusia en el extranjero.

Todos estos son tratados *secretos*, y Miliukov y Compañía *se niegan* a hacerlos públicos por dos razones: 1) temen al pueblo, que se opone a la guerra de rapiña; 2) están atados al capital anglo-francés, que insiste en que los tratados sigan siendo secretos. Pero todo lector de periódicos que haya seguido los acontecimientos sabe que en esos tratados contemplan el saqueo de China por Japón; de Persia, Armenia, Turquía (sobre todo Constantinopla) y Galitzia por Rusia; de Albania por Italia; de Turquía y de las colonias alemanas por Francia e Inglaterra, etc.

Esta es la situación.

Por consiguiente, proponer al gobierno Guchkov-Miliukov que concluya una paz pronta, honrada, democrática y de buenos vecinos, es lo mismo que cuando un buen «padrecito» de aldea insta a los terratenientes y a los comerciantes «a seguir el camino de Dios», a amar al prójimo y a poner la otra mejilla. Los terratenientes y los comerciantes escuchan estos sermones y continúan oprimiendo y saqueando al pueblo, y alaban al «padrecito» por su habilidad para confortar y calmar a los «mujiks»²⁸.

Todo el que durante esta guerra imperialista dirige piadosos llamados de paz a los gobiernos burgueses, desempeña, consciente o inconscientemente, idéntico papel. Los gobiernos burgueses, o bien se niegan a escuchar tales llamados e incluso los prohíben; o autorizan, y afirman a todos y cada uno que ellos siguen combatiendo solo para concluir la paz más pronta y «más justa», que toda la culpa la tiene el enemigo. Hablar de paz a los gobiernos burgueses es, en realidad, *engañar al pueblo*.

Los grupos de capitalistas que han anegado el mundo en sangre por el reparto de territorios, mercados y privilegios, no pueden concluir una paz «honrosa». Solo pueden concertar una paz vergonzosa, una paz basada en *el reparto del botín, en la división de Turquía y las colonias*.

Por otra parte, el gobierno Guchkov-Miliukov no está en general de acuerdo con la paz en este momento, porque el «*único*» «botín» que podría obtener ahora sería Armenia y parte de Galitzia, siendo que *también* desea apoderarse de Constantinopla y reconquistar Polonia de los alemanes, país al cual el zarismo siempre oprimió de manera tan inhumana y vergonzosa. Además, el gobierno Guchkov-Miliukov es, en esencia, solo el agente del capital anglo-francés, que quiere conservar las colonias que le arrebató a Alemania, y, *encima* de esto, obligar a Alemania a devolver Bélgica y parte de Francia. El capital anglo-francés ayudó a los Guchkov y los Miliukov a depone a Nicolás II a fin de que ellos pudieran ayudarlo a «vencer» a Alemania.

¿Qué hacer entonces?

Para lograr la paz (y más aún para lograr una paz auténtica-

²⁸ Campesinos rusos [N. del E.].

mente democrática, auténticamente honrosa) es necesario que el poder político esté en manos de los *obreros y los campesinos más pobres*, y no de los terratenientes y los capitalistas. Éstos constituyen una minoría insignificante de la población; los capitalistas, como todo el mundo sabe, realizan con la guerra ganancias astronómicas.

Los obreros y los campesinos más pobres constituyen la *inmensa* mayoría de la población. No obtienen ganancias con la guerra; por el contrario, se arruinan y pasan hambre. No están atados ni al capital ni a los tratados concluidos entre los rapaces grupos de capitalistas; ellos *pueden* y quieren sinceramente poner fin a la guerra.

Si el poder político en Rusia estuviera en manos de los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, estos soviets y el Soviet de toda Rusia por ellos elegido, podrían —y con toda seguridad lo harían— aplicar el programa de paz que nuestro partido (el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia) esbozó ya el 13 de octubre de 1915 en el número 47 de su órgano central, *Sotsial-Demókrat* (que se editaba entonces en Ginebra debido a la draconiana censura zarista).

Este programa sería probablemente el siguiente:

1. El Soviet de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos de toda Rusia (o el Soviet de Petrogrado, que lo reemplaza provisionalmente) declararía inmediatamente que no está atado por *ningún* tratado concluido por la monarquía zarista o por los gobiernos burgueses.
2. Publicaría inmediatamente *todos* esos tratados para denunciar la infamia de los fines de rapiña perseguidos por la monarquía zarista y por *todos* los gobiernos burgueses sin excepción.
3. Invitaría inmediata y abiertamente a *todas* las potencias beligerantes a concertar *sin dilación un armisticio*.
4. Haría conocer inmediatamente a todo el pueblo nuestras condiciones *de paz*, las condiciones de paz de los obreros y de los campesinos; liberación de *todas* las colonias; liberación de *todas* las naciones dependientes, oprimidas o en condiciones de inferioridad.

5. Declararía que nada bueno espera de los gobiernos burgueses y llamaría a los obreros de todos los países a derrocarlos y a entregar todo el poder político a los Soviets de Diputados Obreros.
6. Declararía que las deudas de miles de millones contraídas por los gobiernos burgueses para hacer esta guerra criminal, de rapiña, pueden pagarlas los *propios señores capitalistas*, y que los obreros y campesinos *se niegan a reconocer* esas deudas. Pagar los intereses de esos empréstitos significaría pagar, durante largos años, tributo a los capitalistas por haber permitido cortésmente a los obreros matarse entre sí, para que los capitalistas pudieran repartirse el botín.

¡Obreros y campesinos! —diría el Soviet de Diputados Obreros— ¿desean ustedes pagar *anualmente centenares de millones* de rublos a estos señores, los capitalistas, por una guerra hecha por el reparto de las colonias de África, de Turquía, etc.?

Pienso que por *estas* condiciones de paz el Soviet de Diputados Obreros estaría de acuerdo en hacer la *guerra* contra *cualquier* gobierno burgués y contra *todos* los gobiernos burgueses del mundo, porque esta sería una guerra realmente justa, porque *todos* los obreros y trabajadores de *todos* los países *contribuirían a su triunfo*.

El obrero alemán ve hoy que en Rusia la monarquía belicista es reemplazada por una república *belicista*, una república de capitalistas que quiere continuar la guerra imperialista y que ha ratificado las tratados rapaces de la monarquía zarista.

Juzguen ustedes mismos, ¿puede el obrero alemán confiar en *semejante* república?

Juzguen ustedes mismos, ¿puede continuar la guerra, puede continuar la dominación capitalista del mundo si el pueblo ruso, animado siempre por los recuerdos vivos de la gran revolución de 1905, conquista la libertad completa y entrega todo el poder político a los Soviets de Diputados Obreros y Campesinos?

N. LENIN

Zúrich, 12 (25) de marzo de 1917²⁹.

²⁹ Lenin inició la redacción de la quinta carta el 26 de marzo (8 de abril), el mismo día que partió de Suiza hacia Rusia.

Segunda parte

De la dualidad de poderes
al poder único de la burguesía

Abril - Junio

«Tesis de abril»
LAS TAREAS DEL PROLETARIADO
EN LA PRESENTE REVOLUCIÓN¹

Habiendo llegado a Petrogrado el 3 de abril por la noche, es natural que solo en nombre propio y con las consiguientes reservas, debidas a mi insuficiente preparación, pude pronunciar en la asamblea del 4 de abril un informe acerca de las tareas del proletariado revolucionario.

Lo único que podía hacer para facilitarme la labor —y facilitársela también a los opositores de *buena fe*— era preparar *unas tesis por escrito*. Las leí y entregué el texto al camarada Tsereteli. Las leí muy despacio y *por dos veces*: primero en la reunión de bolcheviques y después en la de bolcheviques y mencheviques.

Publico estas tesis personales mías acompañadas únicamente de brevísimas notas explicativas, que en mi informe fueron desarrolladas con mucha mayor amplitud.

TESIS

1. En nuestra actitud ante la guerra, que por parte de Rusia sigue siendo indiscutiblemente una guerra imperialista, de rapiña, también bajo el nuevo gobierno de Lvov y Compañía, en virtud del carácter capitalista de este gobierno, es intolerable la más pequeña concesión al «defensismo revolucionario».

El proletariado consciente solo puede dar su asentimiento a una guerra revolucionaria, que justifique verdaderamente el defensismo revolucionario, bajo las siguientes condiciones: a) paso del poder a manos del proletariado y de los sectores más pobres del campesinado

¹ Escrito entre el 4 y 5 (17 y 18) de abril. Fue publicado el 7 (20) de abril en el periódico *Pravda*.

a él adheridos; b) renuncia de hecho y no de palabra, a todas las anexiones; c) ruptura completa de hecho con todos los intereses del capital.

Dada la indudable buena fe de grandes sectores de defensores revolucionarios de filas, que admiten la guerra solo como una necesidad y no para fines de conquista, y dado su engaño por la burguesía, es preciso aclararles su error de un modo singularmente minucioso, paciente y perseverante, explicarles la ligazón indisoluble del capital con la guerra imperialista y demostrarles que sin derrocar el capital *es imposible* poner fin a la guerra con una paz verdaderamente democrática y no con una paz impuesta por la violencia.

Organizar la propaganda más amplia de este punto de vista en el ejército de operaciones.

Confraternización en el frente.

2. La peculiaridad del momento actual en Rusia consiste en el *paso* de la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía por carecer el proletariado del grado necesario de conciencia y de organización, *a su segunda etapa*, que debe poner el poder en manos del proletariado y de las capas pobres del campesinado.

Este tránsito se caracteriza, de una parte, por el máximo de legalidad (Rusia es *hoy* el más libre de todos los países beligerantes); de otra parte, por la ausencia de violencia contra las masas y, finalmente, por la confianza inconsciente de estas en el gobierno de los capitalistas, los peores enemigos de la paz y del socialismo.

Esta peculiaridad exige de nosotros habilidad para adaptarnos a las condiciones especiales de la labor del partido entre masas inusitadamente amplias del proletariado que acaban de despertar a la vida política.

3. Ningún apoyo al Gobierno provisional; explicar la completa falsedad de todas sus promesas, sobre todo de la renuncia a las anexiones. Desenmascarar a *este* gobierno, que es un gobierno de capitalistas, en vez de propugnar la inadmisible e ilusoria «exigencia» de que *deje de ser* imperialista.

4. Reconocer que, en la mayor parte de los Soviets de Diputados Obreros, nuestro partido está en minoría y, por el momento, en una minoría reducida, frente *al bloque de todos* los elementos

pequeñoburgueses y oportunistas —sometidos a la influencia de la burguesía y que llevan dicha influencia al seno del proletariado—, desde los socialistas populares² y los socialistas revolucionarios³ hasta el Comité de Organización (Chjeídze, Tsereteli, etc), Steklov, etcétera.

Explicar a las masas que los Soviets de Diputados Obreros son la *única* forma *posible* de gobierno revolucionario y que, por ello, mientras este gobierno se someta a la influencia de la burguesía, nuestra misión solo puede consistir en *explicar* los errores de su táctica de un modo paciente, sistemático, tenaz y adaptado especialmente a las necesidades prácticas de las masas.

Mientras estemos en minoría, desarrollaremos una labor de crítica y esclarecimiento de los errores, propugnando al mismo tiempo la necesidad de que todo el poder del Estado pase a los Soviets de Diputados Obreros, a fin de que, sobre la base de la experiencia, las masas corrijan sus errores.

5. No una república parlamentaria —volver a ella desde los Soviets de Diputados Obreros sería dar un paso atrás—, sino una república de los Soviets de Diputados Obreros, Braceros y Campesinos en todo el país, de abajo hacia arriba.

Supresión de la policía, del ejército y de la burocracia⁴.

² El Partido Socialista Popular del Trabajo fue fundado en el año 1906 con base en el ala derecha del partido eserista. En ese momento plantearon reivindicaciones que no iban más allá de la monarquía constitucional. Sus líderes eran A. Peshejónov, V. Miakotin y N. Annenski. Después de la Revolución de Febrero apoyaron activamente al Gobierno provisional. Lenin los denominaba «oportunistas pequeñoburgueses», «socialdemoconstitucionalistas» y «mencheviques eseristas» [N. del E.].

³ Los «eseristas» fundaron su partido en 1901 a partir de la confluencia de varias organizaciones socialistas. Se caracterizaron por rechazar el papel dirigente del proletariado. Fueron uno de los principales apoyos del Gobierno provisional y disputaron con los bolcheviques la influencia sobre el campesinado. Lenin describió sus acciones como un intento de tapar «los agujeros del populismo» por medio de «remiendos de la «crítica» oportunista de moda al marxismo» [N. del E.].

⁴ Es decir, sustitución del ejército permanente con el armamento general del pueblo (Nota de Lenin en la edición original).

La remuneración de los funcionarios, todos ellos elegibles y removibles en cualquier momento, no deberá exceder del salario medio de un obrero calificado.

6. En el programa agrario, trasladar el centro de gravedad a los Soviets de Diputados Braceros.

Confiscación de todas las tierras de los latifundios.

Nacionalización de *todas* las tierras del país, de las que dispondrán los Soviets locales de Diputados Braceros y Campesinos. Creación de Soviets especiales de diputados campesinos pobres. Hacer de cada gran finca (con una extensión de 100 a 300 desiatinas⁵, según las condiciones locales y de otro género y a juicio de las instituciones locales) una hacienda modelo bajo el control de diputados braceros y a cuenta de la administración local.

7. Fusión inmediata de todos los bancos del país en un Banco Nacional único, sometido al control de los Soviets de Diputados Obreros.

8. No «implantación» del socialismo como nuestra tarea *inmediata*, sino pasar únicamente a la instauración inmediata del *control* de la producción social y de la distribución de los productos por los Soviets de Diputados Obreros.

9. Tareas del partido:

- a) celebración inmediata de un congreso del partido;
- b) modificación del programa del partido, principalmente:
 - 1) sobre el imperialismo y la guerra imperialista, 2) sobre la posición ante el Estado y *nuestra* reivindicación de un «Estado-Comuna»⁶, 3) reforma del programa mínimo, ya anticuado;
- c) cambio de denominación del partido⁷.

⁵ Unidad de medida en desuso, equivale aproximadamente a una hectárea [N. del E.].

⁶ Es decir, de un Estado cuyo prototipo dio la Comuna de París (Nota de Lenin en la edición original).

⁷ En lugar de «socialdemocracia», cuyos líderes oficiales han traicionado al socialismo en el mundo entero, pasándose a la burguesía (lo mismo los «defensistas» que los vacilantes «kautskianos»), debemos denominarnos Partido Comunista (Nota de Lenin en la edición original).

10. Renovación de la Internacional. Iniciativa de constituir una Internacional revolucionaria, una Internacional contra los *socialchovinistas* y contra el «centro»⁸.

Para que el lector comprenda por qué hube de resaltar de manera especial, como rara excepción, el «caso» de opositores de buena fe, le invito a comparar estas tesis con la siguiente objeción del señor Goldenberg: Lenin —dice— «ha enarbolado la bandera de la guerra civil en el seno de la democracia revolucionaria» (Citado en el periódico *Edinstvo*, del señor Pléjanov, núm. 5).

Una perla, ¿verdad?

Escribo, leo y machaco: «Dada la indudable buena fe de *grandes* sectores de defensas revolucionarios *de filas...*, dado su engaño por la burguesía, es preciso aclararles su error de un modo *singularmente* minucioso, *paciente* y perseverante...».

Y esos señores de la burguesía, que se llaman socialdemócratas, que no pertenecen ni a los grandes sectores ni a los defensas revolucionarios de filas, tienen la osadía de reproducir sin escrúpulos mis opiniones, interpretándolas así: «ha enarbolado (¡) la bandera (!) de la guerra civil» (¡ni en las tesis ni en el informe se habla de ella para nada!) «en el seno (¡!) de la democracia revolucionaria...».

¿Qué significa eso? ¿En qué se distingue de una incitación al pogromo?, ¿en qué se diferencia de *Rússkaya Volia*?

Escribo, leo y machaco:

Los Soviets de Diputados Obreros son la única forma *posible* de gobierno revolucionario y, por ello, nuestra misión solo puede consistir en *explicar* los errores de su táctica de un modo paciente, sistemático, tenaz y adaptado especialmente a las necesidades prácticas de las masas...

⁸ En la socialdemocracia internacional se llama «centro» a la tendencia que vacila entre los chovinistas (o «defensas») y los internacionalistas, es decir: Kautsky y Cía. En Alemania, Longuet y Cía.; en Francia, Chjeídze y Cía.; en Rusia, Turati y Cía.; en Italia, MacDonald y Cía.; en Inglaterra, etc. (Nota de Lenin en la edición original).

⁹ Diario fundado por el ministro zarista A. Protopov, su publicación inició en diciembre de 1916 en Petrogrado. Luego de la Revolución de Febrero, hizo oposición frontal contra los bolcheviques.

Pero cierta clase de opositores exponen mis puntos de vista ¡como un llamamiento a la «guerra civil en el seno de la democracia revolucionaria»!

He atacado al Gobierno provisional por no señalar un plazo, ni próximo ni remoto, para la convocatoria de la Asamblea Constituyente y limitarse a simples promesas. Y he demostrado que *sin* los Soviets de Diputados Obreros y Soldados no está garantizada la convocatoria de la Asamblea Constituyente ni es posible su éxito.

¡Y se me imputa que soy contrario a la convocatoria inmediata de la Asamblea Constituyente!

Calificaría todo eso de expresiones «delirantes» si decenas de años de lucha política no me hubiesen enseñado a considerar una rara excepción la buena fe de los opositores.

En su periódico, el señor Plejánov ha calificado mi discurso de «delirante». ¡Muy bien, señor Plejánov! Pero fíjese cuán torpón, inhábil y poco perspicaz es usted en su polémica. Si me pasé dos horas delirando, ¿por qué aguantaron cientos de oyentes ese «delirio»? ¿Y para qué dedica su periódico toda una columna a reseñar un «delirio»? Mal liga eso, Señor Plejánov, muy mal.

Es mucho más fácil, naturalmente, gritar, insultar y vociferar que intentar exponer, explicar y recordar *cómo* enjuiciaban Marx y Engels en 1871, 1872 y 1875 las experiencias de la Comuna de París y qué decían acerca del *tipo* de Estado que necesita el proletariado.

Por lo visto, el ex marxista señor Plejánov no desea recordar el marxismo.

He citado las palabras de Rosa Luxemburgo, que el 4 de agosto de 1914 denominó a la socialdemocracia *alemana* «cadáver maloliente». Y los señores Plejánov, Goldenberg y Compañía se sienten «ofendidos»... ¿en nombre de quién? ¡En nombre de los chovinistas *alemanes*, calificados de chovinistas!

Los pobres socialchovinistas rusos, socialistas de palabra y chovinistas de hecho, se han armado un lío.

V. I. LENIN

LA DUALIDAD DE PODERES¹

El problema del poder del Estado es fundamental en toda revolución. Sin comprenderlo claramente no puede ni pensarse en participar de modo consciente en la revolución y mucho menos en dirigirla.

Una particularidad notable en grado sumo de nuestra revolución consiste en que ha engendrado una *dualidad de poderes*. Es necesario, ante todo, explicarse este hecho, pues sin ello será imposible seguir adelante. Es menester saber completar y corregir las viejas «fórmulas», por ejemplo, las del bolchevismo, acertadas en general, como se ha demostrado, pero cuya realización concreta *ha resultado ser diferente*. Nadie pensaba ni podía pensar antes en la dualidad de poderes.

¿En qué consiste la dualidad de poderes? En que junto al Gobierno provisional, junto al gobierno de *la burguesía*, se ha formado *otro gobierno*, débil aún, embrionario, pero existente sin duda alguna y en vías de desarrollo: los Soviets de Diputados Obreros y Soldados.

¿Cuál es la composición de clase de este otro gobierno? El proletariado y los campesinos (con uniforme de soldado). ¿Cuál es el carácter político de este gobierno? Es una dictadura revolucionaria, es decir, un poder que se apoya directamente en la conquista revolucionaria, en la iniciativa directa de las masas populares desde abajo, y *no en la ley* promulgada por el poder centralizado del Estado. Es un poder completamente diferente del de la república parlamentaria democrático-burguesa, del tipo general que impera hasta ahora en los países avanzados de Europa y América. Esta circunstancia se olvida con frecuencia, no se medita sobre ella, a pesar de que en ella reside toda la esencia del problema. *Este Poder* es un

¹ Publicado en *Pravda* número 28 del 9 (22) de abril.

Poder del *mismo tipo* que la Comuna de París de 1871. Los rasgos fundamentales de este tipo de Poder son: 1) La fuente del poder no está en una ley, previamente discutida y aprobada por el Parlamento, sino en la iniciativa directa de las masas populares desde abajo y en cada lugar, en la «toma» directa del Poder, para emplear un término en boga. 2) Sustitución de la policía y del ejército, como instituciones apartadas del pueblo y contrapuestas a él, por el armamento directo de todo el pueblo; con este Poder guardan el orden público los mismos obreros y campesinos armados, el *mismo pueblo* en armas. 3) Los funcionarios y la burocracia son sustituidos también por el Poder directo del pueblo o, al menos, sometidos a un control especial, se transforman en simples mandatarios, no solo elegibles sino removibles en todo momento, en cuanto el pueblo lo exija; se transforman de casta privilegiada, con una elevada retribución, con una retribución burguesa de sus «puestitos», en obreros de una «rama» especial, cuya remuneración *no exceda* al salario corriente de un obrero calificado.

En esto, y *solo* en esto, radica la *esencia* de la Comuna de París como tipo especial de Estado. Y esta esencia es la que han olvidado y desfigurado los señores Plejánov (los chovinistas manifiestos, que han traicionado al marxismo), Kautsky (los «centristas», es decir, los que vacilan entre el chovinismo y el marxismo) y, en general, todos los socialdemócratas, socialrevolucionarios, etc., que dominan hoy día.

Salen del paso con frases, se refugian en el silencio, escurren el bulto, se felicitan mutuamente una y mil veces por la revolución y no quieren *reflexionar en lo que son* los Soviets de Diputados Obreros y Soldados. No quieren ver la verdad manifiesta de que *en la medida* en que esos Soviets existen, en la medida en que son un Poder, existe en Rusia un Estado *del tipo* de la Comuna de París.

Subrayo «en la medida», pues solo se trata de un Poder en estado embrionario. De un Poder que, pactando directamente con el Gobierno provisional burgués y haciendo una serie de concesiones de hecho, *ha cedido y cede sus* posiciones a la burguesía.

¿Por qué? ¿Quizá porque Chjeídze, Tsereteli, Steklov y Compañía cometen un «error»? ¡Tonterías! Así puede pensar un

filisteo, pero no un marxista. La causa está en el *insuficiente grado de conciencia* y en la insuficiente organización de los proletarios y de los campesinos. El «error» de los jefes mencionados reside en su posición pequeñoburguesa, en que *embotan* la conciencia de los obreros en vez de abrirles los ojos, en que les *inculcan* ilusiones pequeñoburguesas en vez de destruirlas, en que *refuerzan* la influencia de la burguesía sobre las masas en vez de emancipar a estas de esa influencia.

Lo dicho debiera bastar para comprender por qué también nuestros camaradas cometen tantos errores al formular «simplemente» esta pregunta: ¿se debe derribar inmediatamente al Gobierno provisional?

Respondo: 1) se le debe derribar, pues es un gobierno oligárquico, un gobierno burgués, y no del pueblo; un gobierno que *no puede* dar ni paz, ni pan, ni plena libertad; 2) no se le puede derribar inmediatamente, pues se sostiene gracias a un *pacto* directo e indirecto, formal y efectivo, con los Soviets de Diputados Obreros y, sobre todo, con el principal de ellos, el Soviet de Petrogrado; 3) en general, no se le puede «derribar» por la vía habitual, pues se asienta en el «apoyo» que presta a la burguesía el *segundo* gobierno, el Soviet de Diputados Obreros, y este es el único gobierno revolucionario posible, que expresa directamente la conciencia y la voluntad de la mayoría de los obreros y campesinos. La humanidad no ha creado hasta hoy, ni nosotros conocemos, un tipo de gobierno superior ni mejor que los Soviets de Diputados Obreros, Braceros, Campesinos y Soldados.

Para convertirse en poder, los obreros conscientes tienen que ganarse a la mayoría: *mientras* no exista violencia contra las masas, no habrá otro camino para llegar al poder. No somos blanquistas², no somos partidarios de la toma del poder por una minoría. Somos marxistas, partidarios de la lucha proletaria de clase contra la embriaguez

² El blanquismo fue una corriente del movimiento socialista francés encabezada por Louis Auguste Blanqui. Lenin la consideraba una fiel representación del comunismo utópico, que negando la lucha de clases plantea la liberación del trabajo asalariado a partir del «complot de una minoría de intelectuales» [N. del E.].

pequeñoburguesa, contra el defensismo chovinista, contra las frases huecas, contra la dependencia respecto de la burguesía.

Creemos un partido comunista proletario; los mejores militantes del bolchevismo han creado ya los elementos de ese partido; unámonos estrechamente en la labor proletaria de clase y veremos cómo vienen a nosotros, en masas cada vez mayores, los proletarios y los campesinos *pobres*. Porque la *vida* se encargará de destruir cada día las ilusiones pequeñoburguesas de los «socialdemócratas», de los Chjeídze, de los Tsereteli, de los Steklov, de los «socialrevolucionarios», de los pequeñoburgueses todavía más «puros», etc.

La burguesía defiende el Poder único de la burguesía.

Los obreros conscientes defienden el Poder único de los Soviets de Diputados Obreros, Braceros, Campesinos y Soldados, el Poder único que es necesario preparar *esclareciendo* la conciencia proletaria, *emancipando* al proletariado de la influencia de la burguesía, y no por medio de aventuras.

La pequeña burguesía —los «socialdemócratas», los socialrevolucionarios, etc.— vacila, entorpeciendo este esclarecimiento, esta emancipación.

Tal es la verdadera correlación de las fuerzas *de clase*, que determina nuestras tareas.

UN PROBLEMA FUNDAMENTAL¹

(Cómo razonan los socialistas
que se han pasado a la burguesía)

El señor Plejánov lo explica perfectamente. En su carta «con motivo del Primero de Mayo» a la «Cohorte de estudiantes socialistas», publicada hoy en *Riech, Dielo Naroda y Edinstvo*, dice:

El (Congreso Socialista Internacional de 1889) comprendió que la revolución social, o mejor dicho, socialista, presupone una amplia labor de esclarecimiento y organización en el seno de la clase obrera. Esto ha sido olvidado ahora por los hombres que llaman a las masas trabajadoras rusas a tomar el poder político, lo que solo tendría sentido si se dieran las condiciones objetivas necesarias para la revolución social. Estas condiciones aún no existen...

Y así sucesivamente, hasta terminar en un llamado para que se preste «unánime apoyo» al Gobierno provisional.

Este razonamiento del señor Plejánov es el razonamiento típico de un puñado de la «exélite» que se llaman a sí mismos socialdemócratas. Y porque es típico, merece la pena analizarlo detenidamente.

En primer lugar, ¿es razonable y honrado referirse al Primer Congreso de la II Internacional y no al último?

El Primer Congreso de la II Internacional (1889-1914) se celebró en 1889, el último tuvo lugar en Basilea en 1912. El Manifiesto de Basilea, que fue adoptado por *unanimidad*, habla en forma directa, precisa, clara y definida (de modo tal que ni los mismos señores Plejánov pueden tergiversar el sentido) de una *revolución proletaria* y *precisamente en relación* con la misma guerra que estalló en 1914.

¹ Fue escrito el 20 de abril (3 de mayo) y publicado el 21 de abril (4 de mayo) de 1917, en el núm. 37 del periódico *Pravda*.

No es difícil comprender por qué esos socialistas que se han pasado a la burguesía son propensos a «olvidar» todo el Manifiesto de Basilea, o ese pasaje, el más importante.

En segundo lugar, la toma del poder político por las «masas trabajadoras rusas —escribe nuestro autor— solo tendría sentido si se diesen las condiciones necesarias para la revolución social». Esto es un embrollo, no una idea.

Admitamos *incluso* que la palabra «social» es una errata por «socialista»; este no es el único embrollo. ¿De qué clases se componen las masas trabajadoras rusas? Todo el mundo sabe que están formadas por obreros y campesinos. ¿Cuál de estas clases es mayoría? Los campesinos. ¿Quiénes son estos campesinos por su posición de clase? Pequeños propietarios. Surge la pregunta: si los pequeños propietarios forman la mayoría de la población y si faltan las condiciones objetivas para el socialismo, entonces, ¿cómo *puede* la mayoría de la población declararse partidaria del socialismo?! ¿Quién *puede* hablar o quién habla de implantar el socialismo contra la voluntad de la mayoría?!

El señor Plejánov se ha armado un lío del modo más ridículo.

Caer en una situación ridícula es el castigo menor para un hombre que, siguiendo el ejemplo de la prensa capitalista, crea un «enemigo» con su propia imaginación en vez de citar fielmente las palabras de uno u otro adversario político.

Continuemos. ¿En manos de quién debe estar el «poder político», *aun* desde el punto de vista de un vulgar demócrata burgués de *Riech*? En manos de la mayoría de la población. ¿Constituyen las «masas trabajadoras rusas», de las que habla con tan poca fortuna nuestro embrollado socialchovinista, la mayoría de la población en Rusia? ¡Indiscutiblemente una mayoría aplastante!

¿Cómo, entonces, sin traicionar a la democracia, incluso la democracia como la concibe Miliukov, se *puede* estar en contra de la «toma del poder político» por las «masas trabajadoras rusas»?

El abismo llama al abismo. A cada paso que damos en nuestro análisis, descubrimos en las ideas del señor Plejánov nuevos abismos de confusión.

¡El socialchovinista está en contra de que el poder político pase a manos de la mayoría de la población en Rusia!

El señor Plejánov ha oído campanas y no sabe dónde. Ha confundido también las «masas trabajadoras» con la masa de los proletarios y semiproletarios, a pesar de que ya en 1875 Marx prevenía especialmente contra esa confusión. Explicaremos la diferencia al exmarxista señor Plejánov.

¿Puede la mayoría de los campesinos en Rusia exigir y realizar la nacionalización de la tierra? Indudablemente que puede. ¿Sería eso una revolución socialista? No. Sería *todavía* una revolución burguesa, pues la nacionalización de la tierra es una medida compatible con la existencia del capitalismo. Es, sin embargo, un *golpe* a la propiedad privada de un importantísimo medio de producción. Y ese golpe *fortalecería* a los proletarios y semiproletarios muchísimo más si comparamos con todas las revoluciones de los siglos XVII, XVIII y XIX.

Sigamos. ¿Puede la mayoría de los campesinos en Rusia abogar por la fusión de todos los bancos en un banco único? ¿Puede abogar por tener en cada aldea una sucursal de un único Banco Nacional del Estado?

Puede, pues las ventajas y comodidades de semejante medida para el pueblo son indiscutibles. *Hasta* «los defensistas» pueden estar por esa medida, pues con ella se eleva enormemente la capacidad de Rusia para la «defensa».

¿Sería económicamente posible implantar inmediatamente esa fusión de todos los bancos? Es perfectamente posible, sin duda.

¿Sería eso una medida socialista? No, eso *no es todavía* el socialismo.

Continuemos. ¿Podría la mayoría de los campesinos en Rusia abogar por que el consorcio de azúcar pase a manos del gobierno, que sea controlado por los obreros y los campesinos y que el precio del azúcar sea rebajado?

Puede, sin duda, pues esto conviene a la mayoría del pueblo.

¿Sería económicamente posible? Es perfectamente posible, pues el consorcio de azúcar no solo se ha desarrollado económicamente en un único organismo industrial a escala nacional, sino que *ha estado ya*, bajo el zarismo, sujeto al control del «Estado» (es decir, de funcionarios al servicio de los capitalistas).

¿Sería una medida socialista la toma de posesión del consorcio por el Estado democrático burgués, campesino?

No, eso no es todavía el socialismo. El señor Plejánov podría haberse convencido fácilmente de ello si hubiese recordado los axiomas del marxismo comúnmente conocidos.

Cabe preguntar: ¿Esas medidas como la fusión de los bancos, el paso del consorcio de azúcar a manos del gobierno democrático, campesino, *refuerzan* o *debilitan* la importancia, el papel, la influencia de los proletarios y semiproletarios en el conjunto de la masa de la población?

Los refuerzan, indudablemente, porque estas medidas no son de «pequeños propietarios» y su posibilidad se debe precisamente a las «condiciones objetivas» que faltaban aún en 1889, pero que ahora *ya existen*.

Esas medidas refuerzan inevitablemente la importancia, el papel y la influencia que tienen entre la población, más que nadie, los obreros urbanos, vanguardia de los proletarios y semiproletarios de la ciudad y del campo.

Después que esas medidas sean puestas en práctica será perfectamente posible el *progreso* ulterior hacia el socialismo en Rusia, y con la ayuda prestada a nuestros obreros por sus compañeros más avanzados y experimentados de Europa Occidental, que han roto con sus respectivos Plejánov, el paso de Rusia al *verdadero* socialismo será *inevitable* y el éxito de ese paso, *asegurado*.

Así es como debe razonar todo marxista y todo socialista que no se haya pasado al campo de «su» burguesía nacional.

CRISIS DE PODER¹

Toda Rusia recuerda los días 19-21 de abril² (2-3 de mayo), cuando la guerra civil estuvo a punto de desatarse en las calles de Petrogrado.

El 21 de abril, el Gobierno provisional³ elaboró una nueva misiva⁴ con el propósito de «explicar» su nota depredadora del 18.

Después de esto, la mayoría del Comité Ejecutivo del Soviet de Diputados de Obreros y Soldados⁵ decidió considerar «resuelto el incidente».

Otro par de días pasaron y surgió la cuestión del gabinete de coalición. El Comité Ejecutivo estuvo dividido casi en partes iguales: 23 contra el gabinete de coalición y 22 a favor de él. El incidente había sido «resuelto» solo en el papel.

Pasaron dos días más y ahora tenemos otro «incidente». El ministro de Guerra Guchkov, uno de los líderes del Gobierno provisional,

¹ Publicado en *Pravda*, número 46, el 2 (15) de mayo.

² Serie de manifestaciones de los obreros y soldados de Petrogrado contra el Gobierno provisional, luego de que este comunicara el 18 de abril (1ro de mayo) a los Estados aliados (Inglaterra y Francia) que mantendrían los acuerdos establecidos por el zar y continuarían la guerra hasta el final [N. del E.].

³ Formado el 2 (15) de marzo bajo el acuerdo del Comité Provisional de la Duma de Estado. Se encontraba integrado por el príncipe G.E. Lvov, P. N. Miliukov, A.I. Guchkov y A.F. Kerenski [N. del E.].

⁴ Comunicado del gobierno provisional publicado el día 22 de abril (5 de mayo), donde se intentaba aclarar la comunicación del 18 de abril (1ro de mayo).

⁵ Durante los primeros días de la Revolución de Febrero se desplegaron las elecciones al Soviets, primero en algunas fábricas y luego en todas las empresas para no perder el control sobre esta organización. Los mencheviques crearon el Comité Ejecutivo el 27 de febrero (12 de marzo). La presidencia fue conformada por Chjejdze, Kerenski y Skóbeilev [N. del E.].

ha renunciado. Se dice que todo el Gobierno provisional había decidido renunciar. (En el momento en que escribo, todavía no sabemos con certeza si el gobierno ha renunciado). Un nuevo «incidente» ha ocurrido, uno que arroja todos los anteriores «incidentes» a la sombra. ¿De dónde sale este montón de incidentes? ¿No hay una causa básica que engendra inevitablemente «incidente» tras «incidente»?

Existe tal causa. Es lo que conocemos como poder dual, ese estado de inestable equilibrio resultante del acuerdo entre el Soviet y el Gobierno provisional.

El Gobierno provisional es un gobierno de capitalistas. No puede abandonar sus sueños de conquistas (anexiones), no puede terminar la guerra depredadora con una paz democrática, no puede sino proteger las ganancias de su propia clase (la clase capitalista), no puede sino proteger las propiedades de los terratenientes.

El Soviet representa otras clases. La mayoría de los obreros y soldados en el Soviet no quieren esta guerra depredadora, ellos no están interesados en las ganancias de los capitalistas o en preservar los privilegios de los terratenientes. Al mismo tiempo, sin embargo, ellos aún tienen fe en el Gobierno provisional de los capitalistas, están por tener acuerdos con él, por mantener contacto con él.

Los Soviets de Diputados de Obreros y Soldados son un gobierno en embrión. En algunas cuestiones, ellos intentan ejercer poder paralelo al Gobierno provisional. Tenemos así poderes que se superponen, o, como se dice ahora, una «crisis de poder».

Esto no puede durar mucho. Tal estado de cosas va a causar nuevos «incidentes» y más complicaciones. Es fácil poner en un pedazo de papel que «el incidente está resuelto». En la vida real, sin embargo, esos incidentes no desaparecen. Por la simple razón de que ellos no son «incidentes», no son ocurrencias ni ligerezas. Ellos son síntomas de una profunda crisis interna. Son el resultado del *impasse* en que la humanidad se encuentra ahora. No puede haber salida de esta guerra depredadora a menos que aceptemos las medidas propuestas por los socialistas internacionalistas.

Al pueblo ruso se le han ofrecido tres formas de acabar con esta «crisis de poder». Algunos dicen: dejen las cosas como están, tengan aún más confianza en el Gobierno provisional. La amenaza

de renuncia puede ser una triquiñuela calculada para hacer que el Soviet diga: confiamos aún más en ustedes. El Gobierno provisional quiere que el Soviet le ruegue: ven y gobiérnanos; qué haríamos sin ustedes...

Otros proponen un gabinete de coalición. Compartamos los portafolios ministeriales con Miliukov y Compañía, dicen, pongamos a alguno de nuestra propia gente en el gabinete...

Nosotros proponemos un tercer camino: un cambio completo de la política de los Soviets, ninguna confianza en los capitalistas y *la transferencia de todo el poder a los Soviets* de Diputados Obreros y Soldados. Un cambio *de personas* no dará nada; debe cambiarse la política entera. Otra clase debe asumir el poder. Un gobierno de obreros y soldados tendría la confianza de todo el mundo, porque todos saben que un obrero y un campesino pobre no querrían robar a nadie. Solo esto puede poner un rápido final a la guerra, solo esto nos puede ayudar en la debacle económica.

¡Todo el poder a los Soviets de Diputados de Obreros y Soldados!
¡Ninguna confianza en el gobierno de los capitalistas!

Cada «incidente», cada día, cada hora, confirmará *la solidez* de esta consigna.

¿COLABORACIÓN DE CLASES CON EL CAPITAL O LUCHA DE CLASES CONTRA EL CAPITAL?¹

Así precisamente plantea el problema la historia, y no la historia en general, sino la historia económica y política de Rusia *hoy*.

Los populistas y mencheviques, Chernov y Tsereteli, han trasladado la Comisión de Enlace² de la habitación contigua (a la otra en que sesionaban los ministros) a la propia sala ministerial. Esta, y solo esta es la significación puramente política del acontecimiento: el nuevo ministerio.

Su significación económica o de clases consiste, en el mejor de los casos (en el mejor para afianzar el ministerio y mantener la dominación capitalista), en que la cúspide de la burguesía campesina, encabezada desde 1906 por Peshejónov, y los «jefes» pequenoburgueses de los obreros mencheviques *han prometido* a los capitalistas su colaboración de clase. (En el peor de los casos para los capitalistas, todo el cambio tiene una significación solamente personal o solamente de grupo y ninguna significación de clase).

Admitamos que sea un hecho ese caso mejor. Aun admitiéndolo, no puede caber la menor duda de que los prometedores no están en condiciones de cumplir sus promesas. «Ayudaremos, en alianza con los capitalistas, a sacar el país de la crisis, a salvarlo de la bancarrota y a librarlo de la guerra»: tal es el sentido real de la

¹ Publicado en el número 50 de *Pravda* el 6 (19) de mayo.

² Fue creada de acuerdo con el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado el 8 (21) de marzo, con la finalidad de controlar la política del Gobierno provisional. Estaba conformada por M.I. Skóbeliev, Y.M. Stéklov, N.N. Sujánov, V.N. Filippovski y N.S. Chjeidze (luego también se incorporaron V.M. Chernov e I.G. Tsereteli). Fue desmantelada a mediados del mes de abril de ese mismo año [N. del E.].

entrada en el ministerio de los líderes de la pequeña burguesía, los Chernov y los Tsereteli. Nuestra respuesta: su ayuda es insuficiente. La crisis ha ido muchísimo más lejos de lo que ustedes se figuran. Únicamente la clase revolucionaria, aplicando medidas revolucionarias contra el capital, está en condiciones de salvar al país, y no solo a nuestro país.

La crisis es tan profunda y tan grande a escala universal, está tan ramificada y tan estrechamente ligada al capital, que la lucha de clases contra el capital debe adquirir de modo inevitable la forma de dominación política de los proletarios y semiproletarios. No hay otra salida.

¿Quieren ustedes entusiasmo revolucionario en el ejército, ciudadanos Chernov y Tsereteli? No podrán crearlo, pues el entusiasmo revolucionario de las masas populares no nace del cambio de «jefes» en los ministerios, ni de las grandilocuentes palabras en las declaraciones, ni de las promesas de dar pasos hacia la revisión del tratado con los capitalistas ingleses; nace únicamente de todos y cada uno de los hechos evidentes, cotidianos, y en todas partes, de la política revolucionaria *contra* la omnipotencia del capital, contra los beneficios que obtiene de la guerra; de una política que mejore de verdad radicalmente las condiciones de vida de las masas pobres.

Incluso si entregan inmediatamente toda la tierra al pueblo, eso no sacará todavía de la crisis si no se adoptan medidas revolucionarias contra el capital.

¿Quieren ustedes ofensiva, ciudadanos Chernov y Tsereteli? No pueden incitar al ejército a la ofensiva, pues la coacción *sobre* el pueblo es hoy imposible. Y sin coacción, el pueblo irá a una guerra ofensiva únicamente en aras de los grandes intereses de una gran revolución contra el capital de todos los países; de una revolución, por cierto, no solamente prometida, no solamente proclamada, sino ya en proceso de realización; de una revolución que se lleva a cabo de manera evidente para todos y cada uno, de manera perceptible para todos y cada uno.

¿Quieren ustedes organizar el abastecimiento, ciudadanos Peshejónov y Skóbeliev, el abastecimiento de los campesinos con productos, de las tropas con pan y carne, de la industria con mate-

rias primas, etc.? ¿Quieren ustedes el control de la producción, y, en parte, incluso su organización?

No podrán hacerlo sin el entusiasmo revolucionario de las masas proletarias y semiproletarias, que es engendrado únicamente por las medidas revolucionarias contra los privilegios del capital. Sin eso, el control que han prometido ustedes será una semimedida inerte, burocrática capitalista.

Los ciudadanos Chernov y Tsereteli, y con ellos ciertos sectores de la pequeña burguesía, están realizando ahora un experimento de colaboración de clases con el capital a una escala nueva, gigantesca, que abarca toda Rusia, todo el Estado.

Las enseñanzas serán tanto más provechosas para el pueblo cuando se convenza —lo que ocurrirá, según parece, pronto— de la inconsistencia e inutilidad de semejante colaboración.

MANDATO A LOS DIPUTADOS DEL SOVIET ELEGIDOS EN FÁBRICAS Y REGIMIENTOS¹

1. Nuestro diputado debe oponerse incondicionalmente a la presente guerra imperialista depredadora. Esta guerra es llevada por los capitalistas de todos los países —Rusia, Alemania, Gran Bretaña— por ganancias y el sometimiento de las naciones débiles.

2. En tanto un gobierno capitalista esté a la cabeza de la nación rusa, no debe haber apoyo para el gobierno que está conduciendo una guerra depredadora. ¡Ni un solo kopek!

3. Nuestro diputado debe estar por la inmediata publicación de los tratados secretos depredadores (relacionados a la subyugación de Persia, la partición de Turquía, Austria, etc.) que el ex zar Nicolás concluyó con los capitalistas de Gran Bretaña, Francia, etc.

4. Nuestro diputado debe estar por la inmediata abrogación de todos esos tratados. El pueblo ruso, los obreros y los campesinos, no desean oprimir y no oprimirán a ninguna nación; ellos no quieren y no mantendrán por la fuerza a una sola nación no-rusa (no-gran-rusa) dentro de las fronteras de Rusia. ¡Libertad para todos los pueblos, unión fraternal de los obreros y campesinos de todas las nacionalidades!

5. Nuestro diputado debe estar por que el gobierno ruso ofrezca abierta, inmediata e incondicionalmente, sin equivocación y sin la mínima demora, términos de paz *a todos* los países beligerantes sobre la base de la libertad *de todas* las nacionalidades oprimidas y no privilegiadas *sin excepción*.

¹ Este documento fue escrito por Lenin antes del 7 (20) de mayo y sirvió como base para el Proyecto de mandato en las elecciones de delegados al Soviet de Diputados Obreros y Soldados, publicado ese día en el diario *Pravda* [N. del E.].

Esto significa que los gran rusos no retendrán por la fuerza a Polonia o Kurland o Ucrania o Finlandia o Armenia o cualquier otra nación. Los gran rusos ofrecen una unión fraternal a todas las naciones y proponen la formación de un Estado común por acuerdo voluntario de cada pueblo y bajo ninguna circunstancia por medio de la violencia, directa o indirecta. Los granrusos, bajo los términos de tal paz, se comprometen a retirar inmediatamente sus tropas de Galitzia, de Armenia y de Persia, y dejarán que esas naciones y todas las otras naciones *sin excepción* decidan libremente si desean vivir como Estado separado o en unión con quien a ellos les plazca.

Alemania, de acuerdo con los términos de tal paz, debe no solo entregar *todos* los territorios que ha capturado desde el inicio de la guerra sino también liberar a los pueblos que mantiene por la fuerza dentro de las fronteras de Alemania: los daneses (Schleswig), los franceses (parte de Alsacia y Lorena), los polacos (Poznan), etc. Alemania debe comprometerse inmediatamente, y simultáneamente con Rusia, a retirar sus tropas de todas las regiones que ha ocupado, así como de todas las regiones mencionadas arriba, y dejar que cada nación decida libremente, por voto popular, si desea vivir como un Estado separado o en unión con quien le plazca. Alemania debe liberar incondicional e inequívocamente todas sus colonias, porque las colonias son pueblos oprimidos.

Gran Bretaña, según los términos de tal paz, debe liberar, inmediata e incondicionalmente, no solo los territorios de otros que ha ocupado (las colonias alemanas en África, las tierras turcas, Mesopotamia, etc.) sino todas *sus propias colonias*. Gran Bretaña, al igual que Rusia y Alemania, debe retirar inmediatamente sus tropas de todos los territorios que ha capturado, de sus colonias y también de Irlanda, y dejar que cada nación decida mediante votación libre si quiere vivir como un Estado separado o en unión con quien desee.

Y así: todos los países beligerantes, sin excepción, deben recibir un ofrecimiento para concluir una paz inmediata sobre esos términos claramente definidos. Los capitalistas *de todos* los países no deberán continuar engañando a los pueblos con la promesa de «paz sin anexiones» mientras conservan sus *propios* territorios

anexados y continúan la guerra para quitar a sus enemigos «sus» territorios anexados.

6. Nuestro diputado no dará ningún apoyo o votará por ningún crédito o dará un kopek del dinero del pueblo a *ningún* gobierno que no se comprometa solemnemente a ofrecer a todas las naciones esos términos para una paz inmediata y publique este ofrecimiento en *dos días* para información de todos.

UN TRISTE APARTAMIENTO DE LA DEMOCRACIA¹

*Izvestia*² publica hoy una reseña de la reunión celebrada por la sección de soldados del Soviet de Diputados Obreros y Soldados. En esta reunión, entre otras cosas:

Se discutió la *posibilidad de que los soldados desempeñen las funciones de milicianos*. La Comisión Ejecutiva propuso a la reunión la siguiente resolución:

«En vista de que los soldados deben cumplir su misión *directa*, la Comisión Ejecutiva del Soviet de Diputados Soldados *se pronuncia en contra de que los soldados participen* en la milicia y propone que todos los soldados que forman parte de la milicia *sean reincorporados inmediatamente a sus unidades*».

Tras breves debates, la resolución fue aprobada con una enmienda, que admite la posibilidad de que desempeñen *funciones de milicianos los soldados evacuados del ejército de operaciones y los heridos*.

Es muy lamentable que no se haya publicado el texto exacto de la enmienda y de la resolución. Y es más lamentable aún que la Comisión Ejecutiva haya propuesto, y la reunión haya aprobado, una resolución que constituye un apartamiento total de los principios fundamentales de la democracia.

¹ Escrito el 10 (23) de mayo y publicado en el número 55 de *Pravda* el 12 (25) de mayo.

² *Izvestia Petrográdsкого Sovietsa Rabóchij i Soldátskij Deputátov* (Noticias del Soviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado) fue un periódico diario que empezó a publicarse en febrero de 1917. Inicialmente expresó los intereses del Gobierno provisional, hasta que después del II Congreso de los Soviets de toda Rusia pasó a ser el órgano oficial del poder soviético [N. del E.].

Es poco probable que pueda encontrarse en Rusia un partido democrático que no acepte la reivindicación programática de sustituir el ejército regular con el armamento general del pueblo. Es poco probable que pueda encontrarse un socialista-revolucionario o un socialdemócrata menchevique que se atreva a alzarse contra esta reivindicación. Pero la desgracia está en que, «en los tiempos actuales», «es usual» aceptar «en principio» —encubriéndose con frases sonoras sobre la «democracia revolucionaria»— los programas democráticos (y no hablemos ya del socialismo) y renegar de ellos en la práctica.

Pronunciarse contra la participación de los soldados en la milicia, basándose en que los «soldados deben cumplir su misión directa», significa olvidar por completo los principios de la democracia y aceptar —quizá involuntaria e inconscientemente— el punto de vista del ejército regular. El soldado es un profesional, su misión directa *no es* un servicio social: así piensan los partidarios del ejército regular. Esta opinión no es democrática. Es la opinión de un Napoleón. Es la opinión de los partidarios del viejo régimen y de los capitalistas, que sueñan con un fácil retroceso de la república a la monarquía constitucional.

El que es demócrata está en contra, por principio, de esa opinión. La participación de los soldados en la milicia significa derribar el muro que se alza entre el ejército y el pueblo. Significa romper con el maldito pasado del «cuartel», en el que, al margen del pueblo y contra el pueblo, se «amaestraba», domesticaba y entrenaba a un sector especial de ciudadanos con la «misión directa» de dedicarse únicamente a la profesión militar. La participación de los soldados en la milicia es un problema cardinal, que consiste en reeducar a «los soldados» para hacer de ellos ciudadanos milicianos, en reeducar a la población para transformar a los habitantes corrientes en ciudadanos armados. La democracia no pasará de ser una frase huera y falaz o una medida a medias si no se concede inmediata e incondicionalmente *a todo* el pueblo la posibilidad de aprender a manejar las armas. Y eso es irrealizable sin la participación sistemática, permanente y amplia de los soldados en la milicia.

Se nos objetará, quizá, que no se puede *apartar* a los soldados de sus obligaciones *directas*. Pero nadie dice eso. Hablar especial-

mente de eso es ridículo. Como sería ridículo decir especialmente que un médico que se halla junto a la cabecera de un enfermo grave no tiene derecho a apartarse de él para emitir un sufragio. O que un obrero, ocupado en una producción cuyo carácter ininterrumpido es considerado por todos absolutamente necesario, no tiene derecho a abandonar su trabajo, hasta que lo releve otro obrero, para ejercer sus derechos políticos. Semejantes salvedades serían en verdad poco serias o incluso deshonestas.

La participación en la milicia es una de las reivindicaciones más importantes y cardinales de la democracia, una de las garantías más esenciales de la libertad. (Agreguemos, entre paréntesis, que no hay medio más seguro de elevar las cualidades puramente militares y la fuerza militar del ejército que sustituir el ejército regular con el armamento general de todo el pueblo y utilizar a los soldados para instruir al pueblo; en toda guerra auténticamente revolucionaria se ha empleado y se empleará este método.) La organización inmediata, incondicional y general de la milicia de todo el pueblo y el desarrollo de la múltiple participación de los soldados en la milicia: en eso radica el interés vital tanto de los obreros como de los campesinos y los soldados, de toda la inmensa mayoría de la población, de la mayoría no interesada en proteger las ganancias de los terratenientes y de los capitalistas.

LA GUERRA Y LA REVOLUCIÓN¹

La cuestión de la guerra y la revolución se plantea con tanta frecuencia en los últimos tiempos en la prensa y en cada reunión popular que, probablemente, muchos de ustedes conocerán bastante sus aspectos e incluso estarán hartos de ellos. Hasta hoy no había tenido la posibilidad de hablar, ni de estar presente siquiera, en ninguna asamblea del Partido ni en ninguna reunión popular de este distrito. Por ello, corro, posiblemente, el riesgo de incurrir en repeticiones o de no analizar con detalle suficiente aspectos de la cuestión que os interesen mucho.

A mi juicio, hay algo principal que se olvida corrientemente al tratar de la guerra, algo que no es objeto de la atención debida, algo principal en torno a lo cual se sostienen tantas discusiones, que yo calificaría de fútiles, sin perspectivas, vanas. Me refiero al olvido de la cuestión fundamental: cuál es el carácter de clase de la guerra, por qué se ha desencadenado, qué clases la sostienen, qué condiciones históricas e histórico-económicas la han originado. En los mítines y en las asambleas del Partido he observado cómo se plantea entre nosotros el problema de la guerra y he llegado a la conclusión de que gran número de las incomprensiones que surgen en torno a este problema se deben precisamente a que, al analizarlo, hablamos a cada paso en lenguajes completamente distintos.

Desde el punto de vista del marxismo, es decir, del socialismo científico contemporáneo, la cuestión fundamental que deben tener presente los socialistas al discutir cómo debe juzgarse una guerra y la actitud a adoptar frente a ella es por qué se hace esa guerra, qué

¹ Esta conferencia fue leída por Lenin el 14 (27) de mayo en el salón de actos de la Escuela de Guardiamarinas en la isla de Vesiálievski. Asistieron más de 2.000 personas. Publicado en el número 93 de *Pravda*, el 23 de abril de 1929.

clases la han preparado y dirigido. Nosotros, los marxistas, no figuramos entre los enemigos incondicionales de toda guerra. Decimos: nuestro objetivo es el régimen socialista, el cual, al suprimir la división de la humanidad en clases, al suprimir toda explotación del hombre por el hombre y de una nación por otras naciones, suprimirá ineluctablemente toda posibilidad de guerra. Pero en la lucha por este régimen socialista encontraremos ineludiblemente condiciones en las que la lucha de clases en el seno de cada nación puede chocar con una guerra entre naciones distintas, engendrada por esta lucha de clases. Por eso no podemos negar la posibilidad de las guerras revolucionarias, es decir, de guerras derivadas de la lucha de clases, de guerras sostenidas por las clases revolucionarias y que tienen una significación revolucionaria directa e inmediata. No podemos negar esto, con mayor motivo, porque en la historia de las revoluciones europeas del último siglo, de los 125 o 135 años últimos, además de una mayoría de guerras reaccionarias, ha habido también guerras revolucionarias, como, por ejemplo, la guerra de las masas revolucionarias del pueblo francés contra la Europa monárquica, atrasada, feudal y semifeudal coaligada. Y en la actualidad, el medio más extendido de engañar a las masas en Europa Occidental, y últimamente también en nuestro país, en Rusia, es invocar el ejemplo de las guerras revolucionarias. Hay guerras y guerras. Se debe comprender de qué condiciones históricas ha surgido una guerra concreta, qué clases la sostienen y con qué fines. Sin comprender esto, todas nuestras disquisiciones acerca de la guerra se verán condenadas a ser una vacuidad completa, a ser discusiones puramente verbales y estériles. Por eso me permito analizar con detalle este aspecto de la cuestión, por cuanto ustedes han señalado como tema la correlación entre la guerra y la revolución.

Es conocido el aforismo de uno de los más célebres escritores de filosofía e historia de las guerras, Clausewitz: «La guerra es la continuación de la política por otros medios». Esta frase pertenece a un escritor que ha estudiado la historia de las guerras y sacado enseñanzas filosóficas de esta historia inmediatamente después de la época de las guerras napoleónicas. Este escritor, cuyos pensamientos fundamentales son en la actualidad patrimonio imprescindible de

todo hombre que piense, luchaba, hace ya cerca de ochenta años, contra el prejuicio filisteo, hijo de la ignorancia, de que es posible separar la guerra de la política de los gobiernos correspondientes, de las clases correspondientes; de que la guerra puede ser considerada, a veces, como una simple agresión que altera la paz y que termina con el restablecimiento de esa paz violada. ¡Se han peleado y han hecho las paces! Este tosco e ignorante punto de vista fue refutado decenas de años atrás, y es refutado por todo análisis más o menos atento de cualquier época histórica de guerras.

La guerra es la continuación de la política por otros medios. Toda guerra está inseparablemente unida al régimen político del que surge. La misma política que ha seguido una determinada potencia, una determinada clase dentro de esa potencia durante un largo período antes de la guerra, es continuada por esa misma clase, de modo fatal e inevitable, durante la guerra, variando únicamente la forma de acción.

La guerra es la continuación de la política por otros medios. Cuando los vecinos revolucionarios franceses de la ciudad y del campo de fines del siglo XVIII derribaron por vía revolucionaria la monarquía e instauraron la república democrática —ajustando las cuentas a su monarca y ajustándoselas también, de modo revolucionario, a sus terratenientes—, esta política de la clase revolucionaria no podía dejar de sacudir hasta los cimientos al resto de la Europa autocrática, zarista, realista y semifeudal. Y la continuación inevitable de esa política de la clase revolucionaria triunfante en Francia fueron las guerras sostenidas contra la Francia revolucionaria por todos los pueblos monárquicos de Europa, que, habiendo formado su famosa coalición, se lanzaron sobre ella con una guerra contrarrevolucionaria. De la misma manera que el pueblo revolucionario francés reveló entonces, por vez primera en el transcurso de siglos, una energía revolucionaria sin precedente en la lucha dentro del país, en la guerra de fines del siglo XVIII mostró igual genio revolucionario al reestructurar todo el sistema de la estrategia, rompiendo con todos los viejos cánones y usos bélicos y creando, en lugar del ejército antiguo, un ejército nuevo, revolucionario, popular y nuevos métodos de guerra. A mi juicio, este ejemplo merece una

atención especial, porque nos muestra palmariamente lo que olvidan ahora a cada paso los publicistas de la prensa burguesa. Ellos especulan con los prejuicios y la ignorancia pequeñoburguesa de las masas populares completamente incultas, las cuales no comprenden el inseparable nexo económico e histórico de toda guerra con la precedente política de cada país, de cada clase, que dominaba antes de la guerra y aseguraba la consecución de sus objetivos por los llamados medios «pacíficos». Decimos llamados, pues las represiones necesarias, por ejemplo, para la dominación «pacífica» en las colonias es dudoso que puedan calificarse como tales.

En Europa reinaba la paz, pero esta se mantenía debido a que el dominio de los pueblos europeos sobre los centenares de millones de habitantes de las colonias se efectuaba únicamente por medio de guerras incesantes, continuas, ininterrumpidas, que nosotros, los europeos, no consideramos guerras porque, con demasiada frecuencia, más que guerras parecían matanzas feroces y exterminadoras de pueblos inermes. Las cosas están planteadas precisamente de tal forma, que para comprender la guerra contemporánea necesitamos, ante todo, echar una ojeada general sobre la política de las potencias europeas en conjunto. Es necesario tomar no ejemplos aislados, casos aislados, que siempre es fácil desgajar de los fenómenos sociales, pero que carecen de todo valor, pues del mismo modo puede citarse un ejemplo opuesto. No es necesario considerar toda la política de todo el sistema de Estados europeos en sus mutuas relaciones económicas y políticas, para comprender cómo ha surgido de este sistema, fatal e ineludiblemente, esta guerra.

Observamos constantemente que se hacen intentos, sobre todo por los periódicos capitalistas —lo mismo monárquicos que republicanos—, de dar a la guerra actual un contenido histórico que le es ajeno. Por ejemplo, en la República Francesa no hay procedimiento más corriente que los intentos de presentar esta guerra como algo que sigue y se asemeja a las guerras de la Gran Revolución Francesa de 1792. No hay método más difundido para engañar a las masas populares francesas, a los obreros de Francia y de todos los países, que trasladar a nuestra época el «argot» de aquella época, algunas de sus consignas, e intentar presentar las cosas como si la Francia repu-

blicana defendiera también ahora su libertad contra la monarquía. Olvidan una «pequeña» circunstancia: que entonces, en 1792, la guerra de Francia la hacía la clase revolucionaria, que había llevado a cabo una revolución sin precedente, que había destruido hasta los cimientos, con el heroísmo inaudito de las masas, la monarquía francesa y se había alzado contra la Europa monárquica coaligada, sin perseguir otra finalidad que la de continuar su lucha revolucionaria.

La guerra en Francia fue la continuación de la política de la clase revolucionaria que hizo la revolución, conquistó la república, ajustó las cuentas a los capitalistas y terratenientes franceses con una energía jamás vista, y que en nombre de esa política, de su continuación, sostuvo la guerra revolucionaria contra la Europa monárquica coaligada.

Pero ahora nos encontramos, ante la unión de dos grupos de potencias capitalistas. Nos encontramos ante las más grandes potencias capitalistas del mundo —Inglaterra, Francia, Norteamérica y Alemania—, cuya política en el curso de varios decenios ha consistido en una rivalidad económica ininterrumpida por dominar en el mundo entero, estrangular a las naciones pequeñas, asegurar beneficios triplicados y decuplicados al capital bancario, que ha encadenado a todo el mundo con su influencia. En esto consiste la verdadera política de Inglaterra y Alemania. Lo subrayo. Jamás hay que cansarse de subrayarlo, porque si lo echamos en olvido, no podremos comprender nada de la guerra contemporánea y nos hallaremos indefensos, a merced de cualquier periodista burgués que nos quiera embaucar con frases embusteras.

La política auténtica de ambos grupos de los mayores gigantes capitalistas —Inglaterra y Alemania, que, con sus aliados, arremetieron la una contra la otra—, practicada durante décadas antes del conflicto, debe ser estudiada y comprendida en su conjunto. Si no lo hiciéramos así, olvidaríamos la exigencia principal del socialismo científico y de toda la ciencia social en general y, además, nos privaríamos de la posibilidad de comprender la guerra actual. Caeríamos en poder de Miliukov, embaucador que atiza el chovinismo y el odio de un pueblo contra otro con métodos que se emplean en todas partes, sin excepción alguna, con

métodos de los que escribía hace ya ochenta años Clausewitz, mencionado por mí al comienzo, el cual ridiculizaba ya entonces el punto de vista de los que piensan: ¡vivían los pueblos en paz y luego se han peleado! ¡Como si eso fuese verdad! ¿Es que se puede explicar la guerra sin relacionarla con la política precedente de este o aquel Estado, de este o aquel sistema de Estados, de estas o aquellas clases? Repito una vez más: esta es la uestión cardinal, que siempre se olvida, y cuya incomprensión hace que de diez discusiones sobre la guerra, nueve resulten una disputa vana y mera palabrería. Nosotros decimos: si ustedes no han estudiado la política practicada por ambos grupos de potencias beligerantes durante decenios —para evitar casualidades, para no escoger ejemplos aislados—, ¡si no han demostrado la ligazón de esta guerra con la política precedente, no han entendido nada de esta guerra!

Y esa política nos muestra a cada paso una sola cosa: la incesante rivalidad económica de los dos mayores gigantes del mundo, de dos economías capitalistas. De un lado, Inglaterra, Estado que es dueño de la mayor parte del globo, Estado que ocupa el primer lugar por sus riquezas, amasadas no tanto por el esfuerzo de sus obreros como, principalmente, por la explotación de un infinito número de colonias, por la inmensa fuerza de los bancos ingleses. Estos bancos han formado, a la cabeza de todos los demás, un grupo de bancos-gigantes, insignificante por su número —tres, cuatro o cinco—, que manejan centenares de miles de millones de rublos, de tal suerte que puede decirse sin ninguna exageración: no hay un trozo de tierra en todo el globo en el que este capital no haya clavado su pesada garra, no hay un trozo de tierra que no esté envuelto por miles de hilos del capital inglés. Este capital alcanzó tales proporciones a finales del siglo XIX y principios del XX, que trasladó su actividad mucho más allá de los límites de cada país, formando un grupo de bancos gigantes con una riqueza inaudita. Valiéndose de ese número insignificante de bancos, este capital envolvió al mundo entero con una red de centenares de miles de millones de rublos. He ahí lo fundamental en la política económica de Inglaterra y en la política económica de Francia, de la que los propios escritores

franceses, colaboradores, por ejemplo, de *L'Humanité*², periódico dirigido en la actualidad por exsocialistas (por ejemplo, Lysis, conocido publicista, especializado en asuntos financieros), escribían ya varios años antes de la guerra: «La República Francesa es una monarquía financiera... es una oligarquía financiera... es el usurero del universo».

De otro lado, frente a este grupo, principalmente anglo-francés, se ha destacado otro grupo de capitalistas más rapaz aún, más bandidesco aún: un grupo que ha llegado a la mesa del festín capitalista cuando todos los sitios estaban ya ocupados, pero que ha introducido en la lucha nuevos métodos de desarrollo de la producción capitalista, una técnica mejor, una organización incomparable, que transforma al viejo capitalismo, al capitalismo de la época de la libre competencia, en capitalismo de los gigantescos *trusts*, consorcios y cárteles. Este grupo ha introducido el principio de la estatificación de la producción capitalista, de la fusión en un solo mecanismo de la fuerza gigantesca del capitalismo con la fuerza gigantesca del Estado, mecanismo que enrola a decenas de millones de personas en una sola organización del capitalismo de Estado. Esa es la historia económica, la historia diplomática de varias decenas de años, que nadie puede eludir. Es la única que os brinda el camino hacia la solución acertada del problema de la guerra y os lleva a la conclusión de que esta guerra es también producto de la política de las clases que se han enzarzado en ella, de los dos mayores gigantes, que mucho antes del conflicto habían envuelto a todo el mundo, a todos los países, con las redes de su explotación financiera y se habían repartido el mundo en el terreno económico. Tenían que chocar, porque el nuevo reparto de ese dominio se había hecho inevitable desde el punto de vista del capitalismo.

El antiguo reparto se basaba en que Inglaterra, por espacio de varios siglos, llevó a la ruina a sus anteriores rivales. Su rival anterior fue Holanda, que extendía su dominio por todo el mundo; su anterior competidor fue Francia, que durante casi un siglo hizo guerras

² *La Humanidad*: Periódico francés fundado en 1904 por el dirigente socialista Jean Jaurès. Durante varias décadas fue el órgano oficial del Partido Comunista Francés [N. del E.].

por ese dominio. Mediante guerras prolongadas, Inglaterra, basándose en su potencia económica, en la de su capital mercantil, afianzó su dominio indisputado del mundo. Pero surgió una nueva fiera: en 1871 se formó otra potencia capitalista, que se desarrolló muchísimo más rápidamente que Inglaterra. Este es un hecho fundamental. No encontrarán ningún libro de historia económica que no reconozca este hecho indiscutible: el desarrollo más acelerado de Alemania. El rápido desarrollo del capitalismo en Alemania fue el desarrollo de una fiera joven y fuerte, que apareció en el concierto de las potencias europeas y dijo: «Ustedes han arruinado a Holanda, han destrozado a Francia, se han apoderado de medio mundo; tómense la molestia de entregarnos la parte correspondiente». Pero ¿qué significa «la parte correspondiente»? ¿Cómo determinarla en el mundo capitalista, en el mundo de los bancos? Allí, en el mundo capitalista, la fuerza se determina por el número de bancos. Allí, la fuerza se determina, como lo ha definido cierto órgano de los multimillonarios norteamericanos con la franqueza y el cinismo genuinamente norteamericanos, del siguiente modo: «En Europa se hace la guerra por la hegemonía mundial. Para dominar el mundo se necesitan dos cosas: dólares y bancos. Dólares tenemos, los bancos los crearemos y seremos dueños del mundo». Esta declaración pertenece al periódico portavoz de los multimillonarios norteamericanos. Debo manifestar que en esta cínica frase norteamericana del multimillonario engreído e insolente hay mil veces más verdad que en miles de artículos de los embusteros burgueses, los cuales presentan esta como una guerra por ciertos intereses nacionales, por ciertos problemas nacionales y otras mentiras por el estilo, tan claras, que saltan a la vista, que echan por la borda toda la historia en su conjunto y toman un ejemplo aislado, como es el que la fiera germana se haya lanzado sobre Bélgica. Este caso es, indudablemente, verídico. En efecto, esa bandada de buitres cayó sobre Bélgica³ con una ferocidad inusitada, pero ha hecho lo

³ Al comienzo de la primera Guerra Mundial de 1914-1918, Alemania violó groseramente la neutralidad belga y ocupó Bélgica con el propósito de utilizar su territorio para asestar el golpe decisivo a Francia. La ocupación duró hasta

mismo que hizo ayer el otro grupo, valiéndose de otros métodos, y que hace hoy con otros pueblos.

Cuando discutimos sobre la cuestión de las anexiones —que forma parte de lo que he tratado de exponeros brevemente a título de historia de las relaciones económicas y diplomáticas que han originado la presente guerra—, nos olvidamos siempre de que ellas son corrientemente la causa de la guerra: el reparto de lo conquistado o, dicho en un lenguaje más popular, el reparto del botín robado por dos grupos de bandidos. Y cuando discutimos sobre las anexiones, nos encontramos siempre con métodos que desde el punto de vista científico no resisten ninguna crítica, y desde el social y periodístico no pueden ser calificados sino de burdo engaño. Pregúntenle al chovinista o socialchovinista ruso, y él les explicará magníficamente lo que son las anexiones por parte de Alemania: esto lo comprende a la perfección. Pero jamás les dará respuesta si le piden que dé una definición general de las anexiones aplicable tanto a Alemania como a Inglaterra y Rusia. ¡Jamás lo hará! El periódico *Riech* (para pasar de la teoría a la práctica), burlándose de nuestro periódico *Pravda*, dijo: «¡Estos pravdistas consideran lo de Curlandia⁴ como una anexión! ¿Qué discusión puede haber con esta gente?» Y cuando respondimos: «Tengan la bondad de darnos una definición tal de las anexiones que pueda aplicarse a los alemanes, ingleses y rusos, y añadimos que o bien tratarán de eludirla, o bien los desenmascaremos inmediatamente», *Riech* hizo silencio por respuesta. Afirmamos que ningún periódico, ni de los chovinistas en general —quienes dicen simplemente que es necesario defender la patria—, ni de los socialchovinistas, ha dado jamás una definición de las anexiones que pueda aplicarse tanto a Alemania como a Rusia, que pueda aplicarse a cualquiera de los beligerantes. Y no puede darla, porque toda esta guerra es la continuación de la política de anexiones, es decir, de conquistas, de saqueo

el fin de la guerra causando grandes daños a la economía y arruinando la industria del país. Después de la derrota de Alemania en 1918, Bélgica fue liberada (Nota de la edición rusa).

⁴ Es una región que actualmente forma parte de Letonia. Desde 1795 y hasta 1919 fue una provincia rusa. En 1919 pasó a integrar el Estado independiente de Letonia, que desde 1944 hasta 1991 perteneció a la URSS [N. del E.].

capitalista por las dos partes, por los dos grupos que hacen la guerra. Se comprende, por ello, que la cuestión de cuál de estos dos bandidos desenvainó primero el cuchillo no tiene para nosotros ninguna importancia. Tomemos la historia de los gastos navales y militares de ambos grupos durante varios decenios, o la historia de las pequeñas guerras que han sostenido con anterioridad a la grande. «Pequeñas» porque en ellas perecían pocos europeos; pero, en cambio, morían centenares de miles de los pueblos oprimidos, a los cuales ni siquiera consideran pueblos (asiáticos, africanos, ¿son, acaso, pueblos?). Contra esos pueblos se hacían guerras del siguiente tipo: estaban inermes y los barrían con fuego de ametralladoras. ¿Son guerras, acaso? Propiamente hablando, ni siquiera son guerras y se las puede olvidar. Así enfocan este engaño completo de las masas populares.

La presente guerra es la continuación de la política de conquistas, de exterminio de naciones enteras, de inauditas atrocidades cometidas por alemanes e ingleses en África, por ingleses y rusos en Persia —no sé cuál de ellos más—, por lo que los capitalistas alemanes les consideraban como enemigos. ¡Ah! ¿Ustedes son fuertes por ser ricos? Pero nosotros somos más fuertes que ustedes, y por eso tenemos el mismo derecho «sagrado» al saqueo. A esto se reduce la verdadera historia del capital financiero inglés y alemán durante los varios decenios que precedieron a la guerra. A esto se reduce la historia de las relaciones ruso-alemanas, ruso-inglesas y germano-inglesas. Ahí está la clave para comprender el motivo de la guerra. He ahí por qué no es más que charlatanería y engaño la leyenda corriente sobre la causa de esta guerra. Olvidando la historia del capital financiero, la historia de cómo se venía incubando esta guerra por un nuevo reparto del mundo, se presenta el asunto así: dos pueblos vivían en paz, y luego unos agredieron y otros se defendieron. Se olvida toda la ciencia, se olvidan los bancos; se invita a los pueblos a tomar las armas, se invita a tomar las armas al campesino, el cual ignora qué es la política. ¡Hay que defender y basta! De razonar así, sería lógico suspender todos los periódicos, quemar todos los libros y prohibir que se mencionen en la prensa las anexiones; por esa vía se puede llegar a la justificación de semejante punto de vista sobre las anexiones. Ellos no pueden decir la verdad sobre

las anexiones, porque toda la historia de Rusia, de Inglaterra y de Alemania, es una guerra continua, cruenta y despiadada, por las anexiones. En Persia, en África, han hecho guerras sin cuartel los liberales, los mismos que han apaleado a los «delincuentes» políticos en la India por atreverse a formular reivindicaciones semejantes a aquellas por las que se luchaba en Rusia. También las tropas coloniales francesas han oprimido a los pueblos. ¡Ahí tienen la historia precedente, la verdadera historia del despojo inaudito! ¡Ahí tienen la política de esas clases cuya continuación es la guerra actual! Ahí tienen por qué, en la cuestión de las anexiones, no pueden dar la respuesta que damos nosotros cuando decimos: todo pueblo que está unido a otro no por voluntad expresa de la mayoría, sino por decreto del zar o del gobierno, es un pueblo anexado, un pueblo conquistado. Renunciar a las anexiones significa conceder a cada pueblo el derecho a formar un Estado aparte, o a vivir en unión con quienquiera. Semejante respuesta está completamente clara para todo obrero más o menos consciente.

En cualquiera de las decenas de resoluciones que se aprueban, y que se publican, aunque sea en el periódico *Zemliá i Volia*⁵, encontrarán una respuesta mal expresada: no queremos la guerra para dominar a otros pueblos, luchamos por nuestra libertad; así hablan todos los obreros y campesinos, expresando de esta forma la opinión del obrero, la opinión del trabajador acerca de cómo entienden ellos la guerra. Con esto quieren decir: si la guerra se hiciera en interés de los trabajadores contra los explotadores, estaríamos a favor de la guerra. También nosotros estaríamos entonces a favor de la guerra, y ni un solo partido revolucionario podría estar en contra de semejante guerra. Los autores de esas numerosas resoluciones no tienen razón, porque se imaginan las cosas como si fueran ellos los que hacen la guerra. Nosotros, los soldados; nosotros, los obreros; nosotros, los campesinos, luchamos por nuestra libertad. Jamás olvidaré la pregunta que me hizo uno de ellos después de un mitin: «¿Por qué está arremetiendo constantemente contra los capitalistas? ¿Es que yo soy capitalista? Nosotros somos obreros, defendemos

⁵ Diario editado en Petrogrado por el comité local de los eseristas, circuló entre marzo y octubre de 1917 [N. del E.].

nuestra libertad». No es verdad, ustedes pelean porque obedecen a su gobierno de capitalistas; la guerra no la hacen los pueblos, sino los gobiernos. No me sorprende que un obrero o un campesino que no ha aprendido política, que no ha tenido la suerte o la desgracia de estudiar los secretos de la diplomacia, el cuadro de este saqueo financiero (de esta opresión de Persia por Rusia y por Inglaterra, al menos), no me sorprende que olvide esta historia y pregunte ingenuamente: ¿qué me importan a mí los capitalistas si el que pelea soy yo? No comprende la ligazón de la guerra con el gobierno, no comprende que la guerra la hace el gobierno y que él es un instrumento manejado por el gobierno. Ese obrero o ese campesino puede llamarse a sí mismo pueblo revolucionario y escribir elocuentes resoluciones: esto significa ya mucho para los rusos, pues solo hace poco ha empezado a practicarse. Recientemente se publicó una declaración «revolucionaria» del Gobierno provisional. Las cosas no cambian por ello. También otros pueblos, con mayor experiencia que nosotros en el arte de los capitalistas de engañar a las masas escribiendo manifiestos «revolucionarios», han batido hace ya mucho todos los records del mundo en este terreno. Si tomamos la historia parlamentaria de la República Francesa desde que esta es una república que apoya al zarismo, a lo largo de decenios de esa historia encontraremos decenas de ejemplos, en los que los manifiestos llenos de las frases más elocuentes encubrían la política del más abyecto saqueo colonial y financiero. Toda la historia de la Tercera República Francesa es la historia de este saqueo. De esas fuentes ha brotado la guerra actual. No es resultado de la mala voluntad de los capitalistas, no es una política equivocada de los monarcas. Sería un error enfocar así las cosas. No, esta guerra ha sido originada de manera inevitable por ese desarrollo del capitalismo gigantesco, especialmente del bancario, desarrollo que condujo a que unos cuatro bancos de Berlín y cinco o seis de Londres dominaran sobre todo el mundo, se apoderasen de todos los recursos, refrendasen su política financiera con toda la fuerza armada y, por último, chocasen en una contienda de ferocidad inaudita debido a que no había ya a dónde ir libremente en plan de conquista. Uno u otro debe renunciar a la posesión de sus colonias. Y semejantes cuestiones no se resuelven voluntariamente en este

mundo de los capitalistas. Esto solo puede resolverse por medio de la guerra. De ahí que sea ridículo culpar a este o aquel bandido coronado. Esos bandidos coronados son todos iguales. De ahí también que sea absurdo acusar a los capitalistas de uno u otro país. Son culpables únicamente de haber establecido semejante sistema. Pero así se hace de acuerdo con todas las leyes, protegidas por todas las fuerzas del Estado civilizado. «Tengo pleno derecho a comprar acciones. Todos los tribunales, toda la policía, todo el ejército permanente y todas las flotas del mundo protegen este sacrosanto derecho mío a adquirir acciones». Si se fundan bancos que manejan centenares de millones de rublos, si estos bancos han tendido las redes de la expoliación bancaria en el mundo entero y han chocado en una batalla a muerte, ¿quién es el culpable? ¿Vete a buscarle! El culpable es el desarrollo del capitalismo durante medio siglo, y no hay más salida que el derrocamiento de la dominación de los capitalistas y la revolución obrera. Esta es la respuesta a que ha llegado nuestro partido después de analizar la guerra, esta es la razón de que digamos: la sencillísima cuestión de las anexiones está tan embrollada, los representantes de los partidos burgueses han mentido tanto que pueden presentar las cosas como si Curlandia no fuese una anexión de Rusia. Curlandia y Polonia fueron repartidas conjuntamente por esos tres bandidos coronados. Se las repartieron a lo largo de cien años, arrancaron pedazos de carne viva y el bandido ruso sacó mayor tajada porque entonces era más fuerte. Y cuando la joven fiera que participó entonces en el reparto se transforma en una potencia capitalista fuerte, en Alemania, dice: ¡Repartamos de nuevo! ¿Quieren conservar lo viejo? ¿Piensan que son más fuertes? ¡Midamos nuestras fuerzas!

A eso se reduce esta guerra. Está claro que ese llamamiento —«¡midamos nuestras fuerzas!»— es únicamente la expresión de la decenal política de saqueo, de la política de los grandes bancos. De ahí que nadie pueda decir como nosotros la verdad de las anexiones, la verdad sencilla y comprensible para cada obrero y cada campesino. De ahí que la cuestión de los tratados, tan sencilla, sea embrollada con tanta desvergüenza por toda la prensa. Decís que tenemos un gobierno revolucionario, que han entrado en ese

gobierno revolucionario ministros casi socialistas, populistas y mencheviques. Pero cuando hablan de la paz sin anexiones, mas a condición de no puntualizar qué es la paz sin anexiones (y esto significa: arrebata las anexiones alemanas, pero conserva las propias), nosotros decimos: ¿qué valor pueden tener su ministerio «revolucionario», sus declaraciones, sus manifestaciones de que no quieren una guerra de conquista si, al mismo tiempo, se invita al ejército a pasar a la ofensiva? ¿No saben, acaso, que tienen unos tratados, que los concluyó Nicolás el Sanguinario de la manera más bandidesca? ¿Es que no saben eso? Se puede perdonar que no sepan eso los obreros, los campesinos, los cuales no han saqueado ni han leído libros sabios; pero cuando lo predicán demócratas-constitucionalistas instruidos, saben lo que contienen dichos tratados. Estos tratados son «secretos»; sin embargo, la prensa diplomática de todos los países dice de ellos: «Tú recibirás los Estrechos; tú, Armenia; tú, Galitzia; tú, Alsacia y Lorena; tú, Trieste, y nosotros nos repartiremos definitivamente Persia». Y el capitalista alemán dice: «Pues yo me apoderaré de Egipto, yo estrangularé a los pueblos europeos, si no me devuelven mis colonias, y con intereses». Las acciones son inconcebibles sin intereses. Esta es la razón de que el problema de los tratados, tan sencillo y tan claro, haya originado la gran cantidad de mentiras escandalosas, inauditas e insolentes que lanzan a raudales todos los periódicos capitalistas.

Tomen el número de hoy de *Dien*⁶. Vodovózov, al que no puede acusarse en absoluto de bolchevismo, pero que es un demócrata honrado, declara allí: soy enemigo de los tratados secretos, permítaseme hablar del tratado con Rumania. Existe un tratado secreto con Rumania, y ese tratado consiste en que Rumania recibirá toda una serie de pueblos ajenos si pelea al lado de los aliados. Así son también todos los tratados de los demás aliados. Sin un tratado no se lanzarían a estrangular a todos. Para conocer el contenido de dichos tratados no hace falta rebuscar en las revistas especializadas.

⁶ *El Día*: se publicó en Petrogrado a partir de 1912. Pasó a manos de los mencheviques a partir de la Revolución de Febrero. Fue clausurado por el Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado el 26 de octubre (8 de noviembre) de 1917.

Basta recordar los hechos fundamentales de la historia económica y diplomática. Porque es sabido que Austria se orientó durante decenios hacia los Balcanes para estrangular allí... Y si han chocado en la guerra es porque no podían dejar de chocar. Y esa es la razón de que los ministros, el antiguo, Miliukov, y el actual, Teréschenko (uno en el gobierno sin ministros socialistas y otro con varios ministros casi socialistas), en respuesta a todos los llamamientos de las masas populares, cada día más insistentes, de que se publiquen los tratados secretos, declaren: la publicación de los tratados significaría el rompimiento con los aliados.

Sí, no se pueden publicar los tratados porque todos forman parte de una misma pandilla de bandoleros. Estamos de acuerdo con Miliukov y Teréschenko en que es imposible publicar los tratados. De ahí se pueden deducir dos conclusiones distintas. Si estamos de acuerdo con Miliukov y Teréschenko en que es imposible publicar los tratados, ¿qué se deduce de ello? Si es imposible publicar los tratados, hay que ayudar a los ministros capitalistas a continuar la guerra. La otra deducción es la siguiente: como es imposible que los propios capitalistas publiquen los tratados, hay que derribar a los capitalistas. Les propongo que decidan ustedes mismos cuál de las dos deducciones consideran más acertada, pero los invito a que reflexionen sin falta sobre las consecuencias. De razonar como lo hacen los ministros populistas y mencheviques resultará lo siguiente: puesto que el gobierno dice que es imposible publicar los tratados, hay que lanzar un nuevo manifiesto. El papel no es todavía tan caro que no se puedan escribir nuevos manifiestos. Escribiremos un nuevo manifiesto y llevaremos a cabo la ofensiva. ¿Para qué? ¿Con qué fines? ¿Quién va a disponer de esos fines? Se exhorta a los soldados a aplicar los expoliadores tratados con Rumania y Francia. Envíen este artículo de Vodovóзов al frente y láméntense después: todo eso son cosas de los bolcheviques, son, sin duda, los bolcheviques quienes han inventado ese tratado con Rumania. Pero entonces no habrá solamente que hacer la vida imposible a *Pravda*, habrá que desterrar incluso a Vodovóзов por haber estudiado la historia, habrá que quemar todos los libros de Miliukov, inauditamente peligrosos. Prueben a abrir cualquier libro del jefe del partido de la «libertad

popular»⁷ y exministro de Negocios Extranjeros. Son buenos libros. ¿De qué hablan? De que Rusia tiene «derecho» a los Estrechos, a Armenia, Galitzia y Prusia Oriental. Lo ha repartido todo, incluso ha adjuntado un mapa. No solo habrá que mandar a Siberia a los bolcheviques y a Vodovózov por escribir tales artículos revolucionarios; también habrá que quemar los libros de Miliukov, porque si se reúnen ahora unas citas de estos libritos y se envían al frente, no se encontrará ni una sola proclama incendiaria que produzca un efecto tan incendiario.

Me resta, de acuerdo con el breve plan que me he trazado para la charla de hoy, tocar la cuestión del «defensismo revolucionario». Creo que, después de cuanto he tenido el honor de informaros, podré ser corto al hablar de esta cuestión.

Se denomina «defensismo revolucionario» al encubrimiento de la guerra invocando que hemos hecho la revolución, que somos un pueblo revolucionario, una democracia revolucionaria. Pero ¿qué responderemos a eso? ¿Qué revolución hemos hecho? Hemos derrocado a Nicolás. La revolución no ha sido muy difícil si se la compara con una revolución que hubiese derrocado a toda la clase de los terratenientes y capitalistas. ¿Quién ha subido al poder después de nuestra revolución? Los terratenientes y los capitalistas, los mismos que se encuentran en el poder en Europa desde hace mucho tiempo. Allí hubo revoluciones como esta hace cien años, allí se encuentran en el poder desde hace mucho los Teréschenko, los Miliukov y los Konoválov y es lo de menos si pagan o no la lista civil⁸ a sus réglulos o se pasan sin este renglón de lujo. Lo mismo en la república que en la monarquía, un banco sigue siendo un banco, y si se invierten centenares de capitales en concesiones, las ganancias siguen siendo ganancias. Si algún país salvaje se atreve a desobedecer a nuestro capital civilizado, que organiza bancos tan magníficos en las colonias, en África y en Persia; si algún pueblo salvaje desobedece a nuestro banco civilizado, enviamos tropas que

⁷ Lenin se refiere a los demócratas constitucionalistas [N. del E.].

⁸ En las monarquías constitucionales se denomina Lista Civil a la parte del presupuesto destinada a los gastos del monarca y el mantenimiento de la corte [N. del E.].

implanten la cultura, el orden y la civilización, como lo hizo Liájov en Persia, como lo hicieron las tropas «republicanas» francesas, que exterminaron con igual ferocidad a los pueblos de África. ¿No es igual, acaso? Es el mismo «defensismo revolucionario», solo que manifestado por las grandes masas populares inconscientes, que no ven los vínculos de la guerra con el gobierno, que ignoran que esta política ha sido refrendada por los tratados. Los tratados siguen existiendo, los bancos siguen existiendo, las concesiones siguen existiendo. En Rusia se encuentran en el gobierno los mejores hombres de su clase, pero ello no ha hecho cambiar absolutamente en nada el carácter de la guerra mundial. El nuevo «defensismo revolucionario» no significa otra cosa que encubrir, con el gran concepto de revolución, la guerra sucia y sangrienta por culpa de sucios y repugnantes tratados.

La revolución rusa no ha modificado el carácter de la guerra, pero ha creado organizaciones que no hay ni ha habido en ningún país en la mayoría de las revoluciones de Occidente. La mayoría de las revoluciones se limitaron a que saliera de ellas un nuevo gobierno semejante al de nuestros Teréschenko y Konoválov, mientras que el país permanecía en la pasividad y la desorganización. La revolución rusa ha ido más lejos. En este hecho se encuentra el germen de que pueda vencer a la guerra. Este hecho consiste en que, además del gobierno de ministros «casi socialistas», del gobierno de la guerra imperialista, del gobierno de la ofensiva, del gobierno ligado al capital anglo-francés; en que, además de eso e independientemente de eso, tenemos en toda Rusia una red de Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos. He ahí la revolución que no ha dicho todavía su última palabra. He ahí la revolución que no ha habido, en condiciones semejantes, en Europa Occidental. He ahí las organizaciones de las clases que no necesitan efectivamente las anexiones, que no han depositado millones en los bancos y que, sin duda, no están interesadas en si se han repartido equitativamente Persia el coronel ruso Liájov y el embajador liberal inglés. En eso está la garantía de que esta revolución puede ir más lejos. La garantía está en que las clases no interesadas de verdad en las anexiones han sabido crear organizaciones en las que se hallan representadas las masas de las clases oprimidas; han sabido

crearlas, a pesar de toda su excesiva confianza en el gobierno de los capitalistas, a pesar de ese terrible embrollo, de ese terrible fraude que implica el concepto mismo de «defensismo revolucionario», a pesar de que apoyan el empréstito, de que apoyan al gobierno de la guerra imperialista. Esas organizaciones son los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, que en numerosas localidades de Rusia han ido mucho más lejos en su labor que en Petrogrado. Y es completamente natural, porque en Petrogrado tenemos el órgano central de los capitalistas.

Y cuando Skóbelev dijo ayer en su discurso: Nos apoderaremos de todos los beneficios, tomaremos el 100%, exageró, exageró al estilo ministerial. Si leen el periódico *Riech* de hoy, verán cómo fue acogido este pasaje del discurso de Skóbelev. Allí se dice: «¡Pero eso es el hambre, es la muerte, el 100% significa todo!» El ministro Skóbelev va más lejos que el bolchevique más extremista. Es una calumnia decir que los bolcheviques somos los más izquierdistas. El ministro Skóbelev es mucho más «izquierdista». A mí se me insultó con las palabras más soeces, diciendo que había propuesto poco menos que desnudar a los capitalistas. Por lo menos, Shulguín dijo: «¡Que nos desnuden!». Imaginen a un bolchevique que se acerca al ciudadano Shulguín y empieza a desnudarlo. Podría haber acusado de eso con mayor éxito al ministro Skóbelev. Nosotros jamás hemos ido tan lejos. Jamás hemos propuesto tomar el 100% de los beneficios. De todos modos, esta promesa es valiosa. Si toman la resolución de nuestro partido, verán que en ella proponemos, en forma más argumentada, lo mismo que propuse yo. Debe establecerse el control sobre los bancos y, después, un justo impuesto de utilidades. ¡Y nada más! Skóbelev propone tomar cien kopeks de cada rublo. No hemos propuesto ni proponemos nada semejante. Y el propio Skóbelev ha exagerado, simplemente. No se propone en serio hacer eso. Y si se lo propone, no podrá hacerlo, por la sencilla razón de que prometer eso después de haberse hecho amigo de Teréschenko y Konoválov resultará un poco ridículo. Se puede tomar de los millonarios el ochenta o el noventa por ciento de las ganancias, pero no yendo del brazo de tales ministros. Si el poder lo tuvieran los Soviets de Diputados Obreros

y Soldados, lo tomarían, efectivamente; mas, aun así, no todo: no lo necesitan. Tomarían una gran parte de las ganancias. Ningún otro poder público puede hacerlo. Y en cuanto al ministro Skóbelev, él puede tener lo mejores deseos. Conozco desde hace varios decenios esos partidos, llevo ya treinta años en el movimiento revolucionario. Por eso, lo que menos se me ocurre es dudar de sus buenas intenciones. Mas no se trata de eso, no se trata de sus buenas intenciones. El infierno está empedrado de buenas intenciones. Y todas las oficinas están llenas de papeles firmados por los ciudadanos ministros, sin que por ello hayan cambiado las cosas. ¡Empiecen, si quieren implantar el control, empiecen! Nuestro programa es tal que, al leer el discurso de Skóbelev, podemos decir: no exigimos nada más. Somos mucho más moderados que el ministro Skóbelev. Él propone el control y el 100%. Nosotros no queremos tomar el 100% y decimos: «Hasta que no empiecen a hacer algo no les creemos». En eso consiste la diferencia entre ellos y nosotros: en que nosotros no creemos en las palabras ni en las promesas y no aconsejamos a los demás que crean. La experiencia de las repúblicas parlamentarias nos enseña que no se pueden creer las declaraciones de papel. Si quieren el control, hay que empezarlo. Es suficiente un solo día para promulgar la ley que establezca ese control. El Soviet de empleados de cada banco, el Soviet de obreros de cada fábrica y cada partido tendrán derecho de control. ¡Eso es imposible, se nos dirá, eso es secreto comercial, es la sacrosanta propiedad privada! Bien, como quieran, elijan una de las dos cosas. Si quieren proteger todos esos libros, cuentas y operaciones de los *trusts*, no hay por qué charlatanear del control, no hay por qué decir que el país perece.

La situación en Alemania es todavía peor. En Rusia se puede conseguir pan, en Alemania es imposible. En Rusia se pueden hacer muchas cosas con organización. En Alemania no se puede hacer ya nada. No hay ya pan y el perecimiento de todo el pueblo es inevitable. Ahora se escribe que Rusia está a punto de perecer. Si esto es así, proteger la «sacrosanta» propiedad privada constituye un crimen. Y por ello, ¿qué significan las palabras sobre el control? ¿Se han olvidado, acaso, que también Nicolás Románov escribió mucho acerca del control? En sus documentos encontrarán mil veces las

palabras control estatal, control social y nombramiento de senadores. Los industriales han saqueado toda Rusia en los dos meses transcurridos después de la revolución. El capital ha amasado centenares de porcentajes de beneficio, cada balance lo prueba. Y cuando los obreros, en dos meses de revolución, han tenido la «insolencia» de decir qué quieren y vivir como personas, toda la prensa capitalista del país ha empezado a aullar. Cada número de *Reich* es un aullido salvaje proclamando que los obreros saquean el país, en tanto que nosotros prometemos únicamente el control contra los capitalistas. ¿No se puede prometer menos y hacer más? Si lo que quieren es un control burocrático, un control a través de organismos como los de antes, nuestro partido expresa su profundo convencimiento de que no se les puede apoyar en esta empresa, aunque allá, en el gobierno, hubiera una docena de ministros populistas y mencheviques en vez de media docena. El control puede efectuarlo únicamente el pueblo mismo. Ustedes deben organizar el control —Soviets de empleados de la banca, Soviets de ingenieros, Soviets de obreros— y empezarlo mañana mismo. Hay que exigir responsabilidades a cada funcionario, bajo amenaza de sanciones penales, en el caso de que facilite datos falsos a cualquiera de estos organismos. Está en juego la vida del país. Queremos saber cuánto trigo hay, cuántas materias primas y cuánta mano de obra existe y cómo emplearlos.

Paso a la última cuestión: cómo poner fin a la guerra. Se nos atribuye el absurdo de querer una paz por separado. Los bandidos capitalistas alemanes dan pasos hacia la paz, diciendo: te daré un pedacito de Turquía y Armenia si tú me das tierras metalíferas. ¡De eso hablan los diplomáticos en cada ciudad neutral! Eso lo sabe todo el mundo, aunque se encubran con frases diplomáticas convencionales. Para eso son diplomáticos: para hablar en un lenguaje diplomático. ¡Qué insensatez decir que somos partidarios de poner fin a la guerra con una paz por separado! Terminar mediante la renuncia a las hostilidades por una de las partes beligerantes una guerra que hacen los capitalistas de todas las potencias más ricas, una guerra engendrada por la historia decenal del desarrollo económico, es tan estúpido que nos parece ridículo incluso refutarlo. Y si hemos escrito especialmente una resolución para refutarlo es

porque tenemos en cuenta a las grandes masas, a las que se lanzan calumnias contra nosotros. Pero de esto ni siquiera cabe hablar en serio. Es imposible poner fin a la guerra que hacen los capitalistas de todos los países sin llevar a cabo la revolución obrera contra esos capitalistas. Mientras el control no pase del terreno de las frases al terreno de los hechos, mientras el gobierno de los capitalistas no sea sustituido con el gobierno del proletariado revolucionario, el gobierno estará condenado a decir únicamente: pereceremos, pereceremos, pereceremos. En la «libre» Inglaterra se encierra ahora a los socialistas porque dicen lo mismo que yo. En Alemania está en la cárcel Liebknecht, que ha dicho lo mismo que digo yo; en Austria está encarcelado Friedrich Adler (quizá lo hayan ejecutado ya), que ha dicho lo mismo por medio de un revólver. Las masas obreras de todos los países simpatizan con esos socialistas, y no con los que han desertado al campo de sus capitalistas. La revolución obrera crece en el mundo entero. Naturalmente, en otros países le es más difícil. Allí no hay medio locos como Nicolás y Rasputin. Allí están al frente de la administración pública los mejores hombres de su clase. Allí no existen condiciones para una revolución contra la autocracia, allí existe ya el gobierno de la clase capitalista. Y son los representantes de más talento de esta clase los que gobiernan allí desde hace mucho. De allí que la revolución, aunque no haya llegado todavía, sea allí inevitable por muchos revolucionarios que caigan, aunque caiga Friedrich Adler, aunque caiga Karl Liebknecht. El futuro les pertenece y los obreros de todos los países les apoyan. Y los obreros de todos los países deben triunfar.

En cuanto a la entrada de Norteamérica en la guerra, he de deciros lo siguiente. Se invoca el hecho de que en Norteamérica hay democracia, de que allí existe la Casa Blanca. Yo digo: la esclavitud fue abolida hace medio siglo. La guerra contra la esclavitud finalizó en 1865. Pero desde entonces han aparecido allí los multimillonarios, que tienen en su puño financiero a toda Norteamérica, preparan la estrangulación de México y llegarán a una guerra inevitable con Japón por el reparto del Océano Pacífico. Esta guerra se está gestando desde hace ya varios decenios. Todas las publicaciones hablan de ella. Y el objetivo real de la entrada de Norteamérica en la guerra

es prepararse para la futura guerra con Japón. El pueblo norteamericano, no obstante, goza de una libertad considerable, y es difícil suponer que soporte el servicio militar obligatorio, la creación de un ejército para determinados fines de conquista, para la lucha con Japón, por ejemplo. Los norteamericanos ven en el ejemplo de Europa a dónde conduce eso. Y los capitalistas norteamericanos han necesitado intervenir en esta guerra para contar con un pretexto que les permita crear un fuerte ejército regular, ocultándose tras los altos ideales de la lucha por los derechos de las pequeñas naciones.

Los campesinos se niegan a entregar trigo a cambio de dinero y exigen aperos, calzado y ropa. Esta decisión encierra una parte inmensa de verdad extraordinariamente profunda. En efecto, el país ha llegado a una ruina tal que en Rusia se observa, aunque en menor grado, lo que ocurre hace ya mucho en otros países: el dinero ha perdido su poder. La marcha de los acontecimientos socava hasta tal extremo la dominación del capitalismo que los campesinos, por ejemplo, se niegan a aceptar el dinero. Dicen: «¿Para qué lo queremos?». Y tienen razón. La dominación del capitalismo no se ve socavada porque alguien quiera conquistar el poder. La «conquista» del poder sería un disparate. Sería imposible acabar con la dominación del capitalismo si no condujese a ello todo el desarrollo económico de los países capitalistas. La guerra ha acelerado este proceso, y eso ha hecho imposible el capitalismo. No habría fuerza capaz de destruir el capitalismo si no lo socavara y horadara la historia.

He aquí un ejemplo patentísimo. Ese campesino expresa lo que observan todos: el poder del dinero ha sido minado. La única salida de esta situación es que los Soviets de Diputados Obreros y Campesinos acuerden dar aperos, calzado y ropa a cambio de trigo. Hacia eso marchan las cosas, esa es la respuesta que sugiere la vida. Sin eso, decenas de millones de personas deberán seguir hambrientas, descalzas y desnudas. Decenas de millones de personas se hallan a punto de perecer y en esa situación no cabe proteger los intereses de los capitalistas. La única salida está en el paso de todo el poder a los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, que representan a la mayoría de la población. Es posible que al proceder así se cometan errores. Nadie asegura que se pueda realizar de

golpe una obra tan difícil. Nosotros no afirmamos nada semejante. Se nos dice: queremos que el poder se encuentre en manos de los Soviets, pero éstos no quieren. Nosotros decimos que la experiencia de la vida les sugerirá, y lo verá todo el pueblo, que no hay otra salida. No queremos «conquistar» el poder, pues la experiencia de todas las revoluciones enseña que solo es firme el poder que se apoya en la mayoría de la población. Por eso, la «conquista» del poder sería una aventura, y nuestro partido no se lanzaría a ella. Si llega a existir un gobierno de la mayoría, quizá aplique una política que resulte equivocada en los primeros momentos, pero no hay otra salida. Entonces se producirá un cambio pacífico de la orientación de la política dentro de esas mismas organizaciones. No se pueden inventar otras organizaciones. Por eso decimos que es imposible imaginarse otra solución del problema.

¿Cómo poner fin a la guerra? ¿Qué haríamos si el Soviet de Diputados Obreros y Soldados asumiera el poder y los alemanes continuasen la guerra? Quienes se interesan por los puntos de vista de nuestro partido habrán podido leer días atrás en nuestro periódico *Pravda* una cita exacta de lo que decíamos, todavía en el extranjero, en 1915: si la clase revolucionaria de Rusia, la clase obrera, sube al poder, deberá proponer la paz. Y si los capitalistas de Alemania o de cualquier otro país, el que sea, responden con una negativa a nuestras condiciones, toda la clase obrera será partidaria de la guerra. No proponemos acabar la guerra de golpe. No lo prometemos. No propugnamos algo tan imposible e irrealizable como la terminación de la guerra por voluntad de una de las partes. Esas promesas son fáciles de hacer, pero imposibles de cumplir. No se puede salir fácilmente de esta guerra horrible. Se combate hace ya tres años. Combatirán diez años, o irán a una revolución difícil y dura. No hay otra salida. Nosotros decimos: la guerra empezada por los gobiernos de los capitalistas solo puede terminarla la revolución obrera. Quien se interese por el movimiento socialista que lea el Manifiesto de Basilea de 1912⁹, aprobado unánimemente por todos

⁹ Durante los días 24 y 25 de noviembre de 1912 se llevó a cabo en Basilea una reunión extraordinaria de la II Internacional. En esa actividad se denunciaron los objetivos de la guerra imperialista que se estaba gestando,

los partidos socialistas del mundo; el manifiesto que publicamos en nuestro *Pravda* y que hoy es imposible publicar en ningún país beligerante, ni en la Inglaterra «libre» ni en la Francia republicana, porque en él se decía la verdad acerca de la guerra antes incluso de que esta empezara. En él se decía: «será una guerra entre Inglaterra y Alemania debida a la rivalidad entre los capitalistas. En él se decía: «se irá acumulando tanta pólvora que las armas dispararán solas». En el manifiesto se explicaba por qué habría guerra y que esta habría de conducir a la revolución proletaria. Por eso decimos a los socialistas firmantes de este manifiesto que se han puesto al lado de sus gobiernos capitalistas: han traicionado el socialismo. Los socialistas se han dividido en todo el mundo. Unos están en los ministerios; otros, en las cárceles. En el mundo entero, una parte de los socialistas propugna la preparación de la guerra; otra, como Eugenio Debs, el Bebel norteamericano, que goza de un respeto inmenso entre los obreros norteamericanos, dice: «Aunque me fusilen no daré ni un solo centavo para esta guerra. Estoy dispuesto a combatir únicamente a favor de la guerra del proletariado contra los capitalistas del mundo entero». Así se han dividido los socialistas en todo el orbe. Los socialpatriotas de todo el mundo creen que defienden la patria. Se equivocan: defienden los intereses de un puñado de capitalistas contra otro. Nosotros preconizamos la revolución proletaria, la única causa justa por la que decenas de hombres han subido al cadalso y centenas y miles se encuentran en las cárceles. Estos socialistas encarcelados son la minoría, pero les apoya la clase obrera, les apoya el desarrollo económico. Todo eso nos prueba que no hay otra salida. Esta guerra solo puede terminarse por medio de la revolución obrera en varios países. Pero, entre tanto, debemos preparar esa revolución, apoyarla. Mientras era el zar quien hacía la guerra, el pueblo ruso, a pesar de todo su odio a la guerra y de toda su voluntad de conseguir la paz, solo

pidiendo a los obreros de todos los países que lucharan por la paz. En el manifiesto se extendía el llamado a «oponer al imperialismo capitalista la fuerza de la solidaridad internacional del proletariado» y a que, si la guerra estallaba, se aprovechara la ocasión para agudizar las contradicciones en pro de la revolución socialista [N. del E.].

pudo luchar contra la guerra preparando la revolución contra el zar y su derrocamiento. Y así fue. La historia se los confirmó ayer y se los confirmará mañana. Hace ya mucho que dijimos: hay que ayudar a la creciente revolución rusa. Lo dijimos a fines de 1914. Por decirlo, nuestros diputados a la Duma fueron desterrados a Siberia. Pero se nos decía: «No dan una respuesta. ¡Hablan de la revolución cuando han cesado las huelgas, cuando los diputados están en presidio, cuando no se publica ni un solo periódico!». Y se nos acusaba de que rehuíamos la respuesta. Oímos esas acusaciones, camaradas, durante muchos años. Y respondíamos: «Pueden indignarse, pero mientras el zar no sea derrocado, no se podrá hacer nada contra la guerra». Y nuestra predicción se ha confirmado. No se ha cumplido plenamente todavía, pero ha empezado ya a cumplirse. La revolución comienza a cambiar el carácter de la guerra por parte de Rusia. Los capitalistas prosiguen aún la guerra, y nosotros decimos: la guerra no podrá cesar hasta que no llegue la revolución obrera en varios países, pues siguen en el poder hombres que quieren esta guerra. Se nos dice: «Todo parece dormido en una serie de países. En Alemania, todos los socialistas están unánimemente a favor de la guerra; Liebknecht es el único que está en contra». Yo respondo: este Liebknecht, único, representa a la clase obrera, solo en él, en sus partidarios, en el proletariado alemán está la esperanza de todos. ¿No lo creen? ¡Continuad la guerra! No hay otro camino. ¡Si no creen en Liebknecht, si no creen en la revolución de los obreros, en la revolución que está madurando; si no creen en eso, crean a los capitalistas!

En esta guerra no triunfará nadie, excepto la revolución obrera en varios países. La guerra no es un juguete, la guerra es una cosa inaudita, cuesta millones de víctimas y no es tan fácil terminarla.

Los soldados que están en el frente no pueden separar el frente y el Estado y buscar una salida a su manera. Los soldados que están en el frente son una parte del país. Mientras el Estado guerree, sufrirá también el frente. No hay nada que hacer. La guerra ha sido provocada por las clases dominantes y la terminará únicamente la revolución de la clase obrera. De cómo se desarrolle la revolución depende el que reciban pronto la paz. Por sensibles que sean las cosas que se afirmen, por mucho que les digan: «Pongamos fin

a la guerra inmediatamente», ese fin es imposible sin el desarrollo de la revolución. Cuando el poder pase a lo Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, los capitalistas se manifestarán en contra de nosotros: el Japón, en contra; Francia, en contra; Inglaterra, en contra; se manifestarán en contra los gobiernos de todos los países. Los capitalistas estarán en contra de nosotros; los obreros, a nuestro favor. Y entonces llegará el fin de la guerra que empezaron los capitalistas. Tal es la respuesta a la pregunta de cómo poner fin a la guerra.

¿HA DESAPARECIDO LA DUALIDAD DE PODERES?¹

No. La dualidad de poderes continúa. El problema cardinal de toda revolución, el problema del poder en el Estado, sigue en una situación indefinida, inestable y de manifiesta transición.

Comparen los periódicos ministeriales, por ejemplo, *Riech*, de una parte, e *Izvestia*, *Delo Naroda* y *Rabóchaya Gazeta*, de otra. Examinen los comunicados oficiales, pobres, por desgracia demasiado pobres, acerca de lo que se hace en las reuniones del Gobierno provisional y de cómo «aplaza» éste la discusión de los problemas más esenciales, impotente para tomar un rumbo determinado. Leed con atención la resolución aprobada el 16 de mayo por el Comité Ejecutivo del Soviet de Diputados Obreros y Soldados sobre el problema más esencial, más importante —medidas para combatir la ruina y la inminente catástrofe que amenaza— y se convencerán de la más completa intangibilidad de la dualidad de poderes.

Todos reconocen que el país se acerca con enorme rapidez a la catástrofe, pero se desentienden del problema con evasivas.

¿No es una evasiva que una resolución sobre el problema de la catástrofe, adoptada en un momento como el que vivimos, se limite a acumular comisiones sobre comisiones, departamentos sobre departamentos y subdepartamentos sobre subdepartamentos? ¿No es una evasiva que ese mismo Comité Ejecutivo apruebe una resolución, en la que solo hay buenos deseos, sobre el escandaloso e inaudito asunto de los industriales hulleros del Donets, convictos de desorganización consciente de la producción? Fijar los precios, regular las ganancias, establecer el salario mínimo, emprender la creación de *trusts* controlados por el Estado... ¿a través de quién? ¿Cómo?

¹ Publicado en *Pravda* número 62 del 20 de mayo (2 de junio).

¡«A través de las instituciones centrales y locales de la cuenca del Donets-Krivói Rog. Estas instituciones deben tener un carácter democrático y estar compuestas de representantes de los obreros, de los patronos, del gobierno y de las organizaciones revolucionarias democráticas»!

Sería cómico si no fuese trágico.

Porque se sabe a ciencia cierta que semejantes instituciones «democráticas», tanto en las localidades como en Petrogrado (el propio Comité Ejecutivo del Soviet de Diputados Obreros y Soldados), han existido y existen, pero son incapaces de hacer absolutamente nada. Desde fines de marzo —¡de marzo!— se vienen celebrando reuniones de los obreros y los industriales del Donets. Ha transcurrido más de mes y medio. ¡El resultado es que los obreros del Donets se ven obligados a reconocer que los industriales desorganizan conscientemente la producción!

¡Y de nuevo se obsequia al pueblo con promesas, comisiones, reuniones de representantes de los obreros y los industriales (¿paritarias quizá?), empezando una y otra vez el cuento de nunca acabar!

La raíz del mal está en la dualidad de poderes. La raíz del error de los populistas y mencheviques está en que no comprenden la lucha de clases, la cual quieren sustituir, ocultar o conciliar por medio de frases, promesas, evasivas y comisiones «con participación» de representantes... ¡de ese mismo gobierno basado en la dualidad de poderes!

Los capitalistas se han enriquecido escandalosamente, de manera inaudita, durante la guerra. Cuentan con la mayoría en el gobierno. Quieren el poder omnímodo; desde el punto de vista de su situación de clase, tienen forzosamente que tratar de conseguirlo y defenderlo.

Las masas obreras, que constituyen la mayoría gigantesca de la población, que tienen los Soviets en sus manos, que sienten su fuerza como mayoría, que ven por doquier promesas de «democratización» de la vida, que saben que la democracia es la dominación de la mayoría sobre la minoría (*y no al revés*, como quieren los capitalistas), que tratan de mejorar sus condiciones de vida solo desde el comienzo de la revolución —y no en todas partes— y no desde el comienzo de

la guerra; las masas obreras no pueden dejar de aspirar al poder omnímodo del pueblo, es decir, de la mayoría de la población, o sea, a la solución de los problemas por la mayoría obrera contra la minoría capitalista, y no mediante un «acuerdo» de la mayoría con la minoría.

La dualidad de poderes continúa. El gobierno de los capitalistas sigue siendo el gobierno de los capitalistas, a pesar de su apéndice de populistas y mencheviques en forma de minoría. Los Soviets siguen siendo la organización de la mayoría. Los líderes populistas y mencheviques se agitan impotentes, deseando nadar entre dos aguas.

Pero la crisis aumenta. Se ha llegado al extremo de que los capitalistas de la industria hullera cometan *crímenes* increíblemente descarados, de que *desorganicen* y *paren* la producción. Crece el desempleo. Se habla de *lock-outs*. En realidad, los *lock-outs* *empiezan* precisamente bajo la forma de desorganización de la producción por los capitalistas (¡pues el carbón es el *pan de la industria!*), precisamente bajo la forma de creciente paro forzoso.

Toda la responsabilidad por esta crisis y por la catástrofe que se avecina recae sobre los líderes populistas y mencheviques. Porque precisamente ellos son en la actualidad los líderes de los Soviets, es decir, de la mayoría. Es ineluctable que la minoría (los capitalistas) no desee someterse a la mayoría. Quien no haya olvidado lo que enseñan la ciencia y la experiencia de todos los países, quien no haya olvidado la lucha de clases, no esperará crédulamente un «acuerdo» con los capitalistas en un problema tan cardinal, tan candente.

La mayoría de la población, es decir, los Soviets, léase los obreros y los campesinos, tendría la plena posibilidad de salvar la situación, de impedir que los capitalistas desorganicen y paralicen la producción y de ponerla inmediatamente, de verdad, bajo *su propio* control, si no se aplicara la política «conciliadora» de los líderes populistas y mencheviques. Sobre estos últimos recae la plena responsabilidad por la crisis y por la catástrofe.

Pero *no hay* otra salida que la decisión de la mayoría de obreros y campesinos contra la minoría de capitalistas. Ninguna dilación ayudará: no hará más que agravar la enfermedad.

Desde el punto de vista del marxismo, la «política de conciliación» de los líderes populistas y mencheviques es una manifestación de las vacilaciones de la pequeña burguesía, que teme confiar en los obreros, que teme romper con los capitalistas. Estas vacilaciones son inevitables, de la misma manera que es inevitable nuestra lucha, la lucha del partido proletario, por vencer las vacilaciones, por explicar al pueblo la necesidad de restablecer, organizar y aumentar la producción contra los capitalistas.

No hay otra salida. O retroceder hacia el poder omnímodo de los capitalistas, o avanzar hacia la democracia de verdad, hacia la decisión por la mayoría. La actual dualidad de poderes no puede durar mucho tiempo.

DESPLAZAMIENTO DE CLASES¹

Toda revolución, si es una verdadera revolución, implica un desplazamiento de clases. Y por eso, el modo mejor de esclarecer la conciencia de las masas —y de luchar para impedir que sean engañadas en nombre de la revolución— consiste en analizar qué desplazamiento de clases se ha producido y se está produciendo en la presente revolución.

De 1904 a 1916 se perfiló con singular relieve la correlación de clases en Rusia en los últimos años del zarismo. Un puñado de terratenientes partidarios de la servidumbre, encabezado por Nicolás I, ocupaba el poder en estrecha alianza con los magnates del capital financiero, que obtenían ganancias inauditas en Europa y en provecho de los cuales se firmaron los expoliadores tratados de política exterior.

La burguesía liberal, encabezada por los demócrata constitucionalistas, estaba en la oposición. Temiendo al pueblo más que a la reacción, se acercaba al poder mediante la conciliación con la monarquía.

El pueblo, es decir, los obreros y los campesinos, cuyos líderes se veían obligados a luchar en la clandestinidad, era revolucionario y constituía la «democracia revolucionaria», proletaria y pequeñoburguesa.

La revolución del 27 de febrero de 1917 barrió la monarquía y llevó al poder a la burguesía liberal. Esta última, de completo acuerdo con los imperialistas anglo-franceses, quería un pequeño golpe de Estado palaciego. No deseaba en modo alguno ir más allá de una monarquía constitucional estamental. Y cuando la revolución

¹ Publicado en *Pravda* número 92 el 27 de junio (10 de julio) de 1917.

fue de verdad más allá, cuando suprimió por completo la monarquía y creó los Soviets (de diputados obreros, soldados y campesinos), la burguesía liberal se hizo enteramente contrarrevolucionaria.

Hoy, cuatro meses después de la revolución, es tan claro como la luz del día el carácter contrarrevolucionario de los demócratas constitucionalistas, el partido principal de la burguesía liberal. Todos lo ven. Todos tienen que reconocerlo. Pero no todos, ni mucho menos, están dispuestos a mirar cara a cara esta verdad y reflexionar sobre su significado.

Rusia es hoy una república democrática gobernada por un *acuerdo voluntario* de *partidos políticos*, que hacen libremente agitación entre el pueblo. Los cuatro meses transcurridos desde el 27 de febrero han agrupado y dado forma a *todos* los partidos más o menos importantes, los han dado a conocer en las elecciones (a los Soviets y a las instituciones locales) y han puesto de manifiesto sus vínculos con las distintas clases.

En Rusia se encuentra hoy en el poder la burguesía contrarrevolucionaria, con relación a la cual la democracia pequeñoburguesa —exactamente, los partidos eserista y menchevique— desempeña el papel de «oposición de Su Majestad»². La esencia de la política de estos partidos consiste *en la conciliación* con la burguesía contrarrevolucionaria. La democracia pequeñoburguesa va subiendo al poder, llenando primero las instituciones locales (de la misma manera que los liberales, bajo el zarismo, conquistaron primeramente los *zemstvos*). Esta democracia pequeñoburguesa quiere *compartir el poder* con la burguesía, pero no derrocarla, exactamente igual que los demócratas constitucionalistas querían compartir el poder con la monarquía, pero no derrocarla. Y la conciliación de la democracia pequeñoburguesa (eseristas y mencheviques) con los demócratas constitucionalistas tiene su origen en la profunda afinidad de clase

² La expresión «oposición de Su Majestad» pertenece a P. Miliukov, líder del partido de los demócratas constitucionalistas. En un *lunch* ofrecido por el *lord* alcalde de Londres el 19 de junio (2 de julio) de 1909, Miliukov declaró: «... mientras en Rusia exista la cámara legislativa que controla el presupuesto, la oposición rusa seguirá siendo la oposición de Su Majestad, y no a Su Majestad» (Nota de la edición rusa).

de los burgueses pequeños y grandes, de la misma manera que la afinidad de clase del capitalista y del terrateniente que vive en el siglo XX les obligó a abrazarse alrededor del «idolatrado» monarca.

Ha cambiado la *forma* de la conciliación. En la monarquía era burda: el zar dejaba entrar al demócrata constitucionalista solo hasta la antesala de la Duma de Estado. En la república democrática, la conciliación se ha hecho más refinada, al estilo europeo: se permite a los pequeñosburgueses formar una minoría inofensiva y desempeñar papeles inofensivos (para el capital) en el ministerio.

Los demócratas constitucionalistas ocuparon el lugar de la monarquía. Los Tsereteli y los Chernov han ocupado el lugar de los demócratas constitucionalistas. La democracia proletaria ha ocupado el lugar de la democracia *verdaderamente* revolucionaria.

La guerra imperialista ha acelerado en grado extraordinario todo el desarrollo. Sin ella, los eseristas y los mencheviques podrían pasarse decenas de años suspirando por cargos ministeriales. Pero la propia guerra sigue acelerando el desarrollo, pues *plantea* los problemas de una manera revolucionaria, y no reformista.

Los partidos eserista y menchevique podrían, de acuerdo con la burguesía, dar a Rusia no pocas reformas. Pero la situación objetiva en la política mundial es revolucionaria y con reformas *no se saldrá* de ella.

La guerra imperialista atormenta a los pueblos y amenaza con aniquilarlos. La democracia pequeñoburguesa quizá esté en condiciones de aplazar el desastre, aunque no por mucho tiempo. Solo el proletariado revolucionario puede salvarnos del desastre.

EL DIECIOCHO DE JUNIO¹

El 18 de junio pasará, de un modo o de otro, a la historia de la revolución rusa como un día de viraje.

La posición recíproca de las clases, su correlación en la lucha entre ellas, su fuerza, comparada principalmente con la fuerza de los partidos: todo se ha puesto de relieve en la manifestación del domingo² de manera tan hñnítida, tan clara, tan impresionante, que, sea cual fuere el curso, sea cual fuere el ritmo de las cosas en el futuro, lo que se ha ganado en conciencia de clase y en claridad de visión es enorme.

¹ Publicado en *Pravda* número 86 el 20 de junio (3 de julio).

² Se trata de la manifestación que tuvo lugar en Petrogrado el 18 de junio (1 de julio), organizada por el Partido Bolchevique. La manifestación había sido convocada al principio por el Comité Central del Partido Bolchevique para el 10 (23) de junio, con objeto de que expresara ante el I Congreso de los Soviets de toda Rusia la voluntad de los obreros y soldados de Petrogrado, que exigían la entrega de todo el poder a los Soviets. Los mencheviques y eseristas se pronunciaron contra la manifestación. El 9 (22) de junio consiguieron que el Congreso de los Soviets acordara prohibir la manifestación. El Comité Central del Partido Bolchevique acató el acuerdo del Congreso de los Soviets y suspendió la manifestación, aplazándola hasta el 18 de junio (1 de julio), día señalado para ella por el propio Congreso de los Soviets. Los mencheviques y eseristas pensaban celebrar la manifestación bajo consignas antibolcheviques. En la manifestación del 18 de junio (1 de julio) participaron cerca de 500.000 obreros y soldados de Petrogrado. La aplastante mayoría de los manifestantes desfiló bajo las consignas revolucionarias del Partido Bolchevique. Solo pequeños grupos llevaban consignas de confianza al Gobierno provisional, lanzadas por los partidos conciliadores. La manifestación puso de relieve el creciente espíritu revolucionario de las masas y el inmenso crecimiento de la influencia y el prestigio del Partido Bolchevique. Al mismo tiempo, mostró el completo fracaso de los partidos conciliadores pequeñoburgueses y del Gobierno provisional en la capital (Nota de la edición rusa).

La manifestación ha disipado en pocas horas, como una nubecilla de polvo, toda esa vacua charlatanería sobre los bolcheviques conspiradores, y ha demostrado con irrefutable claridad que la vanguardia de las masas trabajadoras de Rusia, el proletariado industrial de la capital y sus tropas están, en su aplastante mayoría, por las consignas mantenidas siempre por nuestro Partido.

El paso firme de los batallones de obreros y soldados. Aproximadamente medio millón de manifestantes. La unidad de una ofensiva de conjunto. Unidad en las consignas, entre las que destacaban en imponente mayoría las de «¡Todo el poder a los Soviets!», «¡Abajo los diez ministros capitalistas!», «¡Ni paz por separado con los alemanes, ni tratados secretos con los capitalistas anglo- franceses!», etc. A nadie que haya presenciado la manifestación le quedó la menor duda sobre la victoria de estas consignas entre la vanguardia organizada de las masas de obreros y soldados de Rusia.

La manifestación del día 18 de junio se convirtió en una demostración de las fuerzas y de la política del proletariado revolucionario, que traza el camino a la revolución, que señala cómo salir del atolladero. En ello estriba la enorme importancia histórica de la manifestación del domingo; en ello se distingue, por su contenido, de las celebradas los días del entierro de las víctimas de la revolución y del Primero de Mayo. Aquello fue un *homenaje* unánime al primer triunfo de la revolución y a sus héroes, una mirada retrospectiva que el pueblo dirigía sobre la primera etapa hacia la libertad, recorrida tan rápida y tan triunfalmente. El Primero de Mayo fue *una fiesta* de deseos y esperanzas vinculados a la historia del movimiento obrero internacional, a su ideal de paz y socialismo.

Ninguna de las dos manifestaciones se proponía como objetivo trazar el *rumbo* del movimiento futuro de la revolución, ni hubieran podido tampoco hacerlo. Ninguna de las dos planteaba a las masas ni en nombre de ellas los problemas concretos, precisos, actuales, de cómo y en qué sentido debía proseguir la revolución.

En ese sentido, la jornada del 18 de junio fue la primera manifestación política en el terreno de los *hechos*, una lección dada no en un libro o en un periódico, sino en la calle, no por los dirigentes, sino por las masas, una lección de cómo actúan y actuarán las diferentes clases para llevar la revolución adelante.

La burguesía se ocultó. Se negó a tomar parte en una manifestación pacífica, organizada a todas luces por la mayoría del pueblo, con absoluta libertad para plantear las consignas de partido y cuyo fin primordial era desplegar las fuerzas frente a la contrarrevolución. Es muy comprensible. La burguesía es, precisamente, la contrarrevolución. Se esconde del pueblo y urde contra él verdaderas conspiraciones contrarrevolucionarias. En la jornada histórica del 18 de junio, los partidos que hoy gobiernan en Rusia, los partidos de los eseristas y mencheviques, se han revelado con claridad como los partidos de la vacilación. Sus consignas expresaban vacilación y fueron seguidas, manifestamente, a los ojos de todos, por una minoría. Detenerse, dejar por ahora todo tal como está: he ahí lo que *ellos* aconsejaban al pueblo con sus consignas y vacilaciones. Pero tanto el pueblo como ellos sintieron que eso era imposible.

Basta de vacilaciones, dijo la vanguardia del proletariado, la vanguardia de las masas de obreros y soldados de Rusia. Basta de vacilaciones. La política de confianza en los capitalistas, en *su* gobierno, en *sus* esfuerzos reformadores, en su guerra, en su política de ofensiva, es una política desesperada. No está lejana su bancarrota. Su bancarrota es inevitable. Y esa bancarrota será también la de los partidos gobernantes de los eseristas y mencheviques. El desbarajuste económico se aproxima más y más. Es *imposible* salvarse de él, al margen de las medidas de la clase revolucionaria instaurada en el poder.

¡Que el pueblo rompa con la política de confianza en los capitalistas, que deposite esa confianza en la clase revolucionaria, en el proletariado! ¡En el proletariado y solo en él está la fuente de la fuerza! ¡En él y solo en él reside la garantía de que se servirá a los intereses de la *mayoría*, los intereses de los trabajadores y explotados, aplastados por la guerra y el capital, capaces de vencer al capital y a la guerra!

Una crisis de proporciones inauditas se cierne sobre Rusia y sobre toda la humanidad. Para salir de ella no hay otro camino que confiar en la vanguardia mejor organizada de los trabajadores y explotados, apoyar su política.

No sabemos si el pueblo comprenderá rápidamente esta enseñanza ni cómo la pondrá en práctica. Lo que sí sabemos a ciencia cierta es que, fuera de ella, no hay salida del atolladero, que las posibles vacilaciones o crueldades de la contrarrevolución no servirán de nada.

Fuera de una plena confianza de las masas populares en su dirigente, el proletariado, no hay salida.

Tercera parte

Hacia la toma del poder

Julio - Septiembre

¿DÓNDE ESTÁ EL PODER Y DÓNDE LA CONTRARREVOLUCIÓN?¹

Esta pregunta, por lo general, se contesta muy simplemente: la contrarrevolución no existe en absoluto, o no sabemos dónde está. En cambio, sabemos muy bien que el poder está en manos del Gobierno provisional, controlado, a su vez, por el Comité Ejecutivo Central (CEC) del Congreso de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados de Rusia.

Tal es la respuesta habitual.

La crisis política de ayer², como la mayoría de las crisis que arrancan todo lo convencional y destruyen todas las ilusiones, ha dejado como herencia las ruinas de las ilusiones expresadas en esa respuesta, que acabamos de citar, a las cuestiones fundamentales de toda revolución.

Existe un exmiembro de la II Duma de Estado, un tal Aléxinski, a quien los *eseristas* y los *mencheviques*, los partidos dominantes en los

¹ *Obras escogidas*, tomo II. Escrito el 5 (18) de julio y publicado al día siguiente en *Listok «Pravdi»*. El mismo día que se redactó el texto un grupo de cadetes y cosacos asaltó la redacción de *Pravda*, destruyendo las instalaciones.

² En los días 3 y 4 (16 y 17) de julio se realizaron manifestaciones en Petrogrado contra el Gobierno provisional. Fueron protagonizadas por varios regimientos de soldados que amenazaban con transformar la situación en una acción armada; al levantamiento se sumaron los obreros de las fábricas cercanas. Con el pasar de las horas aumentó el número de manifestantes, llegando a participar más de 500.000 personas en las movilizaciones. La reacción no se hizo esperar y las protestas fueron reprimidas militarmente, luego de eso se inició la persecución contra los bolcheviques; los periódicos *Pravda*, *Soldáiskaya Pravda* y otros fueron clausurados, sus dirigentes fueron detenidos en masa y los más visibles debieron salir al exilio. Estos acontecimientos representaron una ruptura a partir de la cual cesó la dualidad de poderes y se inició el camino hacia la Revolución de Octubre [N. del E.].

Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, *se han negado* a admitir en el Comité Ejecutivo del Soviet de Diputados Obreros y Soldados *mientras no se rehabilite*, es decir, mientras no rehabilite su honor.

¿Qué significa esto? ¿Por qué el Comité Ejecutivo, pública y formalmente, ha negado su confianza a Aléxinski y le ha exigido que se rehabilite, es decir, lo ha calificado de deshonesto?

Porque Aléxinski se ha hecho tan famoso por sus calumnias que, en París, los periodistas de diversos partidos lo han calificado de difamador. Aléxinski no ha querido rehabilitar su honor ante el Comité Ejecutivo y prefirió ocultarse en el periódico de Plejánov *Edinstvo*, colaborando en él, al principio bajo iniciales, y después —envalentonado— abiertamente.

Ayer, 4 de julio, por la tarde, algunos bolcheviques fueron prevenidos por amigos de que Aléxinski había comunicado al Comité de Periodistas de Petrogrado una nueva infamia. La mayoría de los notificados no prestaron ninguna atención al aviso, pues solo sentían desprecio y repugnancia por Aléxinski y su «trabajo». Pero un bolchevique, Dzrugashvili (Stalin), miembro del Comité Ejecutivo Central, que conocía de antiguo, por ser socialdemócrata georgiano, al camarada Chjeídze, le habló a éste en una reunión del CEC de la nueva campaña infame, calumniosa, de Aléxinski.

Sucedía esto a altas horas de la noche, pero Chjeídze declaró que el CEC no permanecería indiferente ante la difusión de calumnias por personas que temen a los tribunales y a las investigaciones de dicho comité. En su nombre, como presidente del CEC y en nombre de Tsereteli, como miembro del Gobierno provisional, Chjeídze habló inmediatamente *por teléfono* a todas las redacciones invitándolas *a no publicar las calumnias* de Aléxinski. Chjeídze le dijo a Stalin que la mayoría de los periódicos expresaron su conformidad con él y que únicamente *Edinstvo* y *Riech* se mostraron «silenciosos» por un rato (no hemos visto *Edinstvo*, y *Riech* no ha reproducido la calumnia). Finalmente, la calumnia apareció solo en las páginas de un pequeño periódico amarillo totalmente desconocido para la mayoría de las personas cultas, *Zhivoie Slovo*³, número 51 (404), cuyo redactor-editor firma con el nombre de A.M. Umanski.

Ahora los calumniadores responderán ante los tribunales. En este aspecto, el asunto es simple y no tiene complicaciones.

El absurdo de la calumnia salta a la vista: un tal Ermolenko, alférez del 16° regimiento de tiradores siberianos, había sido «enviado» (¿?) «el 25 de abril a la retaguardia del 6° ejército, para hacer propaganda en favor de una rápida conclusión de la paz por separado con Alemania». Evidentemente, el sujeto es un prisionero de guerra escapado de Alemania, sobre el cual el «documento» publicado en *Zhivoie Slovo* agrega: «Ermolenko aceptó la misión debido a la insistencia de los compañeros» (¡¡!!).

¡Esto es ya suficiente para juzgar la confianza que merece tal sujeto, lo bastante deshonesto para aceptar semejante «misión»!... El testigo es, sin duda, una persona deshonesto.

¿Y qué ha declarado este testigo?

Lo siguiente: «Los oficiales del Estado Mayor Central alemán, Schiditski y Lübers, le comunicaron que el mismo género de propaganda realizan en Rusia el agente del Estado Mayor Central alemán, presidente de la sección ucraniana de la Liga para la Liberación de Ucrania⁴, A. Skóropis-Ioltujovski y Lenin. A Lenin se le encargó emplear todas sus fuerzas en minar la confianza del pueblo ruso en el Gobierno Provisional».

De tal modo, los oficiales alemanes, para inclinar a Ermolenko en favor de su acción deshonesto, le mintieron desvergonzadamente acerca de Lenin, quien, como es sabido por todos y declarado oficialmente *por el Partido Bolchevique*, ¡siempre *se opuso* a la paz por separado con Alemania de la manera más resuelta y absoluta! La mentira de los oficiales germanos es tan evidente, grosera y absurda que ninguna persona que sepa leer podría

³ *La Palabra Viva*: periódico amarillista que empezó a publicarse en 1916 y durante 1917 realizó una campaña agresiva contra los bolcheviques. Desapareció luego de la Revolución de Octubre [N. del E.].

⁴ Organización nacionalista-burguesa surgida en 1914, al empezar la guerra imperialista mundial. La Liga, que calculaba que la Rusia zarista sería derrocada por Alemania, se señalaba la tarea de separar a Ucrania de Rusia y crear una monarquía ucraniana burgués-terrateniente, bajo el protectorado alemán, lo que habría significado la transformación de Ucrania en una colonia del imperialismo germano (Nota en la edición rusa).

dudar ni un minuto de que es mentira. Y cualquier persona al corriente de la vida política dudará todavía menos de que la comparación de Lenin con un Ioltujovski (¿?) cualquiera y con la Liga para la Liberación de Ucrania es un absurdo que salta a la vista, pues tanto Lenin como todos los internacionalistas *declararon muchas veces, públicamente, no tener nada que ver* con esta sospechosa «Liga» socialpatriota, precisamente durante la guerra.

La grosera mentira de Ermolenko, sobornado por los alemanes, o de los oficiales alemanes, no hubiera merecido la menor atención si el «documento» no añadiese ciertos «informes recientemente recibidos» —no se sabe quién los recibió, cómo, de dónde, ni cuándo—, según los cuales, «el dinero para la agitación se recibe» (¿quién lo recibe? ¡¡el «documento» *teme* decir directamente que se acusa o se sospecha de Lenin!!, ¡el «documento» no menciona *quién* «recibe» el dinero!) «por medio de personas de confianza»: «los bolcheviques» Fürstenberg (Hanecki) y Kozlovski. Según se dice, hay también pruebas del envío del dinero a través de los bancos, y «la censura militar confirmó un incesante (!) intercambio de telegramas de carácter político y pecuniario entre los agentes germanos y los líderes bolcheviques» (¡!!) .

De nuevo una mentira tan grosera que salta a la vista. Si hubiera en esto tan solo una palabra de verdad, cómo pudo haber ocurrido entonces: 1) ¿que Hanecki *hace muy poco* entrara libremente en Rusia y libremente saliera de ella?; 2) ¿que *ni* Hanecki *ni* Kozlovski fueran arrestados *antes* de que los periódicos publicaran las noticias de sus crímenes? ¿Acaso el Estado Mayor Central, si realmente hubiera tenido en sus manos informes que merecieran confianza sobre envíos de dinero, telegramas, etc., permitiría la difusión de tales rumores a través de Aléxinski y la prensa amarilla, sin arrestar a Hanecki y a Kozlovski? ¿No está claro que tenemos ante nosotros un torpe trabajo de difamadores periodísticos de la más baja estofa y nada más que eso?

Agreguemos que ni Hanecki ni Kozlovski son bolcheviques, sino miembros del Partido Socialdemócrata Polaco; que Hanecki pertenece al CC de ese partido; que lo conocemos desde el Congreso

de Londres (1903)⁵, del cual se retiraron los delegados polacos, etc. Los bolcheviques *no* han recibido *ningún* dinero de Hanecki ni de Kozlovski. Todo esto es la más grosera y total de las mentiras.

¿En qué reside su significado político? En primer lugar: los adversarios políticos de los bolcheviques no pueden prescindir de mentiras y calumnias. Hasta tal punto son viles y bajos estos adversarios.

En segundo lugar: da respuesta al interrogante planteado en el título de este artículo.

El informe sobre los «documentos» fue remitido a Kerenski ya el 16 de *mayo*. Kerenski es miembro del Gobierno Provisional y del Soviet, es decir, de ambos «poderes». Desde el 16 de mayo hasta el 5 de julio pasó mucho tiempo. Un gobierno digno de su nombre hubiera podido y debido *él mismo* abrir una investigación sobre los «documentos», interrogar a los testigos, arrestar a los sospechosos. El Poder, los *dos* «poderes», el Gobierno Provisional y el CEC, podían y debían haberlo hecho.

¡Sin embargo, ambos poderes permanecieron inactivos! Por su parte, al Estado Mayor Central se le descubren ciertas relaciones con Aléxinski, a quien no se admitió, por calumniador, en el Comité Ejecutivo del Soviet. ¡El Estado Mayor Central, justamente cuando los demócratas constitucionalistas se retiraban —por casualidad, seguramente—, permitió la entrega de sus documentos oficiales a Aléxinski para su publicación!

El Poder permanece inactivo. Ni Kerenski, ni el Gobierno Provisional, ni el Comité Ejecutivo del Soviet, piensan siquiera en arrestar a Lenin, Hanecki y Kozlovski, si es que son sospechosos. Ayer, 4 de julio, por la noche, Chjeídze y Tsereteli rogaron a los periódicos que no publicaran esa calumnia evidente. Y, al mismo tiempo, más tarde, en la misma noche, Pólovtsev envió a los *junkers*⁶ y cosacos para que asaltaran *Pravda*, impidieran su salida, detuvieran a los redactores y se apoderaran de los libros (aparentemente, para investigar si figuraba en ellos el sospechoso dinero); y, al mismo tiempo, en el sucio periodichucho amarillo de baja estofa,

⁵ El II Congreso del POSDR se realizó entre el 17 (30) de julio y el 10 (23) de agosto de 1903 primero en Bruselas y luego en Londres [N. del E.].

⁶ Denominación que se daba en la Rusia zarista a los alumnos de las escuelas militares de *junkers* (cadetes), que preparaban oficiales (Nota de la edición rusa).

Zhivoie Slovo, se publicó esa vil calumnia para excitar las pasiones, para cubrir de oprobio a los bolcheviques, para crear una atmósfera de pogrom, para dotar de una justificación plausible al acto de Pólovtsév, de los *junkers* y los cosacos que asaltaron *Pravda*. Quien no cierre deliberadamente los *ojos ante la verdad*, no ha de permanecer en el error. Cuando *es necesario* actuar, *ambos* poderes están inactivos: el CEC porque «confía» en los demócratas constitucionalistas y teme enojarlos, y estos no actúan como Poder porque prefieren hacerlo *entre bastidores*.

La contrarrevolución, que actúa entre bastidores, se nos hace ahora bien visible: son los demócratas constitucionalistas, ciertos círculos del Estado Mayor Central («los altos mandos del ejército», como dice la resolución de nuestro Partido) y la prensa suspicaz, medio inspirada por las Centurias Negras⁷. Ellos no permanecen inactivos, «trabajan» unidos; tal es el medio del que surge el ambiente de *pogrom*, los intentos de *pogrom*, los disparos sobre los manifestantes, etc.

Quien no cierre deliberadamente los ojos ante la verdad no ha de seguir por más tiempo en el error.

No hay Poder, ni lo habrá, hasta que no se asiente sobre una base sólida, pasando a manos de los Soviets. La contrarrevolución se aprovecha de la ausencia de Poder para unir a los demócratas constitucionalistas con ciertos altos mandos del ejército y con la prensa de las Centurias Negras. Tal es la triste, pero innegable realidad.

¡Obreros y soldados! ¡Deben dar prueba de serenidad, firmeza y vigilancia!

⁷ Organización ultraconservadora fundada en 1900, se opuso violentamente tanto a la Revolución de 1905 como a la Revolución de Octubre. Recibieron financiamiento del zarismo. Sus pilares fundamentales eran el nacionalismo y el catolicismo.

TRES CRISIS¹

Cuanto mayor sea la furia con que en estos días se lancen calumnias y mentiras contra los bolcheviques, tanto más serenamente debemos nosotros, refutando esas mentiras y esas calumnias, profundizar en la concatenación histórica de los acontecimientos y en la significación política, *es decir, en la significación de clase*, de la actual marcha de la revolución.

Para refutar esas mentiras y esas calumnias basta con que nos remitamos una vez más a *Listok Pravdi* del 6 de julio y fijemos de modo especial la atención de los lectores en el artículo que publicamos más abajo, en el que se prueba documentalmente que el 2 de julio (según confesión del órgano del partido de los socialistas revolucionarios) los bolcheviques hicieron campaña *en contra* del movimiento que se proyectaba; que el 3 de julio se desbordó la indignación de las masas y empezó el movimiento, a despecho de nuestros consejos; que el 4 de julio, en una proclama (que reproduce el mismo periódico de los eseristas *Dielo Naroda*), hicimos un llamamiento a favor de una manifestación *pacífica y organizada*, y que en la noche de aquel mismo día tomamos la decisión de poner fin a la manifestación. ¡Calumniad, calumniadores! ¡Por mucho que calumnien, no conseguirán refutar estos hechos ni el significado decisivo que tienen en su concatenación!

Y con esto pasemos al problema de la conexión histórica de los acontecimientos. Cuando, ya en los primeros días de abril, nos declaramos contrarios a todo lo que significase apoyo al Gobierno provisional, fuimos atacados por los eseristas y mencheviques. ¿Y qué ha venido a demostrar la realidad?

¹ Escrito el 7 (20) de julio y publicado el 19 de julio en el número 7 de la revista *Rabótnitsa*.

¿Qué han venido a demostrar las tres crisis políticas, la del 20 y 21 de abril, la del 10 y 18 de junio y la del 3 y 4 de julio?

Han venido a demostrar, en primer lugar, el creciente descontento de las masas con la política seguida por la mayoría burguesa del Gobierno provisional.

No deja de ser interesante consignar que en su número del 6 de julio, el órgano del partido gobernante de los eseristas, *Dielo Naroda*, a pesar de toda su hostilidad hacia los bolcheviques, se ve obligado a confesar que el movimiento del 3 y 4 de julio obedece a causas económicas y políticas profundas. La necia, torpe y vil mentira de que ese movimiento fue provocado artificialmente, de que los bolcheviques hicieron campaña *en favor* de esa acción, va haciéndose más y más evidente a medida que pasa el tiempo.

La causa general, la fuente general, la raíz profunda general de las tres crisis políticas mencionadas es evidente, sobre todo para quien las enfoque en su concatenación, como manda la ciencia que se enfoque la política. Es absurdo pensar que tres crisis como esas hayan podido ser provocadas deliberadamente.

En segundo lugar, es muy instructivo tratar de ver qué tienen en común esas tres crisis y cuál es la característica de cada una de ellas.

Las tres tienen en común el descontento irrefrenable de las masas, su indignación contra la burguesía y su gobierno. Quien olvida o silencia o empequeñece *este punto cardinal*, reniega de las verdades elementales expresadas por el socialismo acerca de la lucha de clases.

La lucha de clases en la revolución rusa: he ahí acerca de lo cual deben meditar los que se llaman a sí mismos socialistas y que algo saben de cómo se desarrolló la lucha de clases en las revoluciones europeas.

La característica peculiar de cada una de estas tres crisis es su forma de manifestarse: la primera crisis (20 y 21 de abril) se manifestó de un modo turbulento y espontáneo, sin la menor organización, que culminó en el tiroteo de las Centurias Negras² contra los manifestantes y desencadenó contra los bolcheviques una campaña

² Se denominaba de ese modo a las bandas promonárquicas organizadas por la policía zarista [N. del E.].

de acusaciones mentirosas y absurdas. A la explosión sigue una crisis política.

En el segundo caso: la organización por los bolcheviques de una manifestación que suspenden después del amenazador ultimátum y de la prohibición categórica del Congreso de los Soviets, y la manifestación en común del 18 de junio que dio una evidente preponderancia a las consignas bolcheviques. Según confesión de los propios eseristas y mencheviques, en la noche del 18 de junio habría estallado de seguro la crisis política, si la ofensiva desencadenada en el frente no la hubiese contenido.

La tercera crisis se desencadena espontáneamente el 3 de julio, a pesar de los esfuerzos hechos el día 2 por los bolcheviques para contenerla y, después de alcanzar su punto máximo el día 4, conduce en los días 5 y 6 al apogeo de la contrarrevolución. Las vacilaciones de los eseristas y mencheviques se manifiestan en el hecho de que Spiridónova y muchos otros eseristas se expresan a favor de la entrega del poder a los Soviets, y en el mismo sentido se pronuncian también los mencheviques internacionalistas, que hasta ese momento se habían declarado contrarios a ello.

Finalmente, la última —y acaso la más instructiva— conclusión que se deriva del estudio de los acontecimientos, enfocados en su conexión, consiste en que las tres crisis vienen a revelarnos una forma, nueva en la historia de nuestra revolución, de manifestaciones de un tipo más complejo, de movimiento por oleadas que ascienden velozmente y descienden de un modo súbito, que avivan la revolución y la contrarrevolución y «barren», por un período más o menos largo, a los elementos moderados.

Por su forma, el movimiento tiene en las tres crisis el carácter de una *manifestación*. Una manifestación antigubernamental sería, formalmente, la descripción más exacta de los acontecimientos. Pero, y ahí está el *quid*, no se trata de una manifestación corriente. Se trata de algo que representa bastante más que una manifestación y menos que una revolución. Es un estallido *simultáneo* de la revolución y de la contrarrevolución, es una oleada violenta y a veces casi súbita, que «barre» a los elementos medios y al mismo tiempo coloca en primer plano, de manera turbulenta, a los elementos proletarios y burgueses.

A este respecto, es muy característico que todos los elementos medios acusen por *cada uno* de esos movimientos a las dos fuerzas concretas de clase: al proletariado y a la burguesía. No tenemos más que fijarnos en los eseristas y en los mencheviques: desaforados, gritan con toda la fuerza de sus pulmones que los bolcheviques, con sus extremismos, no hacen más que dar alas a la contrarrevolución, al mismo tiempo que confiesan, una y otra vez, que los demócratas constitucionalistas (con quienes forman bloque en el gobierno) son contrarrevolucionarios. «Es necesario —escribía ayer *Dielo Naroda*— que tracemos una profunda divisoria entre nosotros y todos los elementos de derecha, incluyendo al belicista *Edinstvo* (con el que, añadimos nosotros, los eseristas formaron un bloque en las elecciones): tal es nuestra tarea más apremiante».

Compárese esto con *Edinstvo* de hoy (7 de julio), en que Plejánov se ve obligado a reconocer, en el editorial, el hecho indiscutible de que los Soviets (es decir, los eseristas y los mencheviques) se han tomado «dos semanas para reflexionar», y de que el paso del poder a los Soviets «equivaldría a un triunfo de los leninistas». «Si los demócratas constitucionalistas no se atienen a la regla: cuanto peor, tanto mejor... —escribe Plejánov—, ellos mismos tendrán que reconocer que han cometido un grave error» (al salir del gobierno), «allanando de ese modo el camino a los leninistas».

¿No es esto elocuente? ¿Los elementos medios acusando a los demócratas constitucionalistas de allanar el camino a los bolcheviques, y a los bolcheviques de hacer el juego a los demócratas constitucionalistas! ¿Tan difícil es comprender que no hay más que cambiar los nombres políticos por las denominaciones de clase para ver proyectarse ante nuestros ojos los sueños de la pequeña burguesía de que desaparezca la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado? ¿Las lamentaciones de los pequeñoburgueses acerca de la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía? ¿Tan difícil es comprender que ningún partido bolchevique del mundo sería capaz de «provocar» un «movimiento popular», y mucho menos tres, si no concurrieran causas económicas y políticas muy profundas que se encargan de poner en acción al proletariado? ¿Y que todos los demócratas constitucionalistas y monárquicos juntos serían incapaces de

provocar ni un solo movimiento «derechista» si no se diesen causas no menos profundas, que vienen a engendrar la posición, contrarrevolucionaria de la burguesía como clase?

Al tratarse del movimiento de los días 20 y 21 de abril se nos acusó, a nosotros y a los demócratas constitucionalistas, de obstinación, de extremismo, de exacerbar los ánimos, llegando hasta el colmo de acusar a los bolcheviques (por disparatado que ello parezca) de haber provocado el tiroteo en la avenida Nevski; y cuando el movimiento tocó a su fin, esos mismos eseristas y mencheviques escribieron en las columnas de su órgano fusionado y oficial, *Izvestia*, que el «movimiento popular» «había barrido a los imperialistas de Miliukov y otros», es decir, ¡*glorificaban* el movimiento! ¿No es esto elocuente? ¿No revela bien a las claras que la pequeña burguesía no comprende el mecanismo, la esencia, de la lucha de clase del proletariado contra la burguesía?

La situación objetiva es esta: la inmensa mayoría de la población es, por su modo de vivir y sobre todo por su ideología, pequeñoburguesa. Pero en nuestro país reina, a través principalmente de los bancos y los consorcios, el gran capital. En nuestro país hay un proletariado urbano lo suficientemente desarrollado para adoptar un camino propio, pero que todavía no es capaz de atraerse inmediatamente para su causa a la mayoría de los semiproletarios. De este hecho fundamental, clasista, se desprende la inevitabilidad de crisis como estas tres que estamos analizando y sus formas.

Claro está que en el futuro las formas de las crisis podrán variar, pero su sustancia no variará, aun cuando, por ejemplo, en octubre empiece a funcionar una Asamblea Constituyente eserista. Los eseristas han prometido a los campesinos: 1) la abolición de la propiedad privada de la tierra; 2) la entrega de la tierra a los trabajadores; 3) la confiscación de las tierras de los latifundistas y su entrega a los campesinos sin indemnización. La realización de estas gigantescas transformaciones es absolutamente imposible sin adoptar las medidas revolucionarias más decididas contra la burguesía, medidas que *únicamente* podrán realizarse mediante la alianza de los campesinos pobres con el proletariado, *únicamente* decretando la nacionalización de los bancos y los consorcios.

Los confiados campesinos, que han creído y creen, hasta cierto tiempo, que es posible conseguir esas cosas tan hermosas pactando con la burguesía, se sentirán inevitablemente desengañados y... «descontentos» (para emplear una expresión suave) de la aguda lucha de clase del proletariado contra la burguesía por la realización efectiva de las promesas eseristas. Así fue y así será.

LA SITUACIÓN POLÍTICA¹

La contrarrevolución se ha organizado y consolidado y, de hecho, tiene ya en sus manos el poder.

La total organización y el afianzamiento de la contrarrevolución residen en la unión, muy bien meditada y ya materializada, de las tres fuerzas contrarrevolucionarias principales: 1) el partido de los demócratas constitucionalistas, esto es, el verdadero jefe de la burguesía organizada, al abandonar el ministerio presentó a este un ultimátum, preparando el terreno para que la contrarrevolución pudiera derribarlo; 2) el Estado Mayor Central y los altos mandos del ejército, con la ayuda consciente o semiconsciente de Kerenski, a quien incluso los eseristas más destacados califican ahora de Cavaignac², han tomado prácticamente el poder estatal en sus manos, han desatado el ametrallamiento de las tropas revolucionarias en el frente, han comenzado a desarmar a las tropas y a los obreros revolucionarios de Petrogrado y de Moscú, a sofocar y aplastar el movimiento en Nizhni-Nóvgorod; a arrestar a los bolcheviques y a clausurar sus periódicos no solo sin decisión judicial, sino incluso sin decreto alguno del gobierno. De hecho, el poder estatal fundamental en Rusia es hoy una dictadura militar; este hecho aparece disimulado todavía por una serie de instituciones nominalmente revolucionarias y prácticamente impotentes, pero es un hecho indudable y tan radical, que sin haberlo comprendido no se puede explicar la situación política; 3) la prensa monárquica de las Centurias Negras

¹ Este artículo fue escrito el 10 (23) de julio. Fue publicado el 20 de julio (2 de agosto) en el periódico *Proletárskoie Dielo* (*La Causa Proletaria*). Salió impreso con el título «El estado de ánimo político» y firmado: W.

² Referencia a Louis Eugène Cavaignac (ver Glosario de nombres) [N. del E.].

y la prensa burguesa, que han pasado ya de una furiosa campaña contra los bolcheviques a una campaña igual contra los Soviets, contra el «incendiario» Chernov, etc., demostraron con gran claridad que la verdadera esencia de la política de la dictadura militar, que hoy domina en Rusia y es apoyada por los demócratas constitucionales y los monárquicos, consiste en preparar la disolución de los Soviets. Muchos dirigentes eseristas y mencheviques, o sea, de la actual mayoría de los Soviets, ya lo han reconocido y manifestado en estos últimos días, pero como auténticos pequeñoburgueses se desentienden de esa terrible realidad con frases huecas y sonoras.

Los dirigentes de los Soviets y de los partidos socialista revolucionario y menchevique, con Tsereteli y Chernov a la cabeza, han traicionado definitivamente la causa de la revolución al ponerla en manos de los contrarrevolucionarios y al convertirse ellos, y convertir a sus partidos y a los Soviets, en hoja de parra de la contrarrevolución.

Esto queda demostrado por el hecho de que los socialistas revolucionarios y mencheviques han delatado a los bolcheviques y aprobado tácitamente el asalto de sus periódicos, sin atreverse siquiera a decir al pueblo de un modo franco y directo que lo hacían ellos y por qué lo hacían. Al legalizar el desarme de los obreros y de los regimientos revolucionarios se despojaron a sí mismos de todo poder real; se convirtieron en vacuos charlatanes que ayudaban a la reacción a «distraer» la atención del pueblo hasta que aquélla terminara sus últimos preparativos para disolver los Soviets. Sin reconocer esa bancarrota total y definitiva de los partidos socialista revolucionario y menchevique y de la actual mayoría de los Soviets, sin reconocer el carácter totalmente ficticio de su «directorio» y demás mascaradas, es imposible comprender absolutamente nada de la situación política actual.

Todas las esperanzas de un desarrollo pacífico de la revolución rusa se han desvanecido para siempre. La situación objetiva es esta: o la victoria completa de la dictadura militar, o el triunfo de la insurrección armada de los obreros, triunfo que solo es posible si coincide con un alzamiento decidido de las masas contra el gobierno y contra la burguesía, provocado por el desbarajuste económico y la prolongación de la guerra.

La consigna ¡Todo el poder a los Soviets! era la consigna adecuada a un desarrollo pacífico de la revolución, posible en abril, en mayo, en junio y aun hasta el 5-9 de julio, es decir, antes de que el poder pasara efectivamente a manos de la dictadura militar. Ahora, esa consigna ya no es justa, pues no toma en cuenta el cambio operado ni el hecho de que los eseristas y mencheviques han traicionado totalmente y de hecho a la revolución. No son las aventuras ni los motines, no son las resistencias parciales ni los intentos desesperados de oponerse aisladamente a la reacción los que pueden ayudar en este asunto, sino solamente la clara conciencia de la situación, la firmeza y tenacidad de la vanguardia obrera, la preparación de las fuerzas para una insurrección armada, cuyas condiciones para la victoria son ahora terriblemente difíciles, pero posibles en caso de producirse una coincidencia de los hechos y tendencias señaladas en el texto. Nada de ilusiones constitucionalistas y republicanas, nada de ilusiones acerca de un camino pacífico, nada de acciones dispersas; no hay que dejarse llevar *ahora* por la provocación de las Centurias Negras ni de los cosacos; hay que reunir las fuerzas, reorganizarlas y prepararlas tenazmente para una insurrección armada, siempre que la evolución de la crisis permita hacerlo en una verdadera escala de masas, de todo el pueblo. El paso de las tierras a los campesinos es ahora imposible sin una insurrección armada, pues la contrarrevolución, habiendo tomado el poder, se ha unificado completamente con los terratenientes como clase.

El objetivo de la insurrección armada solo puede ser el paso del poder a manos del proletariado, apoyado por los campesinos pobres, a fin de realizar el programa de nuestro Partido.

El Partido de la clase obrera, sin abandonar la legalidad, pero sin sobrestimarla ni por un instante, deberá *coordinar* el trabajo legal con el ilegal, como en los años 1912-1914.

No hay que abandonar ni por una hora siquiera el trabajo legal; pero tampoco dejarse llevar por ilusiones constitucionalistas y «pacíficas». Hay que crear inmediatamente en todas partes y para todas las organizaciones o células ilegales para publicar volantes, etc. Reorganizarse en seguida, disciplinada y tenazmente en toda la línea.

Actuar como en los años 1912-1914, cuando supimos hablar del derrocamiento del zarismo por la revolución y la insurrección armada sin perder nuestra base legal ni en la Duma de Estado, ni en las cajas de seguros, ni en los sindicatos, etc.

A PROPÓSITO DE LAS CONSIGNAS¹

Ocurre con harta frecuencia que cuando la historia da un viraje brusco, hasta los partidos avanzados dejan pasar un tiempo más o menos largo antes de orientarse en la nueva situación creada y repiten consignas que, si ayer eran acertadas, hoy han perdido ya toda razón de ser tan «súbitamente» como «súbito» es el brusco viraje de la historia.

Algo semejante puede ocurrir, a lo que parece, con la consigna de la entrega de todo el poder a los Soviets. Durante un período ya para siempre fenecido de nuestra revolución, digamos desde el 27 de febrero hasta el 4 de julio, esta consigna era acertada. Pero hoy, a todas luces ya no lo es. Si no comprendemos esto, no podremos comprender tampoco ninguno de los problemas esenciales de la actualidad. Cada consigna debe derivar siempre del conjunto de peculiaridades que forman una determinada situación política. Y hoy, después del 4 de julio, la situación política de Rusia es radicalmente distinta de la que imperó desde el 27 de febrero hasta esa fecha.

Entonces, durante ese período ya fenecido de la revolución, regía en el Estado la llamada «dualidad de poderes», fenómeno que expresaba, material y formalmente, el carácter indefinido y de transición del poder del Estado. No olvidemos que el problema del poder es fundamental en toda revolución.

Durante ese período, el poder se mantenía en un estado de desequilibrio. Lo compartían, por virtud de un pacto voluntario, el Gobierno provisional y los Soviets. Estos eran delegaciones de la masa de obreros y soldados armados y libres, es decir, no supeditados

¹ *Obras escogidas*, tomo II. Escrito a mediados del mes de julio.

a ningún constreñimiento exterior. Las armas en manos del pueblo y libre éste de todo constreñimiento exterior: tal era el *fondo* de la cuestión. Esto era lo que abría y garantizaba a toda la revolución una senda pacífica para su desarrollo. La consigna de «Todo el poder a los Soviets» señalaba el paso inmediato, el paso de realización directa por esta senda de desarrollo pacífico. Era la consigna del desarrollo pacífico de la revolución, que desde el 27 de febrero hasta el 4 de julio era posible y, naturalmente, el más deseable de todos, pero que hoy es ya de todo punto imposible.

A lo que parece, no todos los partidarios de la consigna de «Todo el poder a los Soviets» se daban clara cuenta de que se trataba de la consigna del desarrollo pacífico y ascensional de la revolución. Y al decir pacífico no nos referimos solo a que nadie, ninguna clase, ninguna fuerza importante, hubiera podido entonces (desde el 27 de febrero hasta el 4 de julio) oponerse al paso del poder a los Soviets e impedirlo. Eso no es todo. El desarrollo pacífico hubiera podido realizarse, entonces, también en el sentido de que la pugna de las clases y los partidos *dentro* de los Soviets, una vez que éstos se hubiesen hecho cargo a tiempo de todos los poderes del Estado, se habría desarrollado del modo más pacífico y menos doloroso.

Este último aspecto del problema pasa, todavía hoy, un poco desapercibido. Por su estructura de clase, los Soviets eran los órganos del movimiento obrero y campesino, la forma plasmada de su dictadura. Si hubieran tenido plenitud de poderes, se habría acabado en la práctica con el vicio principal de los sectores pequeño-burgueses, con su pecado capital, su confianza en los capitalistas, criticándolo mediante la experiencia de sus propias medidas. Las clases y partidos que ocupan el poder habrían venido a ser relevados por otros pacíficamente, dentro de los Soviets, como únicos órganos de gobierno, con plenitud de poderes; y el enlace de todos los partidos representados en los Soviets con las masas hubiera permanecido en pie, firme e intacto. No se puede perder de vista ni por un instante que este enlace íntimo, cada vez más extenso y más hondo, de los partidos representados en los Soviets con las masas era lo único que podía aventar pacíficamente las ilusiones de la política pequeño-burguesa de pactos con la burguesía. El paso del poder a los Soviets

no habría hecho cambiar, ni podía hacerlo de por sí, la correlación de fuerzas entre clases; no habría hecho cambiar en nada el carácter pequeñoburgués de los campesinos. Pero habría dado oportunamente un gran paso en la labor de separar a las masas campesinas de la burguesía, de aproximarlas a los obreros para acabar fundiéndolas con estos.

Así hubieran podido ocurrir las cosas, si el poder hubiese pasado a su debido tiempo a los Soviets. Y ello habría sido lo más fácil y lo más ventajoso para el pueblo. Era el camino menos doloroso de todos, y por eso había que luchar por él con toda energía. Pero hoy, esa lucha, la lucha por la entrega oportuna del poder a los Soviets, ha terminado. La senda pacífica del desarrollo de la revolución se nos ha cerrado. Ante nosotros se abre otra senda, no pacífica, la más dolorosa de todas.

El viraje del 4 de julio consiste precisamente en que, a partir de esa fecha, ha cambiado bruscamente la situación objetiva. El equilibrio inestable del poder ha cesado; el poder ha pasado, en el punto decisivo, a manos de la contrarrevolución. El desarrollo de los partidos sobre la base de la política de pactos de los partidos pequeñoburgueses eserista y menchevique con los demócratas constitucionalistas contrarrevolucionarios ha acabado por convertir a esos dos partidos pequeñoburgueses, de hecho, en cómplices y partícipes de los procedimientos criminales de la contrarrevolución. La confianza inconsciente depositada por los pequeñoburgueses en los capitalistas ha hecho que aquéllos, impulsados por el proceso de desarrollo de la lucha de los partidos, se convirtiesen en auxiliares conscientes de los contrarrevolucionarios. El ciclo de desarrollo de las relaciones entre los partidos ha terminado. El 27 de febrero, todas las clases se hallaron unidas contra la monarquía. A partir del 4 de julio, la burguesía contrarrevolucionaria, del brazo de los monárquicos y las Centurias Negras, ha encadenado a su servicio a los eseristas y mencheviques pequeñoburgueses, apelando en parte a la intimidación y poniendo de hecho el poder del Estado en manos de los Cavaignac, en manos de una pandilla militar que en el frente fusila a los subordinados y en Petrogrado aplasta a los bolcheviques.

En estas condiciones, la consigna del paso del poder a los Soviets parecería una quijotada o una burla. Mantener esta consigna

equivaldría, objetivamente, a engañar al pueblo, a infundirle la ilusión de que bastaba, aun *en las condiciones actuales*, con que los Soviets se limitasen a querer o a acordar hacerse cargo del poder para que este fuese a parar a sus manos, la ilusión de que en el Soviet seguían actuando unos partidos no manchados todavía por su complicidad con los verdugos, la ilusión de que lo ocurrido podía borrarse de un plumazo.

Sería el mayor de los errores creer que el proletariado revolucionario, para «vengarse», digámoslo así, de los eseristas y mencheviques por el apoyo prestado por éstos a la campaña de represión contra los bolcheviques, a los fusilamientos en el frente y al desarme de los obreros, puede «negarse» a apoyar a esos partidos frente a la contrarrevolución. Plantear así las cosas equivaldría, en primer lugar, a querer aplicar al proletariado los conceptos de moral pequeñoburguesa (pues, *si conviene para la causa*, el proletariado, ahora y siempre, no solo apoyará a la pequeña burguesía vacilante, sino incluso a la gran burguesía); en segundo lugar —y esto es lo más importante de todo—, sería un intento pequeñoburgués de velar la esencia política del problema con argumentos de índole «moral».

Y la esencia del problema está en que hoy es ya imposible adueñarse del poder por vía pacífica. Hoy, para llegar a él hay que derrotar, luchando resueltamente, a los verdaderos detentadores del poder, a la pandilla militar, a los Cavaignac, que se apoyan en las tropas reaccionarias trasladadas a Petrogrado, en los demócratas constitucionalistas y en los monárquicos.

La esencia del problema consiste en que estos nuevos detentadores del Poder solo pueden ser vencidos por las masas revolucionarias del pueblo, para cuyo movimiento es condición previa que se hallen dirigidas por el proletariado, y no solo eso, sino que vuelvan la espalda a los partidos eserista y menchevique, que han traicionado la causa de la revolución.

Los que pretenden introducir en la política ideas de moral pequeñoburguesa, razonan así: admitamos que al apoyar a los Cavaignac, que desarman al proletariado y a los regimientos revolucionarios, los eseristas y los mencheviques cometieron un «error», pero hay que dejarles un margen de posibilidad para que lo «corrijan»,

«no impedirles» la rectificación; hay que ayudar a la pequeña burguesía a que derive hacia los obreros. Razonar así equivaldría a incurrir en un candor pueril o simplemente en una tontería, suponiendo que ello no representase engañar una vez más a los obreros. Ya que la deriva de las masas pequeñoburguesas hacia los obreros consistiría única y precisamente en su alejamiento de los eseristas y mencheviques. Y si los partidos eserista y menchevique quieren, hoy, rectificar su «error», no tienen más camino que declarar a Tsereteli y Chernov, Dan y Rakítnikov, cómplices de los verdugos. Nosotros nos declaramos plena e incondicionalmente partidarios de semejante «rectificación de errores»...

El problema fundamental de la revolución, decíamos, es el problema del poder. A esto tenemos que añadir que precisamente las revoluciones demuestran a cada paso cómo se vela el problema de saber *dónde* reside el verdadero poder, ponen de manifiesto la discrepancia entre el poder formal y el poder efectivo. En eso precisamente estriba una de las características más importantes de todo período revolucionario. Durante los meses de marzo y abril de 1917 no se sabía si el poder efectivo estaba en manos del gobierno o de los Soviets.

Pero hoy es importantísimo que los obreros conscientes enfoquen serenamente el problema central de la revolución: el de saber en manos de quién se halla en los momentos actuales el poder del Estado. No hay más que pararse a examinar sus manifestaciones materiales, no confundiendo las frases con los hechos, y la contestación no será difícil.

El Estado —decía Federico Engels— lo constituyen, ante todo, destacamentos de hombres armados con ciertos apéndices materiales, como, por ejemplo, las cárceles. Hoy, el Estado lo constituyen los *junkers* y cosacos reaccionarios, traídos expresamente a Petrogrado; los que tienen recluidos en la cárcel a Kámenev y a otros; los que han prohibido *Pravda*; los que han desarmado a los obreros y a una parte determinada de los soldados; los que fusilan a una parte no menos determinada de los soldados y a una parte no menos determinada de las tropas del ejército. Esos verdugos son los que constituyen hoy el poder efectivo. Los Tsereteli y Chernov son

ministros sin poder, ministros fantoches, líderes de partidos que no hacen más que apoyar la política de los verdugos. Esto es un hecho. Y contra este hecho no vale alegar que Tsereteli y Chernov, personalmente, «no aprueban» de seguro los actos de los verdugos y que sus periódicos niegan tímidamente toda relación con éstos, pues esa modalidad de decoración política no hace cambiar para nada la esencia del problema.

La suspensión y clausura del órgano de 150.000 electores de Petrogrado, el asesinato por los *junkers* del obrero Vóinov (cometido el 6 de julio) por sacar de la imprenta el *Listok Pravdi*, ¿qué son esos sino actos de verdugos? ¿Qué es eso sino la obra de los Cavaignac? Se nos dirá que de ello «no son culpables» ni el Gobierno ni los Soviets.

Pues tanto peor para el Gobierno y para los Soviets —contestamos nosotros—, porque eso demuestra precisamente que no son más que un cero a la izquierda, muñecos de trapo, que no tienen en sus manos el poder efectivo.

El pueblo debe saber, ante todo y en primer término, la *verdad*, debe saber en manos de quién reside, en realidad, el poder del Estado. Al pueblo hay que decirle toda la verdad: hay que decirle que el poder está en manos de una pandilla militar de hombres del estilo de Cavaignac (en manos de Kerenski, de ciertos generales, oficiales, etc.), apoyados por la burguesía como clase, con el partido de los demócratas constitucionalistas a la cabeza y con todos los monárquicos, que laboran a través de toda la prensa ultrarreaccionaria, a través de *Nóvoie Vremia*, *Zhivoie Slovo*, etc.

Hay que derrocar ese poder. Mientras no lo hagamos, todo lo que sea hablar de luchar frente a la contrarrevolución no será más que palabras huera, no será más que «engañarnos a nosotros mismos y engañar al pueblo».

Hoy, ese poder encuentra también apoyo en los ministros Tsereteli y Chernov y en sus partidos. Hay que evidenciar ante el pueblo su papel de verdugos, hacerle ver que era inevitable que esos partidos llegasen a este «final» después de sus «errores» del 21 de abril, del 5 de mayo; del 9 de junio, del 4 de julio, después de aprobar la política de la ofensiva, una política que en sus nueve décimas partes predeterminó el triunfo de los Cavaignac en julio.

Hay que dar a todas nuestras campañas de agitación en el pueblo un nuevo giro, teniendo en cuenta, precisamente, la experiencia concreta de la actual revolución y principalmente de las jornadas de julio, es decir, que haga ver al pueblo con toda claridad que sus verdaderos enemigos son la pandilla militar, los demócratas-constitucionalistas y las Centurias Negras, y desenmascarando irrefutablemente a los partidos pequeñoburgueses, a los partidos eserista y menchevique, que han desempeñado y desempeñan el papel de auxiliares de los verdugos.

Hay que dar un nuevo giro a todas las campañas de agitación en el pueblo, haciendo ver a los campesinos que es totalmente inútil que confíen en obtener las tierras mientras no se derroque el poder de la pandilla militar, mientras no se desenmascare a los partidos eserista y menchevique, haciéndoles perder la confianza del pueblo. Bajo las circunstancias «normales» del desarrollo capitalista, este proceso sería muy largo y difícil, pero la guerra y la ruina económica lo acelerarán extraordinariamente. Con estos «aceleradores», un mes y hasta una semana pueden igualarse a un año entero.

Dos objeciones se formularán probablemente contra lo que dejamos dicho: primero, que el hablar hoy de dar la batalla decisiva equivaldría a fomentar las acciones aisladas, que favorecerían precisamente a la contrarrevolución; segundo, que al derrocar a esta, el poder iría de todas formas a parar a manos de los Soviets.

A la primera objeción replicamos lo siguiente: los obreros de Rusia tienen ya la suficiente conciencia de clase para no dejarse llevar de provocaciones en un momento que es, a sabiendas, desfavorable para ellos. Es indudable que el lanzarse hoy a la acción y organizar la resistencia equivaldría a hacer el juego a la contrarrevolución. Es asimismo indiscutible que la batalla decisiva solo podrá darse cuando la revolución vuelva a prender con impulso ascensional en el fondo de las masas. Pero no basta con hablar en general del impulso ascensional de la revolución, de su aflujo, de la ayuda de los obreros de los países occidentales, etc., sino que hay que sacar una conclusión concreta de nuestro pasado y tomar en consideración precisamente nuestra propia experiencia. Y haciéndolo, veremos que la consigna que se desprende es la de dar la batalla decisiva a la contrarrevolución, que se ha adueñado del poder.

La segunda objeción se reduce, lo mismo que la primera, a sustituir verdades concretas por consideraciones demasiado generales. Fuera del proletariado revolucionario, no hay nada, ninguna fuerza, capaz de derrocar a la contrarrevolución burguesa. Es precisamente el proletariado revolucionario el que, aprovechando la experiencia del mes de julio de 1917, tiene que hacerse cargo por su cuenta del poder del Estado; sin eso es *imposible* que triunfe la revolución. El poder en manos del proletariado, apoyado por los campesinos pobres o los semiproletarios: he ahí la única salida, y ya hemos dicho cuáles son las circunstancias que contribuirán a acelerarla extraordinariamente.

En esta nueva revolución podrán y deberán surgir los Soviets, pero *no serán* los Soviets actuales, no serán los órganos de una política de pactos con la burguesía, sino los órganos de una lucha revolucionaria contra ella. Es cierto que también entonces nos pronunciaremos por un Estado edificado enteramente según el tipo de los Soviets. Pero no se trata del problema de los Soviets en general, sino de la lucha frente a la contrarrevolución *actual* y frente a la traición de los *actuales* Soviets.

La sustitución de lo concreto por lo abstracto es uno de los pecados capitales, uno de los más peligrosos que pueden cometerse en una revolución. Los actuales Soviets han fracasado, han sufrido una bancarrota completa, por predominar en ellos los partidos eserista y menchevique. En la actualidad, esos Soviets son como ovejas conducidas al matadero que, puestas bajo la cuchilla de los matarifes, balan lastimeramente. *Hoy*, los Soviets son impotentes y viven en el mayor de los desamparos frente a la contrarrevolución, que ha triunfado y triunfa. La consigna de entregar el poder a los Soviets podría ser comprendida como un «simple» llamamiento a que esos Soviets, los que hoy existen, se hiciesen cargo del poder; pero decir eso, invitar a eso, equivaldría ahora a engañar al pueblo. Y no hay nada más peligroso que el engaño.

En Rusia ha terminado el ciclo de desarrollo de la lucha entre las clases y los partidos que llenó el período comprendido entre el 27 de febrero y el 4 de julio. Comienza un nuevo ciclo, en el que no entran ya las viejas clases, los viejos partidos, los viejos Soviets,

sino los partidos, las clases y los Soviets renovados por el fuego de la lucha, templados, instruidos, reconstituidos por el curso de la lucha. No hay que mirar hacia atrás, sino hacia adelante. No hay que operar con las viejas categorías de clases y de partidos, sino con las nuevas, posteriores al mes de julio. Hay que partir, en los umbrales de este nuevo ciclo, de la contrarrevolución burguesa triunfante —triunfante porque los eseristas y mencheviques han pactado con ella— y que solo puede ser vencida por el proletariado revolucionario. En este nuevo ciclo habrá todavía, naturalmente, multitud de etapas diversas, hasta llegar al triunfo definitivo sobre la contrarrevolución, a la definitiva derrota (sin lucha) de los eseristas y mencheviques y al nuevo impulso ascensional de la nueva revolución. Pero de esto podrá hablarse únicamente más tarde, cuando se vaya perfilando cada una de esas etapas...

LAS ENSEÑANZAS DE LA REVOLUCIÓN¹

Toda revolución significa un viraje brusco en la vida de las grandes masas del pueblo. Si este viraje no ha madurado debidamente, no puede tener lugar una verdadera revolución. Y así como todo viraje que sobreviene en la vida de un individuo le enseña y le hace vivir y sentir muchas cosas, la revolución ofrece al pueblo todo, en poco tiempo, las más profundas y preciosas enseñanzas.

En tiempos revolucionarios, millones y millones de hombres aprenden en una semana más que en un año entero de vida rutinaria y soñolienta. Pues en estos virajes bruscos de la vida de un pueblo entero se ve con especial claridad qué fines persiguen las diferentes clases sociales, de qué fuerzas disponen, con qué medios actúan.

Todo obrero, todo soldado, todo campesino consciente debe pensar atentamente en las enseñanzas de la revolución rusa; sobre todo hoy, a fines de julio, en que se ve ya claramente que la primera fase de nuestra revolución ha terminado con un revés.

I

En efecto, veamos cuáles eran las aspiraciones de las masas obreras y campesinas cuando hicieron la revolución. ¿Qué esperaban de la revolución estas masas? Esperaban, como se sabe, libertad, paz, pan y tierra.

¿Y cuál es hoy la realidad?

En vez de la libertad, se comienza a restaurar la vieja arbitrariedad. Se implanta la pena de muerte para los soldados en el

¹ Este artículo fue escrito a finales del mes de julio, su epílogo fue incorporado el 6 (19) de septiembre y finalmente fue publicado el 12 y 13 de ese mismo mes, en los números 8 y 9 de *Rabochi*.

frente y los campesinos, que se apoderan por propia iniciativa de las tierras de los terratenientes, son llevados ante los tribunales. Las imprentas de los periódicos obreros son asaltadas y los periódicos, suspendidos sin juicio previo. Los bolcheviques son encarcelados, a menudo sin que contra ellos se formule acusación alguna o bajo el peso de acusaciones a todas luces calumniosas.

Se objetará, acaso, que las persecuciones de bolcheviques no constituyen ningún atentado contra la libertad, puesto que las autoridades se limitan a perseguir a ciertas personas por determinadas imputaciones. Pero esta objeción falta manifiestamente y a sabiendas a la verdad; pues, aun suponiendo que determinadas personas cometan delitos, aun suponiendo que se prueben y reconozcan en sentencia judicial los hechos que se les imputan, sus delitos no serían nunca motivo bastante para destruir una imprenta ni decretar la prohibición de determinados periódicos. Otra cosa sería si el gobierno declarase delictivo, por medio de una ley, a todo el partido de los bolcheviques, a la corriente política que estos representan, a sus ideas. Pero nadie ignora que el gobierno de la Rusia libre no podía hacer ni ha hecho nada semejante.

Lo que pone fundamentalmente de manifiesto el carácter calumnioso de las acusaciones lanzadas contra los bolcheviques es que la prensa de los terratenientes y capitalistas venía cubriendo de furiosos insultos a los bolcheviques por sus campañas contra la guerra, contra los terratenientes y capitalistas, y en una época en que no se había inventado un solo fundamento de acusación contra ningún bolchevique, ya exigían abiertamente que se les encarcelase y persiguiese.

El pueblo quiere la paz. El gobierno revolucionario de la Rusia libre, a pesar de eso, ha reanudado la guerra de conquista a basada en los mismos tratados secretos concertados por el exzar Nicolás II con los capitalistas ingleses y franceses, en interés del saqueo de otros pueblos por los capitalistas rusos. Estos tratados secretos siguen sin darse a la publicidad. En vez de proponer a todos los pueblos una paz justa, el gobierno de la Rusia libre se ha limitado a unos cuantos subterfugios.

No hay pan. Otra vez se avecina el hambre. Todo el mundo ve que los capitalistas y los ricos engañan desvergonzadamente al erario con los suministros al ejército (hoy, cada día de guerra le cuesta al pueblo 50 millones de rublos); todo el mundo ve que, con los altos precios que hoy rigen, los capitalistas se embolsan ganancias fabulosas, sin que se haga ni lo más mínimo para implantar un verdadero control obrero de la producción y la distribución de los medios de subsistencia. Los capitalistas se vuelven cada vez más insolentes; arrojan a los obreros a la calle, y lo hacen en momentos en que el pueblo vive en penuria por falta de mercancías.

En toda una serie de congresos, la inmensa mayoría de los campesinos ha declarado en voz alta y rotundamente que considera una injusticia y un robo la propiedad terrateniente. Y el gobierno, un gobierno que se llama revolucionario y democrático, lleva varios meses engañando a los campesinos y alimentándoles con promesas y dilaciones. Durante varios meses, los capitalistas impidieron que el ministro Chernov dictase leyes que prohíben la compraventa de la tierra. Y cuando por fin fue promulgada la ansiada ley, los capitalistas levantaron una campaña infame y calumniosa contra el ministro, campaña que sigue hoy día. Y tan lejos llega el gobierno en su descaro al defender a los terratenientes, que comienza a entregar a los tribunales a los campesinos que se adueñan «por propia iniciativa» de las tierras.

Se engaña a los campesinos persuadiéndolos de que aguarden a la Asamblea Constituyente, mientras los capitalistas continúan aplazando su convocatoria. Y cuando por fin, bajo la presión de las exigencias de los bolcheviques, se señala la fecha del 30 de septiembre para la convocatoria, los capitalistas gritan a los cuatro vientos que es «imposible» organizar las cosas en tan breve plazo y exigen un nuevo aplazamiento... Los miembros más destacados del partido de los capitalistas y terratenientes, del Partido Demócrata Constitucionalista o partido de la «libertad del pueblo», Pánina, por ejemplo, predicán sin ambages que la Asamblea Constituyente no debe convocarse hasta el término de la guerra.

¡Esperen hasta la Asamblea Constituyente para resolver el problema de la tierra! ¡Esperen a que termine la guerra para convocar la Asamblea Constituyente! ¡Esperen el fin de la guerra para cuando

obtenemos la victoria definitiva! Tal es el estado de cosas. Los capitalistas y terratenientes, que son mayoría en el gobierno, se burlan cínicamente de los campesinos.

II

¿Cómo es posible que ocurran esas cosas en un país libre que acaba de derribar el poder zarista? En un país no libre, el pueblo es gobernado por un zar y un puñado de terratenientes, capitalistas y funcionarios a quienes nadie ha elegido. En un país libre, el pueblo no es gobernado más que por quienes él mismo ha designado para ese fin.

En las elecciones, el pueblo se divide en partidos y, generalmente, cada clase de la población forma su propio partido, como acontece, por ejemplo, con los terratenientes, con los capitalistas, con los campesinos y con los obreros, agrupados en sus diferentes partidos. Por eso, en los países libres, el gobierno del pueblo se realiza a través de una lucha franca entre los partidos y por medio de los pactos que estos partidos conciertan libremente entre sí.

Después de derribado el 27 de febrero de 1917 el poder zarista, durante cuatro meses aproximadamente, Rusia fue gobernada como un país libre, es decir, por la lucha franca de partidos formados libremente y por medio de los pactos que estos partidos concertaban libremente entre sí. Por eso, si queremos comprender el desarrollo de la revolución rusa, tenemos ante todo que estudiar las características de los partidos principales, los intereses de clase por ellos defendidos y las relaciones de todos esos partidos entre sí.

III

Derribado el régimen zarista, el poder del Estado pasó a manos del primer Gobierno provisional. Este gobierno estaba formado por representantes de la burguesía, es decir, de los capitalistas, a los que se habían unido los terratenientes. El partido de los «demócratas constitucionalistas», el partido principal de los capitalistas, marchaba a la cabeza como partido dirigente y gobernante de la burguesía.

El poder no fue a parar casualmente a manos de este partido, a pesar de que no habían sido, naturalmente, los capitalistas, sino los obreros y los campesinos, los marineros y los soldados, quienes habían luchado contra las tropas zaristas, derramando su sangre por la libertad. El poder fue a parar a manos de los capitalistas, porque esta clase disponía de la fuerza y la riqueza, de la organización y del saber. Desde 1905, y sobre todo durante la guerra, la clase de los capitalistas y de los terratenientes aliados a ellos ha venido alcanzando en Rusia los mayores éxitos en cuanto a su organización.

El Partido Demócrata Constitucionalista fue siempre, lo mismo en 1905 que desde 1905 a 1917, un partido monárquico. Después del triunfo del pueblo sobre la tiranía zarista, este partido se declaró republicano. La experiencia de la historia enseña que siempre que el pueblo derrota una monarquía, los partidos de los capitalistas se avienen a convertirse en republicanos con tal de salvar sus privilegios y su omnipotencia sobre el pueblo.

De palabra, el partido de los demócratas constitucionalistas aboga por la «libertad del pueblo», pero en realidad lo que hace es defender a los capitalistas. Por eso, todos los terratenientes, todos los monárquicos, todos los elementos de las Centurias negras, se pasaron inmediatamente a su lado. La prueba de esto la tenemos en la prensa y en las elecciones. Todos los periódicos burgueses y toda la prensa de las Centurias Negras cantan después de la revolución a coro con los demócratas constitucionalistas. Y todos los partidos monárquicos que no se atreven a actuar abiertamente apoyan en las elecciones, como ocurrió, por ejemplo, en las de Petrogrado, a los demócratas constitucionalistas.

Después de adueñarse del poder gubernamental, los demócratas constitucionalistas concentraron todos sus esfuerzos en proseguir la rapaz guerra anexionista comenzada por el zar Nicolás II sobre la base de los tratados secretos concertados por él con los capitalistas ingleses y franceses. En esos tratados se les prometía a los capitalistas rusos que, caso de triunfar, podrían adueñarse de Constantinopla, de Galitzia, de Armenia, etc. En cambio, frente al pueblo, el gobierno de los demócratas constitucionalistas se limitó a subterfugios y vacuas promesas, en las que todas las decisiones

sobre los asuntos más importantes y de mayor urgencia para los obreros y campesinos se aplazaban hasta que estuviese reunida la Asamblea Constituyente, pero sin fijar fecha para su convocatoria.

Aprovechándose de la libertad, el pueblo comenzó a organizarse por su cuenta. La principal organización de los obreros y campesinos, que constituyen la aplastante mayoría de la población de Rusia, eran los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos. Estos Soviets comenzaron a formarse ya durante la Revolución de Febrero y, a las pocas semanas, en la mayoría de las ciudades importantes de Rusia y en muchos distritos del campo, todos los elementos avanzados y conscientes de la clase obrera y de las masas campesinas se hallaban ya organizados en Soviets.

Los Soviets fueron elegidos con absoluta libertad. Eran auténticas organizaciones de las masas del pueblo, de los obreros y campesinos. Eran las verdaderas organizaciones de la inmensa mayoría del pueblo. Los obreros y campesinos, vestidos con el uniforme militar, estaban armados.

Los Soviets podían y debían, naturalmente, hacerse cargo de todo el poder del Estado. Hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente, no hubiera debido existir en el país más poder que el de los Soviets. Solo así hubiera sido nuestra revolución una revolución verdaderamente popular, una revolución verdaderamente democrática. Solo así hubieran podido las masas trabajadoras, que aspiran realmente a la paz, que no tienen ningún interés en una guerra anexionista, aplicar, con resolución y firmeza, una política que hubiera puesto fin al anexionismo y hubiera conducido a la paz. Solo así hubieran podido los obreros y campesinos meter en cintura a los capitalistas, que obtienen «con la guerra» ganancias fabulosas y que han llevado a nuestro país a la ruina y al hambre. Pero solo una minoría de los diputados que formaban los soviets estaba al lado del partido de los obreros revolucionarios, de los socialdemócratas bolcheviques, que exigían la entrega de todo el poder a los Soviets. La mayor parte de los diputados de los soviets apoyaba a los partidos de los socialdemócratas mencheviques y de los eseristas, opuestos a la entrega del poder a los soviets. En vez de abogar por la eliminación del gobierno de la burguesía y su sustitución por un gobierno de los Soviets, estos

partidos abogaban por que se apoyase al gobierno de la burguesía y se pactase con él, por que se formase con él un gobierno de coalición. En esta política de pactos con la burguesía, llevada a cabo por los partidos eserista y menchevique, en los que confiaba la mayoría del pueblo, reside el contenido fundamental de todo el desarrollo de la revolución durante los cinco meses transcurridos desde sus comienzos.

IV

Veamos, ante todo, cómo se desarrolló esa política de conciliación de los eseristas y mencheviques con la burguesía; luego, buscaremos la explicación de por qué la mayoría del pueblo depositó en ellos su confianza.

V

La política de pactos de los mencheviques y eseristas con los capitalistas ha tenido lugar, en una forma u otra, en todos los períodos de la revolución rusa. A finales del mes de febrero de 1917, apenas triunfó el pueblo y fue derrocado el régimen zarista, Kerenski fue acogido, como «socialista», en el Gobierno provisional de los capitalistas. En realidad, Kerenski no había sido nunca socialista, sino un simple trudovique, ue empezó a militar entre los «socialistas revolucionarios» solo a partir de marzo de 1917, cuando ya no era peligroso y podía tener sus ventajas. El Gobierno provisional de los capitalistas se preocupó inmediatamente de mediatizar y domesticar al Soviet, valiéndose de Kerenski como vicepresidente del Soviet de Petrogrado. El Soviet, es decir, los eseristas y mencheviques que en él predominaban, se dejó domesticar: inmediatamente después de constituirse el Gobierno provisional de los capitalistas, declaró estar dispuesto a «apoyarle», «por cuanto» cumplía sus promesas.

El Soviet se consideraba como el órgano encargado de controlar y fiscalizar los actos del Gobierno provisional. Los jefes del Soviet crearon la llamada «Comisión de Enlace», un organismo destinado a mantener contacto con el Gobierno. En esta «Comisión de Enlace» los líderes eseristas y mencheviques del Soviet se

mantenían constantemente al habla con el gobierno de los capitalistas, viniendo a ocupar, en realidad, la posición de ministros sin cartera o ministros oficiosos.

Esta situación se mantuvo durante todo el mes de marzo y casi todo abril. Los capitalistas, mientras tanto, actuaban demorando y acudiendo a subterfugios, procurando ganar tiempo. Durante todo este lapso, el gobierno de los capitalistas no dio ni un solo paso medianamente serio, encaminado a desarrollar la revolución. No hizo ni siquiera lo más mínimo para cumplir un deber suyo directo e inmediato, como era la convocatoria a la Asamblea Constituyente; no se molestó en llevar el asunto a los organismos locales, ni siquiera en crear una comisión central encargada de realizar los preparativos necesarios. El gobierno no tenía más que una preocupación: renovar a espaldas del pueblo los rapaces tratados internacionales, concertados por el zar con los capitalistas de Inglaterra y Francia, frenar lo más cautelosa e inadvertidamente posible la revolución, prometerlo todo y no cumplir nada. Los eseristas y mencheviques hacían en la «Comisión de Enlace» el papel de esos tontos a quienes se engaña con frases ampulosas, con promesas, con los «vuelva usted mañana». Y como el cuervo de la conocida fábula, los eseristas y mencheviques se rendían a las adulaciones y se sentían felices oyendo a los capitalistas asegurar que tenían a los Soviets en alta estima y que no darían un paso sin contar con ellos.

De hecho iba pasando el tiempo y el gobierno de los capitalistas no hacía nada por la revolución. Pero en contra de la revolución había tenido tiempo de renovar o, mejor dicho, de confirmar los rapaces tratados secretos, «reanimándolos» mediante negociaciones complementarias y no menos secretas mantenidas con los diplomáticos del imperialismo anglo-francés. Contra la revolución había tenido tiempo, mientras tanto, de ir echando los cimientos para una organización contrarrevolucionaria (o a lo menos una aproximación) de los generales y la oficialidad del ejército de operaciones. Contra la revolución había tenido tiempo de comenzar la organización de los industriales, fabricantes y patronos que, bajo la presión de los obreros, se veían forzados a hacer concesión tras concesión, pero que empezaban al mismo tiempo a sabotear la producción y esperaban el momento propicio para paralizarla.

Sin embargo, la organización de los obreros y campesinos avanzados dentro de los Soviets progresaba inconteniblemente. Los mejores elementos de las clases oprimidas advertían que, pese a su inteligencia con el Soviet de Petrogrado, pese a la grandilocuencia de Kerenski, pese a la «Comisión de Enlace», el gobierno seguía siendo un enemigo del pueblo, un enemigo de la revolución. Las masas advertían que si no se vencía la resistencia de los capitalistas, la causa de la paz, la causa de la libertad, la causa de la revolución, estaban irremediablemente perdidas. Y en las masas crecían la impaciencia y la indignación.

VI

Esta indignación y esta impaciencia estallaron los días 20 y 21 de abril. El estallido se produjo de un modo espontáneo, sin que nadie lo preparase. Y tan decididamente se dirigía contra el gobierno, que incluso un regimiento se lanzó a la calle con armas y se presentó delante del palacio Mariínski dispuesto a detener a los ministros. Para todo el mundo era evidente que el gobierno no podía sostenerse. Los Soviets hubieran podido (y debido) tomar el poder, sin encontrar por parte de nadie la menor resistencia. En vez de hacerlo así, los eseristas y mencheviques se dedicaron a apoyar al gobierno capitalista que se hundía, se embrollaron aún más en la política de pactos con él, dieron nuevos pasos, todavía más funestos, encaminados a la ruina de la revolución.

La revolución enseña a todas las clases con rapidez y una profundidad que no se dan nunca en épocas normales y pacíficas. Y los capitalistas, mejor organizados, más expertos en materia de lucha de clases y de política, fueron quienes aprendieron con mayor rapidez. Cuando vieron que la posición del gobierno era insostenible, echaron mano de un método que desde 1848 había venido practicándose constantemente por los capitalistas de otros países para engañar, dividir y debilitar a los obreros. Este método es el de los llamados gobiernos de «coalición», gobiernos mixtos formados por elementos de la burguesía y por tráfugas del socialismo.

En los países en que la libertad y la democracia coexisten desde hace más tiempo con el movimiento obrero revolucionario, en Inglaterra y Francia, este método ha sido aplicado repetidas veces y con gran éxito por los capitalistas. Los líderes «socialistas» que han entrado en los gabinetes de la burguesía, han sido siempre testaferros, muñecos, pantallas de los capitalistas, un instrumento de estos para engañar a los obreros. Los capitalistas «demócratas y republicanos» de Rusia pusieron en práctica el mismo método. Desde el primer momento, los eseristas y mencheviques se dejaron engatusar, y el 6 de mayo el gobierno de «coalición», con la participación de Chernov, Tsereteli y Compañía, era ya un hecho.

Los tontos de los partidos eserista y menchevique eran todo júbilo, regodeándose jactanciosamente en el resplandor de la fama ministerial de sus líderes. Por su parte, los capitalistas se frotaban las manos de gusto, pues los «líderes de los Soviets» venían a brindarles una ayuda contra el pueblo y les prometían apoyar las «acciones ofensivas en el frente», es decir, la reanudación de la rapaz guerra imperialista, ya una vez a punto de ser interrumpida. Los capitalistas conocían bien toda la pomposa impotencia de estos líderes, sabían que las promesas hechas por la burguesía —respecto al control, e incluso la organización de la producción, respecto a la política de paz, etc.— jamás llegarían a cumplirse.

Así fue, en efecto. La segunda fase del desarrollo de la revolución, que va desde el 6 de mayo hasta el 9 o hasta el 18 de junio, vino a confirmar plenamente los cálculos de los capitalistas en cuanto a lo fácil que era engañar a los eseristas y mencheviques. Mientras Peshejónov y Skóbeliev se engañaban a sí mismos y engañaban al pueblo con frases altisonantes, diciendo que se arrebataría a los capitalistas el 100% de sus ganancias, que su «resistencia estaba vencida», etc., los capitalistas seguían fortaleciéndose. Durante todo este tiempo no se hizo, en realidad, nada, absolutamente nada por frenar a los capitalistas. Los ministros tránsfugas del socialismo resultaron ser simples máquinas parlantes, encargadas de desviar la atención de las clases oprimidas, mientras en realidad se dejaban en manos de la burocracia y de la burguesía todos los resortes de gobierno del Estado. El tristemente célebre Palchinski,

subsecretario del ministro de Industria, era el representante típico de esta máquina de gobierno, que obstaculizaba toda medida que pudiera adoptarse contra los capitalistas. Los ministros discursaban, y todo seguía como antes.

Tsereteli fue uno de los ministros más aprovechados por la burguesía para luchar contra la revolución. Fue el encargado de «apaciguar» Kronstadt, cuando los revolucionarios de aquella plaza llegaron al colmo de la osadía y destituyeron al comisario que había sido nombrado. La burguesía abrió en sus periódicos una campaña increíblemente estrepitosa, rabiosa y perversa, llena de mentiras y calumnias contra Kronstadt, acusándole de querer «separarse de Rusia», repitiendo esta y otras necedades en todos los tonos e infundiendo pánico a la pequeña burguesía y a los filisteos. Tsereteli, el más típico representante de esos filisteos aterrados y obtusos, fue el que más «honestamente» tragó el anzuelo de esta campaña burguesa de provocación, el que más celosamente se esforzó por «aplantar y reprimir» a Kronstadt, sin darse cuenta de su papel de lacayo de la burguesía contrarrevolucionaria. Resultó ser un instrumento ejecutor del «pacto» concertado con el Kronstadt revolucionario, con arreglo al cual el comisario de esta plaza no sería nombrado simple y llanamente por el gobierno, sino elegido por Kronstadt y *confirmado* por el gobierno. En estas miserables componendas y otras semejantes malgastaban su tiempo los ministros que habían desertado del socialismo al campo de la burguesía.

Allí donde ningún ministro burgués podía comparecer ante los obreros revolucionarios o ante los Soviets para defender al gobierno, se presentaba (mejor dicho, era enviado por la burguesía) un ministro «socialista» Skóbeliev, Tsereteli, Chernov u otro, que cumplía concienzudamente con su misión burguesa, desviviéndose por defender al gobierno y limpiar de culpas a los capitalistas, engañando al pueblo con la repetición de promesas, promesas y más promesas, con consejos que se reducían a lo mismo: esperar, esperar y esperar.

El ministro Chernov tenía concentrados sus mejores esfuerzos en la obra de regateo con sus colegas burgueses: hasta el mismo mes de julio, hasta la nueva «crisis de poder» planteada después del movimiento del 3 y 4 de julio, hasta la salida de los demócratas

constitucionalistas del gobierno, el ministro Chernov vivió consagrado a la misión útil, interesante y profundamente popular de «persuadir» a sus colegas burgueses de que accediesen por lo menos a aprobar el decreto prohibitivo de la compraventa de tierras. Este decreto les había sido prometido a los campesinos del modo más solemne en Petrogrado, en el Congreso (Soviet) de diputados campesinos de toda Rusia. Pero no se pasó de la promesa. Chernov no pudo cumplirla ni en mayo ni en junio, y hubo que esperar a que la ola revolucionaria que estalló espontáneamente los días 3 y 4 de julio, coincidiendo con el momento en que los demócratas constitucionalistas salían del gobierno, le permitiese implantar esa medida. Pero, con todo, seguía siendo una medida aislada, incapaz de fomentar seriamente la lucha de los campesinos contra los terratenientes por la tierra.

Entretanto, el «demócrata revolucionario» Kerenski, afiliado de nuevo cuño al partido de los socialistas revolucionarios, había cumplido triunfal y brillantemente, en el frente, con su cometido contrarrevolucionario imperialista de reanudar la rapaz guerra imperialista, misión que no pudo cumplir un hombre como Guchkov, odiado por el pueblo. Kerenski se embriagaba con su propia elocuencia, mientras los imperialistas, jugando con él como con un peón de ajedrez, le envolvían en nubes de incienso, le adulaban, le glorificaban pura y simplemente porque servía con toda lealtad y honradez a los capitalistas, esforzándose por convencer a las «tropas revolucionarias» de que accediesen a reanudar la guerra, que, en cumplimiento de los tratados del zar Nicolás II con los capitalistas de Inglaterra y Francia, se libraba con la finalidad de que los capitalistas rusos pudieran adueñarse de Constantinopla y Lvov, de Erzerum y Trebisonda.

Así transcurrió la segunda fase de la revolución rusa, desde el 6 de mayo hasta el 9 de junio. La burguesía contrarrevolucionaria, parapetada detrás de los ministros «socialistas» y apoyada por ellos, se fortificó y consolidó y fue preparando la ofensiva contra el enemigo de fuera y contra el de dentro, es decir, contra los obreros revolucionarios.

VII

El partido de los obreros revolucionarios, el Partido Bolchevique, preparaba una manifestación, que había de celebrarse en Petrogrado el 9 de junio, a fin de dar expresión organizada al descontento y la indignación crecientes de las masas. Los líderes eseristas y mencheviques, enredados en acuerdos con la burguesía y por la política imperialista de la ofensiva, se sintieron aterrados, viendo que perdían su influencia en las masas. Se alzó un griterío general contra la manifestación, en el que esta vez las voces de los demócratas constitucionalistas contrarrevolucionarios se unían a las de los eseristas y mencheviques. Bajo la dirección de estos partidos, como fruto de su política de conciliación con los capitalistas, se reveló con asombrosa claridad el viraje de las masas pequeñoburguesas hacia la alianza con la burguesía contrarrevolucionaria. En esto reside la importancia histórica, el sentido de clase de la crisis del 9 de junio.

Los bolcheviques, que no tenían el menor deseo de lanzar en aquellos momentos a los obreros a la lucha desesperada contra los demócratas-constitucionalistas, los eseristas y mencheviques unidos, revocan la manifestación. Pero estos últimos, queriendo salvar todavía el residuo postrero de confianza de las masas, se vieron obligados a convocar una manifestación general para el día 18. La burguesía no cabía en sí de furor, pues lo interpretó, y con razón, como signo de que la democracia pequeñoburguesa se inclinaba hacia el proletariado, y acordó contrarrestar la acción de la democracia con la ofensiva en el frente.

En efecto, el 18 de junio aportó un triunfo extraordinariamente ostensible de las consignas del proletariado revolucionario, de consignas del bolchevismo, entre las masas de Petrogrado. Y el 19 de junio, la burguesía y el bonapartista Kerenski anunciaron solemnemente el comienzo de la ofensiva en el frente, precisamente el día 18.

La ofensiva representaba de hecho la reanudación de la guerra de rapiña en interés de los capitalistas y contra la voluntad de la inmensa mayoría de los trabajadores. Por eso, la ofensiva

llevaba inevitablemente aparejado, por una parte, un gigantesco reforzamiento del chovinismo y el paso del Poder militar (y por consiguiente, también del poder del Estado) a una pandilla militar de bonapartistas, y, por otra el paso a un régimen de violencia contra las masas, de persecución de los internacionalistas, de supresión de la libertad de agitación, de detenciones y fusilamientos de quienes se oponían a la guerra.

Y si el 6 de mayo enganchó a los eseristas y a los mencheviques con una soga a la carroza triunfal de la burguesía, el 19 de junio los ató con cadenas como servidores de los capitalistas.

VIII

La cólera de las masas, como es natural, creció con mayor rapidez y fuerza al ser reanudada la guerra de rapiña. Los días 3 y 4 de julio estalló la indignación, a pesar de que los bolcheviques se esforzaron por contener la explosión, a la que, naturalmente, tenían que esforzarse por imprimir la forma más organizada que fuese posible.

Los eseristas y mencheviques, esclavos de la burguesía, encadenados por su dueño y señor, dieron su consentimiento a todo: accedieron a que fuesen llamadas a Petrogrado tropas reaccionarias, a que se restableciese la pena de muerte, a que se desarmase a los obreros y a las tropas revolucionarias, a las detenciones, a las persecuciones, a las suspensiones de periódicos sin juicio previo. Y el poder, aquel poder que la burguesía no podía concentrar por entero en su gobierno y del que los Soviets no querían hacerse cargo, cayó en manos de la pandilla militar, de los bonapartistas, apoyados en un todo, naturalmente, por los demócratas constitucionalistas y los elementos de las Centurias Negras, por los terratenientes y los capitalistas.

Poco a poco fueron cayendo cada vez más bajo. Después de poner el pie en la pendiente de su política de pactos con la burguesía, los eseristas y mencheviques fueron deslizándose irremisiblemente hasta el fondo del abismo. El 28 de febrero prometieron en el Soviet de Petrogrado un apoyo condicional al gobierno burgués. El 6 de mayo le salvaron de la catástrofe y se dejaron convertir en sus lacayos y defensores, dando su conformidad para la ofensiva.

El 9 de junio se asociaron con la burguesía contrarrevolucionaria en la campaña de odio desenfrenado, mentiras y calumnias contra el proletariado revolucionario. El 19 de junio dieron su consentimiento a la reanudación de la guerra de rapiña. El 3 de julio accedieron a que se llamase a la capital tropas reaccionarias: era el comienzo de la entrega definitiva del poder a los bonapartistas. Poco a poco fueron cayendo cada vez más bajo.

Este final tan vergonzoso de los partidos eserista y menchevique no tiene nada de casual; es el resultado, ya más de una vez confirmado por la experiencia de Europa, de la situación económica de los pequeños propietarios, de la pequeña burguesía.

IX

Cualquiera ha podido observar, naturalmente, cómo se desviven los pequeños propietarios, cómo se esfuerzan por «salir adelante», por llegar a ser verdaderos propietarios, por escalar la posición del propietario «sólido», la posición de la burguesía. Mientras impere el capitalismo, no hay para el pequeño propietario más que una de estas dos salidas: o conquistar la posición del capitalista (posibilidad que, en el mejor de los casos, solo se abre a uno por ciento de pequeños propietarios) o pasar a la situación del pequeño propietario arruinado, del semiproletario y después a la del proletario. Así ocurre también en el campo de la política: la democracia pequeñoburguesa, sobre todo en la persona de sus líderes, se arrastra tras la burguesía. Los líderes de la democracia pequeñoburguesa consuelan a sus masas con promesas y aseveraciones acerca de la posibilidad de llegar a una inteligencia con los grandes capitalistas. En el mejor de los casos obtienen de éstos, durante muy poco tiempo, concesiones insignificantes que solo benefician a una pequeña capa superior de las masas trabajadoras, mientras que en todas las cuestiones decisivas, importantes, la democracia pequeñoburguesa se ha encontrado siempre a la cola de la burguesía, como su apéndice impotente, como un instrumento sumiso en manos de los reyes de las finanzas. La experiencia de Inglaterra y Francia ha confirmado esto más de una vez.

La experiencia de la revolución rusa —en la que los acontecimientos, sobre todo bajo la influencia de la guerra imperialista y de la crisis profundísima por ella provocada, se han desarrollado con inmensa celeridad—, desde febrero hasta julio de 1917 ha venido a confirmar palpablemente, con una evidencia extraordinaria, la vieja verdad marxista de la actitud vacilante de la pequeña burguesía.

La enseñanza de la revolución rusa es esta: no hay, para las masas trabajadoras, más camino de salvación, si quieren escapar a la férrea tenaza de la guerra, el hambre, a su esclavización por los terratenientes y capitalistas, que la ruptura completa con los partidos de los eseristas y mencheviques, la clara comprensión de su papel de traidores, la renuncia de todo tipo de entendimiento con la burguesía, el paso resuelto al lado de los obreros revolucionarios. Los obreros revolucionarios son, si los campesinos pobres los apoyan, los únicos que están en condiciones de vencer la resistencia de los capitalistas, de llevar al pueblo a la conquista de la tierra sin indemnización, a la plena libertad, al triunfo sobre el hambre, al triunfo sobre la guerra, hacia una paz justa y duradera.

Epílogo

Este artículo fue escrito, como se deduce de su texto, a finales de julio. La historia de la revolución durante el mes de agosto ha confirmado plenamente sus aseveraciones. Además, a finales de agosto, la sublevación de Kornílov² imprimió a la revolución un

² Complot contrarrevolucionario de la burguesía rusa en agosto de 1917, encabezado por el general zarista Kornílov. Los conspiradores, que se apoyaban en los altos mandos del ejército, se proponían —con ayuda de las unidades de cadetes y cosacos— apoderarse del Petrogrado revolucionario, destrozar el Partido Bolchevique, disolver los Soviets e implantar en el país una dictadura militar. Respondiendo al llamamiento del CC del Partido Bolchevique, los obreros de Petrogrado y los marinos y soldados revolucionarios sofocaron la sublevación de Kornílov. Presionado por las masas, el Gobierno provisional se vio obligado a ordenar la detención de Kornílov y sus cómplices y entregarlos a los tribunales, acusados de sublevación. Fracasó el intento de la burguesía y de los terratenientes de aplastar la revolución. La derrota de la «korniloviada» hizo crecer la influencia del Partido Bolchevique entre

nuevo viraje y demostró palpablemente a todo el pueblo que los demócratas constitucionalistas, asociados a los generales contrarrevolucionarios, aspiran disolver los Soviets y restaurar la monarquía. ¿Será este nuevo viraje de la revolución lo suficientemente fuerte para acabar de una vez con esa política funesta de pactos con la burguesía? Eso lo dirá el próximo porvenir...

las masas. En todo el país se inició un período de bolchevización de los Soviets. Los bolcheviques volvieron a lanzar la consigna «¡Todo el poder a los Soviets!» (Nota de la edición rusa).

AL COMITÉ CENTRAL DEL POSDR¹

Es posible que estas líneas lleguen con retraso, pues los acontecimientos se desarrollan a veces con una velocidad verdaderamente vertiginosa. Escribo esto el miércoles 30 de agosto; los destinatarios lo leerán no antes del viernes 2 de septiembre, pero con todo y eso, creo mi deber escribir lo siguiente:

La sublevación de Kornílov representa un viraje de los acontecimientos en extremo inesperado (inesperado por el momento y por la forma) e increíblemente brusco.

Como todo viraje brusco, exige una revisión y un cambio de táctica. Y como con toda revisión, con esta hay que ser muy prudentes para no caer en una falta de principios.

A mi juicio, incurren en una falta de principios quienes (como Volodarski) descienden hasta las posiciones del defensismo o (a modo de otros bolcheviques) hasta el *bloqueo* con los eseristas, hasta el *apoyo* al Gobierno provisional. Esto es archiequivocado, es una falta de principios. Nos haremos defensistas *solo después* de que el poder pase al proletariado, *después* de proponer la paz, *después* de romper con los tratados secretos y los vínculos con los bancos, y *solo después*. Ni la caída de Riga *ni la caída de Petrogrado* nos harán defensistas. (Rogaría que se dé a leer esto a Volodarski). Hasta entonces estaremos por la revolución proletaria, contra la guerra y *no* seremos defensistas.

Nosotros no debemos apoyar al gobierno de Kerenski *ni siquiera ahora*. Es una falta de principios. Preguntarán: ¿entonces no debemos luchar contra Kornílov? ¡Por cierto que sí! Pero no es lo mismo; hay un límite; y ese límite lo trasponen algunos bolcheviques

¹ Escrito el 30 de agosto (12 de septiembre), fue publicado por primera vez el 7 de noviembre de 1920 en el número 250 de *Pravda*.

cayendo en una «posición conciliadora», dejándose *arrastrar* por la corriente de los acontecimientos.

Vamos a combatir y combatimos a Kornílov, *como lo hacen las tropas* de Kerenski, pero nosotros no apoyamos a Kerenski, sino que desenmascaramos su debilidad, esa es la diferencia. Es una diferencia bastante sutil, pero archiesencial y no se la puede olvidar.

¿En qué consiste el cambio de nuestra táctica después de la sublevación de Kornílov?

En que cambiamos la forma de nuestra lucha contra Kerenski. Sin debilitar un ápice nuestra hostilidad contra él, sin retirar una sola palabra dicha en su contra, sin renunciar al objetivo de derribar a Kerenski, decimos: hay que *tomar en cuenta* el momento; no vamos a derrocar a Kerenski en seguida; ahora encararemos *de otra manera* la tarea de luchar contra él, o más precisamente, haciendo ver al pueblo (que lucha contra Kornílov) la *debilidad* y las *vacilaciones* de Kerenski. También antes hacía esto, pero ahora pasa a ser lo *fundamental*; en esto consiste el cambio.

Luego, el cambio consiste en que ponemos en un *primer plano* el intensificar la agitación en favor de lo que podríamos llamar «exigencias parciales» a Kerenski: que arreste a Miliukov, que arme a los obreros de Petrogrado, que llame a las tropas de Kronstadt, de Víborg y de Helsingfors a Petrogrado, que disuelva la Duma de Estado, que arreste a Rodzianko, que legalice la entrega de las tierras de los terratenientes a los campesinos, que implante el control obrero sobre el trigo y las fábricas, etc. Y estas exigencias no las debemos presentar solo a Kerenski, *no tanto* a Kerenski como a los obreros, soldados y campesinos, *ganados* por la marcha de la lucha contra Kornílov. Seguir *animándolos*, alentarlos a que liquiden a los generales y oficiales que se han pronunciado a favor de Kornílov, insistir en que *ellos* exijan de inmediato la entrega de la tierra a los campesinos, sugerirles a *ellos* la idea sobre la necesidad de arrestar a Rodzianko y a Miliukov, de disolver la Duma de Estado, clausurar *Riech* y otros periódicos burgueses e iniciar una investigación judicial. A los eseristas de «izquierda» es a quienes más hay que empujar en esta dirección.

Sería incorrecto pensar que nos hemos *alejado* del objetivo de la conquista del poder por el proletariado. No. Nos hemos acercado

extraordinariamente a él, pero *no en forma directa*, sino de costado. Y hay que hacer agitación *en este mismo instante*, no tanto directamente contra Kerenski, como *indirectamente*, pero también contra él, esto es: exigiendo una guerra activa, muy activa, auténticamente revolucionaria contra Kornílov. El solo desarrollo de esta guerra puede conducirnos al poder, pero en la propaganda hay que *hablar* poco de eso (recordando firmemente que mañana mismo los acontecimientos nos pueden colocar en el poder, y entonces no lo dejaremos escapar). Me parece que debería comunicarse esto en una carta (no en la prensa) a las comisiones de agitación y propaganda y, en general, a los miembros del Partido. Hay que luchar despiadadamente contra las frases acerca de la defensa del país, del frente único de la democracia revolucionaria, del apoyo al Gobierno provisional, etc., demostrando precisamente que no son sino *frases*. Ahora, hay que decirles, es el momento de obrar: ustedes, señores eseristas y mencheviques, hace tiempo que han gastado estas frases. Ahora es el momento de *obrar*. La guerra contra Kornílov hay que hacerla de manera revolucionaria, atrayendo a las masas, levantándolas, inflamándolas, enardeciéndolas (y Kerenski *teme* a las masas, *teme* al pueblo). En la guerra contra los alemanes, ahora precisamente es necesario *obrar: de inmediato y de una manera absoluta* hay que proponer la *paz* sobre la base de condiciones *precisas*. De hacer esto se *podrá* lograr, ya sea una pronta paz, ya sea transformar la guerra en revolucionaria; de otro modo, todos los mencheviques y eseristas seguirán siendo lacayos del imperialismo.

P. S.: Habiendo leído, después de escribir esto, seis números de *Rabochi*², debo decir que coincidimos plenamente. Saludo de todo corazón los magníficos editoriales, el resumen de la prensa y los artículos firmados por V. M-n y Vol-i. Sobre el discurso de Volodarski leí su carta a la Redacción; esa carta también «anula» mis reproches. Nuevamente, mis mejores votos y saludos.

² *El Obrero*, órgano central del Partido Bolchevique; sustituyó a *Pravda* luego de su clausura. Se publicó entre el 25 de agosto (7 de septiembre) y el 2 (15) de septiembre de 1917.

ACERCA DE LOS COMPROMISOS¹

Llámanse compromiso, en política, a la concesión hecha ante ciertas exigencias, a la renuncia de una parte de las propias reivindicaciones en virtud de un acuerdo con otro partido.

La idea que el vulgo tiene habitualmente de los bolcheviques, sostenida por las calumnias de la prensa, consiste en que estos nunca se prestan a compromiso alguno con nadie.

Tal idea es halagüeña para nosotros, como Partido del proletariado revolucionario, pues demuestra que hasta nuestros enemigos se ven obligados a reconocer nuestra fidelidad a los principios fundamentales del socialismo y de la revolución. Pero con todo, hay que decir la verdad: esa idea no corresponde a los hechos. Engels estaba en lo cierto cuando en su crítica del manifiesto de los blanquistas de la Comuna (en el año 1873) ridiculizaba la declaración de éstos: «¡Ningún compromiso! Esto es una frase —decía él—, pues los compromisos de un partido que lucha son a menudo impuestos inevitablemente por las circunstancias y es absurdo renunciar de una vez para siempre “a cobrarse la deuda por partes”»². El deber de un partido auténticamente revolucionario no consiste en proclamar imposible la renuncia a cualquier compromiso, sino en saber cumplir fielmente *a través de todos los compromisos* —en la medida en que sean inevitables— con sus principios, su clase, su misión revolucionaria, su obra de preparar la revolución y de educar a las masas populares para triunfar en la revolución.

¹ Escrito entre el 1 y el 3 (14 y 16) de septiembre. Fue publicado el 6 (19) en el número 3 de *Rabochi Put*.

² F. Engels. *El programa de los emigrados blanquistas de la Comuna*.

Por ejemplo: participar en la III y IV dumas era un compromiso, una renuncia temporal a las reivindicaciones revolucionarias. Pero era un compromiso absolutamente forzoso, pues la correlación de fuerzas descartaba para nosotros, por un cierto tiempo, la lucha revolucionaria de masas, y para su larga preparación era *necesario* saber trabajar aun *desde dentro* de una «pocilga» semejante. La historia demostró que tal planteamiento del problema por los bolcheviques, como partido, era correcto.

Ahora el problema inmediato no es un compromiso impuesto, sino un compromiso voluntario.

Nuestro Partido, como cualquier otro partido político, aspira conquistar la dominación política *para sí*. Nuestra meta es la dictadura del proletariado revolucionario. Seis meses de revolución han confirmado con extraordinaria claridad, fuerza y elocuencia, lo justo e inevitable de tal exigencia, en interés precisamente de la revolución *dada*, pues al pueblo no le es posible obtener de otro modo ni una paz democrática, ni la tierra para los campesinos, ni una completa libertad (una república plenamente democrática). El curso de los acontecimientos en el medio año de nuestra revolución, la lucha de clases y de los partidos, el desarrollo de las crisis del 20-21 de abril, del 9-10, 18-19 de junio, 3-5 de julio y 27-31 de agosto, lo demostraron y revelaron así.

Ahora se ha producido en la revolución rusa un viraje tan brusco y original que, como partido, podemos proponer un compromiso voluntario, es cierto que no a la burguesía, nuestro directo y principal enemigo de clase, sino a nuestros adversarios más próximos, los partidos «dirigentes» de la democracia pequeñoburguesa, los eseristas y mencheviques.

Como una mera excepción, únicamente forzados por una situación especial que, evidentemente, se mantendrá solo por un breve tiempo, podemos proponer un compromiso a esos partidos y, a mi juicio, debemos hacerlo.

Es un compromiso por nuestra parte retornar a nuestra reivindicación de antes de julio: todo el poder a los Soviets, formación de un gobierno constituido por eseristas y mencheviques, responsable ante los Soviets.

Ahora, solo ahora, y quizás *apenas durante unos pocos días* o por una o dos semanas, un gobierno de ese tipo podría crearse y afianzarse de un modo completamente pacífico. Podría garantizar muy probablemente un movimiento pacífico de avance de toda la revolución rusa y ofrecería extraordinarias probabilidades de que el movimiento mundial adelante a grandes pasos hacia la paz y hacia el triunfo del socialismo.

Solo en nombre de este desarrollo pacífico de la revolución, posibilidad *extraordinariamente* rara en la historia y *extraordinariamente* valiosa, exclusivamente rara, solo en nombre de ella, pueden y deben, a mi parecer, los bolcheviques, partidarios de la revolución mundial y de los métodos revolucionarios, aceptar tales compromisos.

El compromiso consistiría en que los bolcheviques, sin pretender una participación en el gobierno (imposible para un internacionalista si no se realizan efectivamente las condiciones de la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres), renunciarían a exigir de inmediato el paso del poder al proletariado y a los campesinos pobres y a los métodos revolucionarios de lucha por esa reivindicación. La condición, de por sí evidente y que no representaría novedad alguna para los eseristas y mencheviques, sería la plena libertad de agitación y la convocatoria de la Asamblea Constituyente, sin nuevas dilaciones, e incluso en un plazo más breve.

Los mencheviques y los eseristas, como bloque gubernamental, consentirían (en el supuesto de que se llegara al compromiso) en constituir un gobierno, íntegra y exclusivamente responsable ante los Soviets, pasando a manos de estos todo el poder también en las provincias. En eso consistiría la «nueva» condición. Pienso que los bolcheviques no propondrían otras condiciones, confiando en que una verdadera y completa libertad de agitación y la inmediata aplicación de nuevos principios democráticos en la composición de los Soviets (nuevas elecciones) y en su funcionamiento, garantizarían de por sí un desarrollo pacífico de la revolución y pondrían *fin pacíficamente* a las luchas partidarias en el seno de los Soviets.

¿Pero quizás esto sea *ya* imposible? Quizás. Pero si existe, aunque no sea más que una probabilidad sobre cien, valdría la pena intentarlo.

¿Qué ganarían ambas partes «contratantes», es decir, los bolcheviques por una parte y el bloque de los eseristas y mencheviques por la otra, con este «compromiso»? Si *ninguna* de las dos partes ganara nada, sería necesario reconocer la imposibilidad del compromiso y entonces no habría para qué hablar de ello. Por más difícil que sea ahora (después de julio y agosto, dos meses que equivalen a dos décadas de época «pacífica» y soñolienta) ese compromiso, me parece que existe una pequeña probabilidad de llevarlo a cabo, y esa probabilidad está dada por la decisión de los eseristas y mencheviques de no entrar en un gobierno del que formen parte los demócratas constitucionalistas.

Los bolcheviques saldrían ganando, pues obtendrían la posibilidad de realizar, con entera libertad, la propaganda de sus opiniones y, en condiciones efectiva y enteramente democráticas, procurar influencia en los Soviets. De palabra, «todos» reconocen hoy esa libertad a los bolcheviques. Pero en la práctica ella es *imposible* bajo un gobierno burgués o con participación de la burguesía, bajo un gobierno que no sea soviético. Bajo un gobierno soviético esa libertad sería *posible* (no decimos: garantizada con seguridad, pero, con todo, posible). Por esa posibilidad, en un momento tan difícil, habría que decidirse a un compromiso con la mayoría soviética actual. Con una verdadera democracia nada tenemos que temer, puesto que la vida está de nuestra parte y aun la forma en que se desarrollan las corrientes dentro de los partidos de los eseristas y de los mencheviques, hostiles a nosotros, confirma que estamos en lo justo.

Los mencheviques y los eseristas ganarían al recibir de inmediato la plena posibilidad de realizar el programa de su bloque, apoyándose a sabiendas en la enorme mayoría del pueblo y asegurándose la utilización «pacífica» de su mayoría en los Soviets.

Por cierto que desde ese bloque, heterogéneo por ser bloque, como también porque la democracia pequeñoburguesa es *siempre* menos homogénea que la burguesía y que el proletariado, se alzarían probablemente dos voces.

Una voz diría: nuestro camino de ningún modo coincide con el de los bolcheviques, el del proletariado revolucionario. Éste, de todos modos, exigirá más de la cuenta y arrastrará demagógicamente

a los campesinos pobres. Exigirá la paz y la ruptura con los aliados. Eso es imposible. Estamos más próximos y más seguros con la burguesía, pues no nos hemos separado de ella, sino que por un breve tiempo *hemos reñido* con ella y tan solo por el incidente de Kornílov. Hemos reñido, pero ya nos reconciliaremos. Además, los bolcheviques no nos hacen ninguna «concesión», puesto que los intentos de insurrección de su parte ya están de todos modos condenados a la derrota, como la Comuna de 1871.

Otra voz diría: referirse a la Comuna es muy superficial y hasta tonto, pues, en primer lugar, algo han aprendido los bolcheviques desde 1871, y ahora no dejarían de apoderarse de los bancos y no vacilarían en marchar sobre Versalles; y en tales condiciones hasta la Comuna podría haber triunfado. Además, la Comuna no podía ofrecer al pueblo en seguida todo lo que podrán ofrecerle los bolcheviques si obtienen el poder, a saber: la tierra a los campesinos, la propuesta inmediata de paz, un control verdadero sobre la producción, una paz honesta con los ucranianos, con los finlandeses, etc. Hablando en términos vulgares, los bolcheviques tienen diez veces más «cartas de triunfo» en sus manos que la Comuna. En segundo lugar, la Comuna significa de todos modos una penosa guerra civil, un largo estancamiento del desarrollo cultural pacífico; después de ella, facilita las operaciones y las maniobras de todos los Mac-Mahon y Kornílov y tales operaciones amenazan a toda nuestra sociedad burguesa. ¿Es sensato correr el riesgo de una Comuna?

Pero la Comuna será inevitable en Rusia si no tomamos el poder, si las cosas siguen en la misma situación difícil en que estuvieron desde el 6 de mayo hasta el 31 de agosto. Todo obrero y soldado revolucionario inevitablemente pensará en la Comuna, tendrá fe en ella, inevitablemente intentará llevarla a cabo, razonando así: el pueblo perece, la guerra, el hambre, la ruina prosiguen su marcha. Solo en la Comuna está la salvación. Peceremos, moriremos todos, pero llevaremos a la realidad la Comuna. Tales pensamientos son ineludibles en los obreros y ahora no se logrará vencer a la Comuna tan fácilmente como en 1871. La Comuna rusa tendrá en todo el mundo aliados cien veces más fuertes que en 1871... ¿Es sensato que corramos el riesgo de una Comuna? Tampoco puedo

aceptar que los bolcheviques en el fondo no nos concedan nada con su compromiso. Pues en todos los países civilizados, los ministros inteligentes atribuyen un gran valor a todo acuerdo, por pequeño que sea, con el proletariado durante la guerra. Le reconocen un valor muy, muy grande. Se trata de gente práctica, de auténticos ministros. Los bolcheviques se fortalecen con bastante rapidez, a pesar de las represiones, a pesar de la debilidad de su prensa... ¿Es sensato que corramos el riesgo de una Comuna?

Tenemos una mayoría asegurada, todavía no está tan cercano el despertar del campesinado pobre; tenemos tiempo suficiente. No creo que en un país esencialmente campesino, la mayoría siga a los extremistas. Y contra una mayoría segura, en una república verdaderamente democrática, la insurrección es imposible. Así hablaría la segunda voz.

Quizá se encuentre una tercera voz, entre algunos partidarios de Mártov o de Spiridónova que diga: me indigna, «camaradas», que ambos, al razonar acerca de la Comuna y de la posibilidad de su existencia, se coloquen sin vacilar al lado de sus adversarios, el uno en una forma y el otro en otra, pero ambos están de parte de aquellos que aplastaron a la Comuna. No iré a hacer agitación por la Comuna, no puedo de antemano prometer que combatiré en sus filas como lo hará todo bolchevique, pero debo decir con todo que si la Comuna surge a *pesar* de mis esfuerzos, antes ayudaré a sus defensores que a sus adversarios...

La discordancia en el «bloque» es grande e inevitable, pues en la democracia pequeñoburguesa está representado un mundo de matices, desde un completo burgués plenamente ministeriable³ hasta un semimendigo, no del todo apto aún para adoptar el punto de vista del proletariado. Y nadie sabe cuál va a ser, en cada momento dado, la realidad de esa discordancia.

³ Táctica «ministerialista». «Ministerialismo» (llamado también «socialismo ministerial» o «millerandismo»): táctica oportunista de participación de los socialistas en los gobiernos reaccionarios burgueses. El término surgió en 1899, cuando el socialista francés Millerand entró a formar parte del gobierno burgués de Waldeck-Rousseau (Nota en la edición rusa).

Las líneas precedentes fueron escritas el viernes 1º de septiembre y, debido a circunstancias casuales (la historia dirá que bajo Kerenski no todos los bolcheviques gozaban del derecho de fijar libremente su residencia), no llegaron a la Redacción ese mismo día. Y después de haber leído los periódicos del sábado y los de hoy, me digo: quizás sea demasiado tarde para proponer un compromiso. Quizás hayan pasado *también* los pocos días en que era posible *todavía* un desarrollo pacífico. Sí, todo indica que han pasado ya⁴. Kerenski se irá, de uno u otro modo, *del* partido de los eseristas, *se alejará* de los eseristas y se afianzará con ayuda de los burgueses *sin* los eseristas, gracias a la inacción de estos... Sí, todo indica que han pasado *ya* los días en que se había hecho ocasionalmente posible el camino del desarrollo pacífico. Solo me resta enviar estas notas a la Redacción rogándole que las encabece así: *Pensamientos tardíos*... A veces, quizás, puede ser de cierto interés conocer algunos pensamientos tardíos.

⁴ Después de aplastada la sublevación de Kornílov, cuando se planteó el problema de la formación del nuevo Gobierno provisional, los mencheviques y eseristas acordaron no entrar en el gobierno con los demócratas constitucionalistas. La crisis gubernamental se resolvió mediante la formación de un Directorio de cinco personas (Kerenski, Teréschenko, Verjovski, Verderevski y Nikitin). Aunque en el Directorio no figuraban representantes oficiales de los demócratas constitucionalistas, fue constituido como resultado de las negociaciones sostenidas con ellos entre bastidores. En la reunión celebrada por el Comité Ejecutivo Central de toda Rusia el 2 (15) de septiembre de 1917, los mencheviques y eseristas propusieron se apoyara al Directorio, ayudando así a los terratenientes y capitalistas a retener el poder en sus manos (Nota de la edición rusa).

UNO DE LOS PROBLEMAS FUNDAMENTALES DE LA REVOLUCIÓN¹

El problema fundamental de toda revolución es, indudablemente, el problema del poder estatal. Lo decisivo es cuál clase tiene el poder. Por eso, cuando el periódico del principal partido gubernamental en Rusia, *Dielo Naroda*, se quejaba hace poco (núm. 147) de que por discutir acerca del poder se olvidaba el problema de la Asamblea Constituyente y el problema del pan. Debería haberse respondido a los eseristas: quédense de ustedes mismos. Porque son precisamente las vacilaciones, la indecisión de su partido, las que más han contribuido a que se prolongue ese «carrusel ministerial», a que se postergue sin término la Asamblea Constituyente y a que los capitalistas hagan fracasar las medidas adoptadas y fijadas para el monopolio del trigo y el abastecimiento de pan del país.

No se puede esquivar ni apartar el problema del poder, pues es precisamente el problema fundamental que lo determina todo en el desarrollo de la revolución, en su política exterior e interior. El hecho de que nuestra revolución «haya gastado en vano» seis meses de vacilaciones respecto a la organización del Poder, es indiscutible y está determinado por la política vacilante de los eseristas y de los mencheviques. Pero, a su vez, la política de estos partidos se ha determinado, en última instancia, por la posición de clase de la pequeña burguesía, por su inestabilidad económica en la lucha entre el capital y el trabajo.

El interrogante reside ahora en saber si la democracia pequeñoburguesa ha aprendido algo o no en estos tan importantes seis meses, extraordinariamente ricos en contenido. Si la respuesta es negativa, entonces la revolución ha perecido y solo una insurrección

¹ Publicado en el número 10 de *Rabochi Put* el 14 (27) de septiembre.

victoriosa del proletariado podrá salvarla. Si la respuesta es afirmativa, hay que empezar con la inmediata creación de un poder firme y estable. Durante una revolución popular, que despierta a la vida a las masas, a la mayoría de los obreros y campesinos, solo puede ser estable un poder que se apoye de modo seguro e indudable en la mayoría de la población. Hasta el momento el poder estatal permanece de hecho en Rusia en manos de la burguesía, que se ve obligada a hacer únicamente concesiones parciales (para empezar a retirarlas al día siguiente), repartir promesas (para no cumplirlas), rebuscar todas las maneras posibles de encubrir su dominio (para engañar al pueblo con la apariencia de una «coalición honesta») y así sucesivamente. De palabra, un gobierno revolucionario, democrático, popular; en la práctica, un gobierno burgués, contrarrevolucionario, antidemocrático y antipopular: ahí está la contradicción que ha existido hasta el presente y el origen de la total inestabilidad y de las vacilaciones del poder, de todo ese «carrusel ministerial» en el que los señores eseristas y mencheviques se divirtieron con tan lamentable (para el pueblo) empeño. O la dispersión de los Soviets y su muerte sin pena ni gloria, o todo el poder a los Soviets: esto lo dije ante el Congreso de los Soviets de toda Rusia a principios de junio de 1917, y la historia de julio y agosto ha confirmado lo justo de estas palabras en forma harto convincente. El Poder de los Soviets es el único que puede ser estable y apoyarse a ciencia cierta en la mayoría del pueblo, por más que mientan los lacayos de la burguesía tales como Potréssov, Plejánov y otros, que llaman «ampliación de la base» del poder a su traspaso efectivo a manos de una minoría insignificante del pueblo, a la burguesía, a los explotadores.

Solo el poder soviético podría ser estable, solo a él no se le podría derrocar aun en los momentos más agitados de la revolución más violenta; solo ese poder podría garantizar un desarrollo continuo y amplio de la revolución, una lucha pacífica de los partidos dentro de los Soviets. Mientras un poder así no esté creado, son inevitables la indecisión, la inestabilidad, las vacilaciones, las interminables «crisis del poder», la comedia sin desenlace del carrusel ministerial, los estallidos de derecha y de izquierda.

Pero la consigna «El poder a los Soviets» se entiende, con mucha frecuencia, si no en la mayoría de los casos, de una manera

completamente equivocada, en el sentido de «un ministerio formado con los partidos mayoritarios de los Soviets»; y en esta opinión profundamente equivocada desearíamos detenernos con más detalle.

«Un ministerio formado con los partidos mayoritarios de los Soviets» implica un cambio de personas en el cuerpo ministerial, conservando intangible todo el viejo aparato del poder gubernamental, aparato íntegramente burocrático, íntegramente no democrático, incapaz de llevar a cabo reformas serias que constan incluso en los programas de los eseristas y de los mencheviques.

«El poder a los Soviets» significa una transformación radical de todo el viejo aparato del Estado, aparato burocrático que frena todo lo que es democrático; significa la eliminación de dicho aparato y su reemplazo por otro nuevo, popular, o sea, auténticamente democrático, el de los Soviets, que implica una mayoría organizada y armada del pueblo: obreros, soldados y campesinos; significa ofrecer la iniciativa y la independencia a la mayoría del pueblo no solo en la elección de los diputados, sino también en la administración del Estado y en la realización de reformas y transformaciones.

Para hacer más clara y palpable esta diferencia recordemos una valiosa confesión hecha hace algún tiempo por el periódico del partido gubernamental —el eserista—, *Dielo Naroda*. Aun en aquellos ministerios —decía el diario— que fueron entregados a los ministros socialistas (esto se escribía durante la decantada coalición con los demócratas-constitucionalistas, cuando los mencheviques y los eseristas eran ministros), aun en ellos quedó todo el viejo aparato administrativo, el cual frena toda la labor.

Es comprensible. Toda la historia de los países parlamentarios burgueses y, en medida considerable, la de los países burgueses constitucionales demuestra que un cambio ministerial significa muy poco, pues la labor administrativa real está en manos de un ejército gigantesco de funcionarios. Y este ejército está impregnado de un espíritu antidemocrático, está ligado por miles de hilos con los terratenientes y la burguesía, dependiendo de ambos en todas las formas imaginables. Este ejército está rodeado por una atmósfera de relaciones burguesas, solo respira ese aire, se ha congelado, encalecido, anquilosado; no tiene fuerzas para liberarse de esa atmósfera,

no puede pensar, sentir ni obrar de otro modo que no sea a la manera antigua. Este ejército está ligado por relaciones de respeto a la jerarquía, por determinados privilegios del servicio «del Estado», y sus cuadros superiores están totalmente supeditados, por medio de las acciones y de los bancos, al capital financiero y vienen a ser, en cierta medida, sus agentes, los defensores de sus intereses y vehículos de su influencia.

El intento de llevar a cabo, por medio de ese aparato estatal, transformaciones tales como la supresión de la propiedad terrateniente sin indemnización o el monopolio del trigo, etc., es una mera ilusión, el más grande autoengaño y el mayor engaño del pueblo. Ese aparato puede servir a la burguesía republicana, creando una república a modo de «una monarquía sin monarcas», tal como la tercera República en Francia, pero un aparato estatal de este tipo es absolutamente incapaz de llevar a cabo reformas que no solo aniquilen, sino que ni siquiera cercenen o limiten seriamente los derechos del capital, los derechos de la «sagrada propiedad privada». Por eso resulta siempre que, con todos los posibles ministerios «de coalición» donde participan «socialistas», dichos socialistas vienen a ser, en la práctica, aun en el caso de una completa prohibición por parte de algunos de ellos, un simple adorno o pantalla del gobierno burgués, un pararrayos de la indignación popular provocada por ese gobierno, un instrumento del gobierno para engañar a las masas. Tal fue el caso de Louis Blanc en 1848; así sucedió desde entonces decenas de veces en Inglaterra y Francia, al participar los socialistas en el gobierno; así fue con los Chernov y los Tsereteli en 1917; así fue y así será mientras se mantenga el orden burgués y se conserve inviolable el viejo aparato estatal burgués y burocrático.

Los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos son muy valiosos precisamente porque representan un tipo de aparato estatal nuevo inmensamente más elevado, incomparablemente más democrático. Los eseristas y los mencheviques hicieron todo lo posible, y lo imposible, para transformar los Soviets (especialmente el de Petrogrado y el de toda Rusia, es decir, el Comité Ejecutivo Central) en corrillos de charlatanes, que se ocupaban, so pretexto de «control», de adoptar impotentes resoluciones y expresar deseos

que el gobierno, con la más cortés y amable de las sonrisas, colocaba bajo carpeta. Pero bastó la «bocanada de aire fresco» del movimiento de Kornílov, que anunciaba una buena tormenta, para que el aire viciado del Soviet se purificara por un tiempo y la iniciativa de las masas revolucionarias empezara a revelarse como algo grandioso, potente e invencible. Que aprendan con este ejemplo histórico todos los incrédulos. Que se avergüencen los que dicen: «no tenemos un aparato que pueda remplazar al viejo, que ineluctablemente tiende a defender a la burguesía». Ese aparato existe. Son los Soviets. No teman la iniciativa e independencia de las masas, confiense a sus organizaciones revolucionarias y verán en todos los aspectos de la vida estatal la misma fuerza, grandiosidad, invencibilidad que los obreros y los campesinos revelaron en su unificación y en su ímpetu contra el movimiento de Kornílov.

Falta de fe en las masas, miedo a su iniciativa, miedo a que actúen por sí mismas, estremecimiento ante su energía revolucionaria, en lugar de un apoyo total y sin reservas: tales han sido los mayores pecados de los jefes eseristas y mencheviques. Allí está una de las raíces más profundas de su indecisión, de su vacilación, de sus interminables e infinitamente estériles intentos de verter vino nuevo en los viejos odres del viejo aparato estatal, burocrático.

Tomemos la historia de la democratización del ejército en la revolución rusa de 1917, la historia del ministerio de Chernov, la historia del «reinado» de Palchinski, la historia de la dimisión de Peshejónov y verán a cada paso la confirmación más palpable de lo dicho anteriormente. La falta de confianza en las organizaciones elegidas por los soldados, la falta de aplicación absoluta del principio de elegibilidad de los superiores por los soldados, hizo que los Kornílov, los Kaledin y los oficiales contrarrevolucionarios se encontraran a la cabeza del ejército. Esto es un hecho. Y quien no cierra los ojos no puede dejar de ver que, después del movimiento de Kornílov, el gobierno de Kerenski *deja todo como antes*, de hecho, restaura dicho movimiento. El nombramiento de Alexéiev, la «paz» con los Klembovski, Gagarin, Bagratión y otros kornilovistas, la blandura en el trato al mismo Kornílov y a Kaledin, demuestra a las claras que, en la práctica, Kerenski restaura la korniloviada.

No hay término medio. La experiencia ha demostrado que no lo hay. O bien todo el poder a los Soviets y la total democratización del ejército, o bien la korniloviada.

¿Y la historia del ministerio de Chernov? ¿Acaso no ha demostrado que todo paso más o menos serio encaminado a satisfacer de veras las necesidades de los campesinos, todo paso que atestigua la confianza depositada en ellos, en sus propias organizaciones y acciones de masas despertó un extraordinario entusiasmo entre todos los campesinos? Chernov, durante casi cuatro meses, tuvo que «regatear» con los demócratas constitucionalistas y los altos funcionarios, quienes por medio de interminables dilaciones y enredos le obligaron a dimitir sin haber hecho nada. Los terratenientes y capitalistas, por esos cuatro meses y durante esos cuatro meses «ganaron la partida», salvaron el sistema de la propiedad de los terratenientes, aplazaron la convocatoria a la Asamblea Constituyente y hasta iniciaron una serie de represiones contra los comités agrarios.

No hay término medio. La experiencia ha demostrado que no lo hay. O bien todo el poder a los Soviets, tanto en el centro como en las provincias, toda la tierra a los campesinos de inmediato hasta tanto decida la Asamblea Constituyente, o bien los terratenientes y capitalistas frenarán todo, restablecerán el poder terrateniente, irritarán a los campesinos y harán desembocar las cosas en un levantamiento campesino terrible.

Otro tanto ocurre con el sabotaje de los capitalistas (con ayuda de Palchinski) contra cualquier control más o menos serio sobre la producción, con el sabotaje de los comerciantes contra el monopolio del trigo, y el de Peshejónov contra el comienzo de la distribución democrática, regulada, del pan y de los comestibles.

Ahora en Rusia no se trata en modo alguno de idear «nuevas reformas» para «planear» transformaciones «universales». Nada de eso. Así presentan el asunto, de un modo a todas luces falso, los capitalistas, los Potréssov, los Plejánov, que claman contra la «implantación del socialismo», contra la «dictadura del proletariado». La verdadera situación en Rusia es tal que el peso y los sufrimientos indecibles de la guerra, la inaudita y terrible amenaza de un desbarajuste económico sin precedentes y del hambre sugirieron por sí mismos la sa-

lida, por sí mismos fijaron, y no tan solo fijaron, sino que también promovieron como absolutamente impostergables las reformas y las transformaciones: el monopolio del trigo, el control sobre la producción y la distribución, la restricción de la emisión de papel moneda, un intercambio justo de cereales y mercancías, etc.

Las medidas de tal género, tomadas en ese sentido, han sido reconocidas por todos como inevitables y han empezado a adoptarse en muchos lugares y en los dominios más diversos. Han empezado ya, pero las frena y las ha frenado en todas partes la resistencia de los terratenientes y de los capitalistas; una resistencia que se materializa a través del gobierno de Kerenski (gobierno, en la práctica, enteramente burgués y bonapartista), del aparato burocrático del viejo Estado y de la presión directa e indirecta del capital financiero ruso y «aliado».

No hace mucho, I. Prilezháiev, en *Dielo Naroda* (núm. 147), lamentaba la dimisión de Peshejónov y el fracaso de los precios fijos, la quiebra del monopolio del trigo:

Lo que faltó a nuestros gobiernos, cualquiera que haya sido su composición, fue audacia y decisión... La democracia revolucionaria no debe esperar; ella misma debe revelar iniciativa e intervenir planificadamente en el caos económico... Es ahí, precisamente, donde hace falta un rumbo firme y un poder decidido.

Lo que es cierto es cierto. Palabras de oro. Solo que el autor no pensó que el problema del rumbo firme, de la audacia y la decisión no es una cuestión personal, sino un problema de la clase capaz de manifestar audacia y decisión. La única clase que puede hacerlo es el proletariado. La audacia y la decisión en el poder, su rumbo firme, no son otra cosa sino la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres. I. Prilezháiev, sin tener él mismo conciencia de ello, suspira por esta dictadura.

¿Qué significaría, en la práctica, esta dictadura? Significaría que la resistencia de los kornilovistas sería aplastada y que la total democratización del ejército quedaría restablecida y consumada. El 99% del ejército sería partidario entusiasta de esta dictadura a los dos días de establecida. Esta dictadura daría la tierra a los campesinos y todo el poder a los comités locales de campesinos; ¿cómo puede

alguien, entonces, si está en su sano juicio, poner en duda que los campesinos apoyarían tal dictadura? Lo que Peshejónov solo prometió («La resistencia de los capitalistas ha sido aplastada»: palabras textuales de Peshejónov en su célebre discurso ante el Congreso de los Soviets), esta dictadura lo aplicaría en la práctica, convirtiéndolo en realidad, sin suprimir las organizaciones democráticas de abastecimiento, de control, etc., que ya han empezado a formarse, sino, al contrario, apoyando, desarrollándolas y eliminando todo lo que impide su funcionamiento.

Solo la dictadura de los proletarios y de los campesinos pobres es capaz de aplastar la resistencia de los capitalistas, de ejercer el poder con una audacia y una decisión verdaderamente grandiosas, asegurarse un apoyo entusiasta, sin reservas y auténticamente heroico de las masas tanto en el ejército como entre los campesinos.

El poder a los Soviets: esto es lo único que podría hacer que el desarrollo ulterior fuese gradual, pacífico y tranquilo y avanzase a la par de la conciencia y las decisiones de la mayoría de las masas populares, a la par de su propia experiencia. El poder a los Soviets: esto significa la entrega total del manejo del país y del control de su economía a los obreros y a los campesinos, a quienes nadie se atrevería a ofrecer resistencia y quienes rápidamente aprenderían con su experiencia, con su propia experiencia, a distribuir acertadamente la tierra, las provisiones y el trigo.

LA CATÁSTROFE QUE NOS AMENAZA Y CÓMO COMBATIRLA¹

EL HAMBRE SE ACERCA

Una catástrofe inevitable se cierne sobre Rusia. El transporte ferroviario se halla en un estado de increíble desorganización, que crece sin cesar. Los ferrocarriles acabarán por paralizarse. La afluencia de materias primas y de carbón a las fábricas quedará interrumpida. Cesará el suministro de trigo. Los capitalistas sabotean (dañan, paran, minan, frenan) deliberada y tenazmente la producción, confiando en que una catástrofe inaudita determinará la bancarrota de la república y de la democracia, de los Soviets y, en general, de las asociaciones proletarias y campesinas, facilitando de ese modo el retorno de la monarquía y la restauración de la omnipotencia de la burguesía y de los terratenientes.

Una catástrofe de proporciones sin precedentes y el hambre nos amenazan inexorables. Todos los periódicos han hablado ya de ello infinidad de veces. Los partidos y los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos han votado un sinnúmero de resoluciones en las que se reconoce que la catástrofe es inevitable, que está ya muy cerca, que se debe mantener contra ella una lucha desesperada, que es necesario que el pueblo haga «esfuerzos heroicos» para conjurar el desastre, etc.

Todo el mundo lo dice. Todo el mundo lo reconoce. Todo el mundo lo hace constar.

Pero no se toma ninguna medida.

Llevamos medio año de revolución. La catástrofe está hoy más cerca. Hemos llegado al paro forzoso en masa. Figúrense: en el

¹ Escrito entre el 10 y 14 (23 y 27) de septiembre. Fue publicado a finales de octubre por la editorial *Pribói*.

país no hay mercancías, el país parece por falta de víveres, por falta de mano de obra, existiendo trigo y materias primas en cantidad suficiente: ¡y en un país que se encuentra en esas condiciones, en un momento tan crítico, vemos a grandes masas en paro forzoso! ¿Se quiere mejor prueba de que durante este medio año de revolución (que algunos califican de gran revolución, pero que, por ahora, sería más justo denominar revolución podrida), con una república democrática, con gran profusión de asociaciones, organismos e instituciones que se intitulan orgullosamente «democrático-revolucionarios», *no* se ha hecho en realidad nada serio, nada absolutamente, contra la catástrofe, contra el hambre? Nos acercamos con celeridad creciente al desastre, pues la guerra no espera, y el desbarajuste originado por ella en todos los dominios de la vida del pueblo se hace más y más profundo.

Sin embargo, basta con fijarse y reflexionar lo más mínimamente para convencerse de que existen los medios necesarios para combatir la catástrofe y el hambre, de que las medidas a tomar son perfectamente claras y sencillas, perfectamente realizables, plenamente asequibles a las fuerzas del pueblo, y que si *no* se toman es *única y exclusivamente* porque su implantación lesionaría las ganancias fabulosas de un puñado de terratenientes y capitalistas.

En efecto. Puede asegurarse que no hallarán ni un solo discurso, ni un solo artículo, sea cual fuere la tendencia del periódico, ni una sola resolución, sea cual fuere la asamblea o institución en que se haya votado, donde no se exponga de modo claro y concreto la medida fundamental y decisiva para luchar contra la catástrofe y contra el hambre, para evitarlas. Esa medida es el control, la vigilancia, la contabilidad, la reglamentación por el Estado, una distribución acertada de la mano de obra en la producción y en la distribución de los productos, el ahorro de las energías del pueblo, la eliminación de todo gasto superfluo de energías, su economía. Control, vigilancia, contabilidad: eso es lo principal en la lucha contra la catástrofe y contra el hambre. Eso es algo indiscutible y admitido por todo el mundo. Pero eso es precisamente lo que no hacen, por miedo a atentar contra la omnipotencia de los terratenientes y los capitalistas, contra sus ganancias desmedidas, inauditas, escandalosas, obtenidas

aprovechando la carestía de la vida y los suministros al ejército (y hoy, directa o indirectamente, casi todos «trabajan» para la guerra), ganancias que todo el mundo conoce, que todo el mundo observa y a propósito de las cuales todo el mundo se lamenta y se escandaliza.

Sin embargo, el Estado no hace nada serio, nada absolutamente, para implantar el control, la contabilidad y la vigilancia.

PASIVIDAD COMPLETA DEL GOBIERNO

En todas partes tiene lugar un sabotaje sistemático, inflexible, de todo control, de toda vigilancia y de toda contabilidad, de todos los intentos del Estado para organizarlos. Y hace falta ser increíblemente ingenuo para no comprender —o profundamente hipócrita para aparentar que no se comprende— de dónde parte ese sabotaje y de qué recursos se vale. Pues ese sabotaje ejercido por los banqueros y los capitalistas, ese *torpedeo* por ellos de todo control, de toda vigilancia y de toda contabilidad, se adapta a las formas estatales de la república democrática, se adapta a la existencia de las instituciones «democrático-revolucionarias». Los señores capitalistas han asimilado perfectamente esa verdad que reconocen de palabra todos los partidarios del socialismo científico, pero que los mencheviques y los eseristas procuraron olvidar tan pronto como sus amigos ocuparon los cómodos sillones de los ministerios, las subsecretarías, etc. Esa verdad dice que la esencia económica de la explotación capitalista no varía en lo más mínimo porque las formas monárquicas de gobierno se sustituyan por las democrático-republicanas, y que, por consiguiente, ocurre todo lo contrario: basta con cambiar la *forma* de la lucha por la intangibilidad y la santidad de las ganancias capitalistas para salvaguardarlas bajo la república democrática con la misma eficacia que bajo la monarquía absoluta.

El sabotaje moderno, novísimo, democrático-republicano de todo control, de toda contabilidad y de toda vigilancia consiste en que los capitalistas reconocen verbalmente «de todo corazón» el «principio» del control y su necesidad (como hacen también, por supuesto, todos los mencheviques y todos los eseristas), pero hacen hincapié en que se implante «paulatinamente», de un modo regular,

según una «reglamentación establecida por el Estado». En realidad, tras estas bellas palabras se oculta el torpedeo del control, su reducción a la nada, a una ficción; se oculta una comedia de control, el aplazamiento de todas las medidas eficaces y de verdadera importancia práctica, la creación de organismos de control indeciblemente alambicados, farragosos, inertes y burocráticos, mediatizados todos ellos por los capitalistas y que no hacen ni pueden hacer nada, absolutamente nada.

Para no hacer afirmaciones gratuitas, nos remitiremos a testimonios de mencheviques y eseristas, es decir, de esos mismos elementos que en los primeros seis meses de revolución han tenido la mayoría en los Soviets, de esos mismos elementos que participaron en el «gobierno de coalición» y que, por ello, son políticamente responsables ante los obreros y los campesinos rusos de su connivencia con los capitalistas y de que éstos hayan frustrado todo control.

El periódico oficial del organismo supremo entre los llamados organismos «con plenos poderes» (¡fuera bromas!) de la democracia «revolucionaria», *Izvestia del CEC* (es decir, del Comité Ejecutivo Central del Congreso de los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos de toda Rusia) publica en su número 164, del 7 de septiembre de 1917, una *disposición* de un organismo especial, creado con fines de control por esos mismos mencheviques y eseristas y que se halla por entero en sus manos. Ese organismo especial es la «Sección de Economía» del Comité Ejecutivo Central. En esa disposición se reconoce oficialmente, como un hecho, «*la absoluta pasividad de los organismos centrales de reglamentación de la vida económica ajenos al Gobierno*».

¿Cabe testimonio más elocuente de la bancarrota de la política menchevique y eserista que este, suscrito por ellos mismos?

La necesidad de reglamentar la vida económica fue ya reconocida bajo el zarismo, habiéndose creado diferentes organismos a ese fin. Pero, bajo el zarismo, el desbarajuste económico hacía progresos cada vez mayores, llegando a alcanzar proporciones monstruosas. Inmediatamente se reconoció que era misión del gobierno republicano, del gobierno revolucionario, adoptar medidas serias y decididas para acabar con el desbarajuste. Al ser formado con el

concurso de los mencheviques y los eseristas, el gobierno de «coalición» prometió al pueblo entero, en su solemnísima declaración del 6 de mayo, que se establecerían el control y la reglamentación estatales. Los Tsereteli y los Chernov, y con ellos todos los líderes mencheviques y eseristas, juraron y rejuraron que ellos no eran solo responsables por la gestión del gobierno sino que, además, los «órganos con plenos poderes de la democracia revolucionaria» por ellos regidos vigilaban y fiscalizaban prácticamente la labor del gobierno.

Desde el 6 de mayo han transcurrido cuatro meses, cuatro largos meses en los que Rusia ha sacrificado cientos de miles de soldados en la absurda «ofensiva» imperialista y en que el desbarajuste y la catástrofe se han aproximado con botas de siete leguas, a pesar de que el verano ofrecía posibilidades extraordinarias para hacer muchas cosas, tanto en el transporte por agua como en la agricultura, en las exploraciones geológicas, etc., ¡¡y al cabo de estos cuatro meses, los mencheviques y los eseristas se ven obligados a confesar oficialmente la «absoluta pasividad» de los organismos de control ajenos al gobierno!!

¡Y hoy (escribimos estas líneas precisamente en vísperas de la apertura de la Conferencia Democrática², convocada para el 12 de septiembre) estos mismos mencheviques y eseristas declaman, con empaque de estadistas hechos y derechos, que aún puede ponerse remedio a la situación, sustituyendo la coalición con los demócratas constitucionalistas por una coalición con los Kit Kítich³ de la industria y del comercio, con los Riabushinski, los Búblikov, los Teréschenko y Compañía!

¿Cómo se explica —nos preguntamos— esta asombrosa ceguera de los mencheviques y los eseristas? ¿Debemos considerar

² Convocada por los mencheviques y eseristas, buscaba debilitar el ascenso de los bolcheviques y el movimiento revolucionario. Se realizó entre el 14 y 22 de septiembre (27 de septiembre al 5 de octubre). En ella se creó un «Anteparlamento», el Consejo Provisional de la República [N del E].

³ Kit Kítich: mote de Tit Títich, rico comerciante de la comedia de A. Ostrovski *Mientras los otros están de fiesta*. Lenin denomina Kit Kítich a los magnates del capital (Nota de la edición rusa).

que como estadistas son niños de pecho, que por su extremo candor y cortos alcances no saben lo que hacen y se equivocan de buena fe? ¿O será que las abundantes poltronas de ministro, subsecretario, gobernador general, comisario, etc., tienen la virtud de producir una ceguera especial, «política»?

LAS MEDIDAS DE CONTROL SON CONOCIDAS DE TODOS Y FÁCILMENTE APLICABLES

Puede surgir la pregunta de si los medios y las medidas de control no son algo extraordinariamente complicado, difícil, jamás experimentado y hasta desconocido. ¿No se deberán las dilaciones a que los estadistas del Partido Demócrata Constitucionalista, de la clase industrial y comercial y de los partidos eserista y menchevique, llevan ya medio año esforzándose a más no poder por indagar, estudiar y descubrir las medidas y los medios de control, sin que hayan podido llegar todavía a una solución del problema, dada su extraordinaria dificultad?

¡No, ni mucho menos! Lo que se quiere es «poner una venda en los ojos» y presentar las cosas de esa forma al *mujik* inculto, ignorante e intimidado y al buen burgués, que cree en todo y no penetra en nada. La realidad es que hasta el zarismo, hasta el «viejo régimen», al crear los comités de la industria de guerra *conocía* la medida fundamental, el medio principal y la vía para ejercer el control: agrupar a la población según sus distintas profesiones, según el objetivo y la rama de su trabajo, etc. Pero el zarismo *temía* que la población se agrupase, y por eso recurría a todos los medios para limitar y obstaculizar artificialmente esa vía y ese medio de control, tan universalmente conocido, tan fácil, tan aplicable.

Todos los Estados beligerantes, que sufren el peso extraordinario y las calamidades de la guerra; que sufren, en mayor o menor grado, el desbarajuste y el hambre, han trazado, fijado, aplicado y probado hace ya mucho *toda una serie* de medidas de control, que se reducen casi todas ellas a agrupar a la población, a crear o fomentar asociaciones de toda clase vigiladas por el Estado, en las que participan sus representantes, etc. Estas medidas de control son

conocidas de todos, y sobre ellas se ha hablado y escrito mucho; las leyes respecto al control dictadas por las potencias beligerantes más adelantadas han sido traducidas al ruso o expuestas con todo detalle en la prensa de nuestro país.

Si *quisiera* realmente aplicar el control de un modo serio y efectivo, si sus organismos no se hubiesen condenado ellos mismos a la «absoluta pasividad», con su servilismo ante los capitalistas, a nuestro Estado le bastaría con tomar a manos llenas —pues se tiene de ellas un copioso depósito— medidas de control ya conocidas y aplicadas. El único obstáculo que se alza en ese camino, obstáculo que los demócratas-constitucionalistas, los eseristas y los mencheviques ocultan al pueblo, era y sigue siendo que el control pondría al descubierto las ganancias fabulosas de los capitalistas y las mermaría.

Para esclarecer mejor esta cuestión importantísima (que en el fondo viene a ser la cuestión del programa de *todo* gobierno realmente revolucionario que quiera salvar a Rusia de la guerra y del hambre), enumeraremos y examinaremos por separado las más importantes medidas de control.

Veremos que a un gobierno, intitulado democrático-revolucionario no solo en tono de burla, le hubiese bastado con decretar (con ordenar, con prescribir), ya en la primera semana de su gestión, la implantación de las principales medidas de control, imponer a los capitalistas que pretendiesen burlar fraudulentamente esas medidas castigos serios, no irrisorios, e invitar a la población a que vigilase ella misma a los capitalistas, a que vigilase si cumplían o no honradamente las disposiciones acerca del control, para que éste hubiese sido implantado en Rusia hace ya tiempo.

He aquí las medidas más importantes:

1. Fusión de todos los bancos en un banco único y control por el Estado de sus operaciones, o nacionalización de los bancos.
2. Nacionalización de los consorcios capitalistas, es decir, de las asociaciones monopolistas más importantes (consorcios del azúcar, del petróleo, del carbón, metalúrgico, etcétera).

3. Abolición del secreto comercial.
4. Sindicación obligatoria (es decir, agrupación obligatoria) de los industriales, los comerciantes y los patronos en general.
5. Organización obligatoria de la población en cooperativas de consumo o fomento y fiscalización de estas organizaciones.

Veamos ahora qué importancia tendría cada una de estas medidas, siempre y cuando se implantase por vía democrático-revolucionaria.

LA NACIONALIZACIÓN DE LOS BANCOS

Los bancos constituyen, como es sabido, centros de la vida económica moderna, los centros nerviosos más importantes de todo el sistema capitalista de economía nacional. Hablar de una «reglamentación de la vida económica» y eludir el problema de la nacionalización de los bancos significa hacer gala de una ignorancia supina o engañar a la «plebe» con frases pomposas y promesas altisonantes, que de antemano se ha resuelto no cumplir.

Es un absurdo querer controlar y regular el suministro de trigo o, en general, la producción y la distribución de los productos, si a la par no se controlan y regulan las operaciones bancarias. Es algo así como lanzarse a la caza de unos kopeks problemáticos y cerrar los ojos a millones de rublos. Los bancos modernos están tan estrecha e indisolublemente entrelazados con el comercio (con el de cereales y con todo el comercio en general) y con la industria, que sin «poner la mano» sobre ellos no puede hacerse absolutamente nada serio, nada «democrático-revolucionario».

Pero, ¿quizá eso de «poner la mano» del Estado sobre los bancos sea una operación muy difícil y complicada? Habitualmente se pinta la cosa así —la pintan así, claro está, los capitalistas y sus abogados, que son los que salen beneficiados con ello— para asustar a los filisteos.

En realidad, la nacionalización de los bancos, que no priva ni de un solo kopek a ningún «propietario», no ofrece absolutamente ninguna dificultad, ni de orden técnico ni de orden cultural, y si

esa medida se demora es *exclusivamente* por la sórdida codicia de un insignificante puñado de ricachones. Si se confunde con tanta frecuencia la nacionalización de los bancos con la confiscación de los bienes privados, la culpa la tiene la prensa burguesa, que propala esa confusión para engañar al público.

La propiedad sobre los capitales con que operan los bancos y que se concentra en ellos, se acredita por medio de certificados impresos o manuscritos, a los que se da el nombre de acciones, obligaciones, letras de cambio, recibos, etc. Con la nacionalización de los bancos, es decir, con la fusión de todos los bancos en un solo banco del Estado, no se anularía ni modificaría ninguno de esos certificados. Quien poseyese quince rublos en su libreta de ahorros seguiría poseyendo los mismos quince rublos después de implantada la nacionalización de los bancos, y quien poseyese quince millones, seguiría poseyéndolos, aun después de tomada esa medida, en forma de acciones, obligaciones, letras de cambio, resguardos de mercancías, etc.

¿En qué estriba, pues, la importancia de la nacionalización de los bancos?

En que es imposible ejercer un verdadero control de diferentes bancos separados y de sus operaciones (aun suponiendo que se suprima el secreto comercial, pues no se puede vigilar el complicadísimo, alambicado y astuto tejemaneje a que se recurre al hacer los balances, al fundar empresas y sucursales ficticias, al hacer intervenir a hombres de paja, etc. Solo la fusión de todos los bancos en un banco único, sin que esto implique la menor modificación en las relaciones de propiedad, sin que, repetimos, se le quite un solo kopek a ningún propietario, ofrece la *posibilidad* de implantar un control efectivo, naturalmente, siempre y cuando se implanten a la par todas las medidas arriba mencionadas. Solo nacionalizando los bancos *podrá conseguirse* que el Estado sepa adónde y cómo, de dónde y cuándo se desplazan los millones y los miles de millones. Y solo este control sobre los bancos, centro, eje principal y mecanismo básico de la circulación capitalista, permitiría llevar a cabo de hecho, y no solo de palabra, el control de toda la vida económica, de la producción y de la distribución de los productos más importantes, la «reglamentación de la vida económica», que de otro modo

está inevitablemente condenada a seguir siendo un tópico de los ministros para engañar a la gente sencilla. Solo el control de las operaciones bancarias, a condición de que se concentren en un solo banco, perteneciente al Estado, permitirá llevar a cabo, previa aplicación de otras medidas fácilmente implementables, la recaudación efectiva del impuesto de utilidades sin que haya ocultaciones de bienes e ingresos pues, hoy día, el impuesto de utilidades sigue siendo, en gran parte, una ficción.

Bastaría tan solo con decretar la nacionalización de los bancos; de realizarla se encargarían sus mismos directores y empleados. Para ello no hace falta ningún aparato especial, ni se requieren tampoco providencias preparatorias especiales por parte del Estado; esa medida puede ser implantada por un simple decreto, «de un solo golpe», pues el propio capitalismo, que en su desarrollo ha llegado hasta a idear las letras de cambio, las acciones, las obligaciones, etc., se ha encargado de crear la posibilidad económica de esa medida. Hecho esto, no restaría *más que unificar la contabilidad*; y si el Estado democrático-revolucionario ordenase que en cada ciudad se convocasen inmediatamente, por telégrafo, asambleas y, en las provincias y por todo el país, congresos de directores y empleados de banca, con objeto de llevar a cabo sin demora la fusión de todos los bancos en un solo banco del Estado, esa reforma sería realizada en el transcurso de unas semanas. Por supuesto, serían precisamente los directores y los altos empleados quienes opondrían resistencia, quienes tratarían de engañar al Estado, de dar largas al asunto, etc., pues esos caballeros, y ahí está el *quid* de la cuestión, perderían puestos muy rentables y la posibilidad de operaciones fraudulentas muy lucrativas. Pero no existe la menor dificultad técnica para la fusión de los bancos, y si el poder del Estado fuese revolucionario no solo de palabra (es decir, si no temiese romper con la inercia y con la rutina), si fuese democrático no solo de palabra (es decir, si obrase en interés de la mayoría del pueblo y no de un puñado de ricachones), bastaría con decretar la confiscación de bienes y el encarcelamiento de los directores, los consejeros y los grandes accionistas en castigo a la menor dilación y a los intentos de ocultar los saldos de cuentas y otros documentos; bastaría con organizar *aparte*, por ejemplo, a los empleados pobres

y premiarlos por todos los fraudes y dilaciones de los ricos que descubrieran, para que la nacionalización de los bancos avanzara lisa y llanamente, con la velocidad de una centella.

La nacionalización de los bancos reportaría enormes ventajas a todo el pueblo, y particularmente no a los obreros (pues los obreros poco tienen que ver con los bancos), sino a la masa de campesinos e industriales modestos. El ahorro de trabajo que ello representaría sería gigantesco, y suponiendo que el Estado conservase el mismo número de empleados de banca que hasta aquí, se habría dado un gran paso en el sentido de universalizar el uso de los bancos, multiplicar sus sucursales, hacer más accesibles sus operaciones, etc. Serían precisamente los *pequeños* propietarios, los campesinos, quienes podrían obtener créditos en condiciones muchísimo más fáciles y accesibles. Y el Estado alcanzaría por vez primera la posibilidad, primero de *conocer*, sin que nadie pudiera ocultárselas, las operaciones financieras más importantes; luego, la posibilidad de *controlarlas*, la posibilidad de *regular* la vida económica y, finalmente, la de *obtener* millones y miles de millones para las grandes operaciones de Estado, sin necesidad de abonar «comisiones» fabulosas por sus «servicios» a los señores capitalistas. Por eso, y solamente por eso, se muestran dispuestos a luchar con toda furia y por todos los medios contra la nacionalización de los bancos, inventando miles de objeciones contra esta medida facilísima y de gran urgencia, todos los capitalistas, todos los profesores burgueses, toda la burguesía y todos los Plejánov, Potréssov y Compañía a su servicio, a pesar de tratarse de una medida que *hasta* desde el punto de vista de la «defensa nacional», es decir, desde el punto de vista militar, significaría una enorme ventaja y reforzaría extraordinariamente la «potencia militar» del país.

Se nos podrá objetar: ¿por qué, entonces, países tan avanzados como Alemania y Estados Unidos practican una excelente «regulación de la vida económica» sin pensar siquiera en la nacionalización de los bancos?

Porque estos dos Estados —contestamos—, aun siendo el uno monarquía y el otro república, son *ambos* Estados no solo capitalistas, sino también imperialistas. Y como tales, implantan las

reformas que necesitan por vía burocrática reaccionaria. Pero nosotros hablamos aquí de la vía democrática revolucionaria.

Esta «pequeña diferencia» tiene una importancia muy sustancial. «No es costumbre», generalmente, pararse a meditar en ella. En nuestro país (y principalmente entre los eseristas y los mencheviques), las palabras «democracia revolucionaria» se han convertido casi en una frase convencional, algo así como la expresión «a Dios gracias», que emplean también muchos que no son tan ignorantes como para creer en Dios, o como la de «respetable ciudadano», que se emplea a veces dirigiéndose incluso a gentes como los colaboradores de *Dien* o de *Edinstvo*, a pesar de que casi todo el mundo se da cuenta de que estos periódicos han sido fundados y son sostenidos por los capitalistas para defender los intereses de los capitalistas y que, por tanto, la colaboración en ellos de quienes se llaman socialistas tiene muy poco de «respetable».

Para quien no emplee las palabras «democracia revolucionaria» como una pomposa frase estereotipada, como un tópico convencional, y se pare a *pensar* en lo que significan, ser demócrata es tener presentes en la práctica los intereses de la mayoría, y no los de la minoría del pueblo; ser revolucionario es demoler del modo más resuelto e implacable todo lo dañoso, todo lo caduco.

En Norteamérica y en Alemania, ni los gobiernos ni las clases gobernantes, que nosotros sepamos, pretenden ostentar el título de «democracia revolucionaria», que reivindican para sí (y prostituyen) nuestros eseristas y nuestros mencheviques.

En Alemania son *cuatro*, en total, los grandes bancos privados que tienen una importancia nacional; en Estados Unidos, *dos* solamente. Para los reyes financieros de estos bancos es más fácil, más cómodo, más ventajoso asociarse privadamente, secretamente, reaccionariamente, y no por procedimientos revolucionarios; burocráticamente, y no por vía democrática; sobornando a los funcionarios del Estado (pues eso es norma general, lo mismo en Estados Unidos *que en Alemania*) y manteniendo el carácter privado de los bancos justamente para poder conservar el secreto de las operaciones; para poder seguir estrujando a ese mismo Estado millones y más millones de «superganancias»; para asegurar fraudulentas manipulaciones financieras.

Tanto Estados Unidos como Alemania «regulan la vida económica» haciendo todo por crear para los obreros (y en parte también para los campesinos) un *presidio militar* y para los banqueros y capitalistas un *paraíso*. Toda su reglamentación consiste en «apretar» a los obreros hasta llevarlos al hambre, mientras que a los capitalistas se les garantizan (bajo cuerda, por vía reaccionaria burocrática) ganancias *más crecidas* que antes de la guerra.

También para la Rusia republicano-imperialista cabe en un todo seguir ese camino. No es otro, en efecto, el que abrazan no solo los Miliukov y los Shingariov, sino también Kerenski, a una con Teréschenko, Nekrásov, Bernatski, Prokopóvich y Compañía, quienes *defienden asimismo*, de un modo burocrático-reaccionario, la «intangibilidad» de los bancos y su derecho sagrado a percibir fabulosas ganancias. Pero digamos la verdad: en la Rusia republicana reglamentarían de buen grado la vida económica por procedimientos burocrático-reaccionarios, si no fuese porque tropiezan «a menudo» con la dificultad que para ello supone la existencia de los Soviets, esos Soviets que el Kornílov número 1 no logró disolver, pero que tratará de disolver el Kornílov número 2...

Tal será la verdad. Y esta verdad sencilla, aunque amarga, contribuirá más a abrir los ojos al pueblo que las mentiras almibaradas sobre «nuestra» «gran» democracia «revolucionaria»...

La nacionalización de los bancos facilitaría extraordinariamente la simultánea nacionalización de los seguros, es decir, la fusión de todas las compañías de seguros en una sola, la centralización de sus actividades, su control por el Estado. Los congresos de empleados de esas compañías se encargarían también en este caso de realizar la fusión inmediatamente y sin ningún género de dificultades, tan pronto como el Estado democrático-revolucionario lo decretase y ordenase a los directores de los consejos de administración y a los grandes accionistas que llevasen a cabo esa fusión sin la menor demora y bajo su estricta responsabilidad personal. Los capitalistas han invertido en los seguros cientos de millones. Todo el trabajo lo hacen los empleados. La fusión de las compañías de seguros haría que bajasen

las primas del seguro, supondría numerosas ventajas y facilidades para todos los asegurados y permitiría aumentar la esfera de actividad de éstos con el mismo gasto de medios y energías. Fuera de la inercia, la rutina y el egoísmo de un puñado de personas colocadas en puestos lucrativos, no hay absolutamente nada que se oponga a esta reforma que, además, vendría a reforzar la «capacidad defensiva» del país, ahorrando trabajo del pueblo y abriendo, no de palabra, sino de hecho, muchas y muy importantes posibilidades para la «regulación de la vida económica».

LA NACIONALIZACIÓN DE LOS CONSORCIOS CAPITALISTAS

El capitalismo se distingue de los antiguos sistemas económicos precapitalistas en que ha creado el más íntimo enlace y la más estrecha interdependencia entre las distintas ramas de la economía nacional. Si no fuese así, sería técnicamente imposible —dicho sea de paso— el menor avance hacia el socialismo. Con su predominio de los bancos sobre la producción, el capitalismo moderno ha llevado a su punto culminante esa interdependencia entre las distintas ramas de la economía nacional. Los bancos se hallan indisolublemente entrelazados con las ramas más importantes de la industria y del comercio. Eso quiere decir, de una parte, que no es posible nacionalizar solo los bancos, sin tomar medidas encaminadas a implantar el monopolio de Estado sobre los consorcios comerciales e industriales (el del azúcar, el del carbón, el del hierro, el del petróleo, etc.), sin nacionalizar estos consorcios. Eso quiere decir, de otra parte, que la regulación de la vida económica, si se lleva a cabo seriamente, exige a un mismo tiempo la nacionalización de los bancos y la nacionalización de los consorcios.

Tomemos, por ejemplo, el consorcio del azúcar. Este consorcio se creó ya bajo el zarismo y dio origen a una gran agrupación capitalista de fábricas magníficamente montadas; y esta asociación, empapada, como es lógico, del espíritu más reaccionario y burocrático, garantizaba a los capitalistas ganancias escandalosas, mientras para los obreros y empleados significaba la absoluta privación de derechos y un régimen de humillación, opresión y esclavitud. Ya entonces el

Estado controlaba y regulaba la producción en interés de los magnates, de los ricachones.

En este caso, *bastaría* con transformar la regulación burocrática reaccionaria en revolucionaria democrática mediante simples decretos que convocasen un congreso de empleados, ingenieros, directores y accionistas, implantasen un sistema único de rendición de cuentas, el control de los sindicatos obreros, etc. Es la cosa más sencilla que puede concebirse, ¡y, sin embargo, no se hace! La república democrática sigue respetando, *de hecho*, la regulación burocrática reaccionaria de la industria del azúcar, y todo sigue como antes: despilfarro de trabajo del pueblo, estancamiento y rutina, enriquecimiento de los Bóbrinski y los Teréschenko. Llamar a la democracia, y no a la burocracia, a los obreros y los empleados, y no a los «reyes del azúcar», a que desplieguen su iniciativa propia: eso es lo que hubiera podido y debido hacerse en unos cuantos días, de un solo golpe, si los eseristas y los mencheviques no hubiesen empañado la conciencia del pueblo con sus planes de «coalición» con esos mismos reyes del azúcar, de esa coalición con los ricachones por cuya causa y en virtud de la cual la «pasividad completa» del gobierno en cuanto a la reglamentación de la vida económica es completamente inevitable⁴.

Fijémonos en la industria del petróleo. Esta industria ha sido ya «socializada» en escala gigantesca por el desarrollo anterior del capitalismo. Dos o tres reyes del petróleo manejan millones y cientos de millones, dedicándose a cortar cupones y a embolsarse ganancias fabulosas de un «negocio» que ya hoy está, de hecho, técnica y socialmente organizado en escala nacional y es dirigido ya por cientos y miles de empleados, ingenieros, etc. La nacionalización de la industria del petróleo puede implantarse *inmediatamente* y es, además, una medida obligada para un Estado democrático-revolucionario, sobre todo si ese Estado atraviesa por una crisis gravísima, en la que urge ahorrar a todo trance trabajo del pueblo

⁴ Escritas estas líneas, leo en la prensa que el gobierno Kerenski implanta el monopolio del azúcar; ¡huelga decir que lo implanta de un modo burocrático reaccionario, sin reunir en congresos a los empleados y obreros, sin publicidad, sin meter en cintura a los capitalistas! (Nota del autor).

y aumentar la producción del combustible. Huelga decir que un control burocrático no serviría de nada ni haría cambiar nada, pues a los Teréschenko y a los Kerenski, a los Avxéntiev y a los Skóbeliev, los «reyes del petróleo» los vencerán con la misma facilidad con que vencían a los ministros zaristas; y lo harán primero con largas, con excusas y promesas y luego con el soborno directo e indirecto de la prensa burguesa (la llamada «opinión pública» a la que tanto «tienen en cuenta» los Kerenski y los Avxéntiev) y de los funcionarios públicos (a quienes los Kerenski y los Avxéntiev dejan tranquilos en sus antiguos puestos en el aparato estatal, hasta ahora intacto, del viejo régimen).

Para hacer algo serio, hay que pasar de la burocracia a la democracia, y hay que pasar por procedimientos verdaderamente revolucionarios, es decir, declarando la guerra a los reyes del petróleo y a los accionistas, decretando la confiscación de bienes y el encarcelamiento de todo el que dé largas a la nacionalización de la industria del petróleo, oculte los ingresos o falsee los balances, sabotee la producción o no adopte las medidas conducentes a elevarla. Hay que apelar a la iniciativa de los obreros y los empleados, convocarlos a ellos inmediatamente a conferencias y congresos y poner en sus manos una determinada parte de las ganancias, a condición de que se hagan cargo del control en todos sus aspectos y velen por el aumento de la producción. Si esos pasos democrático-revolucionarios se hubiesen dado sin dilación, inmediatamente, en abril de 1917, Rusia, uno de los países más ricos del mundo por sus reservas de combustible líquido, hubiese podido hacer mucho, muchísimo, durante el verano, para abastecer por vía acuática al pueblo del combustible necesario.

Ni el gobierno burgués ni el gobierno de coalición eserista-menchevique-democonstitucionalista han hecho absolutamente nada; se han limitado a jugar burocráticamente a las reformas. No se han atrevido a dar un solo paso democrático-revolucionario. Los mismos reyes del petróleo y el mismo estancamiento, el mismo odio de los obreros y empleados contra los explotadores, la misma desorganización, fruto obligado de todo ello; el mismo despilfarro de trabajo del pueblo; todo sigue como bajo el zarismo; ¡lo único

que ha cambiado ha sido el *membrete* de los papeles que salen y entran en las oficinas «republicanas»!

En la industria del carbón, no menos «preparada», por su nivel técnico y cultural, para la nacionalización y administrada con la misma desvergüenza por los saqueadores del pueblo, por los reyes del carbón, podemos registrar numerosos y muy evidentes *hechos* de sabotaje descarado, de franco *deterioro* y paralización de la producción por los industriales. Hasta un órgano ministerial, la *Rabóchaya Gazeta* de los mencheviques, ha tenido que confesar esos casos. ¿Y qué se ha hecho? Absolutamente nada; no se ha hecho más que reunir los antiguos comités «paritarios» burocrático-reaccionarios, ¡formados, en partes iguales, por representantes de los obreros y de los bandidos del consorcio hullero! ¡No se ha dado ni un solo paso democrático-revolucionario; no se ha hecho ni un asomo de tentativa para implantar el único control real, el control *desde abajo*, a través del sindicato de empleados, a través de los obreros, aterrorizando a esos industriales hulleros, que llevan al país a la ruina y paralizan la producción! ¿Cómo se puede hacer eso? «¡Todos» somos partidarios de la «coalición», si no con los demócratasconstitucionalistas, por lo menos con los círculos comerciales e industriales, y la coalición significa precisamente dejar el poder en manos de los capitalistas, dejarles maniobrar impunemente, dejarles obstaculizar, dejarles inculpar de todo a los obreros, agudizar el desbarajuste y preparar *de este modo* una nueva korniloviada!

ABOLICIÓN DEL SECRETO COMERCIAL

Sin la abolición del secreto comercial, el control de la producción y de la distribución o bien no irá más allá de una promesa vacua, útil tan solo para que los demócratas constitucionalistas engañen a los eseristas y a los mencheviques y éstos, a su vez, a las clases trabajadoras, o bien se llevará a cabo únicamente con medidas y procedimientos burocrático-reaccionarios. Y a pesar de que esto es evidente para cualquier persona sin prejuicios, a pesar de la tenacidad con que *Pravda* ha venido preconizando la necesidad de abolir el secreto comercial (campana que ha sido, por cierto, una de las

que más han contribuido a que el gobierno Kerenski, tan sumiso al capital, suspendiese el periódico), ni nuestro gobierno republicano, ni los «organismos competentes de la democracia revolucionaria» han parado siquiera mientes en esta *exigencia elemental* de todo control verdadero.

Aquí, precisamente, está la clave de todo control. Este, precisamente, es el punto más sensible del capital, que saquea al pueblo y sabotea la producción. Por esta razón, precisamente, los eseristas y los mencheviques no se atreven a tocar este punto.

El argumento acostumbrado de los capitalistas, que la pequeña burguesía repite sin pararse a pensar, consiste en decir que la economía capitalista no admite en absoluto la abolición del secreto comercial, porque la propiedad privada sobre los medios de producción y la supeditación de las distintas empresas al mercado imponen la «sacrosanta intangibilidad» de los libros y de las operaciones comerciales, incluidas, naturalmente, las operaciones bancarias.

Todo el que repita, bajo una u otra forma, este argumento u otro semejante, se engaña a sí mismo y engaña al pueblo, cerrando los ojos ante dos hechos fundamentales, importantísimos y universalmente conocidos, de la vida económica actual. El primero es el gran capitalismo, es decir, las peculiaridades económicas de los bancos, los consorcios capitalistas, las grandes empresas, etc. El segundo es la guerra.

Es precisamente el gran capitalismo moderno, que por todas partes se está convirtiendo en capitalismo monopolista, el que priva de toda sombra de razón al secreto comercial y lo convierte en una hipocresía, en un instrumento manejado exclusivamente para ocultar las trampas financieras y las ganancias inauditas del gran capital. La gran empresa capitalista es, por su mismo carácter técnico, una empresa socializada, es decir, que trabaja para millones de hombres y que asocia con sus operaciones, directa e indirectamente, a cientos, miles y decenas de miles de familias. ¡Es algo muy distinto de la hacienda del pequeño artesano o del campesino medio que, en general, no llevan ningún género de libros comerciales y a quienes, por tanto, no afecta para nada la abolición del secreto comercial!

En la gran empresa, las operaciones realizadas son de todos modos conocidas por cientos y cientos de personas. Aquí, la ley que

garantiza el secreto comercial no tiende a proteger las necesidades de la producción o el intercambio, sino que sirve a la especulación y al lucro en su forma más brutal, al fraude descarado, que, como se sabe, está particularmente extendido en las sociedades anónimas y se encubre con gran habilidad en las memorias y en los balances, aderezados cuidadosamente para engañar al público.

Si en la pequeña producción de mercancías, es decir, entre los pequeños campesinos y los artesanos, donde la producción no está socializada sino atomizada, dispersa, el secreto comercial es inevitable, en las grandes empresas capitalistas, por el contrario, proteger ese secreto es proteger los privilegios y las ganancias de un puñado, así literalmente, de un puñado de hombres, *contra* todo el pueblo. Eso lo reconocen ya hasta las leyes, por cuanto prescriben la publicación de las memorias de las sociedades anónimas. Pero *este* control, implantado en todos los países avanzados y que rige también en Rusia, es precisamente un control burocrático reaccionario, que no abre los ojos *al pueblo ni le permite saber toda la verdad* acerca de las operaciones de esas sociedades.

Para proceder como demócratas revolucionarios habría que dictar sin demora una ley de carácter distinto, aboliendo el secreto comercial, obligando a las grandes empresas y a los ricos a rendir cuentas con todo detalle y autorizando a cualquier grupo de ciudadanos lo suficientemente numeroso para considerarlo democrático (digamos de unos 1.000 a 10.000 electores) a comprobar *todos* los documentos de cualquier gran empresa. Esta medida es plena y fácilmente aplicable por simple decreto; y *solo* ella daría vía libre a la iniciativa *popular* en el control por los sindicatos de empleados, por los sindicatos obreros, por todos los partidos políticos; solo ella haría que el control fuese eficaz y democrático.

A esto viene a añadirse la guerra. La inmensa mayoría de las empresas comerciales e industriales no trabajan hoy para el «mercado libre» sino *para el Estado*, para la guerra. Por eso yo hube de decir en *Pravda* que mienten, y que mienten tres veces quienes pretenden atajarnos con el argumento de que no es posible implantar el socialismo, pues no se trata de implantar el socialismo ahora, en el acto, de la noche a la mañana, sino de *descubrir la dilapidación del Tesoro*.

La economía capitalista «al servicio de la guerra» (es decir, la economía directa o indirectamente relacionada con los suministros bélicos) es la *dilapidación del Tesoro* sistemática y legalizada, y los señores demócratas-constitucionalistas, y con ellos los mencheviques y los eseristas, que se oponen a la abolición del secreto comercial, no son más que cómplices y *encubridores de la dilapidación del Tesoro*.

La guerra cuesta hoy a Rusia 50 millones de rublos diarios. La mayor parte de esos 50 millones va a parar a manos de los proveedores del ejército. De estos 50 millones, 5 millones *diarios*, por lo menos, probablemente hasta 10 millones o aún más, constituyen «los ingresos no pecaminosos» de los capitalistas y de los funcionarios que, de un modo u otro, están confabulados con ellos. Son sobre todo las grandes compañías y los bancos, que adelantan el dinero para las operaciones de suministros de guerra, quienes se embolsan de este modo ganancias inauditas, y lo hacen precisamente dilapidando el Tesoro, pues no puede darse otro nombre a sus manejos para engañar y esquilmar al pueblo «con motivo» de las calamidades de la guerra, «con motivo» de la muerte de cientos de miles y millones de hombres.

«Todo el mundo» sabe de esas ganancias escandalosas amasadas con los suministros de guerra, «todo el mundo» sabe de las «cartas de garantía» ocultadas por los bancos, «todo el mundo» sabe quiénes se enriquecen a costa de la carestía, cada vez mayor; en la «sociedad» se habla de ello con una sonrisilla irónica, y *hasta* la prensa burguesa, que por lo general silencia los hechos «desagradables» y elude los problemas «delicados», contiene no pocas alusiones concretas a esos asuntos. ¡Todo el mundo lo sabe y todo el mundo lo calla y lo tolera, todo el mundo transige con el gobierno, que habla grandilocuentemente acerca del «control» y de la «reglamentación»!

Los demócratas revolucionarios, si fuesen revolucionarios y demócratas de verdad, dictarían inmediatamente una ley suprimiendo el secreto comercial, obligando a los proveedores y a los negociantes a rendir cuentas, prohibiéndoles cambiar de actividad sin permiso de las autoridades; una ley que decretase la confisca-

ción de bienes y el fusilamiento⁵ para castigar las ocultaciones y los fraudes contra el pueblo y organizase el control y la fiscalización *desde abajo*, de un modo democrático, por el propio pueblo, por los sindicatos de empleados, por los sindicatos obreros, por las asociaciones de consumidores, etc.

Nuestros eseristas y nuestros mencheviques se han hecho sobradamente acreedores al nombre de demócratas atemorizados, pues, en este problema, no hacen más que repetir lo que dicen todos los pequeñoburgueses atemorizados: que los capitalistas «huirían» si se aplicasen medidas «demasiado rigurosas»; que «nosotros» no podríamos salir adelante sin los capitalistas; que, probablemente, esas medidas «ofenderían» también a los millonarios anglo-franceses, quienes, como es sabido, nos «apoyan», etc. Podría creerse que los bolcheviques proponen una cosa jamás vista en la historia de la humanidad, jamás ensayada, «utópica», cuando, en realidad, hace ya más de ciento veinticinco años, en Francia, unos hombres que eran verdaderos «demócratas revolucionarios», unos hombres realmente convencidos del carácter justo y defensivo de la guerra que hacían, unos hombres que verdaderamente se apoyaban en las masas populares, sinceramente convencidas de lo mismo que ellos, supieron implantar un control *revolucionario* sobre los ricos y obtener resultados que dejaron admirado al mundo entero. Y en los ciento veinticinco años que van transcurridos desde entonces, el desarrollo del capitalismo, con la creación de bancos, consorcios capitalistas, ferrocarriles, etc., ha hecho cien veces más fáciles y más simples las medidas de un control verdaderamente democrático de los obreros y los campesinos sobre los explotadores, sobre los terratenientes y los capitalistas.

En el fondo, todo el problema del control se reduce a saber quién fiscaliza a quién, es decir, cuál clase es la fiscalizadora y cuál la fiscalizada. Hasta hoy, en nuestro país, en la Rusia republicana, con la cooperación de los «organismos competentes» de una pretendida democracia revolucionaria, se sigue reconociendo y dejando en el

⁵ En la prensa bolchevique tuve ya ocasión de señalar que la aplicación de la pena de muerte por los explotadores contra las masas trabajadoras, para defender la explotación, es el único argumento justo que puede invocarse contra la pena capital. Un gobierno revolucionario, sea el que sea, difícilmente podrá prescindir de la pena de muerte contra los explotadores (es decir, contra los terratenientes y los capitalistas) (Nota del autor).

papel de fiscalizadores a los terratenientes y a los capitalistas. Consecuencias inevitables de ello son el bandidaje de los capitalistas, que provoca la indignación general del pueblo, y el desbarajuste económico, artificialmente mantenido por los mismos capitalistas. Es preciso pasar resuelta y definitivamente, sin temor a romper con lo viejo, sin asustarse ante la construcción decidida de lo nuevo, al control ejercido *por* los obreros y los campesinos *sobre* los terratenientes y los capitalistas. Pero nuestros eseristas y nuestros mencheviques temen a eso más que al fuego.

LA AGRUPACIÓN OBLIGATORIA DE LOS CAPITALISTAS EN CONSORCIOS

La sindicalización obligatoria, es decir, la organización obligatoria de los industriales, por ejemplo, en consorcios, rige ya prácticamente en Alemania. Tampoco esta medida representa nada nuevo. También en esto, por culpa de los eseristas y los mencheviques, observamos un estancamiento completo en la Rusia republicana, a la que esos poco honorables partidos «entretienen» con un rigodón⁶ que bailan emparejados con los demócratas constitucionalistas, o con los Búblikov, o con Teréschenko y Kerenski.

La sindicación obligatoria es, de una parte, una especie de impulso que el Estado imprime al desarrollo capitalista, el cual conduce en todas partes a la organización de la lucha de clases, al aumento del número, de la variedad y de la importancia de las asociaciones. De otra parte, este «asociamiento» obligatorio es la condición previa inexcusable de todo control más o menos serio y de toda economía de trabajo del pueblo.

La ley alemana obliga, por ejemplo, a los curtidores de una determinada localidad o de todo el país a organizarse en un consorcio de cuyo consejo de administración forma parte, con fines de control, un interventor nombrado por el Estado. Directamente, es decir, de por sí, esta ley no afecta en lo más mínimo a las relaciones de propiedad, ni

⁶ Contradanza de origen francés que acostumbraba bailarse entre varias parejas. Lenin hace referencia a los cambios de ministros de un a cartera a la otra. [N. del E.].

priva de un kopek a un solo propietario; tampoco prejuzga si la forma, la tendencia y el espíritu de control serán burocráticos reaccionarios o revolucionarios democráticos.

Leyes como esa podrían y deberían dictarse en nuestro país inmediatamente, sin perder ni una semana de tiempo precioso y dejando que *las mismas condiciones de la vida social* determinen las formas más concretas y el ritmo de aplicación de la ley, los medios de vigilar su aplicación, etc. Para dictar tal ley, el Estado no necesita disponer de un aparato especial ni recurrir a investigaciones especiales ni a estudios previos de ningún género; bastaría con que estuviese dispuesto a romper con ciertos intereses privados de los capitalistas, que «no están acostumbrados» a esas intromisiones y no quieren perder las superganancias que les asegura, a la par de la falta de control, la administración a la antigua.

Para dictar tal ley no se necesita ningún aparato ni hace falta tampoco ninguna «estadística» (con la que Chernov pretendía suplantar la iniciativa revolucionaria de los campesinos), pues su ejecución habría de correr a cargo de los mismos fabricantes e industriales, de las fuerzas sociales *ya existentes*, bajo el control de fuerzas sociales (es decir, no gubernamentales, no burocráticas) también existentes, pero que deben pertenecer obligatoriamente a los llamados «estamentos bajos», es decir, a las clases oprimidas y explotadas, que por su heroísmo, por su abnegación y por su disciplina basada en la camaradería han demostrado siempre, en todo el curso de la historia, ser infinitamente *superiores* a los explotadores.

Supongamos que tenemos un gobierno verdaderamente democrático-revolucionario y que este gobierno decreta: todos los fabricantes e industriales, siempre y cuando empleen, digamos, no menos de dos obreros, deben agruparse inmediatamente, en cada rama de producción, en asociaciones de distrito y de provincia. La responsabilidad del estricto cumplimiento de esta ley incumbe en primer lugar a los fabricantes, a los directores, a los consejeros y a los grandes accionistas (pues todos ellos son los verdaderos jefes de la industria moderna, sus verdaderos amos). Se considerará como si fueran desertores del ejército, imponiéndoles el castigo correspondiente, a cuantos pretendan sustraerse al cumplimiento inmediato

de esa ley, haciéndoles responder con todos sus bienes, con arreglo al principio de la caución solidaria: todos por uno y uno por todos. Asimismo, se hace responsables tanto a todos los empleados, obligándoles también a agruparse en un sindicato *único*, como a todos los obreros y a su respectivo sindicato. La finalidad del «asociamiento» es implantar la contabilidad más completa, más rigurosa y más precisa, y sobre todo *centralizar las operaciones* de compra de materias primas y de venta de los productos, así como *ahorrar* recursos y energías del pueblo. Una vez que se hayan unido en un consorcio las empresas desperdigadas, este ahorro adquirirá proporciones gigantescas, como enseñan las ciencias económicas y demuestra la experiencia de todos los consorcios, *cárteles* y *trusts*. Repetimos una vez más que, de por sí, esta sindicación no altera en lo más mínimo las relaciones de propiedad ni priva de un solo kopek a ningún propietario. Hay que subrayar con fuerza esta circunstancia, pues la prensa burguesa no cesa de «asustar» a los pequeños y medianos propietarios diciéndoles que los socialistas, en general, y los bolcheviques, en particular, quieren «expropiarlos»; esta afirmación es una mentira a sabiendas, ya que los socialistas, *aun en el caso de una revolución socialista completa*, no expropiarán a los pequeños campesinos, pues no quieren ni pueden hacerlo. Nosotros hablamos *únicamente* de las medidas inmediatas y más urgentes, ya aplicadas en la Europa Occidental, y que una democracia medianamente consecuente habría adoptado también en Rusia sin demora, para conjurar la inminente catástrofe que nos amenaza.

La sindicalización de los más pequeños y más humildes propietarios tropezaría con serias dificultades técnicas y culturales, dados el extraordinario fraccionamiento de sus empresas, la primitiva técnica de estas y el analfabetismo o exigua instrucción de los propietarios. Pero esas empresas podrían ser eximidas del cumplimiento de la ley (como hemos dicho ya en el ejemplo citado arriba), y el hecho de que no hubieran sido sindicadas —sin hablar ya de si lo fueran más tarde— no representaría un obstáculo serio, pues las pequeñas empresas, aunque muy numerosas, desempeñan un papel *ínfimo* en el volumen global de la producción, en la economía nacional en su conjunto, y, además, dependen casi siempre, en una forma u otra, de las grandes empresas.

Solo las grandes empresas tienen una importancia decisiva, y aquí *se dan ya* los recursos y fuerzas técnicas y culturales necesarios para proceder al «asociamiento». Únicamente falta la iniciativa de un poder *revolucionario*, iniciativa firme, resuelta e implacablemente severa para con los explotadores, a fin de poner en movimiento esas fuerzas y esos recursos.

Cuanto más pobre es un país en elementos con instrucción técnica y en elementos intelectuales en general, más se *impone* la necesidad de decretar cuanto antes y lo más resueltamente posible la sindicación obligatoria, comenzando por llevarla a cabo en las empresas muy grandes y grandes, pues precisamente la sindicación permitirá *economizar* fuerzas intelectuales, aprovecharlas *íntegramente* y distribuir las con más acierto. Y si hasta los campesinos rusos, en sus apartados rincones, bajo el gobierno zarista, luchando contra las mil trabas que éste les oponía, supieron, después de 1905, dar un gigantesco paso, asociándose en organizaciones de todo género, es evidente que en unos cuantos meses, si no antes, podría llevarse a cabo la sindicación de la grande y mediana industria y del comercio, siempre y cuando así lo impusiese un gobierno verdaderamente democrático y revolucionario, apoyado en la asistencia, la participación, el interés y las ventajas de las «capas inferiores», de la democracia, de los empleados y de los obreros, un gobierno que invitase *a estos elementos* a ejercer el control.

LA REGLAMENTACIÓN DEL CONSUMO

La guerra ha obligado a todos los Estados beligerantes y a muchos neutrales a reglamentar el consumo. Las cartillas de racionamiento de pan aparecieron en escena, se convirtieron en un fenómeno habitual, y tras ellas vinieron otras. Rusia no constituyó una excepción e implantó también las cartillas de pan.

Pero es precisamente a la luz de este ejemplo como mejor podemos comparar los métodos burocráticos reaccionarios de lucha contra la catástrofe, métodos que procuran limitarse a un mínimo de reformas, con los métodos democrático-revolucionarios que, si quieren ser dignos de ese nombre, deben plantearse como tarea inmediata

romper violentamente con las tradiciones caducas y acelerar todo lo posible el movimiento progresivo.

Con las cartillas de pan, el ejemplo más típico de la reglamentación del consumo en los Estados capitalistas modernos, se plantea y cumple (se cumple en el mejor de los casos) una tarea: distribuir las existencias de pan, de modo que alcancen para todos. Se implanta una tasa máxima para el consumo, no de todos, ni mucho menos, sino de los artículos más importantes, los de consumo «popular». Eso es todo. Nada más les preocupa. Las existencias de trigo se calculan y distribuyen entre la población, se establece una tasa de consumo, se aplica esa tasa, todo ello burocráticamente, y ahí se quedan las cosas. Los artículos de lujo no se tocan, pues son «de todos modos» tan escasos y tan caros, que no están al alcance del «pueblo». Por eso, en *todos* los países beligerantes, absolutamente en todos, *incluso en Alemania*, país que creo puede ser considerado indiscutiblemente como modelo de la reglamentación más meticulosa, más pedante y más rigurosa del consumo, vemos cómo los ricos *burlan* constantemente todas las «tasas» fijadas para la reglamentación del consumo. Y también esto lo sabe «todo el mundo», también «todo el mundo» habla de ello con una sonrisa irónica, y en la prensa socialista alemana —y de vez en cuando hasta en la prensa burguesa— aparecen constantemente, a pesar de las ferocidades de la censura de allí, con su rígido espíritu cuartelesco, noticias y sueltos acerca del «menú» de los ricos; del pan blanco de que los ricos disponen sin tasa en tal o cual balneario (haciéndose pasar por enfermos, a esos balnearios concurren todos... los que tienen dinero); de cómo los ricos consumen, en lugar de los artículos que consume el pueblo, productos de lujo, refinados y raros.

El reaccionario Estado capitalista, que *teme* socavar los cimientos del capitalismo, los cimientos de la esclavitud asalariada, los cimientos de la supremacía económica de los ricos, *teme* fomentar la iniciativa de los obreros y de los trabajadores en general, *teme* «atizar» sus exigencias; ese Estado no necesita nada más que las cartillas de pan. Un Estado de este tipo no pierde jamás de vista, ni un solo instante, en ninguno de los pasos que da, su meta *reaccionaria*: consolidar el capitalismo, impedir su quebrantamiento,

circunscribir la «reglamentación de la vida económica» en general y la del consumo en particular a las medidas estrictamente indispensables para que el pueblo pueda subsistir, *guardándose* bien de una reglamentación efectiva del consumo mediante el *control sobre los ricos*, mediante un sistema que, en tiempo de guerra, imponga *mayores* cargas a los ricos, que son, en tiempo de paz, las personas favorecidas, privilegiadas, satisfechas y hartas.

La solución burocrática reaccionaria del problema planteado a los pueblos por la guerra se limita al racionamiento del pan, a la distribución equitativa de los artículos de consumo «popular» absolutamente indispensables para la alimentación, sin apartarse ni una pulgada del burocratismo ni de la reacción, sin apartarse de su objetivo, que es: *no* alentar la propia iniciativa de los pobres, del proletariado, de la masa del pueblo (del *demos*), no permitir su control sobre los ricos y dejar el *mayor número posible* de escapatorias para que los ricos puedan gratificarse con artículos de lujo. Esas escapatorias se dejan en gran abundancia en *todos* los países, incluso, repetimos, en Alemania —y no digamos en Rusia!—; en todas partes la «gente del pueblo» pasa hambre, mientras los ricos se instalan en los balnearios, completando las pocas raciones de tasa con todo género de «extraordinarios», y *no* se dejan controlar.

En Rusia, que acaba de hacer la revolución contra el zarismo en nombre de la libertad y de la igualdad; en Rusia, que se ha convertido de golpe, si nos atenemos a sus instituciones políticas efectivas, en una república democrática, lo que escandaliza sobre todo al pueblo, lo que suscita particularmente el descontento, la exasperación, la cólera y la irritación de las masas, es la facilidad, que *todo el mundo* ve, con que los ricos burlan las «cartillas de pan». Esa facilidad es enorme. «Bajo cuerda» y pagando precios fabulosos, sobre todo cuando se tienen «buenas relaciones» (las tienen únicamente los ricos), se procura lo que se quiere y en grandes cantidades. El pueblo es el que pasa hambre. La reglamentación del consumo se circunscribe dentro del marco burocrático reaccionario más estrecho. Y el gobierno no manifiesta ni sombra de preocupación, ni sombra de cuidado por establecer una reglamentación basada en principios auténticamente democrático-revolucionarios.

¡«Todo el mundo» sufre en las colas; «todo el mundo»... solo que los ricos mandan a la cola a sus criados, y hasta toman a criados especialmente para ese servicio! ¡Ahí tienen la «democracia»!

Una política democrático-revolucionaria no se limitaría en estos momentos de calamidades insólitas por las que atraviesa el país a establecer las cartillas de pan para combatir la catástrofe inminente. Añadiría a ello, en primer lugar, la agrupación obligatoria de toda la población en cooperativas de consumo, pues sin esa medida es imposible implantar un control integral del consumo. En segundo lugar, impondría a los ricos el trabajo obligatorio, haciéndoles prestar servicios gratuitos como secretarios de las cooperativas de consumo o en otro trabajo cualquiera de esta índole. En tercer lugar, organizaría una distribución por igual de todos los artículos de consumo entre la población, para repartir de un modo verdaderamente equitativo las cargas de la guerra. En cuarto lugar, organizaría el control de tal manera, que las clases pobres fiscalizasen el consumo de los ricos.

La instauración de una verdadera democracia en este terreno, dando pruebas de un espíritu auténticamente revolucionario en la organización del control, poniéndolo en manos de las clases más necesitadas del pueblo, sería el estímulo más grande para poner en tensión todas las fuerzas intelectuales existentes, para desplegar las energías verdaderamente revolucionarias de todo el pueblo. Hoy, los ministros de la Rusia republicana y democrático-revolucionaria, lo mismo que sus colegas de los demás Estados imperialistas, pronuncian frases altisonantes acerca del «trabajo común en bien del pueblo», acerca de «la tensión de todas las energías», pero el pueblo ve, percibe y siente toda la hipocresía de esas frases.

El resultado es un ajetreo estéril, mientras la ruina aumenta de modo incontenible y la catástrofe se avecina, pues nuestro gobierno —estando todavía tan vivos como están en el pueblo las tradiciones, los recuerdos, las huellas, las costumbres y las instituciones de la *revolución*— no puede someter a los obreros a un régimen de presidio militar, a la manera de Kornílov o de Hindenburg, según el modelo general imperialista; y, por otra parte, nuestro gobierno no quiere marchar seriamente por la senda

democrático-revolucionaria, porque está empapado hasta la médula de dependencia respecto a la burguesía, porque la «coalición» con ella le ata de pies y manos y porque teme atentar contra sus privilegios efectivos; porque está enredado de pies a cabeza por esa dependencia y ese miedo.

EL GOBIERNO DESTRUYE LA LABOR DE LAS ORGANIZACIONES DEMOCRÁTICAS

Hemos examinado los diversos medios y procedimientos para luchar contra la catástrofe y contra el hambre. Hemos visto en todas partes el carácter irreductible de la contradicción entre la democracia, de una parte, y, de otra, el gobierno y el bloque de los eseristas y los mencheviques, que lo apoya. A fin de probar que esas contradicciones existen en la realidad y no solo en nuestros escritos, y que su carácter irreductible lo demuestran *en la práctica* conflictos de significación nacional, basta con recordar dos «resultados» muy típicos, dos enseñanzas del medio año que lleva de historia nuestra revolución.

Una de estas enseñanzas es la historia del «reinado» de Palchinski. Otra, la historia del «reinado» y la caída de Peshejónov.

En el fondo, todas las medidas que hemos apuntado para luchar contra la catástrofe y contra el hambre se reducen a fomentar por todos los medios (llegando incluso a la coerción) el «asociamiento» de la población, y muy en primer término de la democracia, es decir, de la mayoría de la población, es decir, de las clases oprimidas, los obreros y los campesinos, principalmente los campesinos pobres. Ya la misma población, de un modo espontáneo, ha empezado a seguir ese camino, para luchar contra las inauditas dificultades, cargas y calamidades de la guerra.

El zarismo ponía todo género de trabas al «asociamiento» voluntario y libre de la población. Pero, una vez abatida la monarquía zarista, las organizaciones democráticas comenzaron a brotar y a desarrollarse rápidamente por toda Rusia. La lucha contra la catástrofe la emprendieron organizaciones democráticas surgidas espontáneamente, comités de aprovisionamiento de todo género, comités de abastecimiento, comisiones de combustible, etc.

Pues bien, lo más notable de todo este medio año que lleva de historia nuestra revolución, en punto al problema que estudiamos, es que un *gobierno* que se llama republicano y revolucionario, que un gobierno *apoyado* por los mencheviques y los eseristas en nombre de los «órganos con plenos poderes de la democracia revolucionaria» *¡ha combatido* a las organizaciones democráticas y las ha derrotado!

Palchinski ha adquirido, en esta lucha, la más triste y vasta celebridad, una celebridad nacional. Ha actuado al socaire del gobierno, sin intervenir abiertamente ante el pueblo (del mismo modo que preferían actuar, en general, los demócratas constitucionistas, echando por delante a Tsereteli «para el pueblo», mientras ellos arreglaban a la chita callando todos los asuntos importantes). Palchinski ha frenado y saboteado todas las medidas serias de las organizaciones democráticas espontáneamente constituidas, porque ninguna de estas medidas serias podía ponerse en práctica de no ser en «detrimento» de las excesivas ganancias y la arbitrariedad de los Kit Kítich, de quienes Palchinski era fiel abogado y servidor. Y tan allá fueron las cosas, que —la prensa dio cuenta del hecho— ¡llegó a *anular* sin más ni más las disposiciones de las organizaciones democráticas surgidas espontáneamente!

Toda la historia del «reinado» de Palchinski —y «reinó» durante muchos meses, precisamente cuando eran «ministros» Tsereteli, Skóbeliev y Chernov— es un escándalo incesante y abominable, un sabotaje de la voluntad del pueblo, de los acuerdos de la democracia, para *complacer* a los capitalistas, para satisfacer su inmundicia. Los periódicos solo han podido publicar, naturalmente, una ínfima parte de sus «hazañas»; la investigación completa de cómo este personaje *obstaculizaba* la lucha contra el hambre solo podrá llevarse a efecto por un gobierno verdaderamente democrático del proletariado, cuando éste conquiste el poder y someta al tribunal del pueblo, sin ocultaciones, los negocios de Palchinski y consortes.

Se nos objetará, quizás, que Palchinski era, después de todo, una excepción, y que, al fin y al cabo, lo arrinconaron... Pero el caso es que no es una excepción, sino la *regla*, y que, arrin-

conado Palchinski, las cosas no han mejorado en lo más mínimo, pues su vacante han venido a ocuparla otros Palchinski con otros apellidos, y toda la «influencia» de los capitalistas, toda la política de *sabotaje de la lucha contra el hambre, practicada para complacer a esos capitalistas*, sigue como antes. Porque Kerenski y Compañía no son más que un biombo que encubre la defensa de los intereses de los capitalistas.

La prueba más evidente de esto es que Peshejónov, ministro de Abastos, ha salido del gobierno. Como se sabe, Peshejónov es un populista de los más moderados. No obstante, quiso acometer la organización del régimen de abastos concienzudamente, en contacto con las organizaciones democráticas y apoyándose en estas. Por eso son tanto más interesantes la *experiencia* de su labor y su *salida* del gobierno, el hecho de que este moderadísimo populista, afiliado al Partido Popular Socialista y dispuesto a cualquier arreglo con la burguesía, se haya visto, a pesar de todo, obligado a salir del gobierno, ya que para complacer a los capitalistas, a los terratenientes y a los *kulaks*, el gobierno de Kerenski *ha subido* el precio de tasa del trigo!

He aquí cómo relata M. Smit, en el núm. 1 de *Svobódnaya Zhizn*⁷, del 2 de septiembre, este «paso» y su importancia:

Pocos días antes de que el gobierno acordase elevar los precios de tasa, se desarrolló en el Comité Nacional de Abastos la siguiente escena: El representante de las derechas, Rolóvich, tenaz defensor de los intereses del comercio privado y enemigo implacable del monopolio del trigo y de la intervención del Estado en la vida económica, declaró en público, con una sonrisa de satisfacción, que le constaba que pronto iban a ser subidos los precios de tasa del trigo.

El representante del Soviet de Diputados Obreros y Soldados le replicó que él no tenía la menor noticia de ello y que, mientras durase en Rusia la revolución, dicha medida no podía llevarse a cabo; en todo caso, el gobierno no la aplicaría sin ponerse antes de acuerdo con los organismos competentes de la democracia, con el Consejo de

⁷ *Vida Libre*: periódico de orientación menchevique; se publicó en Petrogrado del 2 (15) al 8 (21) de septiembre de 1917 en lugar de *Nóvaya Zhizn* (*Vida Nueva*) al ser clausurado este último.

Economía y el Comité Nacional de Abastos. A estas manifestaciones se adhirió el representante del Soviet de Diputados Campesinos.

Pero, ¡ay!, la realidad vino a enmendar cruelmente esta controversia, dando la razón, no a los representantes de la democracia, sino al representante de las clases poseedoras. Resultó que éste estaba magníficamente informado del atentado que se fraguaba contra los derechos de la democracia, a pesar de que los representantes de esta rechazaban indignados hasta la posibilidad de que ese atentado llegara a consumarse.

Es decir, que tanto el representante de los obreros como el representante de los campesinos expresan concretamente su opinión en nombre de la mayoría aplastante del pueblo; ¡pero el gobierno de Kerenski hace todo lo contrario, en interés de los capitalistas!

Rolóvich, el representante de los capitalistas, resultó estar perfectamente informado, a espaldas de la democracia, exactamente igual que, como hemos visto siempre y vemos también ahora, los periódicos burgueses *Riech* y *Birzhooka* son los que están mejor informados de lo que ocurre en el gobierno Kerenski.

¿Qué denota esa perfecta información? Denota, indudablemente, que los capitalistas tienen sus «hilos» y que el poder está *de hecho* en sus manos. Kerenski no es más que un títere, a quien ponen en movimiento cuando y como a ellos les place. Los intereses de millones de obreros y campesinos se sacrifican para asegurar las ganancias de un puñado de ricachones.

¿Y cómo responden a estas burlas indignantes de que se hace objeto al pueblo nuestros eseristas y nuestros mencheviques? ¿Tal vez han dirigido a los obreros y a los campesinos un llamamiento para decirles que, en vista de todo eso, el sitio de Kerenski y de sus colegas está en la cárcel?

¡Dios nos libre! ¡Los eseristas y los mencheviques, por medio de la «Sección Económica», que tienen en sus manos, se han limitado a votar una resolución tremebunda, a la que ya hemos hecho referencia! ¡En esa resolución declaran que la subida de los precios del trigo por el gobierno Kerenski es «una medida funesta, que asesta un golpe extraordinariamente fuerte al régimen de abastos y a toda la vida económica del país», y que estas medidas funestas se han aplicado «violando» abiertamente la ley!

¡He ahí adónde conduce la política de conciliación, la política de coqueteos con Kerenski y el deseo de «tratarle con miramientos»!

Al adoptar, para complacer a los ricos, a los terratenientes y a los capitalistas, una medida que *echa por tierra* todo control, el régimen de abastos y el saneamiento de la Hacienda, quebrantada hasta más no poder, el gobierno infringe la ley, y los eseristas y los mencheviques continúan hablando de una inteligencia con los elementos del comercio y la industria, continúan conferenciando con Teréschenko, tratando a Kerenski con miramientos, y se limitan a votar una resolución de protesta que se queda en el papel, ¡que el gobierno archiva tranquilamente!

Ahí se revela de modo palpable la verdad de que los eseristas y los mencheviques han traicionado al pueblo y a la revolución y de que los bolcheviques se están convirtiendo hoy en los verdaderos dirigentes de las masas, *incluso* de las masas eseristas y mencheviques.

Pues es precisamente la conquista del poder por el proletariado, con el partido de los bolcheviques a la cabeza, lo único que podría poner fin a los abusos de Kerenski y Compañía, y *restaurar* la obra de las organizaciones democráticas de abastos, abastecimiento, etc., *saboteada* por Kerenski y su gobierno.

Los bolcheviques obran —el ejemplo aducido lo demuestra claramente— como representantes de los intereses de *todo* el pueblo, luchando por asegurar los abastos y el abastecimiento, por satisfacer las necesidades más apremiantes de los obreros y *los campesinos*, en contraposición a la política vacilante e irresoluta de los eseristas y de los mencheviques, ¡política que es una verdadera traición y que ha llevado al país a una vergüenza tal como la subida de los precios del trigo!

LA BANCARROTA FINANCIERA Y LAS MEDIDAS PARA COMBATIRLA

El problema de la subida de los precios de tasa del trigo presenta, además, otro aspecto. Esta subida trae consigo un nuevo aumento caótico de la emisión de papel moneda, un paso más en el proceso de agudización de la carestía, el incremento de la desorganización

de la Hacienda y la aproximación de la bancarrota financiera. Todo el mundo reconoce que la emisión de papel moneda es un empréstito forzoso de la peor especie; todo el mundo reconoce que empeora principalmente la situación de los obreros, la parte más pobre de la población, y que es el peor de los males del caos financiero.

¡Y esa es precisamente la medida de que echa mano el gobierno Kerenski, apoyado por los eseristas y los mencheviques!

Para combatir seriamente la desorganización de la Hacienda y la bancarrota inevitable de la Hacienda, no hay más camino que romper revolucionariamente con los intereses del capital e implantar un control verdaderamente democrático, es decir, «por abajo», el control de los obreros y los campesinos pobres *sobre* los capitalistas; el camino que hemos venido propugnando a lo largo de nuestra exposición.

La emisión ilimitada de papel moneda estimula la especulación, permite a los capitalistas amasar con ella millones y crea enormes dificultades al tan necesario aumento de la producción, pues la carestía de los materiales, la maquinaria, etc., sigue aumentando y progresando a saltos. ¿Cómo poner remedio a la situación cuando se ocultan las fortunas adquiridas por los ricos mediante la especulación?

Puede establecerse un impuesto de utilidades con tasas progresivas y muy elevadas para los grandes y muy grandes ingresos. Nuestro gobierno, siguiendo las huellas de los demás gobiernos imperialistas, ha implantado este impuesto. Pero la medida no es, en gran parte, más que una ficción, letra muerta: primero, porque la moneda se está depreciando con rapidez creciente, y segundo, porque la ocultación de los ingresos aumenta en la medida en que tienen por fuente la especulación y en que se protege el secreto comercial.

Para que este fuese un impuesto real y no ficticio, habría que proceder a un control efectivo y no simplemente formal. Mas el control sobre los capitalistas es imposible, mientras no pierda su carácter burocrático, pues la burocracia misma está atada, está vinculada a la burguesía por miles de lazos. Por eso, en los Estados imperialistas de Europa Occidental, sean monarquías o repúblicas, el saneamiento de la Hacienda no se logra más que implantando un «trabajo obligatorio» que para los obreros es un *presidio militar* o una *esclavitud militar*.

El control burocrático reaccionario: he ahí el único recurso de que saben echar mano los Estados imperialistas, sin exceptuar las repúblicas democráticas de Francia y Estados Unidos, para volcar las cargas de la guerra sobre el proletariado y las masas trabajadoras.

La contradicción fundamental de la política de nuestro gobierno estriba precisamente en que —para no divorciarse de la burguesía, para no deshacer la «coalición» con ella— no tiene más remedio que practicar un control reaccionario-burocrático, dándole el nombre de «democrático-revolucionario», engañando a cada paso al pueblo, exasperando e irritando a las masas, que acaban de derribar el zarismo.

En cambio, precisamente la aplicación de medidas democráticas y revolucionarias, que agruparan en asociaciones justamente a las clases oprimidas, a los obreros y a los campesinos, a las masas, permitiría implantar el control más efectivo *sobre los ricos* y llevar a cabo una lucha más eficaz contra la ocultación de los ingresos.

Se quiere fomentar la circulación de cheques para luchar contra la emisión excesiva de papel moneda. Para los pobres esa medida carece de importancia, pues, de todos modos, viven al día y su «ciclo económico» se realiza en una semana, restituyendo a los capitalistas los contados kopeks que han conseguido ganar. Para los ricos, la circulación de cheques podría tener una importancia extraordinaria, pues permitiría al Estado —particularmente conjugada con medidas como la nacionalización de los bancos y la abolición del secreto comercial— establecer un *control real* sobre los ingresos de los capitalistas, imponerles tributos efectivos y «democratizar» (y, al mismo tiempo, ordenar) verdaderamente el sistema financiero.

Pero el obstáculo con que se tropieza es precisamente el miedo de atentar contra los privilegios de la burguesía y de romper la «coalición» establecida con ella; pues, sin medidas verdaderamente revolucionarias, sin la más seria coerción, los capitalistas no se someterán a ningún control, no descubrirán sus presupuestos ni pondrán sus reservas de papel moneda «bajo el control» del Estado democrático.

Nacionalizando los bancos, promulgando una ley que hiciese obligatoria la circulación de cheques para todos los ricos, suprimiendo el secreto comercial, castigando con la confiscación de

los bienes la ocultación de los ingresos, etc., los obreros y campesinos, agrupados en sus asociaciones podrían, con extraordinaria facilidad, hacer el control eficaz y universal, establecer el control precisamente sobre los ricos, un control que *reintegraría al Tesoro público* el papel moneda, por él emitido, de manos *de quienes* lo tienen en su Poder, de quienes lo ocultan.

Mas para ello hay que instaurar una dictadura revolucionaria de la democracia, dirigida por el proletariado revolucionario, es decir, que para ello la democracia debe ser revolucionaria *de hecho*. Ese es el *quid* de la cuestión. Pero eso es lo que no quieren nuestros eseristas y nuestros mencheviques, que se encubren con el *pabellón* de la «democracia revolucionaria» para engañar al pueblo, y de hecho apoyan la política burocrática reaccionaria de la burguesía, cuya divisa es siempre la misma: «*Après nous le déluge*» (¡Después de mí, el diluvio!).

Generalmente no nos damos cuenta de hasta qué punto han arraigado en nosotros las costumbres y los prejuicios antidemocráticos en cuanto a la «santidad» de la propiedad burguesa. Cuando un ingeniero o un banquero dan a la publicidad los ingresos y los gastos de un obrero, los datos referentes a lo que un obrero gana y a lo que su trabajo rinde, todo eso se considera perfectamente justo y archilegal. A nadie se le ocurre ver en ello un atentado contra la «vida privada» del obrero ni un «acto de espionaje o una delación» del ingeniero. La sociedad burguesa considera el trabajo y los ingresos de los obreros asalariados como un libro abierto que le *pertenece*, que cualquier burgués tiene el derecho a consultar en cualquier momento a fin de denunciar uno u otro «lujo», una u otra manifestación de «haraganería» del obrero, etc.

Pero ¿y el control inverso? ¿Qué pasaría si el Estado *democrático* invitase a los sindicatos de empleados, del personal de oficinas, de la *servidumbre doméstica* a controlar los ingresos y los gastos de los capitalistas, a publicar los datos correspondientes, a ayudar al gobierno en su campaña contra la ocultación de los ingresos?

¡Qué salvajes clamores lanzaría el campo burgués contra el «espionaje» y las «delaciones»! Que los «señores» controlen a sus domésticas, que los capitalistas controlen a los obreros, se tiene por la cosa más natural del mundo, pues la vida privada de los trabajadores,

de los explotados, *no* se considera intangible, y la burguesía tiene derecho a pedir cuentas a todo «esclavo asalariado», a dar a la publicidad en todo momento la cuantía de sus ingresos y de sus gastos. Pero que los oprimidos intenten controlar a los opresores, sacar a la luz sus ingresos y *sus gastos*, denunciar su lujo, aun en tiempo de guerra, cuando ese lujo es la causa directa del hambre y de la muerte de los ejércitos en el frente... ¡Oh, no! ¡La burguesía no tolerará ni el «espionaje» ni la «delación»!

El problema se reduce siempre a lo mismo: el dominio de la burguesía es *incompatible* con una democracia verdadera, auténticamente revolucionaria. En el siglo XX, en un país capitalista, es imposible ser demócrata revolucionario *si se teme* marchar hacia el socialismo.

¿PUEDE AVANZARSE TEMIENDO MARCHAR HACIA EL SOCIALISMO?

Cuanto dejamos expuesto podría suscitar fácilmente en un lector educado en las ideas oportunistas, hoy en boga, de los eseristas y los mencheviques, la siguiente objeción: la mayor parte de las medidas aquí descritas no son, en el fondo, medidas democráticas, ¡son *ya* medidas socialistas!

Esta objeción corriente, habitual (bajo una u otra forma) en la prensa burguesa, eserista y menchevique, es un medio de defensa reaccionaria del capitalismo atrasado, una defensa aderezada a lo Struve. Nosotros —dicen— no estamos todavía bastante maduros para el socialismo; sería prematuro «implantar» el régimen socialista, nuestra revolución es una revolución burguesa; hay que ser, por ello, lacayos de la burguesía (¡a pesar de que, hace ya más de ciento veinticinco años, los grandes revolucionarios burgueses de Francia hicieron grande a su revolución implantando un régimen de *terror* contra todos los opresores, contra los terratenientes y los capitalistas!).

Los infelices marxistas al servicio de la burguesía, a los que se han sumado los eseristas, y que ven las cosas de ese modo, no comprenden (si se consideran las bases teóricas de su concepción) lo que es el imperialismo, lo que son los monopolios capitalistas, lo que es el Estado, lo que es la democracia revolucionaria. Pues, si se comprende

todo eso, no puede dejar de reconocerse que es imposible avanzar sin marchar hacia el socialismo.

Todo el mundo habla del imperialismo. Pero el imperialismo no es otra cosa que el capitalismo monopolista.

Que también en Rusia el capitalismo se ha transformado en capitalismo monopolista lo evidencian palpablemente los monopolios «Prodúgol» y «Prodamet», el consorcio del azúcar, etc. El mismo consorcio del azúcar nos demuestra palmariamente la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado.

Y ¿qué es el Estado? Es la organización de la clase dominante; en Alemania, por ejemplo, la organización de los *junkers*⁸ y los capitalistas. Por eso, lo que los Plejánov alemanes (Scheidemann, Lensch, etc.) llaman «socialismo de guerra» no es, en realidad, más que un capitalismo monopolista de Estado en tiempo de guerra, o, dicho en términos más sencillos y más claros, un presidio militar para los obreros y un régimen de protección militar para las ganancias de los capitalistas.

Pues bien, *sustituyan* ese Estado de *junkers* y capitalistas, ese Estado de terratenientes y capitalistas, por un Estado *democrático-revolucionario*, es decir, por un Estado que destruya revolucionariamente *todos* los privilegios, que no tema implantar revolucionariamente la democracia más completa, y verán que el capitalismo monopolista de Estado, en un Estado verdaderamente democrático-revolucionario, representa inevitablemente, infaliblemente, ¡un paso!, ¡pasos hacia el socialismo!

En efecto, cuando una empresa capitalista gigantesca se convierte en monopolio, sirve a todo el pueblo. Si se convierte en monopolio de Estado, el Estado (es decir, la organización armada del pueblo, y muy en primer término de los obreros y los campesinos, si se trata de un régimen de democracia *revolucionaria*) dirige todas las empresas. ¿En interés de quién?

O bien en interés de los terratenientes y los capitalistas, en cuyo caso no tendremos un Estado democrático-revolucionario, sino un Estado burocrático-reaccionario, es decir, una república imperialista.

⁸ En Alemania el término *junker* es usado para referirse a la nobleza terrateniente. Debe diferenciarse del uso anterior hecho por Lenin para hablar de los cadetes miembros de las academias militares [N del E].

O bien en interés de la democracia revolucionaria, y en ese caso *ello será precisamente un paso hacia el socialismo*.

Pues el socialismo no es más que el paso siguiente después del monopolio capitalista de Estado. O dicho en otros términos, el socialismo no es más que el monopolio capitalista de Estado *puesto al servicio de todo el pueblo* y que, por ello, *ha dejado* de ser monopolio capitalista.

No cabe término medio. El curso objetivo del desarrollo es tal que *no hay posibilidad* de dar un paso de avance, partiendo de los *monopolios* (cuyo número, papel e importancia ha venido a recuplicar la guerra), sin caminar hacia el socialismo.

O bien se es un demócrata revolucionario de hecho, y en este caso no hay por qué temer ningún paso hacia el socialismo.

O bien se temen los pasos hacia el socialismo y se condenan, como lo hacen Plejánov, Dan y Chernov, alegando que nuestra revolución es una revolución burguesa, que no se puede «implantar» el socialismo, etc., y entonces se desliza uno fatalmente hacia Kerenski, Miliukov y Kornílov, es decir, hacia la represión *burocrática reaccionaria* de las aspiraciones «democráticas revolucionarias» de las masas obreras y campesinas.

No hay término medio.

Y en esto estriba la contradicción fundamental de nuestra revolución.

En la historia, en general, y en épocas de guerra, en particular, no se puede permanecer parado. Hay que avanzar o retroceder. En la Rusia del siglo XX, que ha sabido conquistar por la vía revolucionaria la república y la democracia, es *imposible* avanzar sin *caminar* hacia el socialismo, sin dar *pasos* hacia él (pasos condicionados y determinados por el nivel técnico y cultural: en la agricultura basada en las haciendas campesinas es imposible «introducir» la gran explotación mecanizada; en la fabricación del azúcar es imposible suprimirla).

Y tener miedo de avanzar, *significa* retroceder, que es precisamente lo que hacen los Kerenski, con gran fruición de los Miliukov y los Plejánov y con la estúpida complicidad de los Tsereteli y los Chernov.

La guerra, al acelerar extraordinariamente la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado,

pone *de este modo* a la humanidad extraordinariamente cerca del socialismo: tal es, precisamente, la dialéctica de la historia.

La guerra imperialista es la víspera de la revolución socialista. Ello no solo se debe a que la guerra engendra, con sus horrores, la insurrección proletaria —pues no hay insurrección capaz de instaurar el socialismo si no han madurado las condiciones económicas para él—, sino a que el capitalismo monopolista de Estado es la preparación *material* más completa para el socialismo, su *antesala*, un peldaño de la escalera histórica entre el cual y el peldaño llamado socialismo *no hay ningún peldaño intermedio*.

Nuestros eseristas y nuestros mencheviques enfocan el problema del socialismo doctrinariamente, desde el punto de vista de una doctrina aprendida de memoria y mal asimilada. Presentan el socialismo como un porvenir lejano, desconocido, nebuloso.

Pero el socialismo asoma ya por todas las ventanas del capitalismo moderno, se perfila de forma inmediata, *prácticamente*, en toda medida importante que constituye un paso adelante sobre la base del capitalismo moderno.

¿Qué es el trabajo general obligatorio?

Un paso adelante sobre la base del capitalismo monopolista moderno, un paso hacia la regulación de la vida económica en su conjunto, con arreglo a un plan general concreto, un paso hacia un régimen de ahorro de trabajo del pueblo, para impedir su absurdo despilfarro por el capitalismo.

En Alemania son los *junkers* (los terratenientes) y los capitalistas quienes implantan el trabajo general obligatorio; por eso dicha medida se convierte inevitablemente en la instauración de un presidio militar para los obreros.

Pero tomen la misma institución y piensen por un momento en la importancia que tendría en un Estado democrático-revolucionario. El trabajo general obligatorio, implantado, reglamentado y dirigido por los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, *no sería todavía* el socialismo, pero *ya* no sería el capitalismo. Representaría *un paso* gigantesco hacia el socialismo, un paso

después del cual sería imposible, siempre y cuando se mantuviese una democracia plena, tornar al capitalismo sin recurrir a una violencia inaudita sobre las masas.

LA LUCHA CONTRA EL DESBARAJUSTE Y LA GUERRA

El problema de las medidas que deben adoptarse para luchar contra la catástrofe que se avecina, nos lleva a tratar otro problema extraordinariamente importante: la ligazón de la política interior con la política exterior o, dicho en otros términos, la relación entre la guerra anexionista, imperialista y la guerra revolucionaria, proletaria, entre la criminal guerra de rapiña y la guerra justa y democrática.

Todas las medidas de lucha contra la catástrofe descritas por nosotros reforzarían extraordinariamente, como ya hemos señalado, la capacidad de defensa o, dicho de otro modo, la fuerza militar del país. Esto, de una parte. De otra parte, estas medidas no pueden llevarse a la práctica sin transformar la guerra anexionista en una guerra justa, sin transformar la guerra librada por los capitalistas y en interés de los capitalistas en una guerra librada por el proletariado en interés de todos los trabajadores y explotados.

En efecto, la nacionalización de los bancos y de los consorcios capitalistas, unida a la abolición del secreto comercial y al control obrero sobre los capitalistas, no solo representaría un ahorro gigantesco de trabajo del pueblo, no solo brindaría la posibilidad de economizar fuerzas y recursos, sino que, además, mejoraría la situación de las *masas* trabajadoras, es decir, de la mayoría de la población. En la guerra moderna, como nadie lo ignora, la organización económica tiene una importancia decisiva. En Rusia hay pan, carbón, petróleo y hierro en cantidad suficiente; en este aspecto, nuestra situación es mejor que la de ningún otro país beligerante de Europa. Combatiendo el desbarajuste económico por los procedimientos indicados, movilizándolo para esa lucha la iniciativa de las masas, mejorando su situación, nacionalizando los bancos y los consorcios capitalistas, Rusia podría aprovechar su revolución y su democracia para llevar al país entero a un nivel inconcebiblemente más alto de organización económica.

Si en vez de pactar una «coalición» con la burguesía, que entorpece todas las medidas de control y sabotea la producción, los eseristas y los mencheviques hubiesen puesto en abril el Poder en manos de los Soviets, si no hubiesen dedicado sus fuerzas a jugar al «carrusel ministerial» y a calentar, como burócratas, junto con los demócratas constitucionalistas, las poltronas ministeriales, los sillones de las subsecretarías, etc., sino a dirigir a los obreros y campesinos en el ejercicio de *su* control *sobre* los capitalistas, en su *guerra contra* los capitalistas, Rusia sería hoy un país en plena transformación económica, donde la tierra pertenecería a los campesinos y los bancos estarían nacionalizados; o sea, nuestro país estaría *en ese sentido* (es decir, en cuanto a estas medidas, que representan otras tantas bases económicas importantísimas de la vida moderna) *por encima* de los demás países capitalistas.

La capacidad defensiva, la fuerza militar de un país con los bancos nacionalizados es *mayor* que la de un país con los bancos en manos de particulares. La fuerza militar de un país campesino con la tierra en manos de comités de campesinos es *superior* a la de un país de grandes propiedades terratenientes.

Se invoca constantemente el patriotismo heroico y los prodigios de arrojo militar de los franceses en 1792 y 1793. Pero se olvidan las condiciones materiales, las condiciones históricas y económicas sin las que hubieran sido imposibles aquellos milagros. La destrucción efectivamente revolucionaria del feudalismo, ya caduco, el paso de todo el país, con una celeridad, una decisión, una energía y una abnegación verdaderamente revolucionarias y democráticas, a un modo de producción más elevado, a la libre posesión de la tierra por los campesinos; he ahí las condiciones materiales, las condiciones económicas que salvaron a Francia con una rapidez «prodigiosa», *regenerando y renovando* su base económica.

El ejemplo de Francia nos dice únicamente una cosa y solo una: para hacer que Rusia tenga capacidad de defensa y para lograr que también en ella se produzcan «prodigios» de heroísmo en masa, hay que barrer con implacabilidad «jacobina» todo lo viejo y renovar, regenerar a Rusia *económicamente*. Pero, en el siglo XX eso no puede hacerse simplemente barriendo el zarismo (hace ciento veinticinco

años Francia no se limitó a eso). No puede hacerse siquiera con la sola abolición por vía revolucionaria de la gran propiedad terrateniente (¡nosotros ni siquiera eso hemos hecho, pues los eseristas y los mencheviques han traicionado a los campesinos!), ni con la sola entrega de la tierra a los campesinos, pues vivimos en el siglo XX, y dominar la tierra *sin dominar los bancos* no basta para regenerar y renovar la vida del pueblo.

La renovación de las condiciones materiales, la renovación de las condiciones de la producción en Francia, a fines del siglo XVIII, fue unida a su renovación política y espiritual, a la dictadura de la democracia revolucionaria y del proletariado revolucionario (del que la democracia no se había separado aún y que todavía estaba casi fundido con ella), a la guerra sin cuartel declarada a todo lo reaccionario. En el pueblo todo, y principalmente en las masas, es decir, en las clases *oprimidas*, prendió un entusiasmo revolucionario ilimitado; *todo el mundo* consideraba la guerra, y *lo era en realidad*, una guerra justa, defensiva. La Francia revolucionaria se defendía contra la Europa reaccionaria y monárquica. No fue en 1792-1793, sino muchos años más tarde, *después* de triunfar la reacción en el interior del país, cuando la dictadura contrarrevolucionaria de Napoleón transformó las guerras defensivas sostenidas por Francia en guerras de conquista.

¿Y en Rusia? Nosotros continuamos manteniendo una guerra imperialista en interés de los capitalistas, aliados con los imperialistas y en virtud de los tratados secretos concluidos por el zar con los capitalistas de Inglaterra, etc., prometiendo en ellos a los capitalistas rusos el saqueo de otros países, Constantinopla, Lvov, Armenia, etc.

Mientras nuestro país no brinde a los demás una paz justa y no rompa con el imperialismo, la guerra seguirá siendo, por parte de Rusia, una guerra injusta y reaccionaria, una guerra de conquista. El carácter social de la guerra, su verdadera significación no son determinados (como piensan los eseristas y los mencheviques, descendiendo hasta la vulgaridad de un *mujik* ignorante) por el lugar en que se encuentran las tropas enemigas. El carácter social de la guerra depende de *qué política* continúa («la guerra es la continuación de la política»), de *cuál clase* la mantiene y de los fines que con ella persigue.

No se puede llevar a las masas a una guerra de rapiña, en virtud de tratados secretos, y cifrar esperanzas en su entusiasmo. La clase más avanzada de la Rusia revolucionaria, el proletariado, va dándose cada vez más clara cuenta del carácter criminal de la guerra. La burguesía está bien lejos de haber logrado que las masas cambien de opinión; al contrario, la conciencia del carácter criminal de la guerra no hace más que crecer. ¡El proletariado de *ambas capitales* de Rusia ha abrazado ya definitivamente el internacionalismo!

¡De cuál entusiasmo de las masas por la guerra se puede hablar aquí!

Lo uno está indisolublemente unido a lo otro, la política interior a la política exterior. Es imposible hacer que un país tenga capacidad defensiva si no existe un extraordinario heroísmo del pueblo, que realiza, intrépida y resueltamente, grandes transformaciones económicas. Y no se puede encender ese heroísmo en las masas sin romper con el imperialismo, sin ofrecer a todos los pueblos una paz democrática, sin transformar de ese modo la guerra rapaz y criminal, la guerra de conquista, en una guerra justa, defensiva, revolucionaria.

Solo rompiendo sin reservas, consecuentemente, con los capitalistas, lo mismo en la política interior que en la política exterior, podremos salvar nuestra revolución y nuestro país, atenazado por las férreas garras del imperialismo.

LA DEMOCRACIA REVOLUCIONARIA Y EL PROLETARIADO REVOLUCIONARIO

Para ser revolucionaria de verdad, la democracia de la Rusia actual debe marchar en estrecha alianza con el proletariado, la única clase consecuentemente revolucionaria, y apoyar su lucha.

Tal es la conclusión a que nos lleva el análisis de los medios con que puede combatirse la catástrofe inminente, de proporciones inauditas.

La guerra ha provocado una crisis tan inmensa, ha tensado tanto las fuerzas materiales y morales del pueblo y ha asestado tales golpes a toda la organización de la sociedad moderna, que la humanidad se ve colocada ante un dilema: perecer o poner su destino en

manos de la clase más revolucionaria, a fin de pasar con la mayor rapidez y decisión a un modo de producción más elevado.

En virtud de diversas causas históricas —el mayor atraso de Rusia, las dificultades especiales que presentaba para ella la guerra, la mayor putrefacción del régimen zarista y la extraordinaria vivacidad de las tradiciones de 1905—, la revolución ha estallado en Rusia antes que en ningún otro país. La revolución ha hecho que, en algunos meses, Rusia alcance por su régimen *político* a los países adelantados.

Pero esto no basta. La guerra es implacable y plantea la cuestión con despiadada agudeza: perecer o alcanzar y sobrepasar *también económicamente* a los países adelantados.

Y esto es posible, pues contamos con la experiencia vivida por un gran número de países adelantados y con las realizaciones de su técnica y de su cultura. Nos sirven de apoyo moral la creciente protesta en Europa contra la guerra y el clima de revolución obrera mundial en ascenso. Nos estimula y acucia la libertad democrático-revolucionaria, extraordinariamente rara en una época de guerra imperialista.

Perecer o avanzar a todo vapor. Así plantea la historia la cuestión.

Y la posición del proletariado ante el campesinado en un momento así confirma —con la variación correspondiente— la vieja tesis bolchevique: arrancar al campesinado de la influencia de la burguesía. Esa es la única garantía de salvar la revolución.

Y el campesinado es el representante más numeroso de toda la masa pequeñoburguesa.

Nuestros eseristas y mencheviques han asumido una misión reaccionaria: mantener al campesinado bajo la influencia de la burguesía y llevarlo a una coalición con ella y no con el proletariado.

La experiencia de la revolución enseña con rapidez a las masas. Y la política reaccionaria de los eseristas y los mencheviques fracasa: han sido derrotados en los Soviets de las dos capitales⁹. En ambos partidos democrático-pequeñoburgueses crece la oposición de «izquierda». En Petrogrado, la conferencia local de los eseristas dio el 10 de septiembre de 1917 una mayoría de dos tercios a los *izquierdistas*,

⁹ Se alude al paso de los Soviets a manos de los bolcheviques: el de Petrogrado, el 31 de agosto (13 de septiembre), y el de Moscú, el 5 (18) de septiembre de 1917.

que se inclinan a la alianza con el proletariado y rechazan la alianza (coalición) con la burguesía.

Los eseristas y los mencheviques repiten la contraposición predilecta de la burguesía: burguesía y democracia. Pero, en el fondo, esa contraposición es tan disparatada como lo sería comparar un *pud*¹⁰ con una *archina*¹¹.

Hay burguesía democrática y democracia burguesa: solo quien ignora por completo la Historia y la Economía Política puede negar esto.

Los eseristas y los mencheviques han recurrido a esa falsa contraposición para *encubrir* un hecho indiscutible: entre la burguesía y el proletariado se encuentra la *pequeña burguesía*, la cual, en virtud de su situación económica de clase, vacila inevitablemente entre la burguesía y el proletariado.

Los eseristas y los mencheviques empujan a la pequeña burguesía a la alianza con la burguesía. Esa es la esencia de toda su «coalición», de todo el ministerio de coalición, de toda la política de Kerenski, ese típico semidemócrata constitucionalista. En seis meses de revolución, esta política ha sufrido una completa bancarrota.

Los demócratas constitucionalistas se refocilan de gusto: la revolución, según ellos, ha fracasado, la revolución *no* ha acabado ni con la guerra ni con el desbarajuste económico.

No es verdad. Quienes han fracasado son los *demócratas-constitucionalistas y los eseristas con los mencheviques*, pues ha sido ese bloque (alianza) el que ha gobernado a Rusia durante medio año, el que durante medio año ha aumentado la ruina y embrollado y agravado la situación militar.

Cuanto más completa sea la bancarrota de la *alianza* de la burguesía con los *eseristas y los mencheviques*, más rápidamente aprenderá el pueblo. Y con tanta mayor facilidad encontrará el camino *acertado*: la alianza de los campesinos pobres, es decir, de la mayoría de los campesinos, con el proletariado.

¹⁰ Unidad de medida usada durante la Edad Media en el Imperio Ruso. Equivalente a 16,3807 kilogramos [N. del E.].

¹¹ Unidad de medida usada durante la Edad Media en el Imperio Ruso. Equivalente a 0,7112 metros [N. del E.].

LOS BOLCHEVIQUES DEBEN TOMAR EL PODER¹

CARTA AL COMITÉ CENTRAL Y A LOS COMITÉS DE PETROGRADO Y MOSCÚ DEL POSD(B) DE RUSIA²

Después de haber conquistado la mayoría en los Soviets de Diputados Obreros y Soldados de ambas capitales, los bolcheviques pueden y *deben* tomar en sus manos el poder del Estado.

Pueden, pues la mayoría activa de los elementos revolucionarios del pueblo de ambas capitales es suficiente para arrastrar a las masas, vencer la resistencia del enemigo, derrotarlo, conquistar el poder y sostenerse en él; pueden, pues al proponer en el acto la paz democrática, entregar en el acto la tierra a los campesinos y restablecer las instituciones y libertades democráticas, aplastadas y destrozadas por Kerenski, los bolcheviques formarán un gobierno que *nadie* podrá derrocar.

La mayoría del pueblo nos *apoya*. Así lo ha demostrado el largo y difícil camino recorrido desde el 6 de mayo hasta el 31 de agosto y hasta el 12 de septiembre³: la mayoría en los Soviets de ambas capitales

¹ Escrito entre el 12 y el 14 (25 y 27) de septiembre. Fue publicado por primera vez en el número 2 de la revista *Proletárskaya Revolutsia* en 1921.

² Las cartas de Lenin «Los bolcheviques deben tomar el poder» y «El marxismo y la insurrección» fueron discutidas en la reunión celebrada por el Comité Central del Partido Bolchevique el 15 (28) de septiembre de 1917. Kámenev, que se pronunció contra las directrices acerca de la insurrección armada dadas por Lenin en estas cartas históricas, propuso que fueran ocultadas al Partido y destruidos todos los ejemplares de las mismas. La proposición de Kámenev fue rechazada. El Comité Central envió las cartas de Lenin a las organizaciones más importantes del Partido Bolchevique (N. del E.).

³ Las fechas citadas por Lenin se refieren a los siguientes acontecimientos: el 6 (19) de mayo fue hecha pública la composición del primer Gobierno

es fruto de la evolución del pueblo *hacia nosotros*. Lo mismo demuestran las vacilaciones de los eseristas y mencheviques y el fortalecimiento de los internacionalistas entre ellos.

La Conferencia Democrática *no* representa a la mayoría del pueblo revolucionario, sino *únicamente a las cúspides pequeñoburguesas conciliadoras*. No debemos dejarnos engañar por las cifras de las elecciones, pues el *quid* de la cuestión *no* está en las elecciones: comparad las de las Dumas urbanas de Petrogrado y Moscú y las de los Soviets. Comparad las elecciones en Moscú y la huelga moscovita del 12 de agosto: ahí tienen los datos objetivos referentes a la mayoría de los elementos revolucionarios que guían a las masas.

La Conferencia Democrática engaña a los campesinos, no dándoles ni la paz ni la tierra. El gobierno bolchevique es el único que satisfará a los campesinos.

¿Por qué deben tomar los bolcheviques el Poder precisamente ahora?

Porque la inminente entrega de Petrogrado hará cien veces más difíciles nuestras posibilidades.

Y existiendo un ejército encabezado por Kerenski y Compañía, *no estamos en condiciones* de impedir la entrega de Petrogrado.

No se puede «esperar» a la Asamblea Constituyente, ya que Kerenski y Compañía *podrán frustrarla* siempre con esa misma entrega de Petrogrado. Solo nuestro Partido, tomando el poder, puede asegurar la convocatoria de la Asamblea Constituyente y,

provisional de coalición; el 31 de agosto (13 de septiembre), el Soviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado aprobó una resolución bolchevique que exigía la formación de un gobierno soviético; el 12 (25) de septiembre era la fecha fijada por el CEC de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados y el Comité Ejecutivo del Soviet de Diputados Campesinos de toda Rusia, ambos de tendencia eserista-menchevique, para la inauguración de la Conferencia Democrática. Dicha conferencia se celebró en Petrogrado del 14 al 22 de septiembre (27 de septiembre 5 de octubre) de 1917 (Nota de la edición rusa).

después de tomar el poder, acusará de demora a los demás partidos y demostrará su acusación⁴.

La paz por separado entre los imperialistas ingleses y alemanes puede y debe ser impedida únicamente si se actúa con rapidez.

El pueblo está cansado de las vacilaciones de los mencheviques y eseristas. Solo nuestra victoria en ambas capitales hará que los campesinos nos sigan.

No se trata del «día» de la insurrección, de su «momento», en el sentido estrecho de la palabra. Eso lo decidirá únicamente la voluntad común de los que *tienen* contacto con los obreros y los soldados, con *las masas*.

Se trata de que nuestro Partido tiene ahora, de hecho, en la Conferencia Democrática, *su Congreso*, y este Congreso *debe* (quíralo o no, pero debe) decidir el *destino de la revolución*.

Se trata de hacer clara esta tarea para el Partido: plantear a la orden del día la *insurrección armada* en Petrogrado y Moscú (comprendida la región), conquistar el Poder, derribar el gobierno. Hay que pensar en *cómo* hacer agitación en pro de esta tarea, sin expresarse así en la prensa.

Recordad y reflexionad sobre las palabras de Marx respecto a la insurrección: «la insurrección es un arte», etc.

Es ingenuo esperar la mayoría «formal» de los bolcheviques: ninguna revolución espera *eso*. Tampoco lo espera Kerenski y Compañía, sino que preparan la entrega de Petrogrado. ¡Precisamente las ruines vacilaciones de la «Conferencia Democrática» deben agotar,

⁴ El Gobierno provisional anunció la convocatoria a la Asamblea Constituyente en su declaración del 2 (15) de marzo de 1917; se fijó la fecha de las elecciones para el 17 (30) de septiembre del mismo año. Posteriormente aplazó la convocatoria a la Asamblea, anunciando que las elecciones se realizarían el 12 (25) de noviembre. La Asamblea Constituyente fue abierta por el gobierno soviético el 5 (18) de enero de 1918 en Petrogrado. En vista de que la Asamblea Constituyente se negó a discutir la Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado y a ratificar los decretos del II Congreso de los Soviets acerca de la paz, la tierra y el paso del poder a los Soviets, fue disuelta el 6 (19) de enero de 1918 por acuerdo del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia (Nota de la edición rusa).

y agotarán, la paciencia de los obreros de Petrogrado y Moscú! La historia no nos perdonará si no tomamos ahora el Poder.

¿Que no existe un aparato? Ese aparato existe: los soviets y las organizaciones democráticas. La situación internacional *precisamente* ahora, en *vísperas* de la paz por separado de los ingleses y alemanes, *nos es favorable*. Precisamente ahora, proponer la paz a los pueblos significa *triunfar*.

Tomando el Poder *simultáneamente* en Moscú y Petrogrado (no importa quién empiece; quizá pueda empezar incluso Moscú), triunfaremos de *modo absoluto y seguro*.

EL MARXISMO Y LA INSURRECCIÓN¹

CARTA AL COMITÉ CENTRAL DEL POSD(B) DE RUSIA

Entre las más malignas y tal vez más difundidas tergiversaciones del marxismo por los partidos «socialistas» dominantes, se encuentra la mentira oportunista de que la preparación de la insurrección, y en general, considerar la insurrección como un arte, es «blanquismo».

Bernstein, dirigente del oportunismo, se ganó ya una triste celebridad acusando al marxismo de blanquismo y, en realidad, con su criterio acerca del blanquismo, los oportunistas de hoy no renuevan ni «enriquecen» en lo más mínimo las pobres «ideas» de Bernstein.

¡Acusar a los marxistas de blanquismo, porque conciben la insurrección como un arte! ¿Es posible una más flagrante distorsión de la verdad, cuando ningún marxista niega que fue el propio Marx quien se pronunció del modo más concreto, más claro y más irrefutable acerca de este problema diciendo precisamente que la insurrección es *un arte*, que hay que tratarla como tal arte, que es necesario conquistar un primer triunfo y seguir luego avanzando de triunfo en triunfo, sin interrumpir la *ofensiva* contra el enemigo, aprovechándose de su confusión, etc.?

Para poder triunfar, la insurrección debe apoyarse no en una conjura, no en un partido, sino en la clase más avanzada. Esto en primer lugar. La insurrección debe apoyarse en el *auge revolucionario del pueblo*. Esto en segundo lugar. La insurrección debe apoyarse en aquel *momento de viraje* en la historia de la revolución ascensional

¹ Escrito entre el 13 y 14 (26 y 27) de septiembre. Publicado por primera vez en la revista *Proletárskaya Revoliutsia* en 1921.

en que la actividad de la vanguardia del pueblo sea mayor, en que mayores sean las vacilaciones en las filas de los enemigos y *en las filas de los amigos débiles, a medias, indecisos, de la revolución*. Esto en tercer lugar. Estas tres condiciones, previas al planteamiento del problema de la insurrección, son las que precisamente diferencian *el marxismo del blanquismo*.

Pero, si se dan estas condiciones, negarse a tratar la insurrección como *un arte* equivale a traicionar el marxismo y a traicionar la revolución.

Para demostrar que el momento actual es precisamente el momento en que el Partido está *obligado* a reconocer que la *insurrección* ha sido puesta al orden del día por la marcha objetiva de los acontecimientos y que la insurrección debe ser considerada como un arte, para demostrarlo, acaso sea lo mejor emplear el método comparativo y trazar un paralelo entre las jornadas del 3 y 4 de julio y las de septiembre.

El 3 y 4 de julio se podía, sin faltar a la verdad, plantear el problema así: lo justo era tomar el poder, pues, de no hacerlo, los enemigos nos acusarán igualmente de insurrectos y nos tratarán como a tales. Pero de aquí no se podía llegar a la conclusión de que hubiera sido conveniente tomar el poder en aquel entonces, pues a la sazón no existían las condiciones objetivas necesarias para que la insurrección pudiera triunfar.

1. No teníamos todavía con nosotros a la clase que es la vanguardia de la revolución.

No contábamos todavía con la mayoría de los obreros y soldados de las capitales. Hoy tenemos ya la mayoría en ambos Soviets. Es fruto, *solo* de la historia de julio y agosto, de la experiencia de las «represalias» contra los bolcheviques y de la experiencia de la kornilovada.

2. No existía entonces un ascenso revolucionario de todo el pueblo. Hoy existe, después de la kornilovada. Así lo demuestra el estado de las provincias y la toma del poder por los Soviets en muchos lugares.

3. Entonces, las *vacilaciones* no habían cobrado todavía proporciones de serio alcance político general en las filas de nuestros enemigos y en las de la pequeña burguesía indecisa. Hoy, esas vacilaciones son gigantescas: nuestro principal enemigo, el imperialismo de la Entente² y el imperialismo mundial (ya que los «aliados» se encuentran a la cabeza de este) *empieza a vacilar* entre la guerra hasta el triunfo final y una paz separada dirigida contra Rusia. Y nuestros demócratas pequeñoburgueses, que ya han perdido, evidentemente, la mayoría en el pueblo, vacilan también de un modo extraordinario, habiendo renunciado al bloque, es decir, a la coalición con los kadetes.
4. Por eso, en los días 3 y 4 de julio la insurrección habría sido un error: no habríamos podido mantenernos en el poder ni física ni políticamente. No habríamos podido mantenernos físicamente, pues aunque por momentos teníamos a Petrogrado en nuestras manos, nuestros obreros y soldados no estaban dispuestos entonces a *batirse* y a *morir* por Petrogrado: les faltaba todavía el «enseñamiento», el odio hirviente *tanto contra* los Kerenski, como contra los Tsereteli y los Chernov. Nuestros hombres no estaban todavía templados por las persecuciones contra los bolcheviques, en que participaron los eseristas y mencheviques.

Políticamente, los días 3 y 4 de julio no habríamos podido sostenernos en el poder, pues, *antes de la kornilovada*, el ejército y las provincias podían marchar y habrían marchado sobre Petrogrado.

Hoy, el panorama es completamente distinto.

Hoy tenemos con nosotros a la mayoría de la clase que es la vanguardia de la revolución, la vanguardia del pueblo, la clase capaz de arrastrar detrás de sí a las masas.

Tenemos con nosotros a la *mayoría* del pueblo, pues la dimisión de Chernov no es, ni mucho menos, el único indicio, pero sí el más claro y el más palpable, de que los campesinos *no obtendrán la*

² La Triple Entente fue una coalición internacional formada por Francia, el Imperio Ruso y Gran Bretaña [N. de E.].

tierra del bloque de los eseristas (ni de los propios eseristas), y este es el *quid* del carácter popular de la revolución.

Estamos en la situación ventajosa de un partido que sabe firmemente cuál es su camino en medio de las más inauditas vacilaciones, tanto *de todo el imperialismo* como de todo el bloque de los mencheviques y eseristas.

Nuestro *triunfo es seguro*, pues el pueblo está ya al borde de la desesperación y nosotros *señalamos al pueblo entero* la verdadera salida: le hemos demostrado, «en los días de la kornilovada», el valor de nuestra dirección y, después, *hemos propuesto* una transacción a los bloquistas, transacción *que estos han rechazado* sin que por ello hayan terminado sus vacilaciones.

Sería el más grande de los errores creer que la transacción propuesta por nosotros, no ha sido rechazada *todavía*, que la Conferencia Democrática puede aceptarla *todavía*. La transacción era una oferta hecha de un *partido a otros partidos*. No podía hacerse de otro modo. Los *partidos* la rechazaron. La Conferencia Democrática es solo una *conferencia*, y nada más. No hay que olvidar una cosa: la *mayoría* del pueblo revolucionario, los campesinos pobres, irritados, no tienen representación en ella. Trátase de una conferencia de la *minoría del pueblo*; no se debe olvidar esta verdad evidente. Sería el más grande de los errores, el mayor de los cretinismos parlamentarios, que nosotros considerásemos la Conferencia Democrática como un parlamento, pues aun *suponiendo* que se hubiese proclamado parlamento permanente y soberano de la revolución, igualmente *no resolvería* nada: la solución está *fuera de ella*, está en los barrios obreros de Petrogrado y de Moscú.

Contamos con todas las premisas objetivas para una insurrección triunfante. Contamos con las excepcionales ventajas de una situación en que *solo* nuestro triunfo en la insurrección pondrá fin a unas vacilaciones que agotan al pueblo y que son la cosa más penosa del mundo; en que *solo* nuestro triunfo en la insurrección dará inmediatamente la tierra a los campesinos; en que solo nuestro triunfo en la insurrección *hará fracasar* todas esas maniobras de paz por separado, dirigidas contra la revolución, y las hará fracasar mediante la oferta franca de una paz más completa, más justa y más próxima, una paz en *beneficio* de la revolución.

Por último, nuestro Partido es el único que, si triunfa en la insurrección, *puede* salvar a Petrogrado, pues si nuestra oferta de paz es rechazada y no se nos concede ni siquiera un armisticio, *nos* convertiremos en «defensistas», nos pondremos *a la cabeza de los partidos de guerra*, nos convertiremos en el partido «de guerra» *más encarnizado* de todos los partidos y libraremos una guerra verdaderamente revolucionaria. Despojaremos a los capitalistas de todo el pan y de *todas* las botas. No les dejaremos más que migajas y los calzaremos con alpargatas. Y enviaremos al frente todo el pan y todo el calzado.

Y, así, salvaremos a Petrogrado.

En Rusia son todavía inmensamente grandes los recursos tanto materiales como morales, con que contaría una guerra verdaderamente revolucionaria: hay 99 % de probabilidades de que los alemanes nos concederán, por lo menos, un armisticio. Y, en las condiciones actuales, obtener un armisticio equivale ya a triunfar sobre el mundo *entero*.

Luego de haber reconocido la absoluta necesidad de la insurrección de los obreros de Petrogrado y de Moscú para salvar la revolución y para salvar a Rusia de un reparto «separado» por los imperialistas de ambas coaliciones, debemos: primero, adaptar nuestra táctica política en la Conferencia Democrática a las condiciones de la insurrección creciente; segundo, debemos demostrar que no solo de palabra aceptamos la idea de Marx de que es necesario considerar la insurrección como un arte.

Inmediatamente debemos unir en la Conferencia Democrática la minoría bolchevique, sin preocuparnos del número ni dejarnos llevar del temor de que los vacilantes continúen en ese campo; *allí* son más útiles a la causa de la revolución que en el campo de los luchadores firmes y decididos.

Debemos redactar una breve declaración subrayando con energía la inoportunidad de los largos discursos y la inoportunidad de los «discursos» en general, la necesidad de proceder a una acción inmediata para salvar la revolución, la absoluta necesidad de romper totalmente con la burguesía, de destituir íntegramente al

actual gobierno, de romper de una manera absoluta con los imperialistas anglo-franceses, que están preparando el reparto «separado» de Rusia; la necesidad del paso inmediato de todo el poder a manos *de la democracia revolucionaria, con el proletariado revolucionario a la cabeza.*

Nuestra declaración deberá formular esta conclusión en la forma más breve y tajante y de acuerdo con los proyectos programáticos: paz a los pueblos, tierra a los campesinos, confiscación de las ganancias escandalosas, poner fin al escandaloso sabotaje de la producción por los capitalistas.

Cuanto más breve y tajante sea la declaración, mejor. En ella deben señalarse claramente dos puntos de extraordinaria importancia: el pueblo está agotado por tantas vacilaciones, está harto de la indecisión de los eseristas y mencheviques; y que nosotros rompemos definitivamente con esos *partidos* porque han traicionado a la revolución.

Una cosa más: con la oferta inmediata de una paz sin anexiones, la inmediata ruptura con los imperialistas aliados, con todos los imperialistas, o bien obtendremos en seguida un armisticio; o bien el paso de todo el proletariado revolucionario a la posición de la defensa —y toda la democracia revolucionaria, dirigida por él—, dará comienzo a una guerra verdaderamente justa, verdaderamente revolucionaria.

Después de dar lectura a esta declaración y de reclamar *resoluciones* y no palabras, *acciones* y no resoluciones escritas, debemos lanzar todo nuestro grupo *a las fábricas y a los cuarteles*: allí está su lugar, allí está el pulso de la vida, allí está la fuente de salvación de nuestra revolución y allí está el motor de la Conferencia Democrática.

Allí debemos exponer, en discursos fogosos y apasionados, nuestro programa y plantear el problema así: o la aceptación *íntegra* del programa por la Conferencia, o la insurrección. No hay término medio. No es posible esperar. La revolución se hunde.

Si planteamos el problema de ese modo y concentramos todo nuestro grupo en las fábricas y los cuarteles, *estaremos en condiciones de determinar el momento justo para iniciar la insurrección.* Y para enfocar la insurrección al estilo marxista, es decir, como un arte, debemos, al mismo tiempo, sin perder un minuto, organizar

un *Estado Mayor* de los destacamentos de la insurrección, distribuir las fuerzas, enviar los regimientos de confianza contra los puntos más importantes, cercar el Teatro de Alejandro y ocupar la Fortaleza de Pedro y Pablo, arrestar al Estado Mayor y al gobierno, enviar contra los cadetes militares y contra la «división salvaje» aquellas tropas dispuestas a morir antes de dejar que el enemigo se abra paso hacia los centros de la ciudad; debemos movilizar a los obreros armados, haciéndoles un llamamiento para que se lancen a una desesperada lucha final; ocupar inmediatamente el telégrafo y la telefónica, instalar *nuestro* Estado Mayor de la insurrección en la central telefónica y conectarlo por teléfono con todas las fábricas, todos los regimientos y todos los puntos de la lucha armada, etc.

Todo esto, naturalmente, a título de ilustración, como *ejemplo* de que en el momento actual no se puede ser fiel al marxismo, a la revolución, *sin considerar la insurrección como un arte*.

LA CRISIS HA MADURADO¹

I

Es indudable que las postrimerías de septiembre nos han aportado un grandioso viraje en la historia de la revolución rusa y, a juzgar por todas las apariencias, de la revolución mundial.

La revolución obrera mundial comenzó con las acciones de hombres aislados, representantes abnegados de todo lo honesto que ha quedado del podrido «socialismo» oficial, que es en realidad socialchovinismo. Liebknecht en Alemania, Adler en Austria y Maclean en Inglaterra son los nombres más conocidos de estos héroes individuales que han asumido el difícil papel de precursores de la revolución mundial.

La segunda etapa en la preparación histórica de esta revolución fue la vasta efervescencia de las masas, manifestada en la escisión de los partidos oficiales, en la edición de publicaciones clandestinas y en las manifestaciones de calle. A medida que se intensificaba la protesta contra la guerra fue aumentando el número de víctimas de las persecuciones gubernativas. Las cárceles de los países célebres por su legalidad, e incluso por su libertad —Alemania, Francia, Italia e Inglaterra—, empezaron a llenarse de decenas y centenas de internaciona-listas, de enemigos de la guerra, de partidarios de la revolución obrera.

Ha llegado ahora la tercera etapa, que puede ser denominada víspera de la revolución. Las detenciones en masa de los jefes de los partidos en la libre Italia y, sobre todo, el comienzo de las *sublevaciones militares* en Alemania, son síntomas seguros del gran viraje, síntomas de la *víspera de la revolución* a escala mundial.

¹ Tomado de *Obras escogidas*, tomo II. Los capítulos del I al III fueron publicados el 7 (20) de octubre en el número 30 de *Rabochi Put*; el capítulo VI se publicó por primera vez en 1924 [N del E].

Es indudable que en Alemania hubo también anteriormente motines aislados entre las tropas; pero eran tan insignificantes, tan desperdigados y débiles que se conseguía sofocarlos y silenciarlos, radicando en ello el factor principal que permitía cortar el *contagio masivo* de las acciones sediciosas. Por último, en la marina maduró asimismo un movimiento de ese carácter, que *no pudo ser* ya ni sofocado ni silenciado, pese incluso a todos los rigores del régimen presidiario y militar alemán, elaborados con precisión inusitada y observados con increíble pedantería.

Las dudas son imposibles. Nos encontramos en el umbral de la revolución proletaria mundial. Y por cuanto nosotros, los bolcheviques rusos, somos los únicos entre los internacionalistas proletarios de todos los países que gozamos de una libertad relativamente inmensa, que contamos con un partido legal y unas dos decenas de periódicos, que tenemos a nuestro lado a los Soviets de Diputados Obreros y Soldados de las capitales y *la mayoría* de las masas populares en un momento revolucionario, puede y debe aplicárseles las conocidas palabras: a quien mucho se le ha dado, mucho se le exige.

II

Es indudable que la revolución se halla en Rusia en un momento de viraje.

En un país campesino, con un gobierno revolucionario, republicano, apoyado por los partidos de los eseristas y mencheviques —que predominaban todavía ayer entre la democracia pequeñoburguesa—, crece *la insurrección campesina*.

Es increíble, pero es un hecho.

Y a nosotros, los bolcheviques, no nos sorprende este hecho. Hemos dicho siempre que el gobierno de la famosa «coalición» con la burguesía es el gobierno de la *traición* a la democracia y a la revolución, el gobierno de la matanza *imperialista*, el gobierno de la *protección* de los capitalistas y terratenientes *contra* el pueblo.

Gracias a los engaños de los eseristas y mencheviques, en Rusia ha quedado y sigue existiendo bajo la república, durante la

revolución, juntamente con los Soviets, el gobierno de los capitalistas y terratenientes. Tal es la amarga y terrible realidad. ¿Qué tiene, pues, de sorprendente que en Rusia, dadas las inauditas calamidades que acarrearán al pueblo la prolongación de la guerra y sus consecuencias, haya empezado y crezca la insurrección campesina?

¿Qué tiene, pues, de sorprendente que los enemigos de los bolcheviques, los jefes del partido eserista *oficial* —el mismo que ha apoyado constantemente a la «coalición», el mismo que hasta los últimos días o las últimas semanas tenía a su lado la mayoría del pueblo, el mismo que continúa censurando y acosando a los «nuevos» eseristas que se han convencido de la traición que representa a los intereses del campesinado la política de la coalición—; ¿qué tiene de sorprendente que esos jefes del partido eserista oficial escriban el 29 de septiembre en el artículo de fondo de su órgano oficial, *Dielo Naroda*, lo siguiente:

... Hasta este momento no se ha hecho casi nada para acabar con las relaciones de avasallamiento que siguen dominando aún en el campo, precisamente en el centro de Rusia... La ley de ordenación de las relaciones agrarias en el campo, presentada hace mucho al Gobierno Provisional y aprobada incluso por un purgatorio como la Conferencia Jurídica, se ha atascado irremisiblemente en ciertas oficinas... ¿Acaso no tenemos razón al afirmar que nuestro gobierno republicano está muy lejos todavía de haberse desembarazado de los viejos hábitos de la administración zarista, que los procedimientos stolypinianos se dejan sentir aún con mucha fuerza en los métodos de los ministros revolucionarios?

¡Así escriben los eseristas oficiales! Imagínense: ¡los partidarios de la coalición *se ven obligados* a reconocer que, después de siete meses de revolución en un país campesino, «no se ha hecho casi nada para acabar con el avasallamiento» de los campesinos, con su sojuzgamiento por los terratenientes! Esos eseristas *se ven obligados* a denominar *stolipinianos* a su colega Kerenski y a toda su banda de ministros.

¿Puede haber un testimonio más elocuente del campo de nuestros enemigos que confirme no solo que la coalición está en bancarrota,

no solo que los eseristas oficiales, que soportan a Kerenski se han convertido en un partido *antipopular, anticampesino, contrarrevolucionario*, sino también que toda la revolución rusa ha llegado a un momento de viraje?

¡Una insurrección campesina en un país campesino contra el gobierno de Kerenski, eserista, de Nikitin y Gvózdiev, mencheviques, y de otros ministros representantes del capital y de los intereses terratenientes! ¡Y esa insurrección es aplastada *con medidas militares* por un gobierno republicano!

¿Es que se puede, ante tales hechos, ser un partidario honesto del proletariado y negar que la crisis ha madurado, que la revolución experimenta un grandioso viraje, que la victoria del gobierno sobre la insurrección campesina significaría ahora el entierro definitivo de la revolución, el triunfo definitivo de la korniloviada?

III

Se cae por su propio peso que si en un país agrario, después de siete meses de república democrática, se ha podido llegar a una insurrección campesina, dicha insurrección demuestra irrefutablemente la bancarrota nacional de la revolución, su crisis, que ha alcanzado una fuerza sin igual, y el acercamiento de las fuerzas contrarrevolucionarias a la *última línea*.

Ante un hecho como la insurrección campesina, todos los demás síntomas políticos, incluso si contradijesen a esta maduración de la crisis nacional, no tendrían absolutamente ninguna importancia.

Pero, por el contrario, todos los síntomas muestran precisamente que la crisis nacional ha madurado.

Después del problema agrario, en la vida estatal de toda Rusia tiene una importancia particularmente grande, sobre todo para las masas pequeñoburguesas de la población, el problema nacional. Y vemos que en la Conferencia «Democrática», amañada por el señor Tsereteli y Compañía, la curia «nacional» ocupa el segundo lugar por su radicalismo, cediendo únicamente a las organizaciones sindicales y figurando *por encima* de la curia de los Soviets

de Diputados Obreros y Soldados en lo que se refiere al porcentaje de votos emitidos *contra* la coalición (40 de 55). El gobierno de Kerenski, el gobierno del aplastamiento de la insurrección campesina, retira de Finlandia las tropas revolucionarias para reforzar a la burguesía reaccionaria finlandesa. En Ucrania son más frecuentes cada día los conflictos de los ucranianos en general, y de las tropas ucranianas en particular, con el gobierno. Tomemos, en tercer lugar, el ejército, que en tiempo de guerra tiene una importancia excepcional en toda la vida del Estado. Hemos visto que las tropas finlandesas y la flota del Báltico *se han separado* por completo del gobierno. Vemos la declaración del oficial Dubásov, no bolchevique, quien dice en nombre de todo el frente, y con palabras más revolucionarias que todos los bolcheviques, que los soldados no combatirán más². Vemos los informes gubernamentales diciendo que los soldados están «nerviosos», que es imposible responder del «orden» (es decir, de la participación de esas tropas en el aplastamiento de la insurrección campesina). Vemos, por último, la votación en Moscú, donde catorce mil soldados de diecisiete mil votan a favor de los bolcheviques.

Esta votación en las elecciones a las Dumas distritales de Moscú es, en general, uno de los síntomas más sorprendentes del profundísimo viraje que se opera en el estado de ánimo nacional. Todo el mundo sabe que Moscú es más pequeñoburgués que Petrogrado. Es un hecho indiscutible, confirmado muchas veces, que los vínculos del proletariado moscovita con la aldea, sus simpatías por los campesinos y su proximidad al estado de ánimo de estos son incomparablemente mayores.

Pues bien, en Moscú, los votos de los eseristas y mencheviques han descendido, del 70% en junio, al 18%. La pequeña burguesía y el pueblo han vuelto la espalda a la coalición: no puede haber la menor duda de ello. Los demócratas constitucionalistas se han fortalecido, pasando del 17% al 30%; pero siguen en minoría, en una minoría irremediable, pese a la evidente incorporación a ellos de los

² Lenin se refiere al discurso pronunciado por el oficial Dubásov en la sesión del Soviet de Petrogrado el 22 de septiembre (5 de octubre) de 1917 (Nota de la edición rusa).

eseristas «de derecha» y de los mencheviques «de derecha». Por su parte, *Russkie Vedomosti*³ dice que el número absoluto de sufragios emitidos a favor de los demócratas constitucionalistas ha disminuido de 67.000 a 62.000. Los bolcheviques son los únicos que han aumentado su número de votos de 34.000 a 82.000, recibiendo el 47% de los sufragios emitidos. No puede haber ni sombra de duda de que, junto con los eseristas de izquierda, tenemos ahora la mayoría en los Soviets, en el ejército y en el país.

Y entre las muestras de significación no solo sintomática, sino muy real, debe incluirse también el que los ferroviarios y los empleados de Correos —que tienen una gigantesca importancia económica, política y militar— sigan encontrándose en agudo conflicto con el gobierno, hasta el extremo que incluso los mencheviques defensistas están descontentos de «su» ministro Nikitin y los eseristas oficiales denominan «stolypinianos» a Kerenski y Compañía ¿No está claro que semejante «apoyo» de los mencheviques y eseristas al gobierno tiene, si es que lo tiene, solo un significado negativo?

IV

[...]

V

Sí, los jefes del Comité Ejecutivo Central aplican una táctica acertada de defensa de la burguesía y de los terratenientes. Y no cabe la menor duda de que si los bolcheviques cayeran en la trampa de las ilusiones constitucionalistas, de la «confianza» en el Congreso de los Soviets y en la convocatoria a la Asamblea Constituyente, de la «espera» del Congreso de los Soviets, etc., no cabe duda de que esos bolcheviques serían unos *traidores miserables* a la causa proletaria.

³ *Noticiario Ruso*: diario publicado desde 1853 como portavoz de los intelectuales liberales moderados. En 1905 pasó a expresar los intereses del ala de derecha del Partido Democrático Constitucionalista. Fue clausurado en 1918 [N del E].

Serían traidores a la causa proletaria, pues con su conducta traicionarían a los obreros revolucionarios alemanes, que han comenzado la sublevación en la marina. En tales condiciones, «esperar» al Congreso de los Soviets, etc., es *una traición al internacionalismo*, una traición a la causa de la revolución socialista internacional.

Porque el internacionalismo no consiste en frases, no consiste en expresiones de solidaridad ni en resoluciones, sino en *hechos*.

Los bolcheviques serían traidores al *campesinado*, pues tolerar el aplastamiento de la insurrección campesina por un gobierno que *incluso Dielo Naroda* compara con los stolipinianos, significaría *hundir* toda la revolución, hundirla irrevocablemente para siempre. Se habla a gritos de anarquía y de que crece la indiferencia de las masas: ¡y cómo no van a ser indiferentes las masas ante las elecciones, si el campesinado *se ha visto obligado a recurrir a la insurrección*, y la llamada «democracia revolucionaria» tolera pacientemente que sea aplastada por la fuerza de las armas!

Los bolcheviques serían traidores a la democracia y la libertad, pues tolerar el aplastamiento de la insurrección campesina en un momento como este *significaría* permitir que fuesen falsificadas las elecciones a la Asamblea Constituyente *exactamente* igual —y todavía peor, de modo más burdo— que como han sido falsificados la «Conferencia Democrática» y el «Anteparlamento».

La crisis ha madurado. Está en juego todo el porvenir de la revolución rusa. Está en juego todo el honor del Partido Bolchevique. Está en juego todo el porvenir de la revolución obrera internacional por el socialismo.

«La crisis ha madurado...»

29 de septiembre de 1917

Hasta aquí se puede publicar; la continuación está destinada a ser *distribuida* a los miembros del CC, CP, CM y de los Soviets.

VI

¿Qué hacer? Hay que *aussprechen was ist*, «decir lo que existe», reconocer la verdad de que entre nosotros, en el CC o en

las altas esferas del Partido, existe una corriente u opinión favorable a *esperar* al Congreso de los Soviets, *opuesta* a la toma inmediata del poder, *opuesta* a la insurrección inmediata. Hay que *vencer* esta corriente u opinión.

De lo contrario, los bolcheviques *se cubrirían de oprobio* para siempre y *quedarían reducidos a la nada* como partido.

Porque dejar pasar este momento y «esperar» al Congreso de los Soviets es una *idiotez completa* o una *traición completa*.

Una traición completa a los obreros alemanes. ¡No vamos a esperar a que *comience* su revolución! En ese caso, hasta los Liberdán⁴ estarán a favor de que se la «apoye». Pero esa revolución *no puede* comenzar mientras Kerenski, Kishkín y Compañía estén en el poder.

Una traición completa al campesinado. Teniendo los Soviets de las dos *capitales*, permitir el aplastamiento de la insurrección campesina significaría *perder*, y *perder merecidamente*, toda la confianza de los campesinos, significaría equipararse ante sus ojos a los Liberdán y demás miserables.

«Esperar» al Congreso de los Soviets es una idiotez completa, pues significaría dejar pasar semanas, y las *semanas* e incluso los días lo deciden hoy *todo*. Significaría *renunciar* cobardemente a la toma del poder, pues el 1-2 de noviembre será imposible (tanto política como técnicamente: se concentrará a los cosacos para el día de la insurrección, «fijado»⁵ tan estúpidamente).

«Esperar» al Congreso de los Soviets es una idiotez, pues el Congreso *¡no dará nada, no puede dar nada!*

¿Significado «moral»? ¡Es asombroso! ¡Hablar del «significado de las resoluciones y de las conversaciones con los Liberdán,

⁴ «Los Liberdán»: nombre irónico dado a los líderes mencheviques Liber y Dan y a sus partidarios después de que en el número 141 del periódico bolchevique moscovita *Sotsial-Demokrat*, del 25 de agosto (7 de septiembre) de 1917, apareció un suelto satírico de D. Bedni titulado «Liberdán» (Nota de la edición rusa).

⁵ Convocar el Congreso de los Soviets para el 20 de octubre a fin de decidir «la toma del poder», ¿se diferencia en algo de «fijar» estúpidamente la fecha de la insurrección? Ahora se puede tomar el poder, pero el 20 (29) de octubre no os lo dejarán tomar (Nota del autor).

cuando sabemos que los Soviets *están a favor* de los campesinos y que al aplastar la insurrección campesina se condenaría a esos Soviets al papel de despreciables charlatanes! ¡Venzan primero a Kerenski y luego convoquen el Congreso!

Los bolcheviques tienen *asegurada* ahora la victoria de la insurrección: 1) podemos⁶ (si no «esperamos» al Congreso de los Soviets) atacar *súbitamente* y desde tres puntos: desde Petrogrado, desde Moscú y desde la flota del Báltico; 2) tenemos consignas que nos aseguran el apoyo: ¡Abajo el gobierno que aplasta la insurrección campesina contra los terratenientes!; 3) tenemos la mayoría *en el país*; 4) la desorganización de los mencheviques y eseristas es total; 5) tenemos la posibilidad técnica de tomar el poder en Moscú (que podría incluso empezar para derrotar por sorpresa al enemigo); 6) tenemos *miles* de soldados y obreros armados en Petrogrado, que pueden tomar *a la vez* el Palacio de Invierno, el Estado Mayor Central, la Central de Teléfonos y todas las imprentas importantes; no nos echarán de allí, y la agitación en el *ejército* alcanzará tal amplitud, que será *imposible* luchar contra este gobierno de la paz, de la tierra para los campesinos, etc.

Si atacamos simultáneamente, por sorpresa, desde tres puntos, en Petrogrado, en Moscú y en la flota del Báltico, tendremos el noventa y nueve por ciento de posibilidades de triunfar con menos víctimas que las habidas del 3 al 5 de julio, pues *las tropas no combatirán* contra el gobierno de la paz. Hasta en el caso de que Kerenski tenga *ya* en Petrogrado una caballería «fiel», etc., si atacamos desde dos lados y el ejército simpatiza con *nosotros*, Kerenski se verá obligado a *rendirse*. Si no tomamos el poder con las posibilidades que existen ahora, todo lo que se hable del poder de los Soviets se convertirá en una *mentira*.

No tomar ahora el poder, «esperar», charlatanear en el CEC, limitarse a «luchar por el órgano» (el Soviet), «luchar por el Congreso», significa *hundir la revolución*.

⁶ ¿Qué ha hecho el Partido para estudiar la dislocación de las tropas, etc., para llevar a cabo la insurrección como un «arte»?; ¡Solo charlatanería en el CEE! (Nota del autor).

Al ver que el CC ha dejado *sin respuesta* mis instancias en este sentido desde el comienzo de la Conferencia Democrática; que el Órgano Central *tacha* de mis artículos las alusiones a errores tan escandalosos de los bolcheviques como la vergonzosa decisión de participar en el Anteparlamento, de conceder puestos a los mencheviques en el *Presidium* del Soviet, etc.; al ver todo eso debo considerar (suponer) una «sutil» falta de deseo del CC para discutir esta cuestión, una sutil insinuación del deseo de taparme la boca y de proponerme que me retire.

Me veo obligado a *dimitir de mi cargo en el CC*, cosa que hago, y a reservarme la libertad de hacer agitación *en las organizaciones de base* del Partido y en su Congreso.

Porque estoy profundamente convencido de que si «esperamos» al Congreso de los Soviets y dejamos ahora pasar el momento, hundiremos la revolución.

N. Lenin
29/IX

P.S. ¡Toda una serie de hechos ha probado que ni *siquiera* las tropas cosacas lucharán contra el gobierno de la paz! ¿Y cuántas son? ¿Dónde están? ¿Y es que todo el ejército no destacará unidades que estén a *nuestro favor*?

CARTA A LOS CAMARADAS¹

Camaradas: El momento que vivimos es tan crítico y los acontecimientos vuelan con tan increíble rapidez que el publicista, situado por voluntad del destino un tanto al margen del cauce principal de la historia, corre el riesgo de llegar siempre tarde o de estar poco informado, sobre todo si sus escritos ven la luz con retraso. Con plena conciencia de ello, me veo obligado, no obstante, a dirigir esta carta a los bolcheviques, aun a riesgo de que no aparezca en absoluto en la prensa, pues las vacilaciones contra las que considero un deber rebelarme con toda energía son inauditas y pueden influir funestamente en el Partido, en el movimiento del proletariado internacional y en la revolución. En lo que atañe al peligro de llegar tarde, para conjurarlo indicaré las informaciones que poseo y de qué fecha son.

Solo en la mañana del lunes, 16 de octubre, he conseguido ver a un camarada que había participado la víspera en una reunión bolchevique muy importante en Petrogrado y que me ha informado detalladamente de los debates. Se discutió el mismo problema de la insurrección que tratan también los periódicos dominicales de todas las tendencias. En la reunión estuvo representado lo más influyente de todas las ramas de actividad bolchevique en la capital. Y solo una minoría insignificantisíma de la reunión —exactamente: solo dos camaradas— adoptó una posición negativa. Los argumentos que esgrimieron estos camaradas son hasta tal punto endebles, son una manifestación tan asombrosa de desconcierto, de acoquinamiento y de quiebra de todas las ideas

¹ Escrito el 17 (30) de octubre y publicada los días 19, 20 y 21 de octubre (1, 2 y 3 de noviembre).

fundamentales del bolchevismo y del internacionalismo proletario, revolucionario, que no es fácil encontrar una explicación a vacilaciones tan vergonzosas. Pero el hecho es patente, y como el partido revolucionario no tiene derecho a consentir vacilaciones en un problema tan serio, y como esta pareja de camaradas, que han renunciado a sus principios, puede introducir cierta cizaña, es preciso analizar sus argumentos, poner al desnudo sus vacilaciones y mostrar hasta qué punto son vergonzosas. Que las líneas siguientes sean un intento de cumplir esta tarea.

«... No tenemos la mayoría en el pueblo; sin esta condición, la insurrección está condenada...»

Hombres capaces de decir eso son unos falseadores de la verdad o unos pedantes, que desean a toda costa, sin tomar en consideración lo más mínimo de la situación real de la revolución, recibir por anticipado garantías de que el Partido Bolchevique obtendrá en todo el país exactamente la mitad de los votos más uno. La historia jamás ha dado en ninguna revolución, ni puede dar en absoluto, tales garantías. Presentar esa demanda significa mofarse de los oyentes y no es otra cosa que encubrir la propia *huida* de la realidad.

Porque la realidad nos muestra a ojos vistas que, precisamente después de las jornadas de julio, la mayoría del pueblo empezó con rapidez a tomar posición al lado de los bolcheviques. Así lo demostraron las elecciones del 20 de agosto en Petrogrado, antes aún de la korniloviada, cuando el porcentaje de votos obtenidos por los bolcheviques se elevó de 20% a 33% en la ciudad (sin los suburbios) y, después, las elecciones de septiembre a las dumas distritales de Moscú, cuando el porcentaje de sufragios emitidos a favor de los bolcheviques se elevó del 11% al 49% (un camarada moscovita con el que me he entrevistado hace unos días me ha comunicado la cifra exacta: 51%). Así lo han demostrado las nuevas elecciones a los Soviets. Así lo ha demostrado el hecho de que la mayoría de los Soviets campesinos, a despecho de su Soviet

central «avxentievista»², se haya pronunciado *en contra* de la coalición. Estar en contra de la coalición significa *de hecho*, marchar con los bolcheviques. Además, las informaciones que llegan del frente muestran con mayor claridad cada día que la masa de soldados, a pesar de los aviesos ataques y calumnias de los líderes eseristas y mencheviques, de los oficiales, diputados, etc., etc., se suma con creciente decisión a los bolcheviques.

Por último, el hecho más importante de la vida actual en Rusia es *la insurrección campesina*. He ahí el paso objetivo del pueblo al lado de los bolcheviques, demostrado no con palabras, sino con hechos. Porque por mucho que mientan la prensa burguesa y los miserables portavoces con que cuenta entre los «vacilantes» de *Nóvaya Zhizn* y Compañía, gritando acerca de los pogromos y la anarquía, el hecho es patente. El movimiento de los campesinos de la provincia de Tambov ha sido una insurrección en el sentido físico y político, una insurrección que ha dado resultados políticos tan excelentes como, primero, la conformidad a entregar la tierra a los campesinos. ¡No en vano toda la canalla eserista, incluido *Dielo Naroda, vocífera* hoy, asustada por la insurrección, que es necesario entregar la tierra a los campesinos! Ahí están, demostrados en *la práctica*, la razón del bolchevismo y su éxito. La insurrección *ha resultado* ser el único modo posible de «enseñar» a los bonapartistas y a sus lacayos del Anteparlamento.

Esto es un hecho. Los hechos son tozudos. Y este «argumento» con hechos *en pro* de la insurrección es mil veces más fuerte que los subterfugios «pesimistas» de un político desconcertado y atemorizado.

Si la insurrección campesina no hubiese sido un acontecimiento político de importancia nacional, los lacayos eseristas del Anteparlamento no hablarían a gritos de la necesidad de entregar la tierra a los campesinos.

Otra excelente consecuencia política y revolucionaria de la insurrección campesina, destacada ya en *Rabochi Put*, es el transporte

² Referencia a Nikolai Avxéntiev, miembro del Partido Socialrevolucionario. Fue presidente del Comité Ejecutivo del Soviet y luego formó parte del Gobierno provisional [N. de E.].

de cereales a las estaciones ferroviarias de la provincia de Tambov. Ahí tienen ustedes, señores desconcertados, un «argumento» más, un argumento a favor de la insurrección como único medio de salvar al país del hambre y la crisis, de proporciones inauditas, que están llamando ya a la puerta. Mientras los eseristas y mencheviques, traidores al pueblo, refunfuñan, amenazan, escriben resoluciones y prometen dar de comer a los hambrientos con la convocación de la Asamblea Constituyente, el pueblo emprenderá al *estilo bolchevique* la solución del problema del pan mediante la *insurrección* contra los terratenientes, los capitalistas y los acaparadores.

Y los magníficos frutos de esta solución (única real) del problema del pan han tenido que ser reconocidos por la prensa *burguesa*, hasta por *Rússkaya Volia*, que ha publicado la noticia de que las estaciones ferroviarias de la provincia de Tambov están llenas de cereales... ¡*Después de haberse insurreccionado los campesinos!*

No. Dudar ahora de que la mayoría del pueblo sigue y seguirá a los bolcheviques significa vacilar vergonzosamente y, de hecho, arrojar por la borda *todos* los principios revolucionarios proletarios, abjurar por completo del bolchevismo.

No somos lo suficientemente fuertes para tomar el poder, y la burguesía no es lo suficientemente fuerte para frustrar la Asamblea Constituyente...

La primera parte de este argumento es una simple repetición del precedente. No gana ni en fuerza ni en capacidad de persuasión por el hecho de que los autores expresen su desconcierto y su temor a la burguesía mediante el pesimismo respecto a los obreros y el optimismo acerca de la burguesía. Si los cadetes y los cosacos dicen que pelearán contra los bolcheviques hasta la última gota de sangre, eso es digno del mayor crédito; pero si los obreros y los soldados manifiestan en centenares de reuniones su plena confianza a los bolcheviques y reiteran su disposición a echar el pecho al agua para que el poder pase a los Soviets, es «oportuno» recordar que ¡una cosa es votar, y otra, pelear!

Está claro que, de razonar así, la insurrección queda «refutada». Pero, se pregunta, ¿qué diferencia hay entre este «pesimismo», originalmente orientado, originalmente dirigido, y la deserción política al campo de la burguesía?

Echen una mirada a los hechos, recuerden las miles de declaraciones de los bolcheviques, «olvidadas» por nuestros pesimistas. Hemos dicho miles de veces que los Soviets de Diputados Obreros y Soldados son una fuerza, que son la vanguardia de la revolución, que *pueden* tomar el poder. Hemos reprochado miles de veces a los mencheviques y a los eseristas que pronuncian frases huecas acerca de «los órganos autorizados de la democracia» y, al mismo tiempo, *temen* que los Soviets se hagan dueños del poder.

¿Y qué ha demostrado la korniloviada? Ha demostrado que los Soviets son efectivamente una fuerza.

Y después de haber demostrado eso la experiencia, los hechos, arrojemos por la borda el bolchevismo, abjuremos de nosotros mismos y digamos: ¡no somos lo suficientemente fuertes (aunque los bolcheviques tienen a su lado los Soviets de ambas capitales y la mayoría de los Soviets provinciales)! ¿No se trata, pues, de vacilaciones vergonzosas? Porque, en el fondo, nuestros «pesimistas» arrojan por la borda la consigna de «Todo el poder a los Soviets», *temiendo* confesarlo.

¿Cómo se puede demostrar que la burguesía no es lo suficientemente fuerte para frustrar la Asamblea Constituyente?

Si los Soviets *carecen de fuerza* para derribar a la burguesía, eso *significa* que esta es lo suficientemente fuerte para frustrar la Asamblea Constituyente, pues nadie más puede impedirlo. ¿Es digno de un miembro del partido proletario y de un revolucionario confiar en las promesas de Kerenski y Compañía, confiar en las resoluciones del Anteparlamento lacayuno?

La burguesía no solo *tiene fuerza* para frustrar la Asamblea Constituyente si el gobierno actual no es derribado, sino que puede lograrlo también *indirectamente*, entregando Petrogrado a los alemanes, abriendo el frente, intensificando el *lockout* y sabotando el transporte de cereales. Está demostrado con hechos que la burguesía ha hecho ya todo eso por partes. Por consiguiente, puede hacerlo también *en conjunto* si los obreros y los soldados no la derrocan.

... Los Soviets deben ser un revólver puesto en la sien del gobierno con la exigencia de convocar la Asamblea Constituyente y de renunciar a las intentonas kornilovistas...

¡Eso ha llegado a decir uno de los dos tristes pesimistas!

Ha tenido que llegar a decir eso, pues renunciar a la insurrección es renunciar a la consigna de «Todo el poder a los Soviets».

Naturalmente, las consignas «no son una cosa sagrada», qué duda cabe. Pero ¿por qué no planteó *nadie* el problema de cambiar esta consigna (como lo planteé yo después de las jornadas de julio)? ¿Por qué se *teme* decir eso abiertamente, a pesar de que desde septiembre se viene discutiendo en el partido el problema de la insurrección, *inevitable* de aquí en adelante para convertir en realidad la consigna de «Todo el poder a los Soviets»?

Nuestros tristes pesimistas jamás podrán salir del apuro en esta cuestión. Renunciar a la insurrección es renunciar al paso del poder a los Soviets y «transferir» todas las esperanzas e ilusiones a la bondadosa burguesía, que «ha prometido» convocar la Asamblea Constituyente.

¿Es tan difícil comprender que *con el poder* en manos de los Soviets estará *asegurada* la Asamblea Constituyente y estará asegurado su éxito? Los bolcheviques hemos dicho eso miles de veces. *Nadie* ha intentado refutarlo ni una sola vez. Todo el mundo ha reconocido ese «tipo combinado». Ahora bien, ¿qué significa hacer pasar ahora, encubriéndola con las palabrejas «tipo combinado», la *negativa* a entregar el poder a los Soviets, hacerla pasar de *contrabando*, *temiendo* abjurar públicamente de nuestra consigna? ¿Se puede, acaso, encontrar expresiones parlamentarias para caracterizar eso?

Se ha replicado con precisión a nuestro pesimista: «¿Un revólver sin bala?». Si esto es así, representará una deserción descarada al campo de los Liberdán, los cuales han declarado mil veces que los Soviets son «un revólver» y han engañado mil veces al pueblo, pues los Soviets, *con la dominación de los Liberdán* han sido un cero a la izquierda.

Mas si se trata de un revólver «con bala», eso será precisamente la preparación *técnica* de la insurrección, pues hay que conseguir la bala y cargar el revólver y, además, con una bala no habrá bastante.

O la desertión al campo de los Liberdán y la renuncia franca a la consigna de «Todo el poder a los Soviets», o la insurrección. No hay término medio.

... La burguesía no puede entregar Petrogrado a los alemanes, aunque Rodzianko lo quiere, pues quienes combaten no son los burgueses, sino nuestros heroicos marinos...

Este argumento se reduce de nuevo al «optimismo» *acerca de la burguesía*, que manifiestan a cada paso, fatalmente, los pesimistas respecto a las fuerzas revolucionarias y a la capacidad del proletariado.

Combaten los heroicos marinos, *pero* esto no ha impedido a *dos* almirantes *escondese* antes de la toma de Osel!

Es un hecho. Los hechos son tozudos. Los hechos demuestran que los almirantes *son capaces* de traicionar no peor que Kornílov. Y es un hecho indiscutible que el Cuartel General no ha sido reformado y que los mandos son kornilovistas.

Si los kornilovistas (con Kerenski a la cabeza, pues también él es kornilovista) *quieren* entregar Petrogrado, pueden hacerlo de dos maneras, e incluso de tres maneras.

Primero, pueden abrir el frente terrestre septentrional mediante una traición de los mandos kornilovistas.

Segundo, pueden «ponerse de acuerdo» sobre la libertad de acción de toda la marina alemana, que es *más fuerte* que nosotros; pueden ponerse de acuerdo con los imperialistas tanto alemanes como ingleses. Además, «los almirantes escondidos» podrían entregar a los alemanes *también los planes*.

Tercero, pueden llevar a nuestras tropas a la desesperación y la impotencia totales mediante los *lockouts* y el sabotaje del transporte de cereales.

Es imposible negar ni uno solo de estos tres caminos. Los hechos han demostrado que el partido burgués-cosaco de Rusia ha llamado ya a estas tres puertas y ha intentado abrirlas.

¿Por consiguiente? Por consiguiente, no tenemos derecho a *esperar* a que la burguesía estrangule la revolución.

La experiencia demuestra que las «apetencias» de Rodzianko no son una fruslería. Rodzianko es un hombre práctico. Tras él se encuentra *el capital*. Esto es incontestable. El capital es una gran fuerza en tanto el proletariado no tome el poder. Rodzianko ha aplicado en cuerpo y alma, durante *decenios*, la política del capital.

¿Por consiguiente? Por consiguiente, vacilar en el problema de la insurrección como único medio de salvar la revolución significa caer en la pusilánime credulidad eserista-menchevique medio liberdaniense, en la burguesía, en la credulidad medio «campesina» inconsciente, que los bolcheviques hemos combatido más que nada.

O cruzar los brazos inútiles sobre el pecho descubierto y esperar, jurando «confianza» en la Asamblea Constituyente, a que Rodzianko y Compañía entreguen Petrogrado y estrangulen la revolución, o la insurrección. No hay término medio.

Incluso la convocatoria a la Asamblea Constituyente, tomada por separado, no cambia nada, pues ningún «constitucionalismo», ninguna votación, aunque sea en una asamblea archisoberana, podrá vencer el hambre, podrá vencer a Guillermo. Tanto la convocatoria de la Asamblea Constituyente como su éxito dependen del paso del poder a los Soviets; esta vieja verdad bolchevique se ve confirmada por la realidad de un modo cada vez más patente y cada vez más *cruel*.

... Somos más fuertes cada día, podemos entrar como una fuerte oposición en la Asamblea Constituyente; ¿por qué jugárnoslo todo a una carta?...

Es el argumento de un filisteo que «ha leído» que se convoca la Asamblea Constituyente y se tranquiliza crédulamente, confiando en la vía más legal y más leal, en la vía constitucional.

Lo único de lamentar es que con esperas de la Asamblea Constituyente no se puede resolver ni el problema del hambre ni el problema de la entrega de Petrogrado. Esta «pequeñez» es olvidada por los ingenuos o desconcertados, o por quienes se han dejado intimidar.

El hambre no espera. La insurrección campesina no ha esperado. La guerra no espera. Los almirantes escondidos no han esperado.

¿O es que el hambre accederá a esperar por el hecho de que nosotros, los bolcheviques, *proclamemos* la confianza en la convocatoria de la Asamblea Constituyente? ¿Accederán a esperar los almirantes escondidos? ¿Accederán los Maklákov y los Rodzianko a cesar los *lockouts*, el sabotaje del transporte de cereales, las confabulaciones secretas con los imperialistas ingleses y alemanes?

Porque eso es lo que les resulta a los héroes de «las ilusiones constitucionales» y del cretinismo parlamentario. La vida real desaparece, solo queda *el pedazo de papel* sobre la convocatoria de la Asamblea Constituyente, solo quedan las elecciones.

¿Y los ciegos todavía se admiran de que el pueblo hambriento y los soldados traicionados por los generales y los almirantes sientan indiferencia por las elecciones! ¡Oh, mentes preclaras!

... Si los kornilovistas empezaran de nuevo, ¡entonces les enseñaríamos lo que es bueno! Pero empezar nosotros, ¿para qué arriesgarse?...

¡Qué extraordinariamente convincente y revolucionario es eso! La historia no se repite, pero si le volvemos *la espalda* y, contemplando la primera korniloviada, afirmamos: «si los kornilovistas empezaran...»; si hacemos eso, ¡qué excelente estrategia revolucionaria! ¡Cómo se parece al «quizá y tal vez»! ¡Quizá los kornilovistas empiecen de nuevo a destiempo! ¿Verdad que es un «argumento» de peso? ¿Verdad que es una seria fundamentación de la política proletaria?

Pero ¿y si los kornilovistas del segundo reemplazo han aprendido algo? ¿Y si *esperan* a los motines de hambrientos, a la ruptura del frente y la entrega de Petrogrado, *sin empezar* antes? Entonces, ¿qué?

¡Se nos propone que basemos la táctica del partido proletario en la posibilidad de que los kornilovistas repitan uno de sus viejos errores!

Olvidemos todo lo que han tratado de demostrar y *han demostrado* los bolcheviques centenares de veces, lo que ha demostrado medio año de historia de nuestra revolución: que *no* hay otra salida, que objetivamente no puede haber otra salida *excepto* la dictadura de los kornilovistas o la dictadura del proletariado.

¡Olvidemos eso, abjuremos de todo eso y esperemos! ¿Esperar qué? Esperar un milagro: que el tempestuoso y catastrófico curso de los acontecimientos desde el 20 de abril hasta el 29 de agosto se transforme (con motivo de la prolongación de la guerra y del aumento del hambre) en convocación pacífica, tranquila, llana y legal de la Asamblea Constituyente y en cumplimiento de sus legitimísimos acuerdos. ¡Ahí tienen la táctica «marxista»! ¡Esperen, hambrientos, Kerenski ha prometido convocar la Asamblea Constituyente!

... En la situación internacional no hay nada, en realidad, que nos obligue a echarnos a la calle inmediatamente; más bien causaremos un perjuicio a la causa de la revolución socialista en Occidente si nos dejamos ametrallar...

Este argumento es verdaderamente magnífico: ¡«el propio» Scheidemann, «el propio» Renaudel no habrían sabido «operar» más hábilmente con las simpatías que sienten los obreros por el éxito de la revolución socialista internacional!

¡Imagínense! Los alemanes, en condiciones diabólicamente difíciles, con un *solo* Liebknecht (y, además, en presidio); sin periódicos, sin libertad de reunión, sin Soviets; con una hostilidad increíble de *todas* las clases de la población, incluido el último campesino acomodado, a la idea del internacionalismo; con una formidable organización de la burguesía imperialista grande, media y pequeña; los alemanes, es decir, los revolucionarios internacionalistas alemanes, los obreros con chaquetones de marinos, han organizado una sublevación en la flota con 1% de probabilidades de éxito.

Nosotros, en cambio, con decenas de periódicos, con libertad de reunión, *con la mayoría* en los Soviets; nosotros, los internacionalistas proletarios colocados en las mejores condiciones de todo el mundo, nos negaremos a apoyar con nuestra insurrección a los revolucionarios alemanes. Razonaremos como los Scheidemann y los Renaudel: lo más sensato es no insurreccionarse, pues si nos ametrallan, ¡qué excelentes, qué juiciosos, qué ideales internacionalistas perderá el mundo!

Demostremos nuestra sensatez. Aprobemos una resolución de simpatía con *los insurgentes alemanes* y rechacemos *la insurrección* en Rusia. Eso será internacionalismo auténtico, sensato. ¡Y con qué rapidez prosperará el internacionalismo mundial si triunfa *en todas partes* esa sabia política!...

La guerra ha martirizado y torturado en extremo a los obreros de todos los países. Las explosiones en Italia, en Alemania y en Austria son cada día más frecuentes. Somos *los únicos* que tenemos Soviets de Diputados Obreros y Soldados: *esperemos*, traicionemos a los internacionalistas alemanes de la misma manera que traicionamos a los campesinos rusos, que no con palabras, sino con hechos, con la insurrección contra los terratenientes, nos llaman a la insurrección contra el gobierno de Kerenski...

Dejemos que se espen los nubarrones del complot imperialista de los capitalistas de todos los países, que están dispuestos a estrangular la revolución rusa: ¡esperemos tranquilamente a que nos estrangulen con el *rublo*! En vez de atacar a los conspiradores y arrollar sus filas con la victoria de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados, esperemos a la Asamblea Constituyente, en la que serán vencidos *por medio de votaciones* todos los complots internacionales, si Kerenski y Rodzianko la convocan honestamente. ¿Es que tenemos derecho a poner en duda la honestidad de Kerenski y Rodzianko?

... Pero si «todos» están contra nosotros! ¡Estamos aislados; el CEC, y los mencheviques internacionalistas, y los de *Nóvaya Zhizn*, y los eseristas de izquierda han publicado y publicarán llamamientos contra nosotros!...

Un argumento fortísimo. Hasta ahora hemos fustigado implacablemente a los vacilantes por sus dudas. *Con eso* hemos conquistado las simpatías del pueblo. *Con eso* hemos conquistado a los Soviets, sin los cuales la insurrección no podría ser firme, rápida y segura. Aprovechemos ahora los Soviets conquistados *para pasarnos también nosotros al campo de los vacilantes*. ¡Qué bella carrera del bolchevismo!

Toda la esencia de la política de los Liberdán y los Chernov, así como de los eseristas y mencheviques «izquierdistas», consiste en *vacilar*. Los eseristas de izquierda y los mencheviques internacionalistas tienen *inmensa* importancia política como *exponentes* de que *las masas se radicalizan*. Existe un nexo indudable, evidente, entre dos hechos: de una parte, el paso de cerca de 40% de los mencheviques y eseristas al campo de los izquierdistas; de otra parte, la insurrección campesina.

Pero precisamente el carácter de este nexo pone al desnudo todo el abismo de pusilanimidad de quienes tienen ahora la ocurrencia de gimotear porque el CEC, podrido en vida, o los eseristas de izquierda vacilantes y comparsa, nos han atacado. Estas vacilaciones de los líderes pequeñoburgueses, de los Mártov, los Kamkov, los Sujánov y Compañía, deben ser confrontadas con la *insurrección* de los campesinos. Esa es una confrontación política *real*. ¿Con quién ir? ¿Con los exiguos puñados de líderes petrogradenses vacilantes, que indirectamente han expresado *la radicalización* de las masas y que, ante cada viraje político, han gimoteado, vacilado y corrido de una manera vergonzosa a pedir perdón a los Liberdán, los Avxéntiev y Compañía, *o con esas masas radicalizadas*?

Así, y solo así, está planteada la cuestión.

Con motivo de la traición de los Mártov, los Kamkov y los Sujánov a la insurrección campesina se nos propone que la traicionemos también nosotros, el partido obrero de los internacionalistas revolucionarios. A eso se reduce la política de «invocar» a los eseristas de izquierda y a los mencheviques internacionalistas.

Pero nosotros hemos dicho: para ayudar a los vacilantes es preciso que nosotros mismos dejemos de vacilar. ¡Estos «simpáticos» demócratas pequeñoburgueses de izquierda han vacilado incluso cuando había que pronunciarse a favor de la coalición! Los llevamos, en fin de cuentas, tras nosotros porque nosotros mismos no vacilamos. Y la vida nos ha dado la razón.

Estos señores han hundido siempre la revolución con sus vacilaciones. Solamente nosotros la hemos salvado. ¿Y vamos a ceder ahora, cuando el hambre llama a las puertas de Petrogrado, y Rodzianko y Compañía. se disponen a entregar la ciudad?

... Pero nosotros no tenemos siquiera firmes vínculos con los ferroviarios y los empleados de Correos. Sus representantes oficiales son los Planson. ¿Y es que se puede triunfar sin Correos y sin los ferrocarriles?...

Sí, sí, los Planson aquí y los Liberdán allí. ¿Qué confianza les han expresado *las masas*? ¿No hemos sido nosotros quienes hemos demostrado siempre que esos líderes traicionaban *a las masas*? ¿No ha sido a esos líderes a los que las masas han vuelto la espalda para ponerse *a nuestro lado* en las elecciones en Moscú y en las elecciones a los Soviets? ¿O es que las masas de ferroviarios y empleados de Correos no pasan hambre, no se declaran en huelga contra el Gobierno Kerenski y Compañía?

«Y antes del 28 de febrero, ¿teníamos vínculos con esos sindicatos?», preguntó un camarada al «pesimista». Este respondió que es imposible comparar ambas revoluciones. Mas esa respuesta no hace más que *afianzar* la posición de quien formuló la pregunta. Porque precisamente los bolcheviques hemos hablado miles de veces de la larga preparación de la revolución *proletaria contra la burguesía* (y no hemos hablado para olvidarlo la víspera del momento decisivo). La vida política y económica de los sindicatos de Correos y Telégrafos y de ferroviarios se caracteriza precisamente por el hecho de que los elementos proletarios de las masas *se separan* de los medios dirigentes pequeñoburgueses y burgueses. No se trata en modo alguno de proveerse obligatoria y previamente de «vínculos» con uno y otro sindicato; de lo que se trata es de que solo la victoria de la insurrección obrera y campesina *puede* satisfacer *a las masas* de ferroviarios y empleados de Correos y Telégrafos.

... En Petrogrado hay pan para dos o tres días. ¿Podemos dar pan a los insurgentes?...

Una de las mil observaciones de escepticismo (los escépticos pueden «dudar» *siempre* y solo se les puede refutar con la experiencia), de esas observaciones que descargan las culpas propias en cabeza ajena.

Precisamente los Rodzianko y compañía, precisamente la burguesía, preparan el hambre y especulan con estrangular la revolución por medio del hambre. No hay *ni puede* haber otra salvación del hambre excepto la insurrección de los campesinos contra los terratenientes en las aldeas y la victoria de los obreros sobre los capitalistas en las ciudades y en el centro. De otro modo *será imposible* arrancar el grano a los ricos, transportarlo a pesar de su sabotaje, romper la resistencia de los empleados sobornados y de los capitalistas que se lucran y establecer una contabilidad rigurosa. Así lo ha demostrado justamente la historia de las instituciones de abastos y el agotador trabajo de abastecimiento de la «democracia», que *se ha quejado* millones de veces del sabotaje de los capitalistas y *ha gimoteado y suplicado*.

En el mundo no hay ninguna fuerza, excepto la fuerza de la revolución proletaria victoriosa, que permita pasar de las quejas, los ruegos y las lágrimas *a la obra revolucionaria*. Y cuanto más se demore la revolución proletaria, cuanto más la aplacen los acontecimientos o las vacilaciones de los vacilantes y desconcertados, tanto más víctimas costará, tanto más difícil será *organizar* el transporte y la distribución de cereales.

La demora en la insurrección equivale a la muerte: esto es lo que debe responderse a quienes tienen la triste «valentía» de contemplar el crecimiento de la ruina, la proximidad del hambre y *desaconsejar* a los obreros de la insurrección (*es decir, aconsejarles que esperen, que confíen aún en la burguesía*).

... En la situación en el frente tampoco hay todavía peligro. Incluso si los soldados conciertan ellos mismos un armisticio, eso no será aún una desgracia...

Pero los soldados no concertarán el armisticio. Para eso hace falta el poder del Estado, que es imposible obtener sin la insurrección. Los soldados sencillamente *huirán*. Así lo dicen los informes del frente. No se puede esperar sin correr el riesgo de ayudar a la confabulación de Rodzianko con Guillermo y de contribuir a la ruina *completa*, con la huida general de los soldados, si éstos (*próximos ya a la desesperación*) llegan a la desesperación completa y abandonan todo a su suerte.

...Y si tomamos el poder y no conseguimos ni el armisticio ni una paz democrática, los soldados pueden negarse a ir a una guerra revolucionaria. ¿Qué pasará entonces?

Un argumento que obliga a recordar una sentencia: un tonto puede hacer diez veces más preguntas que diez sabios sean capaces de contestar.

Jamás hemos negado las dificultades *del poder* durante la guerra imperialista; pero, no obstante, *hemos predicado* siempre la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres. ¿Vamos a abjurar de esto cuando ha llegado el momento de la acción??

Hemos dicho siempre que la dictadura del proletariado en un solo país origina cambios gigantescos en la situación internacional, en la economía del país, en la situación del ejército y en su estado de ánimo. ¿Y vamos a «olvidar» todo eso ahora, dejándonos intimidar por las «dificultades» de la revolución?

Entre las masas no existe el estado de ánimo de echarse a la calle, como comunican todos. Entre los síntomas que justifican el pesimismo figura también la difusión, acrecida en extremo, de la prensa pogromista y ultrarreaccionaria...

Cuando los hombres se dejan amedrentar por la burguesía, entonces, como es natural, todos los objetos y fenómenos se tiñen para ellos de color amarillo. En primer lugar, sustituyen el criterio marxista del movimiento con un criterio impresionista-intelectual; *en vez* de considerar políticamente el desarrollo de la lucha de clases y el curso de los acontecimientos en todo el país en su conjunto, y en la situación internacional en su conjunto, adelantan las impresiones subjetivas acerca del estado de ánimo; olvidan «a propósito», naturalmente, que la firme línea del partido, su decisión inquebrantable, es *también un factor* del estado de ánimo, sobre todo en los momentos revolucionarios más agudos. A veces, la gente olvida muy «a propósito» que los dirigentes responsables, con sus vacilaciones y su inclinación a quemar lo que ayer veneraban, introducen las vacilaciones más indecorosas también en el estado de ánimo de ciertos sectores de las masas.

En segundo lugar —y esto es lo principal en el momento presente—, los pusilánimes, al hablar del estado de ánimo de las masas, olvidan agregar:

que «todos» lo comunican como reconcentrado y expectante;

que «todos» coinciden en que, respondiendo al llamamiento de los Soviets y para defender los Soviets, los obreros actuarán como un solo hombre;

que «todos» coinciden en que existe un fuerte descontento entre los obreros por la indecisión de los organismos centrales en el problema «del combate final y decisivo», cuya ineluctabilidad se comprende con claridad;

que «todos» definen de manera unánime el estado de ánimo de las más vastas masas como rayando en la desesperación y señalan el crecimiento del anarquismo precisamente sobre esta base;

que «todos» reconocen asimismo que entre los obreros conscientes existe cierta falta de deseo de salir a la calle *solo* para manifestaciones, *solo* para luchas parciales, pues flota en el ambiente la proximidad de un combate no parcial, sino general, y la carencia de sentido de las huelgas, manifestaciones y presiones aisladas ha sido ya probada y comprendida por completo.

Y así sucesivamente.

Si enfocamos esta característica del estado de ánimo de las masas desde el punto de vista del desarrollo de la lucha de clases y política y del curso de los acontecimientos durante el medio año de nuestra revolución, estará claro para nosotros cómo falsean las cosas los hombres amedrentados por la burguesía. Las cosas son hoy completamente distintas a como lo eran antes del 20 y 21 de abril, 9 de junio y 3 de julio, pues entonces se trataba de *una excitación espontánea* que nosotros, como partido, o no captamos (20 de abril), o refrenamos y le dimos la forma de manifestación pacífica (9 de junio y 3 de julio). Porque entonces sabíamos muy bien que los Soviets no eran *todavía* nuestros; que los campesinos confiaban aún en el camino de los Liberdán y los Chernov, y no en el de los bolcheviques (la insurrección); que, por consiguiente, la mayoría del pueblo no podía seguirnos; que, por consiguiente, la insurrección era prematura.

Entonces, la mayoría de los obreros conscientes no se habían planteado en modo alguno el problema del combate final y decisivo; no hay un solo organismo colegiado del partido en general que planteara este problema. Y entre la masa poco consciente y muy amplia no había ni reconcentración ni decisión originada por la desesperación, sino precisamente *excitación* espontánea y la ingenua esperanza de «influir» en los Kerenski y en la burguesía con una simple «acción», con una simple manifestación.

Lo que hace falta para la insurrección no es eso, sino la decisión clara, firme e inflexible de los hombres *conscientes* de batirse hasta el fin. Esto por una parte. Y por otra, es necesario un estado de reconcentración y desesperación de las grandes masas, las cuales *sienten* que hoy no se puede salvar nada con semimedidas, que no se puede «influir» de ninguna manera, que los hambrientos «destruirán todo, arrasarán todo, incluso al estilo anarquista» *si* los bolcheviques no saben dirigirlos en el combate decisivo.

En realidad, el desarrollo de la revolución ha conducido, *tanto* a los obreros *como* a los campesinos, justamente a esta conjugación de la atención concentrada de los hombres conscientes, enseñada por la experiencia, y del espíritu de odio, rayano en la desesperación, de las grandes masas a los patronos que declaran *lockouts*; y a los capitalistas.

Precisamente sobre esta base es comprensible también el «éxito» de los canallas de la prensa ultrarreaccionaria que se disfrazan de bolchevismo. Siempre ha ocurrido que los ultrarreaccionarios se refocilasen al ver que se acercaba el combate decisivo entre la burguesía y el proletariado. Esto se ha observado en todas las revoluciones, sin excepción alguna, y es absolutamente inevitable. Y si nos dejamos intimidar por *esta* circunstancia, tendremos que renunciar no solo a la insurrección, sino también a la revolución proletaria en general. Porque en la sociedad capitalista *es imposible* un desarrollo de esta revolución que no vaya acompañado del maligno regocijo de los ultrarreaccionarios en sus esperanzas de sacar partido.

Los obreros conscientes saben muy bien que los ultrarreaccionarios y la burguesía actúan en acuerdo; que la victoria decisiva de los obreros (en la que los pequeñoburgueses no creen, que los

capitalistas temen y que los ultrarreaccionarios desean a veces malignamente, seguros de que los bolcheviques no se sostendrán en el poder), que esta victoria *aplastará* hasta el fin a los ultrarreaccionarios y que los bolcheviques *sabrán* sostenerse de una manera firme en el poder con el mayor provecho para toda la humanidad extenuada y martirizada por la guerra.

En efecto, ¿quién que no se haya vuelto loco podrá dudar de que *los Rodzianko* y los Suvorin actúan juntos y se han distribuido los papeles?

¿Es que los hechos no han demostrado que Kerenski actúa por indicación de Rodzianko y que la «Imprenta del Estado de la República de Rusia» (¡no es una broma!) edita a expensas del Tesoro los discursos ultrarreaccionarios de los ultrarreaccionarios de la «Duma de Estado»? ¿Es que no han denunciado este hecho *hasta* los lacayos de *Dielo Naroda*, que doblan el espinazo ante «su hombrecillo»? ¿Es que la experiencia de todas las elecciones no ha demostrado que *Nóvoie Vremia*, periódico venal que se guía por los «intereses» zarista-terratenientes, ha prestado pleno apoyo a las candidaturas de los democonstitucionalistas?

¿Acaso no hemos leído ayer que el capital comercial e industrial (¡sin partido, naturalmente!, ¡oh, sin partido, por supuesto, pues los Vijliáiev y los Rakítnikov, los Gvózdiev y los Nikitin no se coligan con los democonstitucionalistas, ¡Dios nos libre de ello!, sino con los medios comerciales e industriales *sin partido*!) ha regalado 300.000 rublos a los democonstitucionalistas?

Si se enfocan las cosas desde un punto de vista clasista, y no sentimental, toda la prensa ultrarreaccionaria es *una sucursal* de la casa Riabushinski, Miliukov y Compañía. El capital compra, por una parte, a los Miliukov, los Zaslavski, los Potréssov, etc., y, por otra, a los ultrarreaccionarios.

Para poner fin a este repugnantísimo envenenamiento del pueblo con la ponzoña de la vulgar infección ultrarreaccionaria no puede haber más que un medio: *la victoria del proletariado*.

¿Y puede sorprender que la multitud, extenuada y martirizada por el hambre y la prolongación de la guerra, «se agarre» a la ponzoña ultrarreaccionaria? ¿Es posible imaginarse la sociedad capitalista en

vísperas de la bancarrota *sin* la desesperación entre las masas oprimidas? ¿Y puede la desesperación de las masas, entre las que abunda la ignorancia, no manifestarse en la venta acrecentada de venenos de todo tipo?

No, está condenada al fracaso la posición de quienes, al hablar del estado de ánimo de las masas, atribuyen a estas su propia pusilanimidad personal. Las masas se dividen en personas que esperan conscientemente y personas dispuestas inconscientemente a caer en la desesperación; pero las masas de oprimidos y hambrientos *no* son pusilánimes.

... Por otro lado, el partido marxista no puede reducir el problema de la insurrección a una conjura militar...

El marxismo es una doctrina extraordinariamente profunda y polifacética. No es extraño, por ello, que entre los «argumentos» de quienes rompen con el marxismo se puedan encontrar siempre *fragmentos* de citas de Marx, sobre todo si se reproducen inoportunamente. La conjura militar es blanquismo *si* no la organiza el partido de una clase determinada; *si* sus organizadores no tienen en cuenta el momento político, en general, y la situación internacional, en particular; *si* ese partido no cuenta con las simpatías de la mayoría del pueblo, demostradas con hechos objetivos; *si* el desarrollo de los acontecimientos de la revolución no ha conducido a refutar en la práctica las ilusiones conciliadoras de la pequeña burguesía; *si* no se ha conquistado la mayoría de los órganos de lucha revolucionaria considerados «autorizados» o que han mostrado de otro modo de lo que son capaces, como los «Soviets»; *si* en el ejército (cuando las cosas ocurren durante una guerra) no ha madurado por completo la hostilidad al gobierno, que prolonga la guerra injusta en contra de la voluntad del pueblo; *si* las consignas de la insurrección (por ejemplo, «Todo el poder a los Soviets», «La tierra a los campesinos», «proposición inmediata de una paz democrática a todos los pueblos beligerantes, vinculada a la anulación en el acto de los tratados secretos y de la diplomacia secreta», etc.) no han alcanzado la más amplia publicidad y popularidad; *si* los obreros

avanzados no están seguros de la situación desesperada de las masas ni del apoyo del campo, apoyo demostrado con un serio movimiento campesino o con una insurrección contra los terratenientes y contra el gobierno que los defiende; *si* la situación económica del país infunde vanas esperanzas de una solución favorable de la crisis por medios pacíficos y parlamentarios.

¿Basta, quizá?

En mi folleto *¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?* (tengo la esperanza de que verá la luz en días próximos) he reproducido una cita de Marx relacionada de verdad con el problema de la insurrección y que define las reglas de la insurrección como «un arte».

Estoy dispuesto a apostar que si se propone abrir la boca a los charlatanes que gritan ahora en Rusia contra la conjura militar y se les invita a explicar la diferencia que existe entre el «arte» de la insurrección armada y la conjura militar, digna de ser condenada, o repetirán lo dicho más arriba o se cubrirán de oprobio y provocarán la risa general de los obreros. ¡Prueben a hacerlo, amables también marxistas! ¡Cántennos la canción *contra* «la conjura militar»!

EPÍLOGO

Escritas ya las líneas precedentes, recibí el martes, a las 8 de la tarde, los periódicos petrogradenses de la mañana, con el artículo del señor V. Bazárov en *Nóvaya Zhizn*. El señor Y. Bazárov afirma que «por la ciudad se distribuye, escrita a mano, una hoja que, en nombre de dos destacados bolcheviques, se pronuncia contra la acción».

Si eso es cierto, ruego a los camaradas, a cuyas manos no puede llegar esta carta antes del mediodía del miércoles, que *la publiquen* con la mayor rapidez posible.

No ha sido escrita para la prensa, sino para conversar por correspondencia con los miembros del partido. Pero si los héroes de *Nóvaya Zhizn*, no pertenecientes al partido y mil veces ridiculizados por él a causa de su despreciable pusilanimidad (anteayer votaron a favor de los bolcheviques; ayer, a favor de los mencheviques, y *casi* los unificaron en el mundialmente famoso Congreso de Unificación); si semejantes sujetos reciben *una hoja* de miembros de nuestro

partido que hacen agitación contra la insurrección, entonces es imposible guardar silencio. Hay que hacer agitación también *a favor* de la insurrección. Que los anónimos salgan definitivamente a la luz del día y reciban el castigo merecido por sus vergonzosas vacilaciones, aunque solo sea en forma de burlas de todos los obreros conscientes. Dispongo únicamente de una hora antes de enviar esta carta a Petrogrado y, por ello, señalaré solo en dos palabras un «método» de los tristes héroes de la acéfala tendencia de *Nóvaya Zhizn*. El señor V. Bazárov intenta polemizar con el camarada Riazánov, el cual ha dicho —y tiene mil veces razón— que «la insurrección la preparan todos los que crean en las masas un espíritu de desesperación e indiferentismo».

El triste héroe de la triste causa «objeta»: «¿Es que la desesperación y el indiferentismo han triunfado alguna vez?»

¡Oh, despreciables tonterías de *Nóvaya Zhizn*! ¿Conocen ejemplos tales de insurrección en la historia en que las masas de las clases oprimidas vencieran en un combate a vida o muerte sin ser llevadas hasta la desesperación por largos sufrimientos y por una agravación extrema de las crisis de todo género? ¿En que estas masas no sintieran indiferentismo (indiferencia) por los diversos Anteparlamentos lacayunos, por el vano juego a la revolución, por el rebajamiento de los Soviets (merced a los Liberdán) de órganos de poder y de insurrección al papel de huera jaulas de cotorras? ¿O quizá los despreciables tontos de *Nóvaya Zhizn* hayan descubierto entre las masas *indiferencia*... por el problema del pan?, ¿de la prolongación de la guerra?, ¿de la tierra para los campesinos?

N. Lenin

Cuarta parte

Ejerciendo el poder

Octubre - Diciembre

A LOS CIUDADANOS DE RUSIA¹

El Gobierno provisional ha sido depuesto. El poder del Estado ha pasado a manos del Comité Militar Revolucionario, que es un órgano del Soviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado y se encuentra al frente del proletariado y de la guarnición de la capital.

Los objetivos por los que ha luchado el pueblo —la propuesta inmediata de una paz democrática, la supresión de la propiedad agraria de los terratenientes, el control obrero de la producción y la constitución de un gobierno soviético— están asegurados.

¡Viva la revolución de los obreros, soldados y campesinos!

El Comité Militar Revolucionario adjunto al Soviet
de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado.
25 de octubre de 1917, 10 de la mañana.

¹ Publicado el mismo día en *Rabochi i Soldat*.

Segundo Congreso de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados de toda Rusia¹

1

¡A LOS OBREROS, A LOS SOLDADOS, A LOS CAMPESINOS!²

Ha comenzado sus labores el Segundo Congreso de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados de toda Rusia. En él está representada la inmensa mayoría de los Soviets. También asisten muchos delegados de los Soviets campesinos. Han expirado los poderes del Comité Ejecutivo Central conciliador³. Apoyándose en la

¹ El II Congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia se inauguró el 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917, a las 10 horas y 45 minutos de la noche, en el Smolny. De los 649 delegados, 390 eran bolcheviques. Estuvieron representados 318 soviets provinciales. Los delegados de 241 Soviets llevaron al Congreso mandatos bolcheviques. Los mencheviques, eseristas de derecha y delegados del Bund abandonaron el Congreso después de su apertura, negándose a reconocer la revolución socialista. El Congreso de los Soviets aprobó el llamamiento «A los obreros, a los soldados, a los campesinos», escrito por Lenin, en el que se proclamaba el paso de todo el poder a los soviets.

Las cuestiones fundamentales examinadas en el Congreso fueron: formación del gobierno soviético y aprobación de los decretos sobre la paz y sobre la tierra. Lenin pronunció los informes acerca de ambas cuestiones. El II Congreso de los soviets aprobó los decretos sobre la paz y sobre la tierra y formó el primer gobierno soviético: el Consejo de Comisarios del Pueblo, eligiendo a Lenin presidente del mismo. Eligió también el Comité Ejecutivo Central de toda Rusia, compuesto de 101 miembros, en el que entraron, entre otros, 62 bolcheviques y 29 eseristas de izquierda. El Congreso se clausuró a las 5 horas y 15 minutos de la madrugada del 27 de octubre (9 de noviembre) (Nota de la edición rusa).

² Escrito el 25 de octubre (7 de noviembre). Publicado en el periódico *Rabochi i Soldat* el 26 de octubre (8 de noviembre).

³ Se trata del Comité Ejecutivo Central elegido en el I Congreso de los Soviets de toda Rusia (16 de junio al 7 de julio de 1917), en el que tenían mayoría aplastante los eseristas y mencheviques (Nota de la edición rusa).

voluntad de la inmensa mayoría de los obreros, de los soldados y de los campesinos y en la insurrección victoriosa de los obreros y de la guarnición de Petrogrado, el congreso toma en sus manos el poder.

Ha sido derribado el Gobierno provisional y la mayoría de sus miembros ya han sido detenidos.

El poder de los Soviets propondrá una paz democrática inmediata a todos los pueblos y un armisticio inmediato en todos los frentes. Asegurará el paso, sin indemnización, de la tierra de los terratenientes, de las tierras de la Corona y de los conventos a los comités campesinos; defenderá los derechos del soldado, llevando a cabo la completa democratización del ejército; implantará el control obrero sobre la producción; asegurará la reunión de la Asamblea Constituyente en el plazo acordado; se preocupará de abastecer a las ciudades de pan y al campo de artículos de primera necesidad y garantizará a todas las nacionalidades que pueblan Rusia el verdadero derecho de autodeterminación.

El Congreso acuerda: todo el poder en las localidades pasa a los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, llamados a asegurar un orden verdaderamente revolucionario.

El Congreso exhorta a los soldados de las trincheras a la vigilancia y firmeza. El Congreso de los Soviets está convencido de que el ejército revolucionario sabrá defender la revolución contra todos los ataques del imperialismo, mientras el nuevo gobierno no obtenga la paz democrática que va a proponer directamente a todos los pueblos. El nuevo gobierno tomará todas las medidas para asegurar al ejército revolucionario de cuanto necesita, por medio de una enérgica política de requisas y de imposiciones sobre las clases poseedoras; mejorará también la situación de las familias de los soldados.

Los kornilovistas —Kerenski, Kaledin y otros— intentan enviar tropas contra Petrogrado. Algunos destacamentos que, con engaños, habían sido enviados por Kerenski, se han pasado al pueblo insurreccionado.

¡Soldados, opongan una resistencia activa al kornilovista Kerenski! ¡Estén alerta! ¡Ferroviarios, detengan todos los trenes dirigidos por Kerenski sobre Petrogrado!

*¡Soldados, obreros, empleados, la suerte de la revolución y de la
paz democrática está en sus manos!
¡Viva la Revolución!*

El Congreso de los Soviets de Diputados Obreros
y Soldados de toda Rusia.
Los delegados de los Soviets Campesinos.

2

INFORME SOBRE LA PAZ⁴ 26 de octubre (8 de noviembre)

El problema de la paz es el problema candente, palpitante, del momento actual. Mucho se ha hablado y escrito acerca de este problema y es seguro que todos ustedes lo han discutido muchas veces. Permitan, pues, que les lea la declaración que ha de hacer pública el gobierno que acaban de nombrar.

DECRETO DE LA PAZ

El gobierno obrero y campesino, creado por la revolución del 24-25 de octubre y que se apoya en los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, propone a todos los pueblos beligerantes y a sus gobiernos entablar negociaciones inmediatas para una paz justa y democrática.

El gobierno considera la paz inmediata, sin anexiones (es decir, sin conquistas de territorios ajenos, sin incorporación de pueblos extranjeros por la fuerza) ni contribuciones, como una paz justa o democrática, como la que ansía la aplastante mayoría de los obreros y de las clases trabajadoras de todos los países beligerantes, agotados, atormentados y martirizados por la guerra, la paz que los obreros y campesinos rusos han reclamado del modo más categórico y tenaz después del derrocamiento de la monarquía zarista.

⁴ Publicado el 27 de octubre en *Izvestia del CEC*.

Esta es la paz cuya aceptación inmediata propone el gobierno de Rusia a todos los pueblos beligerantes, declarándose dispuesto a hacer, sin dilación alguna, cuantas gestiones enérgicas sean necesarias hasta la ratificación definitiva de todas las condiciones de una paz semejante por las asambleas autorizadas de los representantes del pueblo de todos los países y de todas las naciones.

De acuerdo con la conciencia jurídica de la democracia en general, y de las clases trabajadoras en particular, el gobierno entiende por anexión o conquista de territorios ajenos, toda incorporación a un Estado grande o poderoso de una nacionalidad pequeña o débil, sin el deseo ni el consentimiento explícita, clara y libremente expresado por esta última, independientemente de la época en que se haya realizado esa incorporación forzosa, independientemente asimismo del grado de desarrollo o de atraso de la nación anexionada o mantenida por la fuerza en los límites de un Estado, independientemente, en fin, de si dicha nación se encuentra en Europa o en los lejanos países de ultramar.

Si una nación cualquiera es mantenida por la fuerza en los límites de un Estado; si, a pesar del deseo expresado por ella —independientemente de si lo ha hecho en la prensa, en las asambleas populares, en los acuerdos de los partidos o en movimientos de rebeldía e insurrecciones contra la opresión nacional—, no se le concede el derecho de decidir en una votación libre, sin la menor coacción, después de la completa retirada de las tropas de la nación conquistadora o, en general, más poderosa, la cuestión de las formas estatales de su existencia, la incorporación de esa nación al Estado constituye una anexión, es decir, una conquista y un acto de violencia.

El gobierno considera que continuar esta guerra por el reparto entre las naciones fuertes y ricas de los pueblos débiles conquistados por ellas es el mayor crimen contra la humanidad y proclama solemnemente su resolución de firmar sin demora unas cláusulas de paz que pongan fin a esta guerra en las condiciones indicadas, igualmente justas para todas las nacionalidades, sin excepción.

El gobierno declara al mismo tiempo que en modo alguno considera un ultimátum las condiciones de paz antes indicadas, es decir, que está dispuesto a examinar cualesquiera otras condiciones

de paz, insistiendo únicamente en que sean presentadas con la mayor rapidez posible por cualquier país beligerante y estén redactadas con toda claridad, sin ninguna ambigüedad y fuera de todo secreto.

El gobierno pone fin a la diplomacia secreta, manifestando su firme resolución de llevar todas las negociaciones a la luz del día, ante el pueblo entero, y procediendo inmediatamente a la publicación íntegra de los tratados secretos, ratificados o concertados por el gobierno de los terratenientes y capitalistas, desde febrero hasta el 25 de octubre de 1917. Declara absoluta e inmediatamente anuladas todas las cláusulas de esos tratados secretos, puesto que en la mayoría de los casos tienden a proporcionar ventajas y privilegios a los terratenientes y a los capitalistas rusos y a mantener o aumentar las anexiones de los rusos.

Al invitar a los gobiernos y a los pueblos de todos los países a entablar inmediatamente negociaciones públicas para concertar la paz, el gobierno se declara, a su vez, dispuesto a negociar por escrito, por telégrafo, o mediante conversaciones entre los representantes de los diversos países, o en una conferencia de esos representantes. Con objeto de facilitar estas negociaciones, el gobierno designa su representante plenipotenciario ante los países neutrales.

El gobierno invita a todos los gobiernos y pueblos de todos los países beligerantes a concertar inmediatamente un armisticio, considerando, por su parte, que este armisticio debe durar tres meses por lo menos, plazo en el cual son plenamente posibles tanto la terminación de las negociaciones de paz con participación, de los representantes de todas las naciones o pueblos, sin excepción, empeñados en la guerra u obligados a intervenir en ella: como la convocatoria, en todos los países, de asambleas autorizadas de representantes del pueblo, para ratificar definitivamente las condiciones de la paz.

Al dirigir esta proposición de paz a los gobiernos y a los pueblos de todos los países beligerantes, el gobierno provisional obrero y campesino de Rusia se dirige también, y sobre todo, a los obreros conscientes de las tres naciones más adelantadas de la humanidad y de los tres Estados más importantes que toman parte en la actual guerra: Inglaterra, Francia y Alemania. Los obreros de estos tres países han prestado los mayores servicios a la causa del progreso y del socialismo; han dado los magníficos ejemplos del movimiento

cartista en Inglaterra, de las revoluciones de importancia histórico-mundial realizadas por el proletariado francés y, finalmente, de la lucha heroica contra la ley de excepción en Alemania y del trabajo prolongado, tenaz y disciplinado para crear organizaciones proletarias de masas en este país. Trabajo que sirve de ejemplo a los obreros de todo el mundo. Todos estos ejemplos de heroísmo proletario y de iniciativa histórica nos garantizan que los obreros de esos países comprenderán el deber en que están hoy de librar a la humanidad de los horrores de la guerra y de sus consecuencias; que esos obreros, con su actividad múltiple, resuelta, abnegada y enérgica, nos ayudarán a llevar a feliz término la causa de la paz y, con ella, la causa de la liberación de las masas trabajadoras y explotadas de toda esclavitud y de toda explotación.

El gobierno obrero y campesino, creado por la revolución del 24-25 de octubre y que se apoya en los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, debe entablar inmediatamente las negociaciones de paz. Nuestro llamamiento debe dirigirse, a la vez, a los gobiernos y a los pueblos. No podemos dejar de lado a los gobiernos, porque eso sería alejar la posibilidad de concertar la paz, y un gobierno popular no puede atreverse a hacerlo. Pero tampoco tenemos derecho a no dirigirnos simultáneamente a los pueblos. Los gobiernos y los pueblos están en desacuerdo en todas partes, y por eso debemos ayudar a los pueblos a intervenir en los problemas de la guerra y de la paz. Defenderemos, naturalmente, por todos los medios, nuestro programa íntegro de paz sin anexiones ni contribuciones. No nos apartaremos de este programa, pero debemos quitar a nuestros enemigos la posibilidad de decir que sus condiciones son distintas y que, por consiguiente, no deben entabarse negociaciones con nosotros. Sí, debemos privarles de esa ventaja y no formular nuestras condiciones como un ultimátum. Por eso, incluimos el punto según el cual nos declaramos dispuestos a examinar todas las condiciones de paz, todas las proposiciones. Examinar no significa aceptar. Las someteremos a discusión en la Asamblea Constituyente, que tendrá plenos poderes para decidir dónde se puede y dónde no se puede ceder. Combatimos el engaño de los gobiernos, que, de

palabra, son todos partidarios de la paz y de la justicia, pero que, de hecho, sostienen guerras de conquista y de rapiña. Ningún gobierno dirá todo lo que piensa. Pero nosotros estamos en contra de la diplomacia secreta y actuaremos a la luz del día, ante todo el pueblo. No cerramos los ojos hoy, ni los hemos cerrado jamás, ante las dificultades. La guerra no puede terminarse renunciando simplemente a ella; la guerra no puede terminarla una de las partes beligerantes. Proponemos un armisticio de tres meses, pero no rechazaremos un armisticio de menos duración, para que, al menos durante cierto tiempo, pueda respirar el ejército fatigado, y, además de esto, es necesario convocar en todos los países civilizados asambleas populares, en las cuales se discutan las condiciones de la paz.

Al proponer un armisticio inmediato, nos dirigimos a los obreros conscientes de los países que tanto han hecho por el desarrollo del movimiento proletario. Nos dirigimos a los obreros de Inglaterra, que han conocido el movimiento cartista, a los obreros de Francia, que han demostrado en múltiples insurrecciones todo el vigor de su conciencia de clase, y a los obreros de Alemania, que con su lucha han logrado dar al traste con la ley contra los socialistas y crear potentes organizaciones.

En el manifiesto del 14 de marzo⁵ proponíamos derribar a los banqueros; pero no solo no derribamos a los nuestros, sino que incluso nos aliamos con ellos. Ahora hemos derribado el gobierno de los banqueros.

Los gobiernos y la burguesía harán todos los esfuerzos posibles para unirse y ahogar en sangre la revolución obrera y campesina. Pero tres años de guerra han ilustrado suficientemente a las masas: el movimiento soviético en otros países; sublevación de la flota alemana, que los *junkers* del verdugo Guillermo II han aplastado. Hay que recordar, por último, que vivimos, no en el centro de África, sino en Europa, donde todo puede saberse pronto.

El movimiento obrero saldrá triunfante y abrirá el camino hacia la paz y el socialismo (*Prolongados aplausos*).

⁵ El 14 (27) de marzo de 1917, en la sesión del Soviet se aprobó el *Llamamiento del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado a los pueblos del mundo entero*.

DISCURSO DE RESUMEN DE LA DISCUSIÓN
EN TORNO AL INFORME SOBRE LA PAZ⁶

26 de octubre (8 de noviembre)

No he de hablar del carácter general de la declaración. El gobierno que su Congreso ha de crear podrá introducir modificaciones en los puntos no sustanciales.

Me opondré resueltamente a que nuestra reivindicación de paz tenga carácter de ultimátum. Este carácter podría ser funesto para nuestra causa. No podemos admitir que la negativa a apartarnos, por poco que sea, de nuestras exigencias dé a los gobiernos imperialistas motivo para decir que no ha sido posible entablar negociaciones de paz con nosotros en razón de nuestra intransigencia.

Enviaremos nuestro llamamiento a todas partes y lo conocerá todo el mundo. No podrán quedar ocultas las condiciones propuestas por nuestro gobierno obrero y campesino.

No es posible ocultar nuestra revolución obrera y campesina, que ha derribado el gobierno de los banqueros y de los terratenientes.

Si adoptásemos una forma de ultimátum, los gobiernos podrían negarse a responder. Con la redacción que proponemos, se verán obligados a hacerlo. Que todo el mundo sepa lo que piensan sus gobiernos. No queremos secretos. Queremos que cada gobierno esté siempre sometido al control de la opinión pública de su país.

¿Qué diría el campesino de cualquier provincia lejana si, a consecuencia del carácter irrevocable de nuestras propuestas, no se enterase de lo que quieren otros gobiernos? «Camaradas —nos preguntaría—, ¿por qué han excluido toda posibilidad de otras proposiciones de paz? Las habría discutido, examinado y después habría comunicado a mis representantes en la Asamblea Constituyente cómo proceder. Estoy dispuesto a combatir revolucionariamente por unas condiciones justas, si los gobiernos no las aceptan; pero puede ser que a determinados países les presenten tales condiciones, que yo esté dispuesto a invitar a sus gobiernos a continuar ellos mismos

⁶ Publicado en el número 171 de *Pravda* el 28 de octubre (10 de noviembre).

la lucha. La total realización de nuestras aspiraciones no depende más que del derrocamiento de todo el régimen capitalista». Esto es lo que podría decirnos el campesino, acusándonos de ser demasiado intransigentes en cuestiones insignificantes, cuando lo esencial para nosotros es descubrir toda la infamia, toda la ignominia de la burguesía y de los verdugos, coronados o sin corona, puestos a la cabeza de los gobiernos.

No podemos ni debemos dar a los gobiernos la posibilidad de escudarse en nuestra intransigencia y ocultar a los pueblos el porqué se les envía al matadero. No es esto más que una gota de agua, pero no podemos ni debemos renunciar a esta gota de agua, que horada la roca de la política burguesa de conquistas. Unas condiciones de paz irrevocables aliviarían la situación de nuestros adversarios. En cambio, nosotros daremos a conocer al pueblo todas las condiciones. Plantaremos a todos los gobiernos nuestras condiciones y que respondan ante sus propios pueblos. Someteremos todas las proposiciones de paz a la Asamblea Constituyente.

Hay otro punto, camaradas, al que deben prestar suma atención. Los tratados secretos deben ser publicados. Las cláusulas referentes a las anexiones y contribuciones deben anularse. Las cláusulas son muy variadas, camaradas, porque los gobiernos de saqueadores hacían algo más que ponerse de acuerdo acerca del pillaje; entre sus tratados figuraban también convenios económicos y diversos puntos sobre las relaciones de buena vecindad.

No limitamos nuestra libertad de acción con los tratados. No nos dejaremos maniar por los tratados. Rechazamos todas las cláusulas de bandidaje y de violencia, pero aceptaremos con satisfacción, y no podemos rechazar las cláusulas que establezcan relaciones de buena vecindad y acuerdos económicos. Proponemos un armisticio de tres meses; fijamos un plazo largo, porque los pueblos están cansados, están sedientos de reposo, después de más de tres años de guerra sangrienta. Hemos de comprender que los pueblos tienen que discutir las condiciones de paz, manifestar su voluntad por medio de sus parlamentos, y todo esto necesita tiempo. Exigimos un armisticio largo, para que el ejército en las trincheras salga de la pesadilla del asesinato permanente, pero no rechazamos pro-

posiciones de armisticio de menor duración; las discutiremos y las tendremos que aceptar, aunque se nos proponga un armisticio de un mes o mes y medio. Nuestra proposición de armisticio no debe revestir tampoco carácter de ultimátum, pues no queremos dar a nuestros enemigos la posibilidad de ocultar toda la verdad a los pueblos, escudándose en nuestra intransigencia. No debe tener carácter de ultimátum, porque el gobierno que no quiere armisticio es un gobierno criminal. Si nuestra proposición de armisticio no es irrevocable, obligaremos con ello a los gobiernos a ponerse ante los pueblos en postura de criminales, y los pueblos no tendrán consideración alguna con criminales de ese género. Se nos objeta que si no presentamos condiciones irrevocables, daremos muestra de impotencia; pero ya es hora de despojarse de la falsedad burguesa al hablar de la fuerza del pueblo. La fuerza se demuestra, en opinión de la burguesía, cuando las masas van ciegamente al matadero, obedeciendo las órdenes de los gobiernos imperialistas. La burguesía no reconoce como fuerte a un Estado sino cuando éste puede, haciendo uso de todo el poder del aparato gubernamental, obligar a las masas a ir adonde lo desean los gobernantes burgueses. Nuestra concepción de la fuerza es muy distinta. Nosotros creemos que la conciencia de las masas es la que determina la fortaleza del Estado. Este es fuerte cuando las masas lo saben todo, pueden juzgarlo todo y lo hacen todo conscientemente. No tenemos por qué temer decir la verdad sobre el cansancio, pues ¿qué país no está ya cansado, qué pueblo no lo dice abiertamente? Vean a Italia, cuyo cansancio ha provocado un persistente movimiento revolucionario que exige el cese de la matanza. ¿No vemos en Alemania manifestaciones obreras de masas con la consigna de la terminación de la guerra? La sublevación de la flota alemana, implacablemente reprimida por el verdugo Guillermo y sus lacayos, ¿no ha sido provocada por la fatiga? Si pueden acaecer tales hechos en un país tan disciplinado como Alemania, donde ya se comienza a hablar de cansancio y de acabar la guerra, no tenemos nosotros por qué temer hablar también abiertamente de esto, porque se trata de una verdad tan real para nosotros como para todos los países beligerantes, e incluso para los no beligerantes.

INFORME ACERCA DE LA TIERRA

26 de octubre (8 de noviembre)

Consideramos que la revolución ha mostrado y demostrado la importancia que tiene plantear con claridad el problema de la tierra. El surgimiento de la insurrección armada, de la segunda revolución, la de Octubre, prueba claramente que la tierra debe ser entregada a los campesinos. El gobierno derribado y los partidos conciliadores de los mencheviques y socialrevolucionarios cometían un crimen al aplazar, con diversos pretextos, la solución del problema agrario y llevar con ello al país a la ruina y a la insurrección campesina. Cuanto dicen acerca de los pogromos y de la anarquía en el campo son falsedades y un cobarde engaño. ¿Cuándo y dónde se ha visto que los pogromos y la anarquía sean suscitados por medidas sensatas? ¿Es que las masas campesinas se habrían agitado si el gobierno hubiera actuado sensatamente y sus medidas hubiesen respondido a las necesidades de los campesinos pobres? Pero todas las medidas gubernamentales, refrendadas por los Soviets de Avxéntiev y Dan, iban dirigidas contra los campesinos y los empujaban a la insurrección.

Después de provocar la insurrección, el gobierno se dedicó a denunciar los pogromos y la anarquía que él mismo había provocado. Quería reprimirla a sangre y fuego, pero él mismo ha sido barrido por la insurrección armada de los soldados, los marinos y los obreros revolucionarios. El gobierno de la revolución obrera y campesina debe resolver, en primer término, el problema de la tierra, capaz de calmar y dar satisfacción a las grandes masas de campesinos pobres. Voy a leerles los artículos del decreto que debe promulgar nuestro gobierno de los Soviets. Uno de los artículos de ese decreto contiene el mandato a los comités agrarios, redactado sobre la base de los 242 mandatos de los Soviets locales de diputados campesinos.

DECRETO SOBRE LA TIERRA

1. Queda abolida en el acto, sin ninguna indemnización, la propiedad terrateniente.
2. Las fincas de los terratenientes, así como todas las tierras de la Corona, de los monasterios y de la Iglesia, con todo su ganado de labor y aperos de labranza, edificios y todas las dependencias, pasan a disposición de los comités agrarios subdistritales y de los Soviets de Diputados Campesinos de distrito hasta que se reúna la Asamblea Constituyente.
3. Cualquier deterioro de los bienes confiscados, que desde este momento pertenecen a todo el pueblo, será considerado un grave delito, punible por el tribunal revolucionario. Los Soviets de Diputados Campesinos de distrito adoptarán todas las medidas necesarias para asegurar el orden más riguroso en la confiscación de las fincas de los terratenientes, para determinar exactamente los terrenos confiscables y su extensión, para inventariar con detalle todos los bienes confiscados y para proteger con el mayor rigor revolucionario todas las explotaciones agrícolas, edificios, aperos, ganado, reservas de víveres, etc., que pasan al pueblo.
4. Para la realización de las grandes transformaciones agrarias, hasta que la Asamblea Constituyente las determine definitivamente, debe servir de guía en todas partes el mandato campesino que se reproduce a continuación, confeccionado por la Redacción de *Izvestia Vserosiiskogo Sovieta Krestianskij Deputátov*, sobre la base de los 242 mandatos campesinos locales, y publicado en el número 88 de dicho periódico⁷ (Petrogrado, N° 88, 19 de agosto de 1917).

⁷ *Izvestia.*

MANDATO CAMPESINO ACERCA DE LA TIERRA⁸

El problema de la tierra solo puede ser resuelto en todo su volumen por la Asamblea Constituyente de todo el pueblo.

La solución más justa del problema de la tierra debe ser la siguiente:

1. *Queda abolido para siempre el derecho de la propiedad privada sobre la tierra*; la tierra no puede ser vendida, comprada, arrendada, hipotecada o enajenada en ninguna otra forma.

Todas las tierras *del Estado, de la Corona, del zar, de los conventos, de la Iglesia, de las posesiones, de los mayorazgos⁹, de propiedad privada, de las comunidades y de los campesinos, etc., son enajenadas sin indemnización*, se convierten en patrimonio de todo el pueblo y pasan en usufructo a todos los que las trabajan.

A los damnificados por esta transformación del régimen de propiedad no se les reconoce más derecho que el de recibir un socorro de la sociedad durante el tiempo necesario para adaptarse a las nuevas condiciones de existencia.

2. Todas las riquezas del subsuelo —minerales, petróleo, carbón, sal, etc.—, así como los bosques y las aguas de importancia nacional, serán usufrutuadas con carácter exclusivo por el Estado. Todos los pequeños ríos, lagos, bosques, etc., pasan en usufructo a las comunidades, a condición de que sean explotados por los organismos de administración local.

3. Las tierras con haciendas de *alto nivel técnico*: huertos, plantaciones, semilleros, viveros, invernaderos, etc., *no serán repartidas, sino convertidas en haciendas modelo* y transferidas en usufructo exclusivo al *Estado o a las comunidades*, según su extensión e importancia.

⁸ Publicado en *Izvestia* el 28 de octubre (10 de noviembre).

⁹ Tierras de la corona y de la familia imperial: tierras que pertenecían al zar y sus familiares. Tierras de posesión: tierras cedidas por el Estado a los propietarios de las fábricas para que las entregaran en usufructo a los campesinos que trabajaban en dichas fábricas percibiendo únicamente como retribución de su trabajo las parcelas de tierra. Tierras de los mayorazgos: grandes latifundios que pasaban íntegramente de generación en generación, como herencia, al hijo mayor o al más viejo de la familia.

Las tierras lindantes con las casas, en las ciudades y en el campo, con sus jardines y huertas, quedarán en usufructo de sus actuales propietarios. La extensión de estos terrenos y el impuesto a pagar por su usufructo serán establecidos por vía legislativa.

4. Los criaderos de ganado caballar, las granjas de ganado de raza, avícolas, etc., pertenecientes al fisco y a los particulares, quedan confiscados, convertidos en patrimonio de todo el pueblo y transferidos en usufructo exclusivo al Estado o a las comunidades, según sus proporciones e importancia.

La cuestión de la indemnización será examinada por la Asamblea Constituyente.

5. Todo el ganado de labor y aperos de labranza de las tierras confiscadas pasan sin indemnización en usufructo exclusivo al Estado o a las comunidades, según sus proporciones e importancia.

La confiscación de los aperos no afecta a los campesinos con poca tierra.

6. Tienen derecho al usufructo de la tierra todos los ciudadanos del Estado ruso (sin distinción de sexo) que deseen trabajarla ellos mismos, con ayuda de su familia o asociados con otros, pero solo durante el tiempo que se encuentren en condiciones de hacerlo. No se permite el trabajo asalariado.

En caso de que cualquier miembro de la comunidad rural se vea imposibilitado ocasionalmente para trabajar durante dos años, la comunidad rural tiene el deber de ayudarlo en ese período cultivando colectivamente la tierra, hasta que recobre su capacidad para el trabajo.

Los agricultores que se vean privados para siempre de la posibilidad de trabajar personalmente la tierra a causa de vejez o de invalidez, perderán su derecho al usufructo de la tierra, pero recibirán en cambio una pensión del Estado.

7. El usufructo del suelo debe ser igualitario, es decir, la tierra se reparte entre los trabajadores teniendo en cuenta las condiciones locales, de acuerdo con la norma de trabajo o de consumo.

Las formas de usufructo de la tierra deben ser enteramente libres: individual, en cortijo, comunal o cooperativa, conforme lo decidan las distintas aldeas y poblados.

8. Al ser enajenada, toda la tierra pasa a formar parte del fondo agrario nacional. El reparto de la tierra entre los trabajadores es dirigido por las administraciones locales y centrales, desde las comunidades rurales y urbanas, democráticamente organizadas, sin diferenciaciones estamentales, hasta las instituciones regionales centrales.

El fondo agrario será sometido a repartos periódicos en consonancia con el crecimiento de la población y con la elevación de la productividad y del nivel técnico de la agricultura.

En caso de modificarse los límites de las parcelas repartidas, permanecerá intacto el núcleo inicial de la parcela.

La tierra de los miembros salientes vuelve al fondo agrario. Se reconoce el derecho de prioridad en el reparto de dicha tierra a los familiares más cercanos de los miembros salientes y a las personas designadas por ellos.

El valor de los abonos y de los trabajos de mejoramiento (mejoras radicales) invertidos en la tierra debe ser reembolsado en la medida en que no hayan sido utilizados antes de ser devuelta la parcela al fondo agrario.

En aquellos lugares donde el fondo agrario existente no baste para satisfacer las necesidades de toda la población local, el excedente de población deberá ser asentado en otras tierras.

El Estado debe tomar a su cargo la organización del asentamiento, así como los gastos que originen este y la adquisición de aperos, etcétera.

El asentamiento se hará en el orden siguiente: primero, los campesinos sin tierra que lo deseen; después, los miembros tarados de la comunidad, los desertores, etc., y, finalmente, por sorteo o acuerdo.

Se declara ley provisional el contenido de este mandato, que expresa la voluntad absoluta de la inmensa mayoría de los campesinos conscientes de toda Rusia. Esta ley será aplicada hasta la reunión de la Asamblea Constituyente sin ningún aplazamiento, en cuanto sea posible, y, en algunas de sus partes, con la necesaria gradación, que deberán determinar los Soviets de Diputados Campesinos de distrito.

5. No se confiscan las tierras de los simples campesinos y cosacos.

Se dice aquí que el decreto y el mandato han sido redactados por los socialistas revolucionarios. Sea así. No importa quién los haya redactado; mas como gobierno democrático, no podemos dejar de lado la decisión de las masas populares, aunque no estemos de acuerdo con ella. En el crisol de la vida, en su aplicación práctica, poniéndola en ejecución en cada localidad, los propios campesinos verán dónde está la verdad. E incluso si los campesinos continúan siguiendo a los socialistas revolucionarios, incluso si dan a este partido la mayoría en la Asamblea Constituyente, volveremos a decir: sea así. La vida es el mejor maestro y mostrará quién tiene razón. Que los campesinos resuelvan este problema por un extremo y nosotros por el otro. La vida nos obligará a acercarnos en el torrente común de la iniciativa revolucionaria, en la elaboración de las nuevas formas estatales. Debemos marchar al unísono con la vida; debemos conceder plena libertad al genio creador de las masas populares. El antiguo gobierno, derribado por la insurrección armada, pretendía resolver el problema agrario con el concurso de la vieja burocracia zarista mantenida en sus puestos. Pero en lugar de resolver el problema, la burocracia no hizo otra cosa que luchar contra los campesinos. Los campesinos han aprendido algo en estos ocho meses de nuestra revolución y quieren resolver por sí mismos todos los problemas relativos a la tierra. Por eso nos pronunciamos contra toda enmienda a este proyecto de ley. No queremos entrar en detalles, porque redactamos un decreto y no un programa de acción. Rusia es grande y las condiciones locales existentes en ella son diversas. Confiamos en que los propios campesinos sabrán, mejor que nosotros, resolver el problema con acierto, como es debido. Lo esencial no es que lo hagan de acuerdo con nuestro programa o con el de los eseristas. Lo esencial es que el campesinado tenga la firme seguridad de que han dejado de existir los terratenientes, que los campesinos resuelvan ellos mismos todos los problemas y organicen su propia vida. (*Clamorosos aplausos*).

RESOLUCIÓN SOBRE LA FORMACIÓN DEL GOBIERNO OBRERO Y CAMPESINO

El Congreso de los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos de toda Rusia acuerda:

Formar para la dirección del país, hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente, un Gobierno Obrero y Campesino provisional, que se denominará Consejo de Comisarios del Pueblo. La dirección de las distintas ramas de la vida del Estado se encomienda a comisiones, cuya composición debe asegurar la aplicación del programa proclamado por el Congreso, en unión estrecha con las organizaciones de masas de los obreros, obreras, marinos, soldados, campesinos y empleados. El poder gubernamental pertenece al consejo de presidentes de dichas comisiones, es decir, al Consejo de Comisarios del Pueblo.

El control sobre la actividad de los Comisarios del Pueblo y el derecho de revocarlos pertenece al Congreso de los Soviets de Diputados Obreros, Campesinos y Soldados de toda Rusia y a su Comité Ejecutivo Central.

En la actualidad, el Consejo de Comisarios del Pueblo está compuesto de las siguientes personas:

Presidente del Consejo, Vladímir Uliánov (*Lenin*);

Comisario del Pueblo del Interior, A. I. Rykov;

Agricultura, V. P. Miliutin;

Trabajo, A. G. Shliápnikov;

Asuntos militares y navales, un Comité integrado por: V. A.

Ovséenkov (Antónov), N. V. Krylenko y P. E. Dybenko;

Comercio e Industria, V. P. Noguín;

Instrucción Pública, A. V. Lunacharski;

Finanzas, I. I. Skvortsov (Stepánov);

Negocios Extranjeros. L. D. Bronshtéin (Trotski);

Justicia, G. I. Oppókov (Lómov);

Abastecimiento, I. A. Teodoróvich;

Correos y Telégrafos, N. P. Avilov (Glébov);

Presidente sobre Asuntos de las Nacionalidades,

J. V. Dzhugashvili (Stalin).

Queda vacante provisionalmente el cargo de Comisario del Pueblo de Ferrocarriles.

PROYECTO DE DECRETO SOBRE EL CONTROL OBRERO¹

1. Queda establecido el *control obrero* sobre la producción, conservación y compra-venta de todos los productos y materias primas, en todas las empresas industriales, comerciales, bancarias, agrícolas, etc., que cuenten con cinco obreros y empleados (en conjunto), por lo menos, o cuyo giro anual no sea inferior a 10.000 rublos.
2. Ejercerán el control obrero todos los obreros y empleados de la empresa, ya directamente, si la empresa es tan pequeña que lo hace posible, ya por medio de sus representantes, cuya elección tendrá lugar *inmediatamente* en asamblea general, debiendo levantarse acta de la elección y ser comunicados los nombres de los designados al Gobierno y a los Soviets locales de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos.
3. Queda absolutamente prohibida la interrupción del trabajo de una empresa o industria de importancia nacional (véase § 7), así como toda modificación en su funcionamiento, sin autorización de los representantes elegidos por los obreros y empleados.

¹ Escrito entre el 26 o 27 de octubre (8 o 9 de noviembre), fue publicado por primera vez en 1929.

El Proyecto de decreto sobre el control obrero sirvió de base al proyecto de decreto confeccionado por el Comisariado del Pueblo del Trabajo y publicado, con enmiendas y adiciones, el 16 (3) de noviembre de 1917 en el núm. 178 de *Pravda*. El proyecto de decreto fue discutido el 14 (27) de noviembre del mismo año en la reunión del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia y aprobado con enmiendas insignificantes. El 15 (28) de noviembre se discutió en una reunión del Consejo de Comisarios del Pueblo, publicándose el 16 de noviembre de 1917, con el título de Decreto sobre el control obrero en el núm. 227 de *Izvestia del CEC* de toda Rusia (Nota de la edición rusa).

4. *Todos* los libros de contabilidad y documentos, sin excepción, así como *todos* los almacenes y depósitos de materiales, herramientas y productos, sin excepción alguna, deben estar abiertos a los representantes elegidos por los obreros y empleados.
5. Las decisiones de los representantes elegidos por los obreros y empleados son obligatorias para los propietarios de las empresas y no pueden ser anuladas más que por los sindicatos y por los congresos sindicales.
6. En todas las empresas de importancia nacional, *todos* los propietarios y todos los representantes elegidos por los obreros y empleados para ejercer el control obrero son responsables ante el Estado del riguroso mantenimiento del orden, de la disciplina y de la conservación de los bienes. Los culpables de incuria, de ocultación de inventarios, balances, etc., serán castigados con la confiscación de todos sus bienes y con una reclusión que puede llegar a cinco años.
7. Se declaran empresas de importancia nacional todas las que trabajan para la defensa o están de alguna manera relacionadas con la producción de artículos necesarios a la subsistencia de las masas de la población.
8. Los Soviets locales de diputados obreros, las conferencias de representantes de comités de fábrica y las de comités de empleados dictarán, en asambleas generales de sus representantes, normas más detalladas del funcionamiento del control obrero.

PROYECTO DE RESOLUCIÓN ACERCA DE LA LIBERTAD DE PRENSA¹

La burguesía entendía por libertad de prensa la libertad de los ricos de publicar periódicos, el acaparamiento de la prensa por los capitalistas, lo que condujo en todos los países, sin exceptuar los más libres, a la venalidad de la prensa.

El gobierno obrero y campesino entiende por libertad de prensa la emancipación de la prensa del yugo del capital, la transformación de las fábricas de papel y de las imprentas en propiedad del Estado y el reconocimiento a cada grupo de ciudadanos que alcance cierto número (por ejemplo, 10.000) del derecho igual a disfrutar de la parte correspondiente de las reservas de papel y de la cantidad correspondiente del trabajo tipográfico.

Como primer paso hacia el logro de este objetivo, ligado indisolublemente a la emancipación de los trabajadores de la opresión del capital, el Gobierno provisional obrero y campesino nombra una Comisión Investigadora de los vínculos de las publicaciones periódicas con el capital, las fuentes de sus ingresos y recursos, la naturaleza de sus donantes, la forma en que cubren sus déficit y, en general, todos los bienes de los periódicos. Toda ocultación de libros de contabilidad o de cualquier otro documento a la Comisión Investigadora, así como toda deposición falsa a sabiendas, serán castigadas por el tribunal revolucionario.

Todos los propietarios y accionistas de los periódicos, así como todos los empleados, están obligados a presentar inmediatamente por escrito informes y datos, sobre las cuestiones indicadas, a la Comisión Investigadora de los vínculos de la prensa con el capital y de la

¹ Escritos el 4 (17) de noviembre. Publicado por primera vez el 7 de noviembre de 1932.

dependencia de la prensa respecto del capital, en el Instituto Smolny, de Petrogrado.

La Comisión Investigadora queda formada por las siguientes personas²:

La Comisión está facultada para ampliar el número de sus miembros, hacer comparecer a expertos y testigos, exigir la apertura de todos los libros, etc.

² En el manuscrito se encuentra el espacio en blanco para los nombres.

RESPUESTA A LAS PREGUNTAS DE LOS CAMPESINOS¹

En respuesta a las numerosas preguntas de los campesinos, se aclara que todo el poder del Estado ha pasado desde ahora, íntegramente a manos de los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos. La revolución obrera ha triunfado en Petrogrado y en Moscú y está triunfando en todos los demás lugares de Rusia. El gobierno obrero y campesino asegura la alianza de las masas de campesinos, de campesinos pobres, de la mayoría de los campesinos, con los obreros, contra los terratenientes, contra los capitalistas.

Por eso, los Soviets de Diputados Campesinos, en primer lugar los de distrito y después los de provincia, serán desde hoy y en lo sucesivo, hasta la Asamblea Constituyente, órganos plenipotenciarios del poder del Estado en los distintos lugares. La propiedad terrateniente de la tierra *ha sido abolida* por el II Congreso de los Soviets de toda Rusia. El actual Gobierno provisional obrero y campesino ha promulgado ya el Decreto sobre la Tierra. En virtud de este decreto, todas las tierras de los terratenientes pasan íntegramente a manos de los Soviets de Diputados Campesinos.

Los comités agrarios de subdistrito deben tomar inmediatamente a su disposición todas las tierras de los terratenientes, efectuando el más riguroso inventario, guardando un perfecto orden y protegiendo del modo más estricto los antiguos bienes de los terratenientes, que han pasado a ser desde ahora patrimonio de todo el pueblo y que, a causa de ello, deben ser protegidos por el propio pueblo.

Todas las disposiciones adoptadas por los comités agrarios de subdistrito, de acuerdo con los Soviets de Diputados Campesinos de distrito, tienen *fuera de ley* y deben ser aplicadas incondicional e inmediatamente.

¹ Fue publicado el 8 de noviembre en *Izvetia Tsik*, número 219.

El gobierno obrero y campesino designado por el II Congreso de los Soviets de toda Rusia se denomina Consejo de Comisarios del Pueblo.

El Consejo de Comisarios del Pueblo exhorta a los campesinos a que tomen por sí mismos el poder en sus propias manos en las distintas localidades. Los obreros apoyarán plena y totalmente por todos los medios a los campesinos, organizarán la fabricación de máquinas y aperos y ruegan a los campesinos que les ayuden enviando trigo.

El Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo
V. Uliánov (Lenin)
Petrogrado, 5 de noviembre de 1917

A LA POBLACIÓN¹

¡Camaradas obreros, soldados y campesinos, trabajadores todos!

La revolución obrera y campesina ha triunfado definitivamente en Petrogrado, dispersando y deteniendo a los restos del reducido número de cosacos engañados por Kerenski. La revolución ha triunfado también en Moscú. Antes de que llegaran allí los trenes con fuerzas militares que habían salido de Petrogrado, los cadetes y demás kornilovistas firmaron en Moscú las condiciones de paz, el desarme de los cadetes y la disolución del Comité de Salvación².

Del frente y de las aldeas llegan cada día, cada hora, noticias de que la mayoría aplastante de los soldados en las trincheras y de los campesinos en los distritos apoya al nuevo gobierno y sus leyes, proponiendo la paz y entregando inmediatamente la tierra a los campesinos. La victoria de la revolución de los obreros y los campesinos está asegurada, pues la mayoría del pueblo se ha levantado ya en favor de ella.

Es bien comprensible que los terratenientes y los capitalistas, los *altos* empleados y funcionarios, estrechamente ligados con la burguesía; en una palabra, todos los ricos y todos los que están con ellos, acojan la nueva revolución hostilmente, se opongan a su victoria, amenacen con paralizar la actividad de los bancos, saboteen

¹ Publicado en la edición número 6 de *Pravda* correspondiente al día 6 (19) de noviembre.

² «Comité de Salvación», «Comité de Seguridad Pública»: organismo unificado de la contrarrevolución, constituido anexo a la Duma urbana de Moscú el 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917. El 2 (15) de noviembre de 1917, el «Comité de Seguridad Pública» capituló ante el Comité Militar Revolucionario (Nota de la edición rusa).

o paralicen el trabajo de distintas instituciones, traben ese trabajo por todos los medios, lo frenen directa o indirectamente. Todo obrero consciente estaba bien seguro de que habíamos de tropezar inevitablemente con esa resistencia: toda la prensa del Partido Bolchevique lo había señalado muchas veces. A las clases trabajadoras no las asustará ni por un solo instante esa resistencia, y no vacilarán lo más mínimo ante las amenazas y las huelgas de los partidarios de la burguesía.

Nos sigue la mayoría del pueblo. Nos sigue la mayoría de los trabajadores y los oprimidos del mundo entero. La nuestra es una causa justa. Nuestra victoria está asegurada.

La resistencia de los capitalistas y los altos empleados será barrida. Nadie será privado por nosotros de sus bienes sin una ley especial del Estado relativa a la nacionalización de los bancos y los consorcios. Esa ley se está preparando. Ningún trabajador perderá un kopek; al contrario, se les prestará ayuda. El gobierno no quiere tomar otras medidas que el más riguroso cómputo y control y la percepción de los impuestos ya establecidos antes, sin que haya ocultaciones.

En nombre de estas justas reivindicaciones, la inmensa mayoría del pueblo se ha agrupado en torno al gobierno provisional obrero y campesino.

¡Camaradas trabajadores! Recuerden que *ustedes* gobiernan ahora el país. Nadie los ayudará si ustedes mismos no se unen y no toman en sus manos *todos los asuntos* del Estado. *Sus* Soviets son, a partir de hoy, órganos de poder del Estado, órganos plenipotenciarios y decisivos.

Agrúpanse en torno a sus Soviets. Fortalezcanlos. Pongan manos a la obra desde abajo, sin esperar a nadie. Establezcan el más riguroso orden revolucionario, aplasten implacablemente las acciones anárquicas de borrachos, hampones, cadetes y kornilovistas contrarrevolucionarios y adopten otras medidas semejantes.

Apliquen el más riguroso control de la producción y de la contabilidad de lo producido. Detengan y entreguen a los tribunales revolucionarios del pueblo a todos los que se atrevan a dañar la causa popular, lo mismo si ese daño se manifiesta en el sabotaje

(destrucción, freno, torpedeamiento) de la producción que en el ocultamiento de reservas de grano y otros productos, en la retención de cargamentos de grano, en la desorganización de los ferrocarriles, de Correos, Telégrafos y Teléfonos o en cualquier otra resistencia a la gran causa de la paz, a la entrega de la tierra a los campesinos, al control obrero sobre la producción y la distribución de los productos.

¡Camaradas obreros, soldados y campesinos, trabajadores todos! Pongan *todo* el poder en manos de *sus* Soviets. Protejan la tierra, el grano, las fábricas, los instrumentos de producción, los productos, el transporte: cuiden de ellos como de las niñas de los ojos, pues todo eso es desde hoy *exclusivamente* suyo, patrimonio del pueblo.

Gradualmente, con el acuerdo y la aprobación de la mayoría de los campesinos, orientándonos por la experiencia *práctica* de los campesinos y de los obreros, marcharemos con paso firme y seguro a la victoria del socialismo, victoria que consolidarán definitivamente los obreros de vanguardia de los países más civilizados y que dará a los pueblos una paz duradera y los liberará de todo yugo y de toda explotación.

El Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo

V. Uliánov (Lenin)

Petrogrado

5 de noviembre de 1917

LA ALIANZA DE LOS OBREROS Y DE LOS CAMPEINOS TRABAJADORES Y EXPLOTADOS¹

CARTA A LA REDACCIÓN DE *PRAVDA*

Al hablar hoy, sábado 18 de noviembre, en el Congreso Campesino, se me hizo públicamente una pregunta a la que contesté en el acto. Es necesario que esa pregunta y mi respuesta lleguen inmediatamente a conocimiento de todos los lectores, pues aunque hablaba, desde el punto de vista formal, solo en nombre propio, lo hacía, en el fondo, en nombre de todo el Partido Bolchevique.

He aquí lo sucedido:

Al referirme a la alianza de los obreros bolcheviques con los eseristas de izquierda, en quienes depositan hoy su confianza muchos campesinos, procuré demostrar en mi discurso que dicha alianza *puede* ser una «coalición honrada», una alianza honrada, ya que *no existen* divergencias radicales de intereses entre los obreros asalariados y los campesinos trabajadores y explotados. El socialismo puede satisfacer *plenamente* los intereses de unos y otros. *Solo* el socialismo puede satisfacer sus intereses. De aquí la posibilidad y la necesidad de una «coalición honrada» entre los proletarios y los campesinos, trabajadores y explotados. En cambio, la «coalición» (alianza) entre las clases trabajadoras y explotadas, por un lado, y la burguesía, por otro, no puede ser una «coalición honrada», debido a la radical divergencia de intereses de estas clases.

Imagínense, dije, que haya en el gobierno una mayoría bolchevique y una minoría de eseristas de izquierda; admitamos, incluso, que exista un solo eserista de izquierda, el comisario de Agricultura. ¿Pueden los bolcheviques realizar en ese caso una coalición honrada?

¹ Fue escrito el 18 noviembre. Publicado al día siguiente en el número 194 de *Pravda*.

Pueden hacerlo, pues, siendo intransigentes en la lucha contra los elementos contrarrevolucionarios (incluidos los eseristas de derecha y los defensistas), los bolcheviques estarían obligados a abstenerse durante la votación de cuestiones que atañen a los puntos puramente eseristas del programa agrario ratificado por el II Congreso de los Soviets de toda Rusia. Tal es, por ejemplo, el punto relativo al usufructo igualitario del suelo y a los nuevos repartos de tierra entre los pequeños propietarios.

Al abstenerse en la votación de ese punto, los bolcheviques no modifican su programa en lo más mínimo, pues dadas las condiciones del triunfo del socialismo (control obrero sobre las fábricas, después expropiación de estas, nacionalización de los bancos, creación de un Consejo Superior de Economía que dirija toda la economía nacional), dadas esas condiciones, los obreros *tienen el deber de aceptar* las medidas transitorias propuestas por los pequeños campesinos trabajadores y explotados, siempre que esas medidas *no perjudiquen* la causa del socialismo. Y recordé que Kautsky, cuando era todavía marxista (en 1899-1909), reconoció más de una vez que las medidas de transición al socialismo no pueden ser las mismas en los países de agricultura basada en grandes haciendas y en los que la agricultura se basa en haciendas pequeñas.

Nosotros, los bolcheviques, deberíamos abstenernos en el Consejo de Comisarios del Pueblo y en el Comité Ejecutivo Central durante la votación de semejante punto, porque, al aceptar los eseristas de izquierda (y los campesinos que les siguen) el control obrero, la nacionalización de los bancos, etc., el usufructo igualitario del suelo no sería otra cosa que una de las medidas de *transición* al socialismo completo. Resultaría absurdo que el proletariado impusiese tales medidas de transición; en aras de la victoria del socialismo, el proletariado debe *hacer concesiones* a los pequeños campesinos trabajadores y explotados en la elección de las mismas, puesto que en nada *perjudicarían* la causa del socialismo.

Un eserista de izquierda (el camarada Feofiláktov, si no me equivoco) me hizo entonces la siguiente pregunta:

«¿Y qué harán los bolcheviques si en la Asamblea Constituyente los campesinos quieren que se apruebe una ley sobre el usufructo igualitario del suelo, la burguesía se pronuncia contra los campesinos y la decisión depende de los bolcheviques?»

Yo le contesté: En ese caso, cuando la causa del socialismo esté asegurada por la implantación del control obrero, por la nacionalización de los bancos, etc., la alianza de los obreros y de los campesinos trabajadores y explotados obligaría al Partido del proletariado a votar con los campesinos contra la burguesía. A mi juicio, los bolcheviques tendrían derecho entonces, con motivo de la votación, a presentar una declaración especial, a hacer constar su desacuerdo, etc., pero abstenerse en ese caso sería traicionar a sus aliados *de lucha por el socialismo* a causa de una divergencia parcial con ellos. Los bolcheviques jamás traicionarían a los campesinos en semejante situación. El usufructo igualitario del suelo y otras medidas semejantes *no* perjudicarán jamás al socialismo si el poder se halla en manos de un gobierno obrero y campesino, si se ha implantado el control obrero, se han nacionalizado los bancos y se ha creado una institución económica superior obrera y campesina que dirija (regule) *toda* la economía nacional, etc.

Esa fue mi respuesta.

N. Lenin

PROYECTO DE DECRETO SOBRE EL DERECHO DE REVOCACIÓN¹

Cualquier organismo electivo o asamblea de delegados puede considerarse auténticamente democrático y verdaderamente representativo de la voluntad del pueblo solo en el caso de que se reconozca y ejerza el derecho de revocación de los elegidos por los electores. Este postulado fundamental, de principios, de la democracia auténtica, que atañe a todas las asambleas de representantes sin excepción alguna, es aplicable también a la Asamblea Constituyente.

El sistema proporcional en las elecciones, más democrático que el mayoritario, requiere medidas más complejas para ejercer el derecho de revocación, es decir, de verdadera subordinación al pueblo de los representantes que elija. Pero toda negativa, basándose en ello, a llevar a la práctica el derecho de revocación, toda demora en su aplicación y toda restricción de su ejercicio constituirían una traición a la democracia y una abjuración total de los principios y las tareas fundamentales de la revolución socialista iniciada en Rusia. El sistema electoral proporcional solo requiere cambiar la forma del derecho de revocación, pero en modo alguno menoscabarlo.

Como el sistema proporcional se basa en el reconocimiento de la pertenencia a los partidos y en la celebración de las elecciones, por los partidos organizados, todo gran cambio en la correlación de las fuerzas de clase y en la actitud de las clases ante los partidos —en particular, las escisiones en los partidos importantes— hace inevitable celebrar nuevas elecciones en la circunscripción en que sea clara e indudable la desarmonía entre la voluntad de la distintas clases y su fuerza, por una parte, y entre la filiación política de los

¹ Escrito el 19 (2 de diciembre).

elegidos, por otra. La verdadera democracia exige de manera indefectible que la convocación de nuevas elecciones no dependa solo del organismo afectado por ellas, es decir, que el interés de los elegidos por conservar sus actas no pueda oponerse al ejercicio de la libertad del pueblo de revocar a sus representantes.

Por eso, el CEC de toda Rusia de los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos dispone:

Los Soviets de Diputados Obreros y Soldados, así como los Soviets de Diputados Campesinos, de cada circunscripción electoral, están en el derecho de convocar nuevas elecciones a todos los organismos urbanos y de los *zemstvos* y, en general, a todas las instituciones representativas, sin excluir la Asamblea Constituyente. Los Soviets tienen también el derecho de fijar la fecha de las nuevas elecciones. Estas elecciones se celebrarán en la forma habitual, sobre la base estricta del sistema proporcional.

TESIS DE LA LEY DE CONFISCACIONES DE LAS CASAS DE ALQUILER¹

1. *Toda* la tierra (de las ciudades) pasa a ser patrimonio (propiedad) del pueblo.
2. Las casas entregadas *sistemáticamente* en arriendo son confiscadas y pasan a ser propiedad del pueblo.
3. Las que *no* son entregadas en arriendo seguirán perteneciendo a sus dueños, hasta que decida la Asamblea Constituyente, sin ninguna modificación de sus derechos de propiedad.
4. Indemnización de varios meses (2-3) a los dueños de las casas confiscadas si estos propietarios demuestran su no²...
5. Cobro de los alquileres (¿por quién?) *por los Soviets* (para las cuentas corrientes de los Soviets).
6. Las comisiones de la construcción (sindicatos + agrupación de empresas de la construcción) administrarán también los bienes (combustible, etc.).
7. El cobro de los alquileres entrará en vigor inmediatamente.
8. Las comisiones de la construcción y administrativas empezarán a funcionar con cierta gradación, a medida que sean constituidas por los sindicatos y los Soviets.
9. La calefacción de las casas y el mantenimiento de estas en estado normal serán obligación de los comités de vecinos y de otras instituciones (sindicatos, Soviets, secciones de combustible adjuntas a las Dumas urbanas, etc.).

¹ *Obras completas*, tomo 35, Editorial Progreso, Moscú, 1981. Estas tesis fueron escritas por Lenin en el marco de la preparación del Consejo de Comisarios del Pueblo. Pensado para ser un proyecto de decreto sobre la nacionalización de los bienes inmuebles urbanos, fue aprobado por el Consejo el 23 de noviembre (6 de diciembre). Se publicó el 25 de noviembre (8 de diciembre) [N. del E.].

² La frase no termina (nota de la edición rusa).

TESIS SOBRE LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE¹

1. Era completamente justo que la socialdemocracia revolucionaria incluyera en su programa la reivindicación de la convocatoria a la Asamblea Constituyente, porque en una república burguesa la Asamblea Constituyente es la forma superior de la democracia y porque, al crear el Anteparlamento, la república imperialista, con Kerenski a la cabeza, preparaba una falsificación de las elecciones y numerosas infracciones de la democracia.

2. Al reclamar la convocatoria de la Asamblea Constituyente, la socialdemocracia revolucionaria, desde los primeros días de la revolución de 1917, subrayó más de una vez que la República de los Soviets es una forma de democracia superior a la república burguesa ordinaria, con su Asamblea Constituyente.

3. Para el tránsito del régimen burgués al socialista, para la instauración de la dictadura del proletariado, la República de los Soviets (de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos) no es solo la forma de tipo más elevado de las instituciones democráticas (comparada con la república burguesa ordinaria, coronada por una Asamblea Constituyente), sino la única forma capaz de asegurar el tránsito menos doloroso posible hacia el socialismo.

4. En nuestra revolución se hace la convocatoria de la Asamblea Constituyente con arreglo a las listas presentadas a mediados de octubre de 1917, en condiciones que imposibilitan que las elecciones a esa Asamblea Constituyente sean una expresión exacta de la voluntad del pueblo en general y de las masas trabajadoras en particular.

5. En primer término, la representación proporcional no manifiesta fielmente la voluntad del pueblo, sino cuando las listas

¹ Escrito el 11 o el 12 (24 o 25) de diciembre. Publicado el 13 (24) de diciembre en el número 213 de *Pravda*.

presentadas por los partidos responden a la división real del pueblo en grupos políticos que sean realmente los mismos que los que se reflejan en las listas. Y es sabido que en nuestro país, el partido que entre mayo y octubre ha tenido más partidarios en el pueblo y, sobre todo, entre los campesinos, el partido socialrevolucionario, presentó listas únicas a la Asamblea Constituyente a mediados de octubre de 1917, pero se ha escindido en noviembre de 1917 después de las elecciones a la Asamblea Constituyente y antes de que esta se hubiese convocado.

Por eso, incluso desde el punto de vista formal, la composición de los elegidos a la Asamblea Constituyente no corresponde ni puede corresponder a la voluntad de la masa de los electores.

6. En segundo término, otra circunstancia aún más importante, no formal ni jurídica, sino económico-social, una circunstancia que constituye el origen de clase de la diferencia entre la voluntad del pueblo y, sobre todo, de las clases trabajadoras, por una parte, y la composición de la Asamblea Constituyente, por otra, es que las elecciones a la Asamblea Constituyente se han celebrado cuando la enorme mayoría del pueblo no podía conocer todavía toda la extensión y todo el alcance de la Revolución de Octubre, de la revolución soviética, proletaria y campesina, comenzada el 25 de octubre de 1917, es decir, después de haber sido presentadas las listas de los candidatos a la Asamblea Constituyente.

7. La Revolución de Octubre, al conquistar el poder para los Soviets, arrancar el dominio político a la burguesía y entregarlo al proletariado y a los campesinos pobres, atraviesa ante nuestra vista por sucesivas etapas de su desarrollo.

8. La revolución ha comenzado por la victoria del 24-25 de octubre, conseguida en la capital, cuando el Segundo Congreso de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados de toda Rusia, congreso de la vanguardia proletaria y de la parte políticamente más activa de los campesinos, dio la mayoría al Partido Bolchevique y lo elevó al poder.

9. Luego, durante los meses de noviembre y diciembre, se apodera la revolución de toda la masa del ejército y de los campesinos y se traduce ante todo por la destitución o renovación de los viejos organismos directivos (comités de ejército, comités campesinos provinciales,

Comité Ejecutivo Central del Soviet de Diputados Campesinos de toda Rusia, etc.), que constituían la expresión de una etapa de conciliación ya superada de la revolución, de su etapa burguesa y no proletaria, y que por esta razón debían desaparecer inevitablemente bajo el empuje de las masas populares, más profundas y más extensas.

10. Este poderoso movimiento de las masas explotadas, para reconstituir los organismos dirigentes de sus organizaciones, no ha terminado aún hoy, a mediados de diciembre de 1917, y una de sus etapas es el Congreso de los ferroviarios, actualmente reunido.

11. Por consiguiente, el agrupamiento de las fuerzas de clase que se hallan en lucha en Rusia en noviembre y en diciembre de 1917 difiere por principio, en la práctica, del que pudo hallar su expresión en las listas de candidatos presentadas por los partidos para las elecciones a la Asamblea Constituyente a mediados de octubre de 1917.

12. Los recientes acontecimientos en Ucrania (en parte también en Finlandia y en Bielorrusia, así como en el Cáucaso) indican, asimismo, que se está realizando un nuevo agrupamiento de las fuerzas de clase en el curso de la lucha entre el nacionalismo burgués de la Rada ucraniana, de la Dieta finlandesa, etc., por un lado, y el poder de los Soviets, la revolución proletaria y campesina de cada una de esas repúblicas nacionales, por otro.

13. Y por último, la guerra civil, comenzada con la sublevación contrarrevolucionaria de los demócratas constitucionalistas y de Kaledin, contra las autoridades soviéticas, contra el gobierno obrero y campesino, ha agudizado definitivamente la lucha de clases y eliminado toda posibilidad de resolver por un camino democrático formal los problemas más candentes que la historia ha planteado ante los pueblos de Rusia y, en primer lugar, ante su clase obrera y sus campesinos.

14. Únicamente la victoria total de los obreros y campesinos sobre la insurrección de los burgueses y de los terratenientes (que ha hallado su expresión en el movimiento de los demócratas constitucionalistas y de Kaledin), solo una implacable represión militar de esa sublevación de esclavistas puede garantizar de hecho el triunfo de la revolución proletaria y campesina. La marcha de los acontecimientos y el desarrollo de la lucha de clases en la revolución

han hecho que la consigna «Todo el poder a la Asamblea Constituyente», que no tiene en cuenta las conquistas de la revolución obrera y campesina, que no tiene en cuenta el poder de los Soviets, que no tiene en cuenta las decisiones tomadas por el Segundo Congreso de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados de toda Rusia, por el Segundo Congreso de los diputados campesinos de toda Rusia, etc., *se haya convertido de hecho* en la consigna de los demócratas constitucionalistas, de los kaledinistas y de sus acólitos. El pueblo entero comienza a comprender claramente que la Asamblea Constituyente quedaría inevitablemente condenada a la muerte política si se divorciase del Poder de los Soviets.

15. El problema de la paz es uno de los más candentes de la vida del pueblo. No se ha emprendido en Rusia una lucha verdaderamente revolucionaria por la paz hasta después del triunfo de la revolución del 25 de octubre, y este triunfo ha tenido como primer resultado la publicación de los tratados secretos, el armisticio y las negociaciones públicas iniciadas con objeto de conseguir una paz general, sin anexiones ni contribuciones.

Solo ahora las grandes masas populares obtienen de hecho, franca y completamente, la posibilidad de ver una política de lucha revolucionaria por la paz y de estudiar sus resultados.

Durante las elecciones a la Asamblea Constituyente, no tenían las masas populares dicha posibilidad.

Es evidente, pues, que también en este aspecto es inevitable la incompatibilidad entre la composición de la Asamblea Constituyente y la verdadera voluntad del pueblo, en el problema de la terminación de la guerra.

16. El conjunto de circunstancias que acabamos de examinar hace que la Asamblea Constituyente, convocada con arreglo a las listas de los partidos existentes antes de la revolución proletaria y campesina, bajo el dominio de la burguesía, entre inevitablemente en conflicto con la voluntad y los intereses de las clases trabajadoras y explotadas, que han iniciado el 25 de octubre la revolución socialista contra la burguesía. Es natural que los intereses de esta revolución tengan primacía sobre los derechos formales de la Asamblea Constituyente, incluso si estos últimos no hubiesen sido

quebrantados por la circunstancia de que en la ley sobre la Asamblea Constituyente no se reconozca el derecho del pueblo a elegir nuevos diputados en cualquier momento.

17. Todo intento, directo o indirecto, de plantear la cuestión de la Asamblea Constituyente desde un punto de vista jurídico formal, en los marcos de la democracia burguesa corriente, sin tener en cuenta la lucha de clases y la guerra civil, es una traición a la causa del proletariado y la adopción del punto de vista de la burguesía. El deber incondicional de la socialdemocracia revolucionaria consiste en poner a todo el mundo en guardia contra ese error que cometen ciertos dirigentes, poco numerosos, del bolchevismo, que no han sabido valorar la insurrección de octubre y la misión de la dictadura del proletariado.

18. La única posibilidad de resolver sin dolor la crisis creada como resultado de la divergencia existente entre las elecciones a la Asamblea Constituyente, por un lado, y la voluntad del pueblo y los intereses de las masas trabajadoras y explotadas, por otro consiste en aplicar con la mayor extensión y rapidez posible el derecho del pueblo a proceder a nuevas elecciones de miembros de la Asamblea Constituyente; consiste en que la propia Asamblea Constituyente se adhiera a la ley del Comité Ejecutivo Central relativa a esas nuevas elecciones, declare reconocer sin reservas el poder de los Soviets, la revolución soviética, su política en el problema de la paz, de la tierra y del control obrero y se coloque resueltamente al lado de los adversarios de la contrarrevolución de los demócratas constitucionalistas y de Kaledin.

19. Si no se cumplen estas condiciones, la crisis planteada en relación con la Asamblea Constituyente no podrá resolverse más que por vía revolucionaria, con las medidas revolucionarias más enérgicas, rápidas, firmes y resueltas, tomadas por el poder de los Soviets contra la contrarrevolución de los demócratas constitucionalistas y de Kaledin, cualesquiera que sean las consignas y las instituciones (incluso la calidad de miembros de la Asamblea Constituyente) en que se ampare esa contrarrevolución. Intentar atar, de cualquier manera que sea, las manos del poder de los Soviets en esta lucha, sería hacerse cómplice de la contrarrevolución.

DISCURSO SOBRE LA NACIONALIZACIÓN DE LOS BANCOS¹

ACTA DE LA REUNIÓN

El orador que me ha precedido en el uso de la palabra ha intentado asustarnos, diciendo que vamos hacia el hundimiento seguro y hacia el abismo seguro. Pero esas intimidaciones no son nuevas para nosotros. El mismo periódico que expresa el punto de vista de la fracción a que pertenece el orador —*Nóvaya Zhizn*— decía en vísperas de los días de octubre que de nuestra revolución no resultaría nada, excepto pogromos y motines anarquistas. Por eso, las afirmaciones de que marchamos por un camino falso son el reflejo de la psicología burguesa, con la que no pueden romper ni siquiera gentes no interesadas. (*Gritos de los internacionalistas: «¡Demagogia!»*) No, esto no es demagogia; en cambio, vuestras constantes divagaciones acerca del hacha, eso sí que es demagogia auténtica.

Todas las medidas que contiene el decreto² son exclusivamente la verdadera garantía del control.

Hablan de la complejidad del aparato, de su fragilidad y de lo complicado de la cuestión. Es una verdad elemental, conocida por todos. Si esa verdad se utiliza únicamente para frenar todas las iniciativas socialistas, nosotros decimos que quien emprende ese camino es un demagogo, un demagogo pernicioso.

¹ Pronunciado en la sesión del Comité Ejecutivo Central de Toda Rusia el 14 (27) de diciembre. Fue aprobado y publicado el 15 de diciembre.

² El Decreto sobre la nacionalización de los bancos fue aprobado por el Comité Ejecutivo Central de toda Rusia al mismo tiempo que el decreto disponiendo la revisión de las cajas de caudales de acero de los bancos, fechado el 14 (27) de diciembre de 1917 y publicado el 15 de diciembre en el número 252 de *Izvestia del CEC* de toda Rusia.

Queremos comenzar la revisión de las cajas de caudales, pero se nos dice en nombre de los sabios especialistas que en ellas no hay más que documentos y valores. ¿Qué habrá de malo, entonces, en que las controlen los representantes del pueblo?

Si es así, ¿por qué se esconden esos sabios especialistas críticos? Ante todas las decisiones del Soviet nos declaran que están de acuerdo, pero solo en principio. Es el sistema de los intelectuales burgueses, de todos los conciliadores, que con su constante acuerdo en principio y su desacuerdo en la práctica lo echan todo a perder.

Si son tan expertos e instruidos en todos los asuntos, ¿por qué no nos ayudan, por qué en nuestro difícil camino solo encontramos sabotaje de su parte?

Arrancan de una acertada teoría científica, pero nosotros consideramos que la teoría es la fundamentación de las acciones emprendidas para estar seguros de ellas, y no para sentir un miedo mortal. Naturalmente, las iniciativas son difíciles, y con frecuencia nos acercamos a cosas frágiles; sin embargo, hemos sabido, sabemos y sabremos salir airoso en esos asuntos.

Si los libros sirvieran únicamente como freno y temor eterno a todo paso nuevo, carecerían de valor.

Nadie, a excepción de los socialistas utopistas, ha afirmado que se pueda vencer sin resistencia, sin dictadura del proletariado y sin dejar caer la mano de hierro sobre el viejo mundo.

Ustedes han aceptado también en principio esta dictadura, pero cuando se traduce al ruso esa palabra y se la denomina «mano de hierro», aplicándola en la práctica, advierten que el asunto es frágil y embrollado.

Se niegan obstinadamente a ver que esa mano de hierro, al destruir, construye. Nuestra ventaja indiscutible consiste en que pasamos del principio a los hechos.

Para llevar a la práctica el control, llamamos a los banqueros y convenimos con ellos unas medidas, que aceptaron, a fin de, conservando el pleno control y la rendición de cuentas, recibir créditos. Pero entre los empleados de banca surgieron hombres que sienten como suyos los intereses del pueblo y nos dijeron: «Les engañan, apresúrense a cortar su actividad criminal, orientada directamente a perjudicarlos». Y nos apresuramos.

Sabemos que es una medida compleja. Nadie de nosotros, ni siquiera los que tienen conocimientos económicos, se comprometería a llevarla a la práctica. Llamaremos a los especialistas dedicados a esos asuntos, pero solo cuando tengamos las llaves en la mano. Entonces sabremos incluso encontrar asesores entre los exmillonarios. Quienes deseen trabajar serán recibidos con los brazos abiertos, siempre que no convierta en letra muerta cualquier iniciativa revolucionaria: no picaremos ese anzuelo. Las palabras «dictadura del proletariado» las pronunciamos en serio y la llevaremos a la práctica.

Queríamos seguir el camino del acuerdo con los bancos y les dimos créditos para subsidiar las empresas, pero ellos emprendieron un sabotaje de proporciones inauditas y la práctica nos llevó a ejercer el control con otras medidas.

El camarada eserista de izquierda ha dicho que ellos votarán en principio a favor de la inmediata nacionalización de los bancos para, después, determinar las medidas prácticas en el plazo más breve. Mas eso es un error, pues nuestro proyecto contiene únicamente principios. El Consejo Superior de Economía Nacional está esperando ya para discutirlos, pero la no aprobación del decreto conducirá en el acto a que los bancos adopten todas las medidas para desorganizar al máximo la economía.

La aprobación del decreto es inaplazable, pues de otro modo nos hundirán la resistencia y el sabotaje. (*Aplausos que se transforman en ovación*).

PROYECTO DE DECRETO SOBRE LA PUESTA EN PRÁCTICA DE LA NACIONALIZACIÓN DE LOS BANCOS Y LAS MEDIDAS INDISPENSABLES DERIVADAS DE ELLA¹

La crítica situación alimenticia y la amenaza de hambre, creada por la especulación y el sabotaje de los capitalistas y funcionarios, así como por el desbarajuste general, hacen imprescindible la adopción de medidas revolucionarias excepcionales para luchar contra este mal.

A fin de que todos los ciudadanos del Estado, y en primer lugar todas las clases trabajadoras, bajo la dirección de sus Soviets de Diputados, Obreros, Soldados y Campesinos, puedan emprender esa lucha y la organización de la acertada vida económica del país inmediatamente y en todos sus aspectos, sin detenerse ante nada y actuando por la vía más revolucionaria, se dictan las siguientes reglas:

Proyecto de decreto sobre la puesta en práctica de la nacionalización de los bancos y las medidas indispensables derivadas de ella

1. Todas las empresas de sociedades anónimas son declaradas propiedad del Estado.
2. Los miembros de los consejos de administración y los directores de las sociedades anónimas, así como todos los accionistas pertenecientes a las clases acaudaladas (es decir, poseedores de más de 5.000 rublos de todos los bienes o ingresos superiores a 500 rublos al mes), están obligados a seguir dirigiendo en perfecto orden los asuntos de las empresas, cumpliendo la ley del control obrero, presentando todas las acciones en el Banco del Estado y facilitando informes se-

¹ Fue sometido a consideración del CSEN (Consejo Superior de Economía Nacional) a mediados de diciembre y se publicó por primera vez en noviembre de 1918.

manales de su actividad a los Soviets locales de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos.

3. Quedan anulados los empréstitos del Estado tanto exteriores como interiores.
4. Se garantizan plenamente los intereses de los pequeños tenedores de obligaciones, así como de acciones de todas clases, es decir, de los pertenecientes a las clases trabajadoras de la población.
5. Se implanta el trabajo obligatorio general. Todos los ciudadanos de ambos sexos comprendidos en la edad de 16 a 55 años están obligados a efectuar los trabajos que les señalen los Soviets locales de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos u otras organizaciones del poder soviético.
6. Como primer paso para llevar a la práctica el trabajo general obligatorio, se decreta que las personas de las clases acaudaladas (véase § 2) están obligadas a poseer y rellenar debidamente las libretas de consumo de trabajo o de presupuesto de trabajo, que deben ser presentadas a las correspondientes organizaciones obreras o a los Soviets locales y sus organismos para registrar semanalmente el cumplimiento del trabajo asumido por cada uno de ellos.
7. Para la acertada contabilidad y distribución tanto de los víveres como de otros productos necesarios, todos los ciudadanos del Estado están obligados a adherirse a una sociedad de consumo. Las oficinas de intendencia, los comités de abastos y otros organismos similares, así como los sindicatos de obreros ferroviarios y del transporte, implantarán el control del cumplimiento de esta ley bajo la dirección de los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos. Las personas de las clases acaudaladas quedan obligadas, en particular, a realizar los trabajos que les encomienden los Soviets para la organización y administración de las sociedades de consumo.
8. Los sindicatos de obreros y empleados ferroviarios están obligados a preparar urgentemente y llevar a la práctica sin demora, medidas extraordinarias para una organización

más perfecta del transporte, en particular del transporte de víveres, combustible y otros artículos de primera necesidad, guiándose en primer lugar por los pedidos y órdenes de los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, así como de las instituciones facultadas por ellos y del Consejo Superior de Economía Nacional.

De la misma manera, se impone a los sindicatos de ferroviarios, en colaboración con los Soviets locales, el deber de luchar con la mayor energía contra la especulación, sin detenerse ante las medidas revolucionarias, y perseguir implacablemente a toda clase de especuladores.

9. Las organizaciones obreras, los sindicatos de empleados y los Soviets locales están obligados a incorporar sin tardanza las empresas cerradas y desmovilizadas, así como a los parados forzosos, a trabajos útiles y a la obtención de productos necesarios y a buscar pedidos, materias primas y combustible. Sin aplazar en ningún caso esta actividad, ni el intercambio de productos agrícolas por industriales, hasta que reciban órdenes especiales desde arriba, los sindicatos y los Soviets locales están obligados a ajustarse a las indicaciones y prescripciones del Consejo Superior de Economía Nacional.
10. Las personas de las clases acaudaladas están obligadas a guardar todas sus sumas en metálico en el Banco del Estado y en sus sucursales, así como en las cajas de ahorros, recibiendo para sus necesidades de consumo no más de 100-125 rublos a la semana (según decidan los Soviets locales), y para las necesidades de la producción y del comercio solo con el aval escrito de las instituciones del control obrero.
A fin de controlar la aplicación del presente decreto, se dictarán reglas para el cambio de la moneda actualmente en circulación por otra, y los culpables de fraude al Estado y al pueblo serán castigados con la confiscación de todos sus bienes.
11. El mismo castigo, así como la reclusión en la cárcel o el envío al frente y a trabajos forzosos, será aplicado a cuantos desobedezcan la presente ley, a los sabotadores, funciona-

rios huelguistas y especuladores. Los Soviets locales y las instituciones dependientes de ellos se comprometen a determinar con carácter urgente las medidas más revolucionarias de lucha contra estos verdaderos enemigos del pueblo.

12. En colaboración con los Soviets locales, los sindicatos y demás organizaciones de los trabajadores crearán, con la participación de las personas más seguras y recomendadas por las organizaciones del Partido y otras, grupos volantes de controladores para observar el cumplimiento de esta ley, comprobar la cantidad y calidad del trabajo y entregar a los tribunales revolucionarios a los culpables de infringir o esquivar la ley.

Los obreros y empleados de las empresas nacionalizadas tienen el deber de tensar todas sus fuerzas y adoptar medidas extraordinarias para mejorar la organización del trabajo, fortalecer la disciplina y elevar la productividad. Los organismos de control obrero deben presentar semanalmente al CSEN informes de lo conseguido en este terreno. Los culpables de defectos y negligencias responderán ante el tribunal revolucionario.

LOS ASUSTADOS POR LA QUIEBRA DE LO VIEJO Y LOS QUE LUCHAN POR EL TRIUNFO DE LO NUEVO¹

«Los bolcheviques llevan dos meses en el poder y, en vez del paraíso socialista, vemos el infierno del caos, de la guerra civil y de una ruina aún mayor». Así escriben, hablan y piensan los capitalistas, junto con sus adeptos conscientes y semiconscientes.

Los bolcheviques llevamos solo dos meses en el poder —respondemos nosotros— y se ha dado ya un paso gigantesco hacia el socialismo. No ven esto quienes no quieren ver o no saben valorar los acontecimientos históricos en su conexión. No quieren ver que, en unas semanas, han sido destruidos casi hasta sus cimientos los organismos no democráticos en el ejército, en el campo y en las fábricas. Y no hay ni puede haber otro camino hacia el socialismo que no pase por esa destrucción. No quieren ver que, en unas semanas, la mentira imperialista en política exterior —que prolongaba la guerra y encubría con los tratados secretos la expoliación y la conquista— ha sido sustituida por una verdadera política revolucionaria de la paz auténticamente democrática, que ha proporcionado ya un éxito práctico tan grande como lograr el armisticio y multiplicar por cien la fuerza propagandística de nuestra revolución. No quieren ver que han comenzado a aplicarse el control obrero y la nacionalización de los bancos, y que esto constituye precisamente los primeros pasos hacia el socialismo.

No saben comprender la perspectiva histórica quienes están abatidos por la rutina del capitalismo; quienes están ensordecidos por la potente quiebra de lo viejo, por el crujido, el estruendo y el «caos» (un caos aparente) de las seculares estructuras zaristas y bur-

¹ Escrito entre el 24 y el 27 de diciembre de 1917 (6-9 de enero de 1918).
Publicado por primera vez en enero de 1929.

guesas al desmoronarse y derrumbarse; quienes se asustan de que la lucha de clases llegue a una exacerbación extrema y se transforme en guerra civil, la única guerra legítima, la única justa, la única sagrada, no en el sentido clerical de la palabra sino en el sentido humano de guerra sagrada de los oprimidos contra los opresores para derrocar a estos últimos, para emancipar de toda opresión a los trabajadores. En el fondo, todos esos abatidos, ensordecidos y asustados burgueses, pequeñosburgueses y «servidores de la burguesía» se guían, a menudo sin darse cuenta ellos mismos, por la vieja noción, absurda, sentimental y trivial a lo intelectual, sobre «la implantación del socialismo». Una noción que han asimilado —de oídas—, tomando retazos de la doctrina socialista, repitiendo las adulteraciones de esta doctrina por ignorantes y adocenados y atribuyéndonos a nosotros, los marxistas, la idea e incluso el plan de «implantar» el socialismo.

A nosotros, los marxistas, nos son ajenas semejantes ideas, sin hablar ya de esos planes. Siempre hemos sabido, dicho y repetido que el socialismo no se puede «implantar», que surge en el curso de la lucha de clases y de la guerra civil más intensas y violentas, violentas hasta el frenesí y la desesperación; que entre el capitalismo y el socialismo media un largo período de «doloroso alumbramiento»; que la violencia es siempre la comadróna de la vieja sociedad; que al período de transición de la sociedad burguesa a la socialista corresponde un Estado especial (es decir, un sistema especial de violencia organizada sobre una clase determinada), a saber: la dictadura del proletariado. Y la dictadura presupone y significa un estado de guerra latente, un estado de medidas militares contra los enemigos del poder proletario. La Comuna fue la dictadura del proletariado, y Marx y Engels reprocharon a la Comuna, viendo en ello una de las causas de su derrota, que no empleara *con suficiente* energía su fuerza armada para vencer la resistencia de los explotadores.

En el fondo, todos esos aullidos propios de intelectual con motivo del aplastamiento de la resistencia de los capitalistas no son otra cosa, hablando «cortésmente», que un eructo de viejo «conciliacionismo». Pero si hablamos con una franqueza inherente al proletariado, habrá que decir: el persistente servilismo ante la caja

de caudales es la esencia de los aullidos contra la violencia actual, obrera, que se aplica (por desgracia, aún con demasiada suavidad y poca energía) contra la burguesía, contra los sabotadores y contrarrevolucionarios. «La resistencia de los capitalistas ha sido vencida», proclamaba el bueno de Peshejónov, ministro de los conciliadores, en junio de 1917. Este bonachón no sospechaba siquiera que la resistencia debe ser, en efecto, *vencida*; que *será* vencida, y que eso se llama, en lenguaje científico, dictadura del proletariado; que todo un período histórico se caracteriza por el aplastamiento de la resistencia de los capitalistas; se caracteriza, en consecuencia, por *la violencia* sistemática contra toda una clase (la burguesía) y contra sus cómplices.

La codicia, la repugnante, ruin y furiosa codicia del ricachón; el acoquinamiento y el servilismo de sus paniaguados: ahí está la verdadera base social de los aullidos que lanzan ahora los intelectualillos, desde *Riech* hasta *Nóvoya Zhizn*, contra la violencia por parte del proletariado y del campesinado revolucionario. Tal es el significado objetivo de sus aullidos, de sus mezquinas palabras, de sus gritos de comediantes acerca de la «libertad» (la libertad de los capitalistas de oprimir al pueblo), etcétera. Estarían «dispuestos» a reconocer el socialismo si la humanidad pasase a él de golpe, con un salto efectista, sin desavenencias, sin luchas, sin rechinar de dientes de los explotadores, sin múltiples tentativas por perpetuar los viejos tiempos o volver a ellos dando un rodeo en secreto, sin nuevas y nuevas «réplicas» de la violencia proletaria revolucionaria a estas tentativas. Esos paniaguados intelectuales de la burguesía están «dispuestos» a lavar la piel, como dice un conocido refrán alemán, pero a condición de que la piel quede siempre seca.

Cuando la burguesía y los funcionarios, empleados, médicos, ingenieros, etc., acostumbrados a servirla, recurren a las medidas de resistencia más extremas, los intelectualillos se horrorizan. Tiemblan de miedo y aúllan con mayor estridencia, proclamando retornar al «espíritu de la conciliación». Pero a nosotros, como los amigos sinceros de la clase oprimida, las medidas extremas de resistencia de los explotadores solo pueden alegrarnos, pues esperamos que el proletariado madure para el ejercicio del poder en la escuela

de la vida, en la escuela de la lucha, y no en la escuela de las exhortaciones y los sermones, no en la escuela de las prédicas dulzarronas y de las declamaciones conceptuosas. Para convertirse en clase dominante y vencer definitivamente a la burguesía, el proletariado debe *aprender* eso, pues no tiene dónde encontrar en el acto esa capacidad. Y hay que aprender en la lucha. Y enseña solo la lucha seria, tenaz y encarnizada. Cuanto más extrema sea la resistencia de los explotadores, tanto más enérgica, firme, implacable y eficaz será su represión por los explotados. Cuanto más variados sean las tentativas y los esfuerzos de los explotadores por mantener lo viejo, con tanta mayor rapidez aprenderá el proletariado a expulsar a sus enemigos de clase de sus últimos escondrijos, a arrancar raíces de su dominación y a liquidar el terreno mismo en que podían (y debían) crecer la esclavitud asalariada, la miseria de las masas, el lucro y la insolencia de los ricos.

A medida que aumenta la resistencia de la burguesía y de sus paniagudos crece también la fuerza del proletariado y del campesinado, que se une a él. Los explotados se fortalecen, maduran, crecen y aprenden, se despiden del Adán bíblico de la esclavitud asalariada a medida que aumenta la resistencia de sus enemigos: los explotadores. La victoria será de los explotados, pues tienen a su lado la vida, la fuerza del número, la fuerza de las masas, la fuerza de los veneros inagotables de todo lo abnegado, ideológico y honesto que pugna por avanzar y despierta para edificar lo nuevo; los veneros de toda la reserva gigantesca de energía y de talento del llamado «vulgo», de los obreros y de los campesinos. La victoria será suya.

¿CÓMO DEBE ORGANIZARSE LA EMULACIÓN?¹

Los escritores burgueses han emborronado y continúan emborronando montañas de papel, elogiando la competencia², la iniciativa privada y demás encantos y admirables virtudes de los capitalistas y del régimen capitalista. Se acusaba a los socialistas de no querer comprender la significación de esas virtudes, ni tener en cuenta la «naturaleza humana». Pero, en realidad, el capitalismo ha sustituido hace ya mucho tiempo la pequeña producción independiente de mercancías, en que la competencia podía, en proporciones más o menos *amplias*, desarrollar el espíritu emprendedor, la energía, la iniciativa audaz, por la producción industrial en grande y en grandísima escala, por las sociedades anónimas, por los consorcios y demás monopolios. La competencia significa, en *este tipo* de capitalismo, el aplastamiento inauditamente feroz del espíritu emprendedor, de la energía, de la iniciativa audaz de *la masa* de la población, de su inmensa mayoría, del 99 por 100 de los trabajadores; significa también la sustitución de la emulación por la pillería financiera, el nepotismo, el servilismo en los peldaños más elevados de la escala social.

Lejos de apagar la emulación, el socialismo, por el contrario, crea, por vez primera, la posibilidad de aplicarla en escala verdaderamente *amplia*, verdaderamente *masiva*; crea la posibilidad de hacer realmente que la mayoría de los trabajadores entren en la liza de una actividad que les permite manifestarse en todo su valor,

¹ Escrito entre el 24 y el 27 de diciembre de 1917 (6 y 9 de enero de 1918).

² Lenin sustituyó el término *competencia* por *emulación*, buscando diferenciar la competencia capitalista que solo favorece finalmente a la burguesía, por un tipo de competencia que beneficia a todos los miembros del lugar de trabajo y la sociedad en general [N. del E].

desarrollar sus capacidades, revelar los talentos que en el pueblo forman un manantial inagotable y que el capitalismo pisoteaba, oprimía y ahogaba por miles y millones.

Nuestra tarea hoy, con un gobierno socialista en el poder, es organizar la emulación.

Los lacayos y paniaguados de la burguesía han presentado el socialismo bajo el aspecto de un típico cuartel gris, uniforme, monótono y penetrado de espíritu oficinesco. Los criados de la caja de caudales, los lacayos de los explotadores —los señores intelectuales burgueses— han hecho del socialismo un «espantajo» para el pueblo, que se ve condenado precisamente bajo el capitalismo a una vida de presidio y cuartel, de trabajo monótono y agotador, a una vida semihambrienta y de triste miseria. La confiscación de las propiedades de los terratenientes, la implantación del control obrero, la nacionalización de la banca constituyen el primer paso hacia la emancipación de los trabajadores encerrados en ese presidio. La nacionalización de las fábricas, la organización obligatoria de toda la población en sociedades de consumo, que también serán sociedades de venta de productos, el monopolio del Estado sobre el comercio del trigo y de otros artículos necesarios serán las medidas que han de seguir.

Solo ahora adquieren la posibilidad de manifestarse, amplia y realmente de un modo general, el espíritu emprendedor, la emulación y la iniciativa audaz. Cada una de las fábricas, cuyo dueño haya sido lanzado a la calle o, cuando menos, metido en cintura por un verdadero control obrero; cada una de las aldeas donde se ha expulsado al terrateniente explotador, cuyas tierras han sido confiscadas, es ahora, y solo ahora, campo de acción donde el hombre de trabajo puede manifestarse en todo su valor, enderezar un poco el espinazo, erguirse, sentirse hombre. Por primera vez, después de siglos trabajando para los demás, bajo el yugo, para los explotadores, se tiene la posibilidad de *trabajar para sí mismo* y de trabajar beneficiándose de todas las conquistas de la cultura y de la técnica más moderna.

Esta sustitución del trabajo esclavizado por el trabajo para sí mismos —el cambio más grande que conoce la historia de la

humanidad— no puede realizarse, naturalmente, sin rozamientos, sin dificultades, sin conflictos, sin el empleo de la violencia contra los parásitos inveterados y sus lacayos. En cuanto a esto, no se hace ilusiones ningún obrero; templados en largos años de trabajos forzados para los explotadores, de infinitas vejaciones y ultrajes por parte de los explotadores, templados por la negra miseria, los obreros y los campesinos pobres saben que se necesita tiempo para *romper* la resistencia de los explotadores. Los obreros y los campesinos no se hacen en modo alguno las ilusiones sentimentales de los señores intelectualillos, de todo ese fango de los de *Nóvaya Zhizn* y demás, que han enronquecido «clamando» contra los capitalistas, que han «gesticulado» y «tronado» contra ellos, para luego echarse a llorar y portarse como perros apaleados, cuando llega *la hora de la acción*, de pasar de las amenazas a los actos, de realizar prácticamente el *derrocamiento* de los capitalistas.

La gran sustitución del trabajo esclavizado por el trabajo para sí mismo, organizado en un plan de conjunto, en una escala inmensa, en escala nacional (y, en cierta medida, en escala internacional, mundial), exige también —además de las medidas « militares» de represión contra la resistencia de los explotadores— inmensos esfuerzos de *organización* y una enorme iniciativa organizadora por parte del proletariado y de los campesinos pobres. La tarea organizadora forma un todo indisoluble con la de la implacable represión militar contra los esclavistas (capitalistas) de ayer y su lacayuna jauría, esos señores intelectuales burgueses. Nosotros siempre hemos sido los organizadores y los jefes, nosotros siempre hemos mandado —dicen y piensan los esclavistas de ayer y sus agentes de entre los intelectuales—; queremos continuar siendo lo que éramos, no vamos ahora a ponernos a obedecer a la «plebe», a los obreros y campesinos: no nos someteremos a ellos; haremos de nuestros conocimientos armas para defender los privilegios del saco de oro y el dominio del capital sobre el pueblo.

Así hablan, piensan y actúan los burgueses y los intelectuales burgueses. Desde el punto de vista de su interés *egoísta*, se comprende su actitud: los gorriones y paniaguados de los terratenientes feudales, los popes, los chupatintas, los funcionarios descritos por

Gógol, los «intelectuales» que odiaban a Belinski se separaron también con gran «dificultad» del régimen de servidumbre. Pero la causa de los explotadores y de sus lacayos intelectuales es una causa desesperada. La resistencia de estos elementos va siendo quebrantada por los obreros y los campesinos —desgraciadamente, con una firmeza, con una resolución y una inexorabilidad aún insuficientes—, y *acabará por ser definitivamente quebrantada*.

«Ellos» piensan que la «plebe», los «simples» obreros y campesinos pobres, serán incapaces de cumplir la gran tarea de organización que la revolución socialista ha impuesto a los trabajadores, tarea verdaderamente heroica en el sentido histórico-mundial de la palabra. «No podrán prescindir de nosotros», dicen, para consolarse, los intelectuales habituados a servir a los capitalistas y al Estado capitalista. Pero verán frustrados sus desvergonzados cálculos. Ya empiezan a salir hombres instruidos que se pasan al lado del pueblo, al lado de los trabajadores, para ayudarles a romper la resistencia de los lacayos del capital. En cuanto a los organizadores de talento, que abundan en la clase obrera y entre los campesinos, comienzan ahora a tener conciencia de su valor, a despertar y a sentirse atraídos por el gran trabajo vivo y creador, a emprender por sí mismos la construcción de la sociedad socialista.

Una de las más importantes tareas, si no la más importante, de la hora presente consiste en desarrollar todo lo posible esa libre iniciativa de los obreros y de todos los trabajadores y explotados en general en su obra creadora de *organización*. Hay que deshacer a toda costa el viejo prejuicio *absurdo*, salvaje, infame y odioso, según el cual solo las llamadas «clases superiores», solo los ricos o los que han pasado por la escuela de los ricos, pueden administrar el Estado, dirigir, en el terreno de la organización, la construcción de la sociedad socialista.

Ese es un prejuicio mantenido por una rutina podrida y fosilizada, por un hábito servil y, en mayor medida, por la inmundicia avida de los capitalistas, interesados en administrar saqueando y saquear administrando. No; los obreros no olvidarán ni un minuto siquiera que necesitan la fuerza del saber. El celo extraordinario que los obreros ponen en instruirse, hoy precisamente, atestigua que en

este sentido no hay ni puede haber error en el seno del proletariado. Pero el obrero y el campesino de *filas*, que saben leer y escribir, que conocen a los hombres y tienen una experiencia práctica, también son capaces de efectuar el trabajo de *organización*. Estos hombres forman *legión* en la «plebe», de la que hablan con desdén y altanería los intelectuales burgueses. La clase obrera y los campesinos poseen un manantial inagotable y aún intacto de esos talentos.

Los obreros y los campesinos son todavía «tímidos», no están aún acostumbrados a la idea de que ahora son *ellos* los que constituyen la clase *dominante*, les falta resolución. La revolución no podía inculcar *de repente* estas cualidades a millones y millones de hombres obligados por el hambre y la miseria a trabajar bajo el látigo durante toda su vida. Pero la fuerza, la vitalidad, la invencibilidad de la Revolución de Octubre de 1917 consiste precisamente en que *despierta* esas cualidades, derrumba los viejos obstáculos, rompe las trabas vetustas, lleva a los trabajadores al camino de la creación *por ellos* mismos, de la nueva vida.

La contabilidad y el control constituyen la *principal* misión económica de todo Soviet de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, de toda sociedad de consumo, de todo sindicato o comité de abastecimiento, de todo comité de fábrica, de todo órgano de control obrero en general.

Es necesario luchar contra la vieja costumbre de considerar la medida del trabajo y los medios de producción desde el punto de vista del hombre esclavizado que se pregunta cómo podrá libertarse de un peso suplementario, cómo podrá quitar algo *a la burguesía*. Los obreros avanzados y conscientes han comenzado ya esta lucha y responden vigorosamente a los elementos advenedizos, que han acudido a las fábricas en número particularmente grande durante la guerra, y que querrían tratar la fábrica, que pertenece *al pueblo*, que ya es propiedad del pueblo, como antes, únicamente con el criterio de «sacar el mayor provecho y marcharse». Cuanto hay de consciente, honrado y reflexivo entre los campesinos y en las masas trabajadoras se alzarán en esa lucha al lado de los obreros avanzados.

La contabilidad y el control —una contabilidad y un control de la cantidad de trabajo y distribución de productos—, si se realizan

en todas partes y con carácter general, universal, por los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, como supremo poder del Estado, o se establecen de acuerdo con las indicaciones y por mandato de ese poder, constituyen la *esencia* de la transformación socialista, desde el momento en que se ha conseguido y asegurado el dominio político del proletariado.

La contabilidad y el control necesarios a la transición al socialismo solo pueden ser obra de las masas. La colaboración voluntaria y concienzuda de las masas obreras y campesinas, prestada con entusiasmo revolucionario en la contabilidad y en el control *sobre los ricos, los vividores, los parásitos y los hampones*, es lo único que puede vencer esas supervivencias de la maldita sociedad capitalista, esos detritus humanos, esos miembros irremisiblemente descompuestos y podridos de la sociedad, ese contagio, esa peste, esa llaga que el capitalismo ha dejado en herencia al socialismo.

¡Obreros y campesinos, trabajadores y explotados! ¡La tierra, los bancos y las fábricas son propiedad de todo el pueblo! Empiecen a llevar *ustedes mismos* la contabilidad y el control de la producción y distribución de los productos; ¡ese es *el único* camino hacia la victoria del socialismo, la garantía de su victoria, la garantía de la victoria sobre toda explotación, sobre toda miseria y necesidad! Porque en Rusia bastará trigo, hierro, madera, lana, algodón y lino suficientes para todos, con tal de que se distribuyan bien el trabajo y los productos, con tal de que se establezca un control de todo el pueblo, un control *eficaz y práctico* de esta distribución; con tal de que se venza, *no solo* en la política, sino también en la vida *económica* de todos los días, a los enemigos del pueblo: a los ricos y a sus paniaguados y luego a los pillos, parásitos y maleantes.

¡No haya piedad para esos enemigos del pueblo, para los enemigos del socialismo, para los enemigos de los trabajadores! ¡Guerra a muerte a los ricos y a sus paniaguados, a los intelectuales burgueses; guerra a los pillos, a los parásitos y a los maleantes! Unos y otros, los primeros y los últimos, son hermanos carnales, son engendros del capitalismo, niños mimados de la sociedad señorial y burguesa, de esa sociedad en la que un puñado de hombres expoliaba al pueblo y se mofaba de él; de esa sociedad en la cual la miseria

y la necesidad empujaban a millares y millares de seres por la senda de la delincuencia, de la corrupción, de la pillería, del olvido de la dignidad humana; de esa sociedad que inculcaba inevitablemente a los trabajadores este deseo; evadirse de la explotación, aunque fuese con engaños; librarse, deshacerse, aunque no fuese más que por un momento, de un trabajo odioso; procurarse el pedazo de pan de cualquier modo, a cualquier precio, para no pasar hambre, ni ver hambrientos a sus familiares.

Los ricos y los pillos forman las dos caras de una misma medalla; son las dos categorías principales de *parásitos* nutridos por el capitalismo, los principales enemigos del socialismo. Esos enemigos deben ser sometidos a la particular vigilancia de toda la población, deben ser castigados implacablemente en cuanto cometan la menor infracción de las reglas y las leyes de la sociedad socialista. Toda debilidad, toda vacilación, todo sentimentalismo constituirían, en este aspecto, el mayor crimen contra el socialismo.

Para que la sociedad socialista quede inmunizada contra esos parásitos hay que organizar la contabilidad y el control de la cantidad de trabajo, de la producción y distribución de los productos, contabilidad y control ejercidos por todo el pueblo y asegurados voluntaria y enérgicamente, con entusiasmo revolucionario, por millones y millones de obreros y campesinos. Y para organizar esa contabilidad y ese control, *completamente accesibles*, enteramente al alcance de las fuerzas de todo obrero y de todo campesino honrado, activo y de buen sentido, hay que despertar sus propios talentos de organizadores, los talentos que nacen en sus medios; hay que despertar en ellos y organizar en escala nacional *la emulación* en el terreno de la organización; hay que hacer que los obreros y campesinos comprendan claramente la diferencia entre el consejo necesario del hombre instruido y el control necesario del «sencillo» obrero y campesino sobre la *frecuentísima incuria* de las personas «instruidas». Esa incuria, esa negligencia, ese abandono, esa falta de puntualidad, ese apresuramiento nervioso, esa tendencia a sustituir la acción por la discusión, el trabajo por las conversaciones, esa inclinación a abordarlo todo y a no resolver nada, constituyen uno de los rasgos de las «personas instruidas» que nace, no de su mala

condición y menos aún de sus malas intenciones, sino de todos los hábitos de su vida, de las condiciones de su trabajo, como resultado de su fatiga, del divorcio anormal que existe entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, etc.

Entre los errores, las deficiencias y los pasos en falso de nuestra revolución, representan un importante papel los errores nacidos de estas tristes particularidades —inevitables en este momento— de los intelectuales de nuestros medios y de la *falta* de un *control* suficiente de los obreros sobre el trabajo de organización de los intelectuales.

Los obreros y los campesinos son todavía «tímidos»; pero deben deshacerse de su timidez y se desharán de ella *sin duda alguna*. No es posible prescindir de los consejos, de las directivas de las personas instruidas, de los intelectuales, de los especialistas. Todo obrero, todo campesino que tenga un poco de sentido lo comprende perfectamente, y los intelectuales de nuestros medios no pueden quejarse de falta de atención y de estimación fraternal por parte de los obreros y de los campesinos. Pero el consejo y la directiva son una cosa, y otra la organización *práctica* de la contabilidad y del control. Los intelectuales dan con frecuencia admirables consejos y directrices, pero se revelan, en un grado ridículo, *absurdo* y bochornoso, «inútiles», incapaces de *aplicar* esos consejos y directrices, incapaces de ejercer *un control práctico*, para que la palabra se transforme en acción.

Y en esto es donde no hay ninguna posibilidad de prescindir de la ayuda y del *papel dirigente* de los organizadores prácticos salidos del «pueblo», obreros y campesinos trabajadores. «No son los dioses los que cuecen los pucheros». Esta es una verdad que los obreros y los campesinos han de tener muy presente. Deben comprender que hoy todo radica en *la práctica*, que ha llegado precisamente el momento histórico en que la teoría se transforma en práctica, se vivifica por la práctica, se corrige por la práctica, se comprueba por la práctica, y en que son particularmente exactas las palabras de Marx de que «cada paso de movimiento real vale más que una docena de programas»; toda acción que tiende prácticamente a parar los pies de un modo efectivo a los ricos y a los pillos,

a limitar sus posibilidades, a someterlos a una contabilidad y a un control rigurosos, vale mucho más que una docena de admirables disertaciones sobre el socialismo, porque «la teoría es gris, amigo mío, pero el árbol de la vida es eternamente verde».

Hay que organizar la emulación entre los organizadores prácticos obreros y campesinos. Hay que combatir toda tendencia a crear formas estereotipadas y a establecer la uniformidad desde arriba, a lo que son tan aficionados los intelectuales. Las formas estereotipadas y la uniformidad establecidas desde arriba no tienen nada que ver con el centralismo democrático y socialista. La unidad en los problemas fundamentales, cardinales, esenciales, lejos de verse perjudicada, está asegurada por la *variedad* en los detalles, en las particularidades locales, en las formas de *abordar* la práctica, en los *modos* de aplicación del control, en los *métodos* para exterminar a los parásitos (los ricos y los pillos, los haraganes y los intelectuales histéricos, etc.) y de hacerlos inofensivos.

La Comuna de París nos ha ofrecido un magnífico ejemplo de iniciativa, de independencia, de libertad de movimiento, de despliegue de energías desde abajo, todo ello combinado con un centralismo voluntario alejado de las formas estereotipadas. Nuestros soviets siguen el mismo camino, pero son «tímidos» todavía, no han desplegado aún todas sus fuerzas, todavía no se han «lanzado a fondo» a su nuevo y gigantesco trabajo creador de un orden socialista. Es necesario que los Soviets pongan manos a la obra con más audacia e iniciativa. Es preciso que cada «comuna» —cada fábrica, cada aldea, cada sociedad de consumo, cada comité de abastecimiento— se lance a la *emulación* con los otros, en calidad de organizadores prácticos de la contabilidad y del control del trabajo y de la distribución de los productos. El programa de esa contabilidad y de ese control es sencillo, claro e inteligible para todos: que todo el mundo tenga pan, que todo el mundo use buen calzado y buenas ropas, tenga una vivienda abrigada, trabaje concienzudamente y que ni un solo pillo (incluidos cuantos huyen del trabajo) se pasee en libertad, en lugar de estar en la cárcel u obligado a los trabajos forzados más duros; que ningún rico, que contravenga las reglas y leyes del socialismo, pueda escapar a la suerte de los pillos, suerte

que en justicia debe ser la suya. «El que no trabaja, no come»: este es el mandamiento *práctico* del socialismo. Esto es lo que hay que organizar *prácticamente*. Estos son los éxitos prácticos que deben llenar de orgullo a nuestras «comunidades» y a nuestros organizadores obreros, campesinos e —con mayor motivo— intelectuales (con *mayor motivo* porque estos últimos están muy acostumbrados, *demasiado* acostumbrados a enorgullecerse de sus indicaciones y resoluciones de carácter general).

Deben elaborarse y comprobarse *prácticamente* por las comunas mismas, por las pequeñas células, en el campo y en las ciudades, millares de formas y métodos prácticos de contabilidad y de control sobre los ricos, los pillos y los parásitos. La variedad es aquí una garantía de vitalidad, una prenda del éxito en la consecución del fin común y único: el de limpiar el suelo de Rusia de todos los insectos nocivos, pulgas (pillos), chinches (ricos), etc. En un lugar se encarcelará a una docena de ricos, a una docena de pillos, a media docena de obreros que huyen del trabajo (del mismo modo desvergonzado como lo hacen en Petrogrado numerosos tipógrafos, sobre todo en las imprentas del Partido). En otro se les obligará a limpiar las letrinas; en un tercero se les dará, al salir de la cárcel, carnets amarillos para que todo el pueblo los vigile como seres *nocivos*, mientras no se enmienden. En otro, se fusilará en el acto a un parásito de cada diez. En otro más se idearán combinaciones de diversos modos y medios y se recurrirá, por ejemplo, a la libertad condicional de los ricos, de los intelectuales burgueses, de los pillos y de los maleantes susceptibles de enmienda rápida. Cuanto más variada, tanto mejor y más rica será la experiencia común, más segura y rápidamente triunfará el socialismo y más fácilmente determinará la práctica —porque esta es la única que puede hacerlo— los *mejores* procedimientos y medios de lucha.

¿En qué comuna, en qué barrio de gran ciudad, en qué fábrica, en qué aldea *no hay* hambrientos, no hay parados, *no hay* ricos parásitos, *no hay* granujas, lacayos de la burguesía, saboteadores, que se hacen llamar intelectuales? ¿Dónde se ha hecho más para aumentar el rendimiento del trabajo, para construir nuevas y buenas casas para los pobres, para alojar a los pobres en las casas de los ricos,

para dar de una manera regular su botella de leche a todos los niños de las familias pobres? Estas son las cuestiones en que debe basarse la *emulación* de las comunas, de las comunidades, de las asociaciones y cooperativas de consumo y de producción, de los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos. Este es el trabajo al que debe destacarse y elevarse *prácticamente* a los puestos de dirección de todo el país a *los organizadores de talento*. Estos elementos abundan en el pueblo, pero se hallan cohibidos. Hay que ayudarles a desenvolverse. Ellos, *y solo ellos*, pueden, con el apoyo de las masas, salvar a Rusia y salvar la causa del socialismo.

PROYECTO DE DECRETO SOBRE LAS COMUNAS DE CONSUMO¹

1 TESIS PRELIMINARES

Los proyectos del Comisariado de Abastecimiento sobre las «direcciones de aprovisionamiento», los «comités de delegados», etc., así como del Consejo Superior de Economía Nacional acerca de los «consejos económicos distritales», sugieren la necesidad de fusionar esas organizaciones.

Tesis preliminares:

(Etwa²):

¿Comabasventa?
¿Comités de abastecimiento y venta ³ ?

Deben constituir la célula de las cooperativas subdistritales de producción y consumo (mejor que las de acopio y comercio, etc.), que desempeñen el papel de comités de abastecimiento y de

¹ *Obras completas*, tomo 35, Editorial Progreso, Moscú, 1981. Escrito entre el 24 y el 27 de diciembre de 1917 (6 y 9 de enero de 1918).

Apareció publicado el 19 de enero (1 de febrero) y de inmediato produjo una fuerte resistencia por parte de las cooperativas en manos de los empresarios que exigían autonomía frente a los Soviets. Debido a que esas cooperativas eran necesarias para la organización del comercio y la distribución de los alimentos, se realizaron concesiones. Luego de las negociaciones se aprobó un nuevo proyecto en el mes de abril. Finalmente el decreto fue publicado a mediados de abril [N. del E.].

² Aproximadamente.

³ Funcionaban adjuntos a los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos (Nota de la edición rusa).

organismos de venta. Los límites de los subdistritos pueden ser modificados en caso de necesidad.

En las ciudades podrían ocupar, quizá, un lugar semejante los comités de barriada o de parte de las calles.

Si se lograra constituir esos comités-células en las localidades, su fusión proporcionaría una red capaz de organizar acertadamente el abastecimiento de toda la población con cuanto sea necesario y organizar la producción a escala de todo el país.

Quizá pudiera tratarse, en lugar de «cooperativas», de «Soviets de Diputados Obreros y Campesinos» con participación de empleados de comercio, etc.

Cada una de esas cooperativas o comités o Soviets (o el comabasventa) se subdividiría en secciones o departamentos por ramas de venta y por *tipos de productos* de abastecimiento para la regulación general de la producción y del consumo (cada comabasventa debe tener su sección de financiamiento, o de ingresos y gastos en dinero). Con la admisión del impuesto de utilidades y del derecho a conceder créditos, sin intereses, a los pobres, así como del trabajo general obligatorio, eso podría constituir la célula de la sociedad socialista. Los bancos subdistritales deberían fusionarse entonces con las cajas de ahorro del Estado, transformándose en una oficina de contabilidad de todo el Estado, en una suma de libros de contabilidad del Estado.

Entonces se permitiría el transporte y la compraventa de víveres *únicamente* de un comité de abastecimiento y venta a otro, prohibiéndose toda venta individual. Con el certificado de los comités de abastecimiento y venta subdistritales en general, de los «fundamentales», de los inferiores, pueden venderse también a particulares víveres de los depósitos centrales, a condición de que figuren en los libros de los comités de abastecimiento y venta subdistritales y otros (excepto en el seno de las pequeñas unidades o para minucias). No sería permitido ningún transporte de víveres sin certificado correspondiente del comité de abastecimiento y venta.

Esto sería
la fusión de los Comisariados de Agricultura
de Comercio e Industria
de Trabajo
de Abastecimiento
y del CSEN
y de Hacienda
y de Vías de Comunicación

NB:

«Comités de abastecimiento y venta»: subdistritales, distritales rurales, provinciales, distritales urbanos ($\Sigma\Sigma$ = CSEN)

sus secciones: Comité Central de la Industria Textil, Comité Central de la Industria Azucarera, Comité Central de la Industria Hullera, etc. ($\Sigma\Sigma$: CSEN), Banco Central, etc.

NB:

Las barriadas ricas en la ciudad (o los poblados de veraneo ricos, etc.) deberían estar subordinadas a los emisarios de los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, las barriadas, etc., en las que el porcentaje de obreros y campesinos es inferior, pongamos por caso, a 60%.

2

PROYECTO DE DECRETO

La guerra, que tiene su origen en la lucha entre los capitalistas por el reparto de su botín, ha conducido a una ruina inaudita. La criminal especulación y la caza de ganancias, sobre todo entre las clases acaudaladas, han agravado más aún esta ruina y han llevado a la tortura del hambre y del desempleo a centenares de miles y a millones de personas. La necesidad de adoptar medidas extraordinarias para ayudar a los hambrientos y combatir implacablemente a los especuladores mueve al gobierno obrero y campesino a fijar, como ley de la República de Rusia, las siguientes reglas:

Todos los ciudadanos del Estado deberán pertenecer a una sociedad local de consumo (rural, subdistrital, de poblado o que agrupe a cierta parte de una ciudad, parte de una calle, etc.).

El agrupamiento de familias en sociedades de consumo será libre, con la única limitación de que no menos de $\frac{2}{3}$ del número de familias de cada sociedad deberán pertenecer a las clases no acaudaladas (es decir, a los obreros, los campesinos que no contraten en absoluto obreros asalariados, etc.).

Cada sociedad de consumo dirigirá, además de la compra y distribución de víveres, la venta de los productos locales. Las diversas sociedades de consumo formarán comités de abastecimiento, y sin un certificado por escrito del correspondiente comité de abastecimiento no se autorizará ningún transporte de víveres.

Son nacionalizadas todas las sociedades de consumo existentes y se les impone la obligación de incluir en ellas a toda la población, sin excepción alguna, de la localidad correspondiente.

Los particulares podrán comprar también víveres en los depósitos centrales, y no en el local, pero solo a condición de que sus compras sean registradas en los libros de la sociedad local de consumo.

El transporte y la compraventa de víveres sin el certificado de un comité de abastecimiento se castigará con la confiscación de todos los bienes del infractor, el encarcelamiento por seis meses, como mínimo, y la imposición de trabajos forzados.

Los certificados que autorizan el transporte y la compraventa de víveres deberán hacerse en dos ejemplares y estar firmados por tres miembros, como mínimo, de la directiva del correspondiente comité de abastecimiento, guardándose obligatoriamente un ejemplar en el archivo de la directiva.

En cada certificado deberá señalarse qué sociedad de consumo envía el producto y a qué sociedad deberá ser entregado.

Las oficinas de telégrafos transmitirán fuera de turno los telegramas de los comités de abastecimiento.

Todos los comités de abastecimiento actuarán bajo el control y por instrucciones de los Soviets locales de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos.

Cada ciudadano será libre de adquirir, a través de su sociedad de consumo, toda clase de víveres sin limitación alguna, excepción hecha de las reglas restrictivas que puedan ser establecidas para la importación de productos de otros países.

Los víveres destinados a la venta serán entregados obligatoriamente al comité local de abastecimiento de acuerdo con precios libres, excepto en los casos en que la ley señale precios fijos. El dinero en pago de los productos será incluido en la cuenta corriente del propietario en la sucursal local (rural, subdistrital, urbana, febril, etc.) del Banco Popular.

Cada Soviet de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos estará obligado a formar grupos de controladores, inspectores e instructores para ayudar a la población a organizar sociedades de consumo (comités de abastecimiento) y para fiscalizar sus cuentas y toda su gestión.

Serán promulgadas especialmente instrucciones a los comités de abastecimiento acerca de cómo deben llevar la contabilidad y la correspondencia.

Apéndice

Glosario de nombres

Adler, Federico (1879-1960): político y revolucionario austríaco. El 21 de octubre de 1916 disparó tres veces contra el ministro-presidente de Austria, el conde Karl von Stürgkh, quien murió tras el ataque. Fue apresado y sentenciado a muerte, luego su pena fue reducida a 18 años de cárcel y en 1918 fue liberado.

Alejandro II (1818-1881): zar del Imperio ruso desde el 3 de marzo de 1855 hasta su asesinato en 1881.

Alexéiev, Piotr Alexéievitch (1849-1891): destacado revolucionario de la década del 70 en el siglo XIX.

Aléxinski, Grigory (1879-1967). Inicialmente militó en las filas bolcheviques, convirtiéndose en una persona de gran confianza para Lenin. Con el inicio de la Primera Guerra Mundial pasó a defender posiciones nacionalistas y atacó con ferocidad a todos aquellos que se oponían a ella. Durante 1917 se dedicó a escribir en la prensa que Lenin era un agente alemán.

Antónov-Ovséenko, Vladimir Alexandrovitch (1884-1939): militar revolucionario, antes de la Revolución de Febrero participó activamente en múltiples movimientos, resultando preso varias veces. En 1917 retornó a Rusia, donde dirigió la organización militar del Partido Bolchevique, pasando a formar parte de su Comité Central. Ocupó varios cargos después de la Revolución de Octubre. En 1937 fue nombrado Comisario del Pueblo para la Justicia, luego de ese nombramiento fue apresado y acusado de crímenes contra el Estado soviético. Fue condenado a 10 años de prisión en 1938.

Auxéntiev, Nikolai Dmitrievitch (1878-1943): dirigente del partido socialista revolucionario. Después de la Revolución de Febrero

fue presidente del Comité Ejecutivo del Soviet de Diputados Campesinos de Toda Rusia y luego asumió el Ministerio del Interior durante el gobierno de Kerenski. Luego de la Revolución de Octubre fue uno de los organizadores de los levantamientos contrarrevolucionarios contra el poder soviético.

Bagration, D.P. (1863-?): príncipe, general del ejército zarista. Participó en la sublevación de Kornílov.

Belinski, Vissiarion Grigórievitch (1811-1848): demócrata revolucionario, crítico literario, publicista y filósofo materialista ruso.

Bernatski, Mikhail Vladimirovich (1876-1943): economista ruso. Ocupó varias posiciones en el gobierno provisional y fue ministro de Finanzas durante el último mes del gobierno.

Bernstein, Eduard (1850-1932): escritor socialdemócrata alemán. Se hizo ampliamente conocido por su pretensión de revisar los fundamentos del marxismo, dando el nombre de revisionismo a esa tendencia. Esta corriente cobró fuerza durante la Segunda Internacional, fue adoptada por diversos grupos socialdemócratas europeos y por los tradeunionistas. Lenin hizo un gran esfuerzo en varias de sus publicaciones para combatir las ideas principales del revisionismo.

Bissolati, Leónidas (1857-1920): uno de los líderes del movimiento socialista italiano. Director del periódico *Avanti!* Apoyó con firmeza la entrada de Italia en la guerra y se alistó como voluntario para ir al frente de batalla.

Blanc, Louis (1811-1882): historiador socialista francés. Negó el antagonismo de clases en el capitalismo. Mantuvo posiciones contrarias a la revolución proletaria y favorables a la conciliación con la burguesía.

Bóbrinski, Vladimir Alexéievitch (1868-?): político monárquico ruso. Terrateniente y fabricante de azúcar, era partidario de la rusificación violenta de las regiones nacionales de Rusia.

Bonomi, Ivanhoe (1873-1951): estadista italiano, uno de los líderes del ala derechista del Partido Socialista Italiano. Expulsado del partido en 1912, fundó el llamado «Partido Socialista Reformista». Durante la guerra asumió una posición nacionalista.

- Bourderon, Albert* (1858-1930): sindicalista y líder socialista francés. Asumió una posición pacifista durante la guerra.
- Brizon, Pierre* (1878-1923): profesor y diputado nacional francés. Mantuvo una posición pacifista durante la guerra.
- Broutchoux, Benoit* (1879-1944): líder anarquista francés.
- Búblikov, A. A.* (1875-?): representante de la burguesía comercial e industrial. Diputado a la IV Duma de Estado. Participó en la Conferencia de Estado en Moscú en agosto de 1917, donde propugnó la coalición de la burguesía y los mencheviques.
- Buchanan, George W. sir* (1854-1924): embajador británico en Rusia entre 1910 y 1918. Estimuló la invasión contra los bolcheviques.
- Cavaignac, Louis Eugène* (1802-1857): general y político francés. Reprimió con extrema crueldad la insurrección de junio de 1848 por parte de los obreros de París.
- Chernov, Victor* (1873-1952): político social-revolucionario ruso, participó en el Gobierno provisional. Primer y único presidente de la Asamblea Constituyente Rusa.
- Chjeídze, Nikolai Sesnenovich* (1864-1926): fue un menchevique georgiano. Miembro de la tercera y la cuarta Dumas. Durante la guerra fue centrista. Presidente del primer Soviet de Petrogrado de 1917 y presidente del Comité Central de los Soviets de Todas las Rusias. Más tarde preside la Asamblea Constituyente de Georgia 1918. Emigró en 1921. Retirado de la política, se suicidó.
- Chjenkeli, Akaki* (1874-1959): hombre de Estado que comenzó su carrera política en el Imperio Ruso y la República Democrática Federal de Transcaucasia y la completó en la República Democrática de Georgia, antes de ir al exilio definitivo en Francia.
- Clausewitz, Karl von* (1780-1831): general prusiano, destacado teórico militar y autor de varias obras relacionadas con el tema.
- Dan (Gúrvitch), Fiódor Ilitch* (1871-1947): uno de los jefes de los mencheviques. Después de la derrota de la Revolución de 1905 encabezó el grupo de liquidacionistas en el extranjero.
- David, Eduard* (1863-1930): miembro del Partido Socialdemócrata Alemán.

- Debs, Eugene* (1855-1926): líder y promotor del movimiento obrero en Estados Unidos. Estuvo encarcelado por su oposición a la Primera Guerra Mundial. Liberado en 1921, continuó su trabajo político hasta su muerte en 1926.
- Dybenko, Pável Efimovich* (1889-1938): militar, se afilió al partido bolchevique en 1912. Miembro del Soviet de Helsingfors. Participó activamente en la Revolución de Octubre. En abril de 1918 fue expulsado del partido, juzgado por cobardía y luego declarado inocente en el juicio. Se opuso al Tratado de Brest-Litovsk e intentó organizar un alzamiento militar, por lo que fue arrestado. En 1938 lo expulsaron del partido nuevamente, acusado de participar en una conspiración nazi. Se le declaró culpable y fue fusilado.
- Ellenbogen, Wilhelm* (1863-1951): uno de los líderes revisionistas de la socialdemocracia austríaca, partidario del nacionalismo y la autonomía nacional cultural. Sostuvo posiciones acordes con esas ideas durante la Primera Guerra Mundial.
- Engels, Fredrich* (1820-1895): fundador, junto a Marx, del comunismo científico. Dedicó su vida al impulso teórico y práctico de la teoría revolucionaria. Luego de la muerte de Marx continuó el desarrollo de las ideas que ambos habían producido, así como su difusión en toda Europa. Participó en la creación de los principales movimientos obreros del siglo XIX.
- Ermolenko, D. S* (1874-?): alférez, sirvió en el contraespionaje.
- Feofiláktov, A. E.*: eserista de izquierda, diputado al Congreso Extraordinario de los Soviets de Diputados Campesinos en noviembre de 1917, donde es elegido para el Colegio del Comisariado del Pueblo de Agricultura.
- Fürstenberg (Hanecki), Iákov Stanislávovitch* (1879-1937): personalidad destacada del movimiento revolucionario polaco y ruso.
- Gagarin* (sin fechas): general del ejército zarista que participó en la sublevación de Kornílov.
- Gapón, Gueorgui Apolónovich* (1870-1906): sacerdote ortodoxo ruso, líder de la clase trabajadora y al mismo tiempo agente de la policía secreta del zar. En vísperas de la Revolución de 1905 creó la organización Reunión de Obreros Fabriles

Rusos de Petersburgo por instrucciones del Departamento de Policía. Huyó al extranjero luego de la masacre contra los trabajadores que protestaban. Regresó a Rusia en 1906 y fue asesinado después de ser denunciado por los eseristas.

George, Eugeneyévich Lvov (1861-1925): príncipe ruso. Miembro de la primera Duma y primer ministro del Gobierno provisional entre marzo y julio de 1917. Emigró en 1918.

Gógol, Nikolai Vassilievitch (1809-1852): escritor ruso, considerado la primera gran figura del realismo ruso. Autor de la célebre obra *Almas muertas*.

Goldenberg, Ióssif Petróvitch (1873-1922): socialdemócrata ruso. Seguidor de las ideas de Plejánov respecto a la guerra.

Gorki, Máximo (1868-1936): seudónimo de Aleksj Maximovic Peskov, escritor ruso cuya obra tuvo un fuerte contenido social. Ingresó en el Partido Bolchevique en 1905 y ayudó a organizar la primera jornada del partido. Emigró a Italia tras ser liberado después de caer preso en un motín popular. Se apartó del bolchevismo durante la Primera Guerra Mundial y se opuso a la Revolución de Octubre. Abandonó Rusia en 1921 y regresó en 1931.

Grimm, Robert (1881-1958): uno de los líderes del Partido Socialdemócrata Suizo. Presidente de la Conferencia de Zimmerwald y de la Comisión Socialista Internacional.

Guchkov, Aleksandr I. (1862-1936): líder del partido octubrista y presidente de la tercera Duma. Formó parte del Gobierno provisional como ministro de Defensa, cargo al que renunció el 31 de mayo. Apoyó el alzamiento de Kornílov en agosto y finalmente se enfrentó contra el gobierno soviético luego de la Revolución de Octubre. Emigró a Alemania.

Guillermo II (1859-1941): último emperador del Imperio Alemán. Hijo primogénito de Federico III, gobernó entre 1888 y 1918. Jugó un papel fundamental durante la Primera Guerra Mundial.

Gvózdiev, Kuzmá Antónovitch (1882-1956): menchevique, ministro del Trabajo durante el Gobierno provisional. Fue detenido durante la Revolución de Octubre, a partir de ahí salió y entró de la cárcel varias veces hasta su arresto definitivo en 1930.

Henderson, Arthur (1863-1935): líder del Partido Laborista en Inglaterra, además de sindicalista. Fue un político inglés y formó parte en varias ocasiones del gobierno británico. Apoyó la posición nacional en la Primera Guerra Mundial. En 1934 recibió el premio Nobel de la Paz.

Hervé, Gustave (1871-1944): político francés. Inicialmente expresó posiciones cercanas al anarquismo y en pro de un antimilitarismo radical, pero luego pasó a declararse patriota nacionalista. Después de la Primera Guerra Mundial fundó el Partido Nacionalsocialista Francés, que devino en una forma de fascismo galo. No tuvo reservas para expresar su admiración respecto a Mussolini.

Hindenburg, Paul (1847-1934): mariscal de campo durante la Primera Guerra Mundial y segundo Presidente de la República de Weimar.

Jouhaux, León (1879-1954): líder sindical francés. Por su lucha obrera recibió el Premio Nobel de la Paz.

Kaledin, Alexei Maximovitch (1861-1918): oficial del ejército ruso durante la Primera Guerra Mundial. Organizó la resistencia contra la Revolución de Octubre en la región de Don. Previendo una derrota, se suicidó en febrero de 1918.

Kámenev, Lev (1883-1936): miembro del Partido Bolchevique. Formó parte de su Comité Central en los períodos 1917-1918 y 1919-1927 y del Politburó en 1917 y de 1919 a 1925. Presidente del Comité Ejecutivo Central de Toda Rusia entre el 27 de octubre de 1917 y el 8 de noviembre de ese mismo año. Líder de la oposición entre 1925 y 1927, año en que fue expulsado del partido. En 1928 fue reincorporado pero se le expulsó al siguiente año. En 1933 fue readmitido en el partido, pero en diciembre de 1934 fue apresado y juzgado. Después de varios procesos es condenado y ejecutado en 1936 en medio del proceso «Centro Trotskista-Zinovievita».

Kamkov (Kats), B.D. (1885-1938): social-revolucionario, uno de los organizadores del Partido Socialista Revolucionario de Izquierda. Se opuso al Tratado de Paz de Brest-Litovsk y parti-

ció en la sublevación del PSRI realizada en Moscú durante el mes de julio de 1918.

Kautsky, Karl (1854-1938): filósofo e historiador marxista, reconocido como uno de los principales teóricos de la Segunda Internacional. Lenin lo criticó sistemáticamente, acusándolo de ser un oportunista «renegado» y reformista.

Kerenski, Aleksandr (1881-1970): miembro del ala menchevique del Partido Social-Revolucionario. Fue vicepresidente del Soviet de Petrogrado y jugó un papel fundamental en el derrocamiento del zarismo durante la Revolución de Febrero, pasando a formar parte del gabinete del Gobierno provisional, inicialmente como ministro de Justicia, después como ministro de Defensa y luego de julio como primer ministro. Derrocado por la Revolución de Octubre, partió al exilio en el año 1918 y falleció en Estados Unidos.

Kishkín, Nikolai Mikhailovich (1864-1930): político ruso, líder del Partido Kadete y miembro de su Comité Central. Después del 25 de septiembre de 1917 se convirtió en ministro de Beneficencia del gobierno de Kérenski.

Klembovski, Vladimir Napoleónovitch (1860-1921): general del ejército zarista. Comandante en jefe del frente Norte a partir de mayo de 1917. Participó activamente en la sublevación de Kornílov.

Kornílov, Lavr Georgevich (1870-1918): cosaco siberiano, comandante en jefe del Ejército Ruso, nombrado en junio de 1917 por Kerenski. Lideró la sublevación armada contra el Gobierno provisional en septiembre de 1917 intentando tomar Petrogrado. Luego de que el intento de golpe de Estado fallara se le concedió arresto domiciliario. Después de la Revolución de Octubre fue liberado y se incorporó a las actividades armadas contra el Gobierno Bolchevique. Cayó en batalla el 13 de abril de 1918.

Kozlowski, M.I. (1876-1927): dirigente del movimiento revolucionario polaco y ruso. Se incorporó al movimiento bolchevique.

- Krylenko, Nikolai Vasilyevich* (1885-1938): bolchevique desde 1904. Destacado estadista soviético. Ocupó varios cargos importantes durante el gobierno soviético. En 1938 fue expulsado del partido, apresado, acusado de espionaje y de pertenecer a una organización antisoviética. Fue juzgado y condenado a muerte.
- Ledebour, Georg* (1850-1947): político y periodista alemán. Miembro del Partido Socialdemócrata. Formó parte del Reichstag entre 1900 y 1918. Durante la Primera Guerra Mundial tomó partido por las posiciones socialistas contrarias al conflicto y participó en las conferencias de Zimmerwald.
- Legien, Carl* (1861-1920): Unionista alemán y miembro del Partido Socialdemócrata. Primer presidente de la Federación Sindical Internacional. Apoyó fervorosamente la guerra.
- Liájov, Vladímir Platónovitch* (1869-1919): coronel del ejército zarista.
- Liber, Mikhail Issaákovitch Goldman* (1880-1937): menchevique y uno de los dirigentes de la organización nacionalista judaica Bund.
- Liebknecht, Karl* (1871-1919): comunista alemán y cofundador junto a Rosa Luxemburgo de la Liga Espartaquista y el Partido Comunista Alemán. Fue el único diputado del Reichstag en oponerse a la guerra y votar en contra de los créditos de guerra, por esta razón lo expulsaron de su partido. En 1919 lideró la insurrección espartaquista y luego de su detención fue asesinado durante el traslado a la cárcel.
- Lómov, George* (1888-1937): bolchevique desde 1905. Fue electo Comisario del Pueblo para la Justicia en 1917 luego de la Revolución de Octubre. Dirigió la industria petrolera rusa. En 1937 fue apresado y fusilado.
- Lunacharski, Anatoli* (1875-1933): simpatizó con los bolcheviques desde 1904. Apoyó la Revolución de Febrero hasta el mes de julio, cuando incorporó su organización a los bolcheviques. Fue electo como Comisario del Pueblo para la Instrucción Pública, cargo en el que permaneció hasta 1929.
- Lysis* (1869-1927): firma del periodista francés Eugène Letaille, autor de varios trabajos sobre asuntos financieros y políticos.

- Mac-Mahon, Marie Edme Patrice Maurice* (1808-1893): político y militar francés. Bonapartista y presidente de la Tercera República.
- Mártov, L.; Tsederbaum, Luli Ossipovitch M.; Nartsisse Tuporílov* (1873-1923): menchevique. Encabezó la minoría oportunista en el II Congreso del POSDR en 1903. Uno de los más destacados ideólogos del menchevismo.
- Marx, Karl* (1818-1883): filósofo, periodista, intelectual y militante alemán. Fundador del comunismo y de la teoría moderna sobre la lucha de clases en la Historia. Realizó uno de los análisis más completos sobre el capitalismo e inspiró el nacimiento de movimientos revolucionarios en todo el mundo. Sus ideas fueron el sustento teórico fundamental de la Revolución Bolchevique.
- Mayers Hyndman, Henry* (1842-1921): escritor y político inglés. Fundador de la Federación Socialdemócrata y del Partido Nacional Socialista. Pasó de posiciones marxistas a apoyar una postura nacionalista en torno a la guerra. Después de la Revolución Rusa asumió una posición intervencionista.
- Merrheim, Alphonse* (1871-1923): sindicalista revolucionario francés. Fue secretario de la Confederación General del Trabajo. Durante la Primera Guerra Mundial apoyó una posición activista en contra de la guerra y entró en diálogo con los partidos rusos que sostenían la misma posición, sin embargo no logró ponerse de acuerdo con Lenin en la conferencia de Zimmerwald.
- Miliukov, Pável* (1859-1943): fundador y líder del Partido Democrático Constitucional de Rusia. Se empeñó en fortalecer la posición de Rusia durante la Primera Guerra Mundial, priorizando el triunfo del imperio sobre cualquier reforma social. Fue ministro de exteriores del Gobierno provisional y renunció a su cargo durante la «crisis de abril». Más tarde se mostró favorable a Lev Kornílov y crítico de Aleksandr Kerenski.
- Miliutin, Vladímir Pávlovitch* (1884-1938): se unió a los bolcheviques en 1910. Miembro del Comité Central entre 1912 y 1932. Por diferencias con la línea política del partido abandonó sus cargos en noviembre de 1917, sin embargo reconoció su error

y fue designado vicepresidente del Consejo Superior de Economía Nacional, ocupando el cargo entre 1918 y 1921. Se le designó en varios cargos importantes durante el Gobierno Soviético. En 1937 dirigía el Comité para el Establecimiento de la Enseñanza y fue acusado de pertenecer a organizaciones contrarrevolucionarias, resultando juzgado y fusilado.

N. P. Glébov-Avilov (1887-1937): bolchevique desde 1904. Electo Comisario del Pueblo de Correos y Telégrafos. Después de 1918 ocupó varios cargos importantes. El 19 de septiembre de 1936 fue arrestado, acusado de participar en una organización contrarrevolucionaria terrorista, condenado a muerte y ejecutado al día siguiente.

Nekrásov, Nikolai Vissariónovitch (1881-1940): diputado de las III y IV Dumas de Estado. Demócrata-constitucionalista. Formó parte del Gobierno provisional.

Nicolás II de Rusia (1868-1918): último zar de Rusia. Gobernó desde la muerte de su padre, Alejandro III, en 1894, hasta su abdicación el 2 (15) de marzo de 1917. Su reinado estuvo caracterizado por una aguda crisis económica y la sangrienta represión llevada a cabo por la Guardia Imperial contra los manifestantes pacíficos que eran conducidos por el padre Gapón el 9 (22) de enero de 1905, donde fallecieron cerca de 200 manifestantes y el día pasó a ser conocido como el «Domingo Sangriento». Después de su abdicación fue apresado, en marzo de 1917, y un año después, en abril de 1918, fue asesinado junto a toda su familia.

Nikitin, A. M. (1876-?): menchevique. Después de los acontecimientos de julio de 1917 fue ministro de Correos y Telégrafos en el último gabinete del Gobierno provisional.

Noguín, Victor Pávlovitch (1878-1924): miembro del Partido Bolchevique desde 1898, resultó electo para el Comité Central en junio de 1917. Dirigió la Revolución de Octubre en Moscú. Defendió la conformación de un gobierno de coalición, pero reconoció su error semanas más tarde. Ocupó varios cargos en el Gobierno Soviético.

- Palchinski, Piotr Ioakímovitch* (-1930): ingeniero, organizador del consorcio Prodúgol. Estrechamente vinculado a los círculos bancarios. Viceministro de Comercio e Industria del Gobierno provisional.
- Peshejónov, Alekséi* (1867-1933): economista, publicista y estadista ruso. Ministro de Suministros Alimentarios del Gobierno provisional.
- Petrov, A.*: uno de los principales dirigentes de la insurrección de la flota del Mar Negro, mató el 11 (24) de septiembre de 1905 al capitán ayudante Shtein e hirió al contraalmirante Pisáévski, por lo cual fue fusilado.
- Pisáévski*: contralmirante asesinado por Petrov durante la insurrección de la flota del Mar Negro.
- Plejánov, Gueorgui Valentínovitch* (1856-1918): filósofo considerado el fundador del marxismo en Rusia. Después de haber mantenido una posición radical se acercó a los mencheviques e intentó durante años conciliar las tendencias internas en el POSDR. Regresó del exilio luego de la Revolución de Febrero y asistió al Gobierno provisional, asumiendo una posición nacionalista respecto a la guerra. Falleció exiliado en Finlandia en 1918.
- Potrésou, A. N* (1869-1934): uno de los líderes del menchevismo. Dirigió las revistas *Vozrozhdenie* (Renacimiento), *Nasha Zariá* (Nuestra Aurora) y otros órganos de prensa mencheviques. Emigró después de la Revolución de Octubre.
- Prilezháiev, I. A.* (1881-1947): eserista, colaborador del periódico *Dielo Naroda*. En diciembre de 1917 pasó a formar parte del Comité Central del partido eserista.
- Prokopóvich, Serguéi Nikoláievitch* (1871-1955): economista y publicista ruso. Destacado representante del economicismo y defensor del bernstenianismo en Rusia.
- Raffin-Dugens, Jean* (1861-1946): político socialista francés. Durante la guerra mantuvo una posición pacifista y fue uno de los pocos diputados nacionales que se opuso a la guerra.
- Rakítnikov, N. I.* (1864-?): miembro del Comité Central de los socialistas revolucionarios (eseristas). Fue viceministro de Agricultura del Gobierno provisional.

- Rasputín, Grigori Yefimovich* (1872-1916): conocido como «El Monje Loco». A principios de la Primera Guerra Mundial, Rusia atravesaba un momento crítico, el zar Nicolás II asumió el mando del ejército y Rasputín se hizo con el control absoluto del gobierno. Su profunda influencia en la corte imperial escandalizaba a la opinión pública. Fue asesinado a finales del año 1916.
- Renaudel, Pierre* (1871-1935): director del periódico *L'Humanité* y fundador del grupo La Vie Socialiste. Durante la guerra asumió una posición defensista. Tras cambiar sus posiciones acercándose cada vez más a la derecha, fue expulsado de la Sección Francesa de la Internacional Obrera.
- Riabushinski, P. P.* (1871-1924): gran banquero e industrial moscovita. Inspirador de la sublevación de Kornílov.
- Rikov, Aléxei Ivanovitch* (1881-1938): bolchevique desde 1899. Después de la Revolución de Octubre ocupó varios puestos clave y fue miembro del Buró Político del Comité Central. En noviembre de 1917 defendió un gobierno de coalición con participación de los mencheviques y los socialistas-revolucionarios, por diferencias con las políticas del partido abandonó el Comité Central. En 1937 fue expulsado del partido por actividades antipartido.
- Rodzianko, Mikhail Vladimirovich* (1859-1924): político ruso, terrateniente y líder octubrista. Presidente de la tercera y la cuarta Dumas. Apoyó la revuelta de Kornílov.
- Rolóvich; Rójovich, G. Y.* (sin fecha): miembro del Comité Nacional de Abastecimiento en 1917.
- Románov, Mijáil* (1878-1918): hijo menor del zar Alejandro III de Rusia, hermano del zar Nicolás II de Rusia. Después de la abdicación de Nicolás II fue proclamado Mijáil II pero renunció al día siguiente, transfiriendo sus funciones a la Duma. Fue arrestado en agosto de 1917, el año siguiente, en junio, fue asesinado por el jefe de la policía local de Perm.
- Konoválov, Aleksandr* (1875-1948): empresario y político ruso, miembro del Partido Democrático Constitucional y del Gobierno provisional.

- Scheidemann, Philipp* (1865-1939): político socialdemócrata alemán. En el marco de la Primera Guerra Mundial lideró a la mayoría de su partido que apoyaba la continuación de los esfuerzos militares. Después de lograda la paz fue el primer canciller de la República de Weimar.
- Sembat, Marcel* (1862-1922): uno de los más importantes parlamentarios del Partido Socialista Francés. Talentoso publicista y orador. Durante la Primera Guerra Mundial asumió una actitud nacionalista y patriota en defensa de la posición francesa.
- Shingariou, Andrei Ivanovich* (1869-1918): físico, kadete, miembro de la II y IV Dumas. Ministro de Finanzas del Gobierno provisional de marzo a mayo y de Agricultura de mayo a julio, renunció en julio. Arrestado por los bolcheviques en noviembre, fue asesinado en 1918.
- Shliápnikov, Alexander Gravilovitch* (1885-1937): metalúrgico ruso, se convirtió en bolchevique en 1903. Durante los primeros meses de 1917 dirigió el Comité Central en Petrogrado y ayudó a organizar el Sindicato de Trabajadores Metalúrgicos de Toda Rusia, del que resultó electo, ocupando el cargo hasta mayo de 1921. En 1933 fue expulsado del partido y en 1934 se le envió al exilio en el norte de Rusia. En 1935 fue apresado y en 1937 fue ejecutado.
- Shtein*: capitán ayudante asesinado por Petrov durante la insurrección de la flota del Mar Negro.
- Shtiúrmer, Boris* (1848-1917): canciller y primer ministro del Imperio Ruso durante varios meses del año 1916. Su gobierno resultó un total fracaso, profundamente impopular, fue acusado de germanofilia y de poner en riesgo la alianza durante la guerra. Luego de la Revolución de Febrero fue arrestado y murió en la Fortaleza de San Pedro y San Pablo a finales de 1917.
- Shulguín, Vasily* (1878-1976): político conservador ruso. Apoyó al Gobierno provisional y el golpe de Estado kornilovista.
- Skóbeliev, Matvei Ivánovitch* (1885-1939): miembro del POSDR desde 1903. Menchevique y defensor, fue diputado de la IV Duma y vicepresidente del Soviet de Petrogrado en 1917,

se incorporó al Gobierno provisional como ministro del Trabajo. Después de 1920 ocupó varios cargos en el gobierno soviético y en 1937 fue condenado a ser fusilado, acusado de formar parte de una organización terrorista.

Skóropis-Ioltujovski, A. F. (1880-?): nacionalista ucraniano, dirigente de la organización Unión por la Liberación de Ucrania.

Skvortsov-Stepánov, Iván Ivánovich (1870-1928): dirigente del partido bolchevique y escritor. Ocupó varios cargos después de la Revolución de Octubre.

Spiridónova, Mariya (1884-1941): revolucionaria rusa, dirigente del Partido Social-Revolucionario de Izquierda. Tras organizar el asesinato del embajador alemán en 1918 fue detenida.

Stalin; Joseph Vissarionovich Dzhugashvili (1879-1953): cambió su nombre en 1914 al de Stalin (hombre de acero), antes de eso estudió para sacerdote. En 1903 se incorpora al Partido Bolchevique. Escapó de prisión numerosas veces y en 1912 se unió al comité editorial de *Pravda*. Al año siguiente fue arrestado de nuevo y enviado al exilio en Siberia. Liberado luego de la Revolución de Febrero, se incorporó de nuevo a *Pravda*. Después de la Revolución de Octubre fue ascendiendo dentro del Gobierno Soviético y en 1922 resultó electo por mayoría de votos como Secretario General del Partido Comunista. Durante la década de los años 20 y 30 se enfrentó con distintos dirigentes de la Revolución de Octubre, la mayoría de los cuales fueron apresados, juzgados y asesinados. Dirigió la URSS hasta su muerte en 1953.

Steklov, Iúri Mikhaílovitch (1873-1941): socialdemócrata ruso, adoptó una posición defensista durante la Revolución de Febrero, luego se unió a los bolcheviques.

Struve, Piotr (1870-1944): economista, científico y político ruso. Uno de los primeros marxistas rusos, formó parte del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, para el cual redactó su manifiesto. Abandonó el POSDR para pasar a formar parte del Partido Democrático Constitucional, de corte liberal.

Südekum, Albert (1871-1944): uno de los líderes del ala derechista del Partido Socialdemócrata Alemán. Como diputado del

Reichstag mantuvo una posición nacionalista durante la Primera Guerra Mundial.

Sujánov, Nikolai (1882-1940): miembro del Soviet de Petrogrado, participó en las negociaciones para la conformación del Gobierno provisional. Crítico del Gobierno Bolchevique. En 1931 fue apresado y acusado de pertenecer a una organización menchevista, fue condenado y fusilado el 27 de agosto de 1939.

Teodoróvich, Iván Adólfovitch (1875-1937): bolchevique. Trabajó en las organizaciones bolcheviques de Moscú, Petrogrado, Smolensk y Siberia.

Teréschenko, Mikhail Ivánovitch (1886-1956): gran capitalista ruso, fabricante de azúcar. Ministro de varias carteras durante el Gobierno provisional.

Thomas, Albert (1878-1932): político socialista francés. Miembro del equipo editorial de *L'Humanité*. Ocupó el cargo de ministro de Armamento durante la Primera Guerra Mundial.

Trepov, Alexander (1862-1928): primer ministro del Imperio Ruso entre noviembre de 1916 y enero de 1917. Monarquista conservador, abogó por algunas reformas y se opuso a la influencia de Rasputín. Falleció exiliado en Francia luego de dirigir varias organizaciones promonárquicas y apoyar al ejército monarquista en la guerra civil de 1918-1920.

Trotski, Lev Davidóvitch Bronstein (1879-1940): revolucionario desde 1896, trabajó con Lenin en el periódico *Iskra* en 1902, rompiendo su relación con él un año después. Se vinculó con el sector menchevique. Intentó durante años conciliar a bolcheviques y mencheviques. En la Revolución de Febrero de 1905 dirigió el Soviet de Petrogrado. En 1915 escribió el manifiesto de Zimmerwald. A mediados de 1917 se incorporó al partido bolchevique y resultó electo para formar parte de su Comité Central. Participó de manera determinante en la Revolución de Octubre. Después del triunfo de la revolución ocupó varios cargos, destacándose por la organización del Ejército rojo. En 1923 formó la «oposición de izquierda», el fracaso de esta lucha derivó en su expulsión del partido y el

- país en 1927. Fue asesinado en México en 1940. Durante toda su vida desarrolló una amplia obra teórica.
- Trubetskói, Nikolái S.* (1890-1938): lingüista y padre de la fonología estructural. Después de la Revolución se trasladó a la Universidad de Sofía en Bulgaria, donde se dedicó a dar clases.
- Tsereteli, Iraki Gueórguievitch* (1882-1959): menchevique, contrario a la revolución socialista participó en el Gobierno provisional. Emigró a Francia en 1923.
- Turati, Filippo* (1857-1932): participó en la fundación del Partido Socialista Italiano en 1892. Consolidó su posición como un importante referente político de la izquierda europea a través de su formación como periodista y abogado. Durante la Primera Guerra Mundial defendió una posición nacionalista.
- Umanski, A. M.*: periodista, redactor y editor del periódico *Jivóe Slovo*.
- Vasíliev, Nikolái* (1880-1940): lógico y filósofo ruso.
- Vernadski, Vladímir* (1863-1945): profesor, científico e investigador ruso. Miembro de la Academia Rusa de Ciencias desde 1912 hasta su muerte.
- Vóinov, Iván Avkséntievitch* (1884-1917): miembro del Partido Bolchevique desde 1909. Obrero, trabajó en los ferrocarriles. Corresponsal y poeta para el diario *Zvezda* en 1919 y a partir de 1912 de *Pravda*.
- Volodarski (Moisei Markovich Goldstein)* (1891-1918): ucraniano, miembro del Partido Socialista Revolucionario Ucraniano. Simpatizante menchevique. Colaborador de *Novi Mir*. En agosto de 1917 se pasó a los bolcheviques. En julio de 1918 fue asesinado por un socialista-revolucionario de derecha.
- Puttkamer, Robert Viktor* (1828-1900): representante de la burocracia aristocrática prusiana. Ministro del Interior de Alemania y vicepresidente del Gobierno de Prusia. Aplicó una política de persecución del movimiento socialdemócrata y sindical alemán.
- W. Wilson, Thomas Woodrow* (1856-1924): Presidente de Estados Unidos entre 1913 y 1921. Involucró al país en la Primera Guerra Mundial.

Weber, Max (1864-1920): sociólogo, filósofo e historiador alemán.

Zaslavski, D. I. (1880-1965): destacado periodista y literato. Social-chovinista durante la guerra. Arremetió contra los bolcheviques entre 1917 y 1918. En 1919 reconoció sus errores y adoptó una posición de apoyo al poder soviético.

Zinoviev, Grigori I (1883-1936): dirigente bolchevique desde 1903. Miembro del Comité Central del Partido Bolchevique durante la Revolución de Octubre. Sostuvo diferencias frente al llamado insurreccional de Lenin en septiembre y octubre de 1917, sin embargo siguió formando parte del partido tras cambiar su posición. Después del triunfo de la revolución ocupó varios cargos, aunque siguió manteniendo posiciones disímiles a las de Lenin. Se enfrentó en varias ocasiones al liderazgo de Trotsky, hasta formar parte del triunvirato que asumió la dirección de la Unión Soviética tras el fallecimiento del líder. Tras los procesos de Moscú fue ejecutado en 1936.

CRONOLOGÍA DE ACONTECIMIENTOS EN RUSIA DURANTE 1917

- | | |
|-------------------------------|---|
| 1º y 2 (14 y 15)
de enero | <ul style="list-style-type: none"> • Lenin dirige la reunión de socialdemócratas de izquierda en Zúrich. |
| Lunes (9)
22 de enero | <ul style="list-style-type: none"> • Lenin dicta en alemán la conferencia «Informe sobre la Revolución de 1905» en Zúrich. • El Grupo Iniciativa, principal organización menchevique de Petrogrado, lanza el comunicado recordando el «Domingo Sangriento» de 1905. En el documento reproducen consignas a favor de la paz, la lucha por el socialismo y llaman a la huelga. |
| 20 de febrero
(5 de marzo) | <ul style="list-style-type: none"> • Se anuncia el racionamiento de pan a partir del 1º de marzo. El decreto es expresión de la situación general de escasez que se vive en el Imperio Ruso. |
| 22 de febrero
(7 de marzo) | <ul style="list-style-type: none"> • El zar Nicolás II viaja al frente de batalla en Mogliev. Los diputados y políticos de la Duma consideran inoportunos los alejamientos del zar ya que hacen crecer el descontento popular contra el gobierno. |
| 23 de febrero
(8 de marzo) | <ul style="list-style-type: none"> • Con motivo del Día Internacional de la Mujer se realiza una movilización encabezada por las mujeres trabajadoras, quienes llaman a la huelga e incorporan a los obreros que se encontraban en las fábricas. Las consignas contra la guerra y el hambre dominan las actividades. |
| 24 de febrero
(9 de marzo) | <ul style="list-style-type: none"> • Continúan las protestas en las calles de Petrogrado, a las que se suman trabajadores y mujeres obreras. Cerca de 200.000 trabajadores cruzan los puentes hacia el centro administrativo de la ciudad. Las consignas contra la guerra se transforman en llamados directos contra el zar. • A final de la tarde las autoridades del gobierno y la Duma se reúnen para evaluar la situación y deciden que el Concejo Municipal se encargue de la distribución de alimentos. |

- | | |
|--|--|
| <p>25 de febrero
(10 de marzo)</p> | <ul style="list-style-type: none"> • Aumenta el descontento y el número de fábricas paradas. Los enfrentamientos entre manifestantes y policías empiezan a dejar víctimas mortales. El ejército se enfrenta a la policía en apoyo a los obreros que ocupaban las calles. • En la Duma, los mencheviques llaman a que se convoque un Soviet de Trabajadores. Sin embargo, no hay consenso entre los socialistas respecto a si en verdad está ocurriendo una revolución. |
| <p>26 de febrero
(11 de marzo)</p> | <ul style="list-style-type: none"> • La ciudad de Petrogrado amanece tomada por soldados y policías colocados en las principales avenidas y edificios. Patrullas de soldados a caballo recorren las calles. • Luego de una asamblea, los trabajadores deciden marchar hasta el centro, pero en la avenida Nevsky se encuentran con un grupo de soldados y policías quienes abren fuego sobre la multitud. Lo mismo ocurre en otros puntos de la ciudad. • Grupos de soldados manifiestan su indignación ante la represión. |
| <p>27 de febrero
(12 de marzo)</p> | <ul style="list-style-type: none"> • El Comité Interdistrital y el Partido Socialista Revolucionario (eserista) publican un llamamiento a los soldados para que cese la represión y se unan a las manifestaciones obreras. • Se reactiva el Soviet de Petrogrado y se declara en sesión permanente. • Ante el llamado del zar para cesar las funciones de la Duma, un grupo de diputados forma el Comité Provisional de Miembros por la Restauración del Orden de la Capital y el Establecimiento de Relaciones con Individuos e Instituciones. |
| <p>28 de febrero
(13 de marzo)</p> | <ul style="list-style-type: none"> • Las fábricas y los destacamentos militares eligen representantes ante el Soviet de Petrogrado. Se lleva a cabo la primera sesión del organismo en la que intentaron participar con voz y voto todos los asistentes, dificultando el proceso. • Se realiza la toma de la Fortaleza de San Pedro y San Pablo, dentro de la cual se encuentra la mayor cantidad de presos políticos. |

- | | |
|------------------------------|---|
| 1 (14) de marzo | <ul style="list-style-type: none"> • El Soviet de Petrogrado elabora su primer decreto. • El Comité Provisional de la Duma forma gobierno. El Soviet apoya la conformación siempre y cuando responda a un programa de acción propuesto por esa instancia. |
| 2 (15) de marzo | <ul style="list-style-type: none"> • El zar Nicolás II abdica a sus derechos y los de su hijo. |
| 3 (16) de marzo | <ul style="list-style-type: none"> • El Gran Duque Mijaíl Románov, hermano de Nicolás II, firma el Manifiesto de Abdicación que pone fin a 300 años de dinastía Románov. |
| 12 (25) de marzo | <ul style="list-style-type: none"> • Llegan los primeros bolcheviques desde el exilio. Stalin, Kámenev y Muránov se dirigieron directo a Petrogrado luego de su llegada a Moscú. |
| 14 (27) de marzo | <ul style="list-style-type: none"> • El Soviet de Petrogrado emite un «Llamamiento a los pueblos del mundo», pidiendo la unidad de los partidos socialistas a favor de la paz general. |
| 19 de marzo
(1º de abril) | <ul style="list-style-type: none"> • Alexandra Kollontai regresa a Rusia desde el exilio en Estocolmo. |
| 21 de marzo
(3 de abril) | <ul style="list-style-type: none"> • El Ispolkom (Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado) acuerda destacar «comisarios» en las Fuerzas Armadas. En la zona del frente de guerra ninguna orden militar tendrá efecto sin la aprobación previa del Ispolkom. |
| 23 de marzo
(5 de abril) | <ul style="list-style-type: none"> • Declaraciones del ministro de Asuntos Exteriores, Pável Miliukov, en relación a la anexión de territorios produce diferencias con el Soviet. |
| 26 de marzo
(8 de abril) | <ul style="list-style-type: none"> • Lenin regresa a Rusia. |
| 28 de marzo
(10 de abril) | <ul style="list-style-type: none"> • Inician las sesiones de la Conferencia de Toda Rusia del Partido Bolchevique. |
| 31 de marzo
(13 de abril) | <ul style="list-style-type: none"> • Se realiza la conferencia bolchevique en la que se fija posición respecto al Gobierno provisional. |
| 3 (16) de abril | <ul style="list-style-type: none"> • Lenin llega a Petrogrado. |
| 4 (17) de abril | <ul style="list-style-type: none"> • V.I. Lenin expone sus Tesis ante los bolcheviques y mencheviques. |

14 (27) de abril	• Inauguran la Primera Conferencia de la ciudad de Petrogrado del Partido Bolchevique.
18 de abril (1 de mayo)	• Los bolcheviques aprueban su resolución sobre la actitud ante el Gobierno provisional. La resolución propuesta por Lenin llama a no apoyar al gobierno debido a su carácter burgués y terrateniente. A su vez, emplaza a que todo el poder del Estado pase a los Soviets.
20 de abril (3 de mayo)	• El Gobierno provisional da a conocer la nota que envió a los aliados Gran Bretaña y Francia. En el contenido del documento se afirma el esfuerzo para lograr una «victoria decisiva» a través del fortalecimiento del compromiso con sus aliados. • La nota genera una gran indignación en las unidades militares, quienes se lanzan a las calles a modo de protesta. Las manifestaciones generan distintos enfrentamientos en la capital.
21 de abril (4 de mayo)	• El Comité Central del POSDR (Bolchevique) hace pública su posición respecto a la crisis generada por la nota. Llama a no apoyar las manifestaciones callejeras. • Las manifestaciones de los soldados continúan en las calles de Petrogrado. Los obreros se suman y abandonan las fábricas.
22 de abril (5 de mayo)	• El CC del POSDR publica una nueva resolución ratificando la posición del día anterior y explicando que la consigna «Abajo el Gobierno provisional» no ayuda en ese momento específico, ya que no se cuenta con una organización consolidada de la mayoría del pueblo en torno al proletariado.
24 de abril (7 de mayo)	• Lenin inaugura la VII Conferencia de Toda Rusia del Partido Bolchevique.
26 de abril (9 de mayo)	• Producto de la «crisis de abril», el Gobierno provisional extiende el llamado a los socialistas para que formen parte activa en el gobierno.
28 de abril (11 de mayo)	• El Ispolkom rechaza el llamado del Gobierno provisional.

- | | |
|-----------------------------|---|
| 29 de abril
(12 de mayo) | <ul style="list-style-type: none"> • Clausura de la VII Conferencia y son elegidos los miembros del Comité Central Bolchevique. Forman parte: V.I. Lenin, G.F. Zinoviev, J.V. Stalin, I.T. Smilga, I.M. Sverdlov, L.B. Kámenev, V.P. Miliutin, G.F. Fedorov y V.P. Noguín. |
| 30 de abril
(13 de mayo) | <ul style="list-style-type: none"> • Alexander Ivánovich Guchkov y Pável Miliukov renuncian a sus cargos en el Gobierno provisional. |
| 1 (14) de mayo | <ul style="list-style-type: none"> • El Ispolkom aprueba una resolución que permite a sus miembros aceptar cargos en el Gobierno provisional. |
| 4 (17) de mayo | <ul style="list-style-type: none"> • Trotski regresa del exilio. |
| 5 (18) de mayo | <ul style="list-style-type: none"> • Se conforma un gobierno de coalición entre el Gobierno provisional y el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado. |
| 11 (24) de mayo | <ul style="list-style-type: none"> • El ministro de Guerra, Aleksandr Kerenski, proclama los nuevos «Derechos del soldado». |
| 16 (29) de mayo | <ul style="list-style-type: none"> • El Soviet de Kronstadt se proclama soberano y rechaza la autoridad del Gobierno provisional. |
| 17 (30) de mayo | <ul style="list-style-type: none"> • El Soviet de Petrogrado declara «desertores» a los marinos del Kronstadt. |
| 22 de mayo
(4 de junio) | <ul style="list-style-type: none"> • El ministro de Guerra, Aleksandr Kerenski, nombra al general Alexei Brusilov como nuevo comandante en jefe de las Fuerzas Armadas Rusas. |
| 24 (6 de junio) | <ul style="list-style-type: none"> • Kronstadt y el Gobierno provisional llegan a un acuerdo. |
| 30 de mayo
(12 de junio) | <ul style="list-style-type: none"> • Inaugurada la Primera Conferencia de Comités de Fábrica, con mayoría bolchevique. Los comités fueron creados luego del régimen zarista para garantizar la continuidad de las operaciones en las fábricas. Los bolcheviques son determinantes en la creación y expansión de los espacios para hacer frente a los sindicatos burocratizados y controlados por los mencheviques. |
| 3 (16) de junio | <ul style="list-style-type: none"> • Finaliza la Primera Conferencia de Comités de Fábrica. Por una amplia mayoría de 70% se otorga el respaldo a la política bolchevique. • Inician las sesiones del Primer Congreso de los Soviets de Toda Rusia. Los eseristas cuentan con 285 votos, los mencheviques con 248 y los bolcheviques con 105. |

- | | |
|------------------|--|
| 4 (17) de junio | <ul style="list-style-type: none"> • Los marineros de Kronstadt de tendencia bolchevique realizan una manifestación en las calles para rendir tributo a los héroes caídos en la Revolución de Febrero. |
| 6 (19) de junio | <ul style="list-style-type: none"> • El Comité Central bolchevique discute la propuesta para la manifestación convocada para ese mes. |
| 7 (20) de junio | <ul style="list-style-type: none"> • El Gobierno provisional ordena a los anarquistas que desalojen Villa Durnovo. La villa había sido tomada por un grupo denominado anarquistas-comunistas, en el marco de la Revolución de Febrero. En ese lugar se instaló la sede de la Federación Anarquista-Comunista de Petrogrado. |
| 8 (21) de junio | <ul style="list-style-type: none"> • 28 fábricas se declaran en huelga en apoyo a los anarquistas-comunistas. Varias manifestaciones armadas se realizan en las calles, al mismo tiempo que los marineros procedentes de Kronstadt llegan a Villa Durnovo para preparar su defensa. • El Soviet de Petrogrado intenta mediar en el conflicto para evitar un enfrentamiento. • Luego de una discusión y gracias a la mediación del Soviet, se detiene la orden de desalojo de Villa Durnovo. • El Comité Central bolchevique acuerda realizar una manifestación el 10 de junio. |
| 9 (22) de junio | <ul style="list-style-type: none"> • Es detenido el militar bolchevique F.P. Jáustov, editor del <i>Okopnaya Pravda</i>, acusado de traición a la patria. • El Ispolkom emite un pronunciamiento llamando a no participar en la manifestación convocada para el día siguiente y advierte que «cualquier uso de la fuerza será respondida con todo el poder a disposición del gobierno». |
| 10 (23) de junio | <ul style="list-style-type: none"> • El Congreso de Soviets prohíbe la manifestación y llama a la población a no obedecer a los bolcheviques. • El CC bolchevique cancela la manifestación. Considerando que la realización de la misma podría significar la expulsión del partido del Soviet y habiendo realizado una intensa discusión, se decidió suspender la actividad. La resolución se votó con la abstención de Lenin y Sverdlov. |

- 11 (24) de junio • El Comité Bolchevique de Petrogrado critica al Comité Central haber cancelado la manifestación.
- 12 (25) de junio • El Congreso de los Soviets acuerda realizar una manifestación el 18 de junio. La actividad estaba pensada como un acto de conciliación con los bolcheviques y en apoyo al Congreso.
 - El diario bolchevique *Pravda* publica un texto en el que desafía al Congreso de Soviets por su actitud y declara que no se someterán a «restricciones antidemocráticas».
- 13 (26) de junio • Los bolcheviques acuerdan participar en la manifestación del 18 de junio convocada por los Soviets.
- 14 (27) de junio • El Congreso de Soviets intenta restringir la participación de los bolcheviques y controlar las consignas que serán utilizadas en la manifestación.
- 16 (29) de junio • Inicia la «Ofensiva Kerenski». El plan preparado por el ministro de Guerra y Marina tenía como intención aumentar la intensidad del ataque ruso en los distintos frentes de batalla. El despliegue resultó un rotundo fracaso.
 - Se inaugura la Conferencia de la Organización Militar Bolchevique. Tenía por objetivo «establecer el liderazgo, la estructura y el programa de la organización militar de toda Rusia y evaluar las condiciones existentes en las fuerzas armadas».
- 18 de junio
(1 de julio) • Se realiza la manifestación convocada por el Congreso de Soviets. Asistieron más de 400.000 personas, entre las cuales dominó el espíritu y las consignas bolcheviques.
 - A las 3:00 p.m. los anarquistas asaltan la prisión y liberan a varios presos. Entre los liberados se encontraba F.P. Jáustov.
 - Al final del día se realiza la Conferencia de Toda Rusia de la Organización Militar Bolchevique. En medio del entusiasmo provocado por el éxito de la manifestación se dio el llamado para que la conferencia se transformara en un Estado Mayor operativo del levantamiento armado.
- 19 de junio
(2) de julio • El Gobierno provisional ordena el desalojo de Villa Durnovo. La ocupación se realiza a las 3:00 a.m.

	• Los obreros de las fábricas Rozenkrants, Metalist, Feniks, Staryi Parvisinen y Promet, del distrito Vyborg, se declaran en huelga como protesta por la incursión en Villa Durnovo.
21 de junio (3 de julio)	• El Regimiento de Ametralladoras no acepta las órdenes de ir al frente y acuerda realizar una manifestación de protesta. El regimiento cuenta con 10.000 hombres y 1.000 ametralladores, siendo la unidad militar más grande de la capital.
21 de junio (4 de julio)	• La Conferencia de Toda Rusia de la Organización Militar Bolchevique debate la toma del poder en medio de la crisis ocasionada por el asalto a Villa Durnovo. La posición oficial llama a esperar y no caer en provocaciones que «pudieran arruinarlo todo». • El Regimiento de Ametralladoras decide no salir en manifestación tras la solicitud de los bolcheviques. Sin embargo, mantienen su decisión de no acatar las órdenes del Gobierno.
23 de junio (6 de julio)	• Los marineros de la base naval de Kronstadt amenazan con usar la fuerza para liberar a sus compañeros arrestados en los mítines del 21, 22 y 23 de junio.
1º (14) de julio	• Da inicio la Segunda Conferencia de Petrogrado del Partido Bolchevique.
2 (15) de julio	• Se realiza un concierto para despedir a los soldados del Primer Regimiento de Ametralladoras que deben marchar al frente. La actividad se convierte en un mítin político contra el Gobierno provisional. • La Organización Militar Bolchevique discute un plan de acción respecto a una posible manifestación armada el día siguiente. • El Comité Central bolchevique informa la decisión de no participar en la manifestación convocada para el 3 de julio.
3 (16) de julio	• El Gobierno provisional reconoce la autonomía de Ucrania, la legitimidad popular de la Rada y la autoridad ejecutiva del Secretario General. • El Ispolkom emite un llamado a las tropas para que desistan de su intención de asistir a la manifestación.

- Los obreros y soldados armados toman las calles de Petrogrado. Con el aliento de los anarquistas, las organizaciones militares resuelven constituir un Comité Revolucionario provisional. Después de una intensa movilización y el rechazo de los bolcheviques, los soldados regresan a sus barracas pasadas las 11 de la noche.
 - El Soviet envía la advertencia de que empleará todos los medios disponibles para mantener el orden.
 - En horas de la tarde el Comité Central Bolchevique informa que no apoya la manifestación.
 - Cerca de las 11 p.m. el Comité Central acuerda un llamado a que todo el poder sea transferido a los Soviets y cambia su posición apoyando la manifestación, llamando a mantenerse atentos bajo esa consigna.
 - La Organización Militar Bolchevique asume el control de la manifestación y crea un Estado Mayor Operacional.
- 4 (17) de julio
- El Comité Ejecutivo de Kronstadt decide movilizarse hasta Petrogrado en apoyo al Regimiento de Ametralladoras.
 - Cuatro ministros kadetes abandonan el Gobierno provisional.
 - El Comité Central del Partido Bolchevique emite una proclama llamando a que el movimiento se «transforme en una expresión pacífica y organizada de la voluntad de los obreros, soldados y campesinos de Petrogrado».
 - Los bolcheviques toman distintos sitios de la ciudad.
 - Con el apoyo de los marineros de Kronstadt, los obreros y soldados toman las calles de Petrogrado.
 - Un grupo de soldados apresa al ministro de Agricultura, el eserista Chernov. Es liberado gracias a la intermediación de Trotski.
 - La flota del Báltico (bajo influencia bolchevique) rechaza las órdenes del Soviet y el Gobierno para que envíen destructores contra las unidades rebeldes de Kronstadt.
- 5 (18) de julio
- El CC bolchevique cancela la manifestación. Reunidos en horas de la madrugada decide llamar a los obreros, soldados y marineros a dar por terminadas las actividades de calle.

- A las 5:00 a.m. el Soviet ratifica su apoyo al Gobierno provisional.
 - El Gobierno acusa a Lenin de ser un agente alemán.
 - Los regimientos neutrales se ponen bajo las órdenes del Soviet.
 - El Gobierno provisional inicia la ofensiva contra los bolcheviques. Se ordena y lleva a cabo el asalto a la sede de *Pravda*.
 - Representantes del Soviet y del Partido Bolchevique llegan a un acuerdo.
 - El Soviet presenta un ultimátum a los marineros de Kronstadt.
- 6 (19) de julio
- La mansión Kshesinskaya, sede de los bolcheviques, es tomada por el gobierno en las primeras horas de la tarde. Fueron arrestados los líderes que se encontraban en el edificio, Podvoisky, líder de la Organización Militar Bolchevique, logra escapar.
 - Los bolcheviques rinden la Fortaleza de San Pedro y San Pablo.
 - La Villa Durnovo es recapturada.
 - El Comité Bolchevique de Petersburgo llama a los obreros a que retornen a sus lugares de trabajo.
 - Kámenev y Trotski son arrestados.
 - Lenin logra pasar a la clandestinidad gracias a la ayuda de Stalin.
- 7 (20) de julio
- El príncipe Lvov dimite al cargo de primer ministro. Lo sucede en el cargo el ministro de Defensa, Aleksandr Kerenski.
- 9 (22) de julio
- Lenin sale al exilio en Finlandia.
- 15 (28) de julio
- Lenin, desde la clandestinidad, envía una carta en la que expone las razones por las que no se entrega.
- 16 (29) de julio
- El Comité Central Bolchevique realiza una conferencia urgente de la organización. En la resolución responden a las acusaciones que se lanzan sobre ellos y explican que su participación en los actos del 4 y 5 de julio se debió

a que era necesario tomar el control para evitar que la situación resultara peor.

- | | |
|--|--|
| 17 (30) de julio | <ul style="list-style-type: none"> • Stalin presenta un informe en el CC bolchevique y sostiene que el camino pacífico ha terminado. |
| 19 de julio
(1º de agosto) | <ul style="list-style-type: none"> • Kerenski nombra al general Lavr Kornílov como comandante en jefe de las Fuerzas Armadas Rusas. |
| 21 de julio
(2 de agosto) | <ul style="list-style-type: none"> • Kornílov presenta una serie de reformas al Gobierno provisional, entre las cuales se encuentran la restauración de la pena de muerte, la restricción del poder de los comisarios, la prohibición de las asambleas de soldados en el frente y la disolución de las unidades más revolucionarias. • Se constituye un gobierno de coalición entre mencheviques, eseristas y kadetes. |
| 26 de julio
(9 de agosto) - 3
(16) de agosto | <ul style="list-style-type: none"> • Se realiza el VI Congreso Bolchevique. Se lleva a cabo un recuento de los acontecimientos hasta el momento y se condena la «traición» de los eseristas y mencheviques. • Reafirman el llamado al fin de la etapa pacífica de la revolución y a derrocar la «dictadura de la burguesía imperialista». |
| 4 (17) de
agosto – 8
(21) de agosto | <ul style="list-style-type: none"> • Reuniones de la plenaria del CC bolchevique. Se discuten varios puntos relacionados con la organización del partido y la actitud de éste frente a la Conferencia de Moscú. • La Conferencia de Moscú es definida como un espacio en manos de la burguesía contrarrevolucionaria. |
| 12 (25) de
agosto – 14 (27)
de agosto | <ul style="list-style-type: none"> • Celebración de la Conferencia de Moscú, iniciativa de Kerenski para fortalecer su debilitado gobierno. Puso en evidencia las diferencias entre el primer ministro y Kornílov. |
| 26 de agosto
(7 de septiembre) | <ul style="list-style-type: none"> • Kerenski anuncia la formación de un nuevo gabinete, ratificando la alianza social-burguesa. |
| 27 de agosto
(8 de septiembre) | <ul style="list-style-type: none"> • El general Kornílov rechaza la destitución de su cargo que ha ordenado Kerenski. • El primer ministro Kerenski denuncia un plan de golpe de estado encabezado por Kornílov y consigue que todo el gabinete renuncie, dándole poderes dictatoriales. |

28 de agosto (9 de septiembre)	• Kornílov, ante la actitud de Kerenski ordena que las tropas avancen sobre la capital. • El general Kornílov declara abiertamente su oposición al gobierno y pretende ejecutar un plan para hacerse con el control del país, dominando Petrogrado. • En las primeras horas Kerenski es incapaz de hacer frente al avance de las tropas de Kornílov y ordena que los obreros sean armados para defender la ciudad. • El Soviet forma un Comité en Defensa de Petrogrado.
30 de agosto (11 de septiembre)	• El número de comités para la defensa armada alcanza 240 a escala nacional. • Los bolcheviques envían delegados a formar parte de los comités, con lo cual se rehabilitan políticamente. • Los bolcheviques controlan la mayoría de los grupos armados • Los soldados de Kornílov son informados de que no hay un alzamiento bolchevique en la capital y desisten del avance.
1º (14) de septiembre	• Kornílov es detenido en el Cuartel General del Ejército y enviado a prisión domiciliaria en el monasterio católico de Bijov.
14 (27) de septiembre	• Inicia la conferencia democrática que busca recuperar la estabilidad política tras el alzamiento de Kornílov. Las diferencias entre los partidos es irreconciliable durante todo el proceso. Los mencheviques, a cargo del Comité Ejecutivo Central, intentan que se acuerde el ingreso de los kadetes al gobierno pero no logran el consenso necesario. • Las posiciones en las discusiones se identifican de la siguiente manera: aquellos que apoyan la coalición social-burguesa, sin excluir a los kadetes; quienes defienden la coalición, pero con la exclusión de estos últimos, y los que se oponen a toda coalición.
15 (28) de septiembre	• Lenin envía dos cartas al Comité Central Bolchevique. El contenido de la correspondencia insta a la insurrección inmediata.

- 17 (30) de septiembre

 - Tsereteli encabeza el grupo que aboga por establecer una cooperación con los kadetes.
 - Lenin abandona Helsinski y se traslada a Víborg, preocupado por la posibilidad de que los sectores más moderados de su partido lleguen a acuerdos para conformar un gobierno conciliador.
- 19 de septiembre
(2 de octubre)

 - Se realiza la votación para la composición del Gobierno. La coalición se aprobó por 766 votos frente a 688 en contra y 38 abstenciones. Dos votaciones más se realizaron, una de ellas aprobó la exclusión del gobierno de los participantes en el golpe de Kornílov y la otra excluyó a los kadetes de la conformación. Finalmente se realizó una nueva votación para conformar el gobierno sin incluir a los kadetes, aprobada con 813 votos a favor y 183 en contra.
- 20 de septiembre
(3) de octubre

 - Tsereteli presentó una moción para traspasar la cuestión de la composición del gobierno al Preparlamento. La propuesta es aprobada en la noche de ese día.
- 21 de septiembre
(4 de octubre)

 - El Comité Central Bolchevique se reúne para discutir la actitud que se ha de tener en el Congreso. La propuesta de Lenin para realizar un alzamiento en la capital es rechazada.
- 22 de septiembre
(5 de octubre) –
24 de septiembre
(7 de octubre)

 - Inician las negociaciones entre los kadetes, Kerenski y otros miembros del gabinete.
 - Tereschenko presiona para que los delegados a la conferencia acepten la conformación de un gabinete propuesto por Kerenski.
- 25 de septiembre
(8 de octubre)

 - Se realiza el anuncio del nuevo gabinete, el último previo a la Revolución de Octubre. Son incluidos cuatro ministros kadetes y dos socialistas.
 - El Preparlamento está prácticamente anulado en sus funciones y muchos mencheviques, muy debilitados, abandonan la ciudad.
- 30 de septiembre
(13 de octubre)

 - Es elegido Lev Trotski como presidente del Soviet de Petrogrado.
- 7 (20) de octubre

 - Lenin regresa a la capital.

- | | |
|---|---|
| 9 (22) de octubre | <ul style="list-style-type: none"> • La sección obrera del Soviet de Petrogrado aprueba el boicot al Preparlamento. • Se crea el Comité Militar Revolucionario. • El mando militar del Gobierno provisional ordena marchar al frente a un tercio de los regimientos de la guarnición. Las unidades militares repudian al gobierno y proclaman su adhesión al Soviet de Petrogrado. |
| 10 (23) de octubre | <ul style="list-style-type: none"> • El Comité Central Bolchevique aprueba el alzamiento armado contra el gobierno, sin fijar una fecha específica para llevarlo a cabo. |
| 12 (25) de octubre | <ul style="list-style-type: none"> • El Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado aprueba la creación de un órgano para coordinar la defensa del próximo Congreso de los Soviets. |
| 14 (27) de octubre - 17 (30) de octubre | <ul style="list-style-type: none"> • Kerenski se traslada al frente de batalla y se ausenta de la capital. |
| 16 (29) de octubre | <ul style="list-style-type: none"> • El Comité Central reafirma la decisión de tomar el poder, a pesar de que la oposición de Kámenev y Zinóviev se mantiene firme, quienes desde un comienzo enfrentaron esa idea. • El Soviet de Petrogrado refrenda en plenaria la creación del Comité Militar Revolucionario. |
| 20 de octubre (2 de noviembre) | <ul style="list-style-type: none"> • Culminan los preparativos militares del gobierno ante una posible agresión bolchevique. |
| 21 de octubre (3 de noviembre) | <ul style="list-style-type: none"> • Se lleva a cabo una reunión de la guarnición de Petrogrado organizada por el Comité Militar Revolucionario de Petrogrado, en la que se confirma la lealtad de las unidades militares al Soviet. |
| 22 de octubre (4 de noviembre) | <ul style="list-style-type: none"> • Manifestaciones por la proclamación del Día del Soviet de Petrogrado. Los bolcheviques y los eseristas de izquierda hacen esfuerzos para que la población apoye el traspaso de todo el poder a los Soviets. |
| 23 de octubre (5 de noviembre) | <ul style="list-style-type: none"> • El Comité Militar Revolucionario anuncia las medidas que ha tomado para controlar la guarnición. Al final del día la Fortaleza de San Pedro y San Pablo se somete a las órdenes del CMR. |

24 de octubre
(6 de noviembre)

- 3:00 am. Kerenski se reúne con los mandos militares y ratifica el ultimátum enviado al CMR. El coronel Polkóvnikov ordena el arresto de los comisarios del CMR que se encuentran en la guarnición.
- Los periódicos *Rabochi Put* y *Soldat* son clausurados.
- 5:30 a.m. Un destacamento de cadetes y milicianos es enviado por el gobierno a asaltar las imprentas y los dos diarios bolcheviques.
- Corre la información sobre movimientos de tropas para realizar acciones contrarrevolucionarias.
- 10 a.m. Se reúne el gabinete del gobierno.
- Intentan acelerar la llegada de tropas a la capital.
- Va quedando claro que la mayoría de las tropas son leales a los bolcheviques.
- Al mediodía, Kerenski asiste a la sesión del Preparlamento y da un largo discurso solicitando el apoyo incondicional.
- El Preparlamento aprueba una moción y solicita a Kerenski llevar a cabo una serie de reformas que podrían abortar los planes bolcheviques.
- En la tarde se informa al Gobierno que la mayoría de las tropas que debían llegar a la capital se han pasado al CMR.
- Tropas fieles al CMR van tomando distintas posiciones en la ciudad, al tiempo que cadetes leales a Kerenski hacen lo mismo.
- 5:00 p.m. El CMR ocupa la central de telégrafos.
- 9:00 p.m. Las tropas insurrectas ocupan la Estación del Báltico, con lo que impiden la llegada desde el oeste de posibles refuerzos para el Gobierno. Toman a su vez la agencia de noticias, la central eléctrica y las estaciones de ferrocarril.
- 11:00 p.m. Lenin, que se hallaba oculto en la capital, parte hacia el Instituto Smolny disfrazado y con un solo guardaespaldas.

- | | |
|------------------------------------|--|
| 25 de octubre
(9 de noviembre) | <ul style="list-style-type: none"> • 12:00 a.m. Lenin llega a la sede del Soviet de Petrogrado. • Se adoptan medidas revolucionarias orientadas a la formación de un nuevo gobierno. • 1:30 a.m. Es tomada la oficina central de correos. • 3:30 a.m.-7:00 a.m. Son tomadas la central telefónica, el Banco Estatal y el Tesoro. • 8:00 a.m. Es ocupada la última estación del ferrocarril. • Al amanecer, toda la ciudad excepto el Palacio de Invierno, se encuentra en control de las fuerzas revolucionarias. • 10:00 a.m. Inician las sesiones del Segundo Congreso de los Soviets. • 11:00 a.m. Kérenski abandona la ciudad. • El Palacio Mariinski, sede del Preparlamento, es rodeado y la instancia de gobierno es disuelta. • Los miembros mencheviques del Soviet abandonan la sesión del Segundo Congreso en protesta por la acción bolchevique. |
| 26 de octubre
(8 de noviembre) | <ul style="list-style-type: none"> • En la madrugada, luego de un largo asedio, es tomado el Palacio de Invierno y el gabinete del Gobierno provisional es apresado. • Durante la segunda sesión del Congreso de los Soviets, Lenin presenta una serie de decretos para su discusión. • Kerenski establece contacto con el frente militar en Pskov, consiguiendo el apoyo del general Krasnov para avanzar hacia la capital. |
| 27 de octubre
(9 de noviembre) | <ul style="list-style-type: none"> • 5:00 a.m. Es aprobada la conformación del Consejo de Comisarios del Pueblo. |
| 29 de octubre
(11 de noviembre) | <ul style="list-style-type: none"> • El intento de levantamiento del general Krasnov fracasa, al no recibir apoyo de la capital ni superar la resistencia armada de los soldados soviéticos en las colinas al sur de Petrogrado. |

- | | |
|-------------------------|--|
| 1 (14) de
noviembre | <ul style="list-style-type: none"> • El Comité Central Bolchevique se reúne para discutir con otros partidos las negociaciones orientadas a constituir un gobierno de coalición. Lenin se opone firmemente y amenaza con dividir el partido. Trotski apoya que se establezcan los diálogos para evidenciar su inutilidad. |
| 3 (17) de
noviembre | <ul style="list-style-type: none"> • Renuncian cinco miembros moderados del CC bolchevique. |
| 7 (20) de
noviembre | <ul style="list-style-type: none"> • Se lleva a cabo la última ronda de negociaciones para constituir un gobierno de coalición. Los bolcheviques no asisten. |
| 14 (27) de
noviembre | <ul style="list-style-type: none"> • Lo que restaba del Congreso Panruso de los Soviets Campesinos aprueba la incorporación al VTsIK (Co-mité Ejecutivo Central de Todas las Rusias). |
| 9 (22) de
diciembre | <ul style="list-style-type: none"> • Lenin cede y se incorporan al Gobierno tres comisarios eseristas de izquierda. Este cambio hace que se reincorporen al CC los miembros que habían renunciado. |

INTRODUCCIÓN	
LA REVOLUCIÓN ES UNA GUERRA CIVIL PROLONGADA	VII
Criterio de esta edición	XXV

PRIMERA PARTE
REFLEXIONES DESDE EL EXILIO
Enero-marzo

Pacifismo burgués y pacifismo socialista	3
Informe sobre la Revolución de 1905	25
Cartas desde lejos	45

SEGUNDA PARTE
DE LA DUALIDAD DE PODERES AL PODER ÚNICO DE LA BURGUESÍA
Abril-junio

«Tesis de abril». Las tareas del proletariado en la presente revolución	91
La dualidad de poderes	97
Un problema fundamental	101
Crisis de poder	105
¿Colaboración con el capital o lucha de clases contra el capital?	109
Mandato a los diputados del Soviet elegidos en fábricas y regimientos	113
Un triste apartamiento de la democracia	117
La guerra y la revolución	121

¿Ha desaparecido la dualidad de poderes?	147
Desplazamiento de clases	151
El dieciocho de junio	155

Tercera parte Hacia la toma del poder Julio-septiembre

¿Dónde está el poder y dónde la contrarrevolución?	161
Tres crisis	167
La situación política	173
A propósito de las consignas	177
Las enseñanzas de la revolución	187
Al Comité Central del POSDR	205
Acerca de los compromisos	209
Uno de los problemas fundamentales de la revolución	217
La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla	225
Los bolcheviques deben tomar el poder	271
El marxismo y la insurrección	275
La crisis ha madurado	282
Carta a los camaradas	292

Cuarta parte Ejerciendo el poder Octubre-diciembre

A los ciudadanos de Rusia	315
Segundo congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia	317
Proyecto de decreto sobre el control obrero	334
Proyecto de resolución acerca de la libertad de prensa	336
Respuesta a las preguntas de los campesinos	338
A la población	340
La alianza de los obreros y de los campesinos, trabajadores y explotados	343

Proyecto de Decreto sobre el derecho a la revocación	346
Tesis sobre la Ley de confiscaciones de las casas de alquiler	348
Tesis sobre la Asamblea Constituyente	349
Discurso sobre la nacionalización de los bancos	354
Proyecto de Decreto sobre la puesta en práctica de la nacionalización de los bancos y las medidas indispensables derivadas de ella	357
Los asustados por la quiebra de lo viejo y los que luchan por el triunfo de lo nuevo	361
¿Cómo debe organizarse la emulación?	365
Proyecto de Decreto sobre las comunas de consumo	376

APÉNDICES

Glosario de nombres	383
Cronología	401

1917

V. I. Lenin

Los artículos, discursos y documentos reunidos en 1917 conforman un paisaje del pensamiento político-estratégico de Lenin durante el año en el que acontece la Revolución de Octubre. Inicia con las reflexiones teóricas que realiza en enero, durante su estadía en Zurich, para iluminar el camino de la práctica revolucionaria, pasando por el líder político que en abril declara que «el problema del poder del Estado es fundamental en toda revolución», hasta alcanzar la presidencia del Consejo de Comisarios del Pueblo que, una vez acaecida la Revolución, debe organizar la transformación radical de la sociedad rusa.

Esta compilación exhibe su intrepidez política, dibuja el arco de circunstancias que atravesaron la acción del revolucionario por excelencia del siglo XX, así como es un argumento a favor de la huella que ha dejado la Revolución de Octubre en las revoluciones sociales que le sucedieron desde Asia Oriental hasta América Latina.

Monte Ávila Editores Latinoamericana se complace en colocar en manos del lector esta obra que rinde homenaje a la primera revolución socialista de la humanidad en su centenario.



Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

